**Paper - Economía Disruptiva vs. Democracia: “cuando la libertad da miedo” (¿al mercado le “gustan” los dictadores? ¿hay vida más allá de Wall Street y Silicon Valley?)**



**- Introducción: El peligro de vivir en una sociedad digital diseñada para manipular (de algunas especulaciones intelectuales, a cierta duda razonable… y al miedo en el cuerpo)**



**Hace tiempo y allá lejos… cuando solo era una duda razonable (sensación térmica)**

En un Ensayo anterior, “**Los riesgos de China: cierta duda razonable (y algunas “incongruencias”) ¿Puede existir un libre mercado de planificación central? ¿Y un socialismo de mercado?”**, publicado en octubre de 2010, decía:

**A confesión de parte, relevo de pruebas**

La Escuela Superior del Partido publica un plan de reforma política con treinta años de perspectiva por delante. Hace 80 años, la URSS estrenó los planes quinquenales de desarrollo económico. China está rumiando ahora su propio “gran plan quinquenal” de la democratización. Con una perspectiva de treinta años por delante.

Escepticismo: de lo popular a lo oficial

Pese a lo que se pueda deducir del informe mediático occidental sobre éste país, la sociedad china no hierve en deseos y anhelos de democracia. Más allá de un reducido y socialmente aislado sector de disidentes, el programa de democratización a la occidental tiene muy pocos partidarios en China.

Curiosamente, el escepticismo ante ese programa es particularmente vivo entre los intelectuales y buena parte de la clase urbana china. Se teme el sufragio universal porque convertiría a los despreciados e ignorantes campesinos -mayoría aplastante de la población- en un sector decisivo. China es “demasiado pobre”, “demasiado poblada”, “demasiado ignorante”, “demasiado anárquica”, y “demasiado feudal”, como para que la democracia sea realizable sin grandes catástrofes, se escucha con inusitada frecuencia en el país.

En los ochenta, el propio Deng Xiaoping advirtió que la adopción de la separación de poderes, significaría en China la guerra permanente entre ellos… En resumen; el autoritarismo se alimenta de un profundo pesimismo, de la elite política y de la capa más favorecida de la sociedad, sobre la capacidad democrática y madurez cívica de los chinos.

A ello se suma una firme y general voluntad de disfrutar de lo conseguido -la actual prosperidad- y desmarcarse de la vida, miserable y dura, del pasado maoísta. También, por supuesto, justificación de una elite políticamente conservadora, corrupta y celosa de su privilegio de monopolio del poder.

Miedo atávico a la “revolución cultural”

Por otro lado, la democracia, evoca, frecuentemente, el miedo a su última expresión histórica desencadenada en China: la “revolución cultural” -que fue, entre otras cosas, una “democracia” dentro del maoísmo, con permiso para zurrar a los que mandaban y vengarse de todas las afrentas-. Miedo también a los desórdenes que el movimiento de 1989, aplastado en sangre, apuntó. Por eso, es muy significativo que la Escuela Superior del Partido, que fue muy activa en ese campo hasta 1989, vuelva ahora a manejar programas de reforma política.

Su referencia al subdesarrollo cívico de China está bien presente en las páginas del informe. “El desarrollo social económico y cultural del país todavía es bastante retrasado y accidentado, mientras que la capacidad de participación política no es grande”, se lee. “El sistema político tradicional de poder supercentralizado, aún tiene una gran inercia. Además, el país está en una transición en la que la estabilidad social y política es condición para la reforma política. Eso requiere que la reforma sea llevada a cabo gradualmente, con un plan y una supervisión”, prosigue. Por eso, dice, “creemos que, por los menos, serán necesarios sesenta años para la transformación de China, desde una economía de planificación tradicional, a una economía de mercado moderna, y desde una democracia de bajo nivel y estado de derecho, a una con alto nivel de democracia política”.

Estos “sesenta años”, comienzan en 1979. Según el plan en tres fases que el estudio contempla, a partir del 2011 se comenzarán a establecer mecanismos de control del ejecutivo. Desde el 2017 hasta el 2020, la principal tarea será, “la construcción de una sociedad civil moderna, haciendo grandes esfuerzos en desarrollar organizaciones ciudadanas y religiosas que son buenas para la sociedad”.

La reforma política, parte de la modernización

En todo momento, los autores conciben la reforma política como parte de la modernización, como la otra pata de la reforma económica. “Hasta el 2020, la reforma verá avances paralelos de los sistemas que impiden tanto el desarrollo económico como la reforma del sistema político democrático. Esas reformas garantizarán el cumplimiento de la sociedad medianamente acomodada (“xiaokang”), un término confucionista que describe, lo que en Occidente se entiende como una “sociedad de clases medias”…

Entre “la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser”

Si ello mismos, nada menos que desde la Escuela Superior del Partido (el Sancta Sanctorum del Régimen), confiesan el miedo a la democracia (por el riesgo a una “nueva revolución cultural”) y el temor a los desórdenes que la participación política podría ocasionar (por el peligro a que se reproduzcan “nuevos Tiananmen), creo que está asegurada la “dictadura” por un largo plazo. Un subdesarrollo cívico permanente.

El prudente “gradualismo” de la transición, lleva a los “burócratas” del Partido, a creer que, “por los menos, serán necesarios sesenta años para la transformación de China, desde una economía de planificación tradicional, a una economía de mercado moderna, y desde una democracia de bajo nivel y estado de derecho, a una con alto nivel de democracia política” (sic). Hagan cálculo Señores, 1979 + 60 = 2039. Ahí, es nada…

Parafraseando a Keynes, se podría decir: “en el 2039, todos esteremos muertos”…

Y hasta que llegue el amanecer democrático (repito, en 2039), “a darle caña al mono”.

Trabajadores en régimen de esclavitud permanente (o casi), represión social en todas sus formas y medidas (individuales y colectivas), control de la información y censura previa, negligencia en la reglamentación y tareas de control sanitario sobre los productos alimenticios de exportación (sospechosa connivencia y alarmante indiferencia), negligencia en la reglamentación y tareas de control de seguridad sobre algunos productos manufacturados de exportación (sospechosa connivencia y alarmante indiferencia). Cárceles, torturas, pena de muerte, abortos patrióticos, consumos patrióticos, “casas clavo”, “tribu de hormigas”, y lo que sea menester. Expo’ China…

A todo esto, ¿cómo reacciona Occidente?

La OMC da la bienvenida a China como nuevo miembro de pleno derecho. O sea…

*“La cooperación económica internacional ha permitido que se haga realidad este momento definitorio en la historia del sistema multilateral de comercio”, ha indicado Mike Moore, Director General de la OMC, en la clausura de la reunión del Grupo de Trabajo sobre la Adhesión de China. “Con la adhesión de China, la OMC ha dado un paso muy importante hacia su conversión en una organización auténticamente mundial. La aceptación casi universal de su sistema, basado en la existencia de normas, servirá de base para la promoción de la cooperación económica mundial”…*  Concluyen con éxito en la OMC las negociaciones para la adhesión de China.

Hoy (17 de septiembre de 2001) concluyó con éxito en la Organización Mundial de Comercio la negociación de las condiciones de adhesión de China a la OMC, allanando el camino para que se apruebe formalmente el texto del acuerdo en la Conferencia Ministerial de Doha, Qatar, que se celebrará en noviembre. (Comunicado de prensa de la OMC - **17/9/01**)

EEUU “constata” que China respeta los Derechos Humanos (el cielo puede esperar)…

*“China ya no figura en la lista de países donde más se violan los derechos humanos, y que cada año elabora el Departamento de Estado de los Estados Unidos”…* (EEUU borra a China de la lista de países que violan los derechos humanos - ABC - **12/3/08)**

Todo sea para que la “fábrica del mundo” pueda seguir enviando sus productos baratos a los EEUU.

Todo sea para que la Visa China pueda seguir financiando la adicción al consumismo de los EEUU.

¿La Democracia en China les interesa a sus “socios comerciales”? No Padre.

¿Los Derechos Humanos en China les interesan a sus “socios comerciales”? No Padre.

Estados Unidos, con la complicidad de Occidente, sólo considera “estratégico” que siga funcionando la “bandera de conveniencia” a bajo costo, que continúe fluyendo el crédito para financiar su borrachera consumista y que las reformas políticas y económicas se demoren lo más posible. Cinismo en estado puro.

(…)

**Tendencias desviacionistas (a veces reales y otras veces tan sólo supuestas)**

“El secretario del Tesoro de Estados Unidos, Timothy Geithner, urgió el lunes a China a crear una política comercial más abierta y justa, pidiendo a Pekín que desarrolle “un campo de juego equilibrado” para las inversiones extranjeras, incluidas las de Estados Unidos.

Geithner y la secretaria de Estado, Hillary Clinton, encabezan una de las delegaciones más amplias de la historia de Estados Unidos enviadas a Pekín -unos 200 altos cargos y más de una docena de presidentes de agencias y representantes del gobierno- en el Diálogo Estratégico y Económico anual con China”... Geithner insta a China a apoyar el comercio abierto y justo (The Wall Street Journal - **24/5/10**)



“El presidente chino, Hu Jintao, inició dos días de negociaciones entre Estados Unidos y funcionarios chinos reiterando un compromiso para continuar reformando el régimen cambiario de su país…

Hu pareció hacer un guiño en su discurso a los temores de Estados Unidos sobre el firme control de China a su moneda al señalar hacia el final de él que “China continuará haciendo avanzar constantemente la reforma del mecanismo de formación de la tasa de cambio del renminbi de una manera gradual, controlada e iniciada por ella misma”…

Ambas partes se abstuvieron de regañar al otro o de hacer duras exigencias durante sus comentarios públicos el lunes y fueron cuidadosos de poner sus disputas en el contexto de una relación económica que ellos dicen que se ha convertido en un ancla clave de la economía mundial. “Nuestras dos economías se han vuelto inseparables”, dijo el vice premier chino Wang Qishan”… El presidente de China se compromete con la reforma de la tasa cambio del yuan (The Wall Street Journal - **24/5/10**)



Para facilitar la comparación visual (casi me animo a decir, por “razones de protocolo”) presento las fotografías de Geithner (secretario del Tesoro de EEUU) y Jintao (presidente chino), por orden de prelación. Primero el que “insta” y luego el que se “compromete”.

Y ahora, viene la pregunta: ¿Pero, quién manda aquí? Hay fotos que se comentan solas. El lenguaje de los gestos, podríamos decir. Geithner, concentrado, débil, pensativo, preocupado, angustiado, contrito, agarrotado, mendicante, temeroso, periférico perdedor… Jintao, distendido, seguro, regente, árbitro, superior, dominante, poderoso, fulgurante, central, indulgente, ganador…

¿Es necesario y conveniente para Estados Unidos, soportar semejante “claudicación”, para seguir comprando mercancías baratas? ¿Para continuar mejorando el cuadro de resultados de las empresas norteamericanas que utilizan a China como su “fábrica de conveniencia”?

¿Es necesario y conveniente para Estados Unidos, soportar esta “degradación”, para seguir disponiendo de la Visa China? ¿Para vender los Bonos del Tesoro al que les vende las “chucherías”? ¿Para continuar viviendo (ficticiamente) por encima de sus posibilidades?

¿Creen los “grandes bonetes” estadounidenses (estrategas de salón) que el día que decidan levantar los “pueblos Potemkin”, que sus multinacionales tienen en China, los miembros del PCCH se van a transformar en “Tancredos”? Puede que entonces las “banderas de conveniencia” se transformen en “banderas de guerra” (primero comercial y de ser necesario…). Puede que entonces los “Tancredos” chinos le den más de una sorpresa a los “Tartufos” americanos. Se pasará de la ficción a la fricción y de la fricción a la facción. Ahí, las únicas mascaras que quedaran, serán las del Teatro Chino.

Finalmente los estrategas de Washington (más S. A. que nunca) que previamente se han rendido ante Wall Street (por aquello de crear valor), se tendrán que rendir ante China (por aquello de perder Valor). De capitulación en capitulación hasta la victoria final. Ahí, ya no habrá ni honra ni barcos.

**A menos que los “amos del universo” hayan resuelto (and the winner is)…**

Una lectura, a mi entender “conspirativa” de la historia (aunque no inimaginable), podría ser la que ofrece Daniel Estulin (Lituania, 1966), autor del best seller La verdadera historia del Club Bilderberg, en su primera novela, **Conspiración Octopus** (Ediciones B).

Pese a adoptar el formato de novela, Estulin afirma que el 80% de su contenido está basado en hechos reales. En su obra desvela las alcantarillas y recovecos del poder mundial. “Un universo paralelo de humo y espejos”.

El autor señala que “Bilderberg, es la Tierra Media de Tolkien. Octopus, la organización poderosa que maneja los hilos del poder en mi novela”.

Y continúa: “Conspiración Octopus es la antesala del poder absoluto. Así que, teniendo en cuenta que el 80% del relato son hechos reales, me he permitido usar el género de la novela al estilo puro de John Le Carré para contar algunas de estas verdades disfrazadas de ficción. Sin embargo, los lectores inteligentes pueden fácilmente encontrar en Internet que todas las tramas que describe la novela están basadas en una verdad”.

(Parte de la entrevista publicada en Libertad Digital el **27/5/10**)

P: En su nueva obra desvela varias tramas protagonizadas por sociedades que operan por encima del Gobierno. ¿Qué organismos y personajes componen dichas entidades?

R: Algunos de los altos directivos de los bancos más grandes del mundo. Entre ellos, John Reed, ex presidente de Citibank. Además, participan dirigentes muy importantes del espionaje norteamericano. Lo interesante de estos personajes es que, aparte de desempeñar un cargo público, también pertenecen a sociedades secretas que están muy por encima de Bilderberg. Esta es la razón por la que tuve que novelar algunas de las tramas del libro…

P: ¿Quiénes son? ¿Qué es Octopus?

R: Una conspiración formada por algunos de los hombres más poderosos del mundo que persiguen un objetivo común. Agentes independientes que trabajan por su cuenta y no se conocen unos a otros, si bien están coordinados mediante una serie de controladores, quienes a su vez son controlados desde arriba.

P: Según cuenta, “manejan el dinero del mundo” ¿Cómo operan? ¿Qué objetivos persiguen?

R: Conspiración Octopus empieza con la desaparición de 223 billones de dólares de unas cuentas paralelas controladas por el Gobierno estadounidense y por Octopus. El presidente necesita ese dinero para inyectarlo en la economía mundial, y Octopus para hacerse con el control del mundo.

A mucha gente le puede sonar a pura fantasía que el Gobierno de EEUU pueda llegar a controlar tales cantidades del dinero. Sin embargo, en un artículo que publiqué en el diario El Mundo hace un par de semanas, demuestro con documentos de por medio que tales cantidades de dinero (e incluso más) existen a través de operaciones súper secretas como Hammer y Kadillak, controladas por hombres que se sitúan varios niveles por encima del presidente de los EEUU.

Suponiendo mínimamente que la **Conspiración Octopus** pudiera existir, sus “patronos” bien podrían haber resuelto que el “centro” mundial de los negocios se traslade de EEUU a China. Ellos estarían en condiciones de mudar el casino. Trasladar el billar del mercado financiero mundial. La asombrosa velocidad del dinero (nuevas tecnologías), y el vértigo de las operaciones de alta frecuencia (fabricantes de humo), podrían transformar al G-2 en un G-1, antes que los americanos se levantaran a desayunar. Para peor los “interruptores de circuito” no funcionan, como se demostró en el “flash crash” (el crash relámpago, tal y como lo han denominado los investigadores) del pasado 6 de mayo de 2010.

Esta “lectura conspirativa” permitiría entender (aunque no aceptar) la “sorprende” pasividad del gobierno de los EEUU ante la pérdida de la hegemonía mundial en manos del poder emergente de China, que para más inri está sustentado por las importaciones americanas. Nunca antes en la historia se ha registrado una mudanza de poder imperial abatido por su propia tropa.

Siempre la nueva potencia ha surgido por decadencia económica y moral de la anterior, o por derrota militar. Este sería el primer caso de inmolación capitalista voluntaria, además facilitada con su propio mercado interior. Una claudicación premeditada en toda regla. ¿Para qué habrá servido, entonces, representar el 25% del PIB mundial? ¿Para qué le habrá servido, entonces, que las operaciones de Wall Street equivalgan al 50% del mercado bursátil mundial? ¿Para qué le habrá servido, entonces, tener al ejército más poderoso de mundo? ¿Para qué habrá servido, entonces, emplear semejante presupuesto de defensa, origen (aunque no único) del déficit fiscal que potenció la dependencia del proveedor/competidor chino? Esto es practicar la locura con método.

Puede que ahora a los “global players”, les convenga una dictadura con responsabilidad limitada. Tener una Casa Blanca de Lego. Los Tribunales sin Ley. La decadencia de la política. La globalización del Tercer Mundo. Desplazar, simplificar, eliminar y rescindir... “and the winner takes all”.

Otra alternativa “sugerente” (tan o más alarmante, si cabe, que la anterior) podría ser la propuesta por Ian Bremmer, presidente de Eurasia Group y autor de “The End of the Free Market: Who Wins the War Between States and Corporations?” (El fin del libre mercado: ¿quién gana la guerra entre el Estado y las empresas?).

(…)

- ¿Puede un país que no respeta los Derechos Humanos ser el “imperio dominante”?

- ¿Por cuánto tiempo más podrá China ser un quilombo “controlado”… y hasta cuándo?

- ¿Cuáles son los límites del desarrollo sin libertad?

- El milagro económico aplazó “sine die” la revolución social ¿es “sostenible” la hibernación sin recurrir a la “vía militar”?

- ¿Cómo se comportará la población cuando pasen de “agradecidos” esclavos industriales a “exigentes” consumidores masivos?

- ¿Por cuánto tiempo más se podrá prolongar un libre mercado de planificación central?

- ¿Se conformaran con empujar el carrito del supermercado o pedirán alguna participación política?

- Cuando las “hormigas” pasen a ser “cigarras” ¿tolerarán la falta de democracia?

- ¿Cuántos Tiananmen podrá soportar el régimen (y por cuánto tiempo) antes de tener que hacer uso de las fuerzas represivas indiscriminadamente?

- ¿Cuánto tiempo más se podrá mantener un socialismo de mercado?

- ¿Cuánto tiempo más puede durar una “China de dos mundos”?

(…)

Dejo a vuestro criterio la “corroboración” de la “duda razonable” (en su caso), mediante la lectura de los datos objetivos que surjan del material complementario. Podrán ustedes, tal vez, revelar “los gozos y las sombras”, constatar ciertas “fábulas económicas”, y descubrir si: ¿China es el espejismo de hoy o la realidad del mañana?

(…)

**Ayer mismo y aquí cerca… se confirma el peor de los escenarios (un vórtice polar)**

Ya tenemos la respuesta: los amos del universo han optado por “ahorcar” la democracia para preservar su poder económico. Globalizar el modelo chino: la dictadura de mercado perfecta.

Han resuelto “provocar” una “desviación hacia abajo”: tendencia social en la que los patrones de comportamiento decaen con el tiempo al punto de que lo que alguna vez era intolerable se volvía ampliamente aceptable. No democratizar China, sino “chinificar” Occidente.

Están “sometiendo” a la sociedad a una tormenta perfecta, ciclogénesis explosiva o bomba meteorológica, que barra con todas las libertades, que retrotraiga al ciudadano a la edad media, (servidumbre, ignorancia, dependencia…), anulando su voluntad y deseo de libertad, exigiendo concesiones y restricciones reales, a cambio de falsas promesas y remotas posibilidades. Hay que entregar todo (libertad, democracia, justicia, futuro…) antes de recibir algo (crecimiento de la economía, trabajo, salario…). ¿Liberalismo iliberal o liberticida?

**- Globalizar la económica y privatizar la política (la plutocracia prefiere la autocracia)**



**“Maldita” hemeroteca...**

- Sí, se acaban las democracias (elcato.org - **21/9/18**)

Macario Schettino señala que, según índices internacionales, la democracia ha retrocedido a niveles de 2005.

Seguramente usted ha escuchado que estamos en un proceso político global que puede significar el fin de la democracia. Y es probable que no le haya hecho caso. Aunque no podemos saber si realmente las democracias dejen de existir por completo, lo que sí podemos ya registrar es que algunos países están dejando de lado ese sistema político, y en otros, el deterioro es suficiente como para notarlo.

Lo primero que debe quedar claro es que medir la calidad de la democracia es un asunto muy complicado, que depende mucho de factores cualitativos, es decir, percepciones, que por muy calificadas que sean, tienen un margen de error superior al de factores cuantitativos que se usan en otro tipo de mediciones. Los índices más conocidos de esta variable son el que elabora el proyecto Polity 5 (que en realidad sigue siendo Polity IV), y el de Economist Intelligence Unit, Democracy Index. El primero utiliza cuatro subíndices, que suman un máximo de 10 puntos: competencia en elección del jefe de Gobierno, apertura en esa elección, limitaciones al jefe de Gobierno, y competencia en participación política. En 2017, según este índice, 33 países tenían 10 puntos, y otros 20 países tenían nueve puntos. Como referencia, México y EEUU estaban en ocho puntos. México subió a ese nivel en 2000, y Estados Unidos cayó en 2016.

El Democracy Index tiene cinco subíndices: proceso electoral y pluralismo, funcionalidad del gobierno, participación política, cultura política y libertades civiles. También suman 10 puntos, aunque la forma en que se calculan es menos clara. En este índice, 19 países tenían más de ocho puntos en 2017, y 57, entre seis y ocho puntos, y por eso se les llama “democracias fallidas”. Ahí están México y EEUU.

Sin embargo, en lo que va de este año creo que los números están cambiando. Por ejemplo, España e Italia, ambas ubicadas en 10 puntos según Polity, difícilmente se mantienen ahí. No puedo encontrar una mejor situación política en España que en EEUU, de forma que debería ubicarse en el mismo nivel. Y sin duda Italia está peor. Por lo tanto, réstele dos países al grupo de 10 puntos.

Pero hay casos peores. En el número de octubre de The Atlantic, Anne Applebaum publica un fabuloso ensayo acerca de lo que ocurre en Hungría y en Polonia. Estas dos naciones también están en 10 puntos en Polity, y si la descripción de Applebaum es correcta, ni siquiera deberían llegar a ocho puntos: la competencia política se ha reducido, el jefe de Gobierno no tiene límites efectivos, de forma que más bien deberían estar rondando seis unidades. Y es posible que nosotros también, para 2019.

Con estos casos, la democracia a nivel global retrocede a niveles de 2005. No he hecho una revisión detallada de las naciones en los más altos niveles, sino sólo ubiqué las que me parecieron más evidentes. En el Democracy Index, por ejemplo, España es el país más bajo de las democracias plenas, y está en ese nivel por una baja funcionalidad del gobierno. Pero en 2018 esa calificación debe haberse deteriorado considerablemente, así que es posible que pase al nivel de democracia fallida, acompañando a Italia, EEUU o Japón al inicio de ese grupo. Y algo similar puede ocurrir con Reino Unido, cuyo gobierno es un desastre.

Aunque este proceso no tiene la espectacularidad de la ola democrática de los años noventa, cuando Europa del este y América Latina se llenaron de democracias, me parece que ya hay evidencia suficiente para hacerlo notar. Aunque nos haya parecido diferente, la democracia es algo frágil, y puede desaparecer con facilidad.

Este artículo fue publicado originalmente en El Financiero (México) el 18 de septiembre de 2018.

(Macario Schettino es profesor de la División de Humanidades y Ciencias Sociales del Tecnológico de Monterrey, en la ciudad de México y colaborador editorial y financiero de El Universal (México))

-Liberal Democracy’s Crisis of Confidence ([Johns Hopkins University Press](http://muse.jhu.edu/search?action=browse&limit=subscription:y&limit=publisher_id:1&min=1&max=10&t=publisher_facet_select) - **4/10/18**)

(By [Richard Wike](http://muse.jhu.edu/search?action=search&query=author:Richard%20Wike) and [Janell Fetterolf](http://muse.jhu.edu/search?action=search&query=author:Janell%20Fetterolf) )

*Liberal democracy is experiencing a crisis of confidence, and recent public-opinion research from a variety of sources has added to these anxieties. Using data from Pew Research Center cross-national surveys, this article finds that while democracy is broadly popular, there is nonetheless a surprisingly high degree of openness to nondemocratic modes of governing in many nations. And even though people tend to believe it is important to live in a country where democratic rights are respected, support for these rights is often tepid. In short, liberal democracy is popular among average citizens, but their commitment to this system of government is frequently underwhelming.*

Liberal democracy is experiencing a crisis of confidence. Scholars and pundits may disagree about the nature and depth of the problem, but few would argue that nothing is amiss. Commentators decry an increasingly familiar list of trends, including weakening civil liberties, eroding democratic norms, rising nativism, and growing support for parties and leaders whose commitment to democratic values and practices seems shaky. Progress toward democracy has been stalled or reversed in many emerging and developing nations, while several wealthy, supposedly “consolidated” democracies have experienced significant and unexpected setbacks.

These anxieties are being driven not only by subjective observations of political dynamics, but also by a growing body of data. Indices designed to measure the health of democracy generally tell a similar and dispiriting story. Freedom House’s 2018 Freedom in the World report found democratic declines in 71 countries, while only 35 registered improvements, marking the twelfth year in a row in which the organization has documented a deterioration in democracy around the world. The Economist Intelligence Unit likewise reported a global decline in democracy in 2017, with particularly worrisome trends for free speech and media freedom.

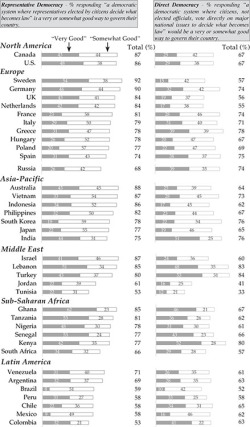
Public-opinion data have also supplied plenty of reasons for concern. In these pages and elsewhere, Roberto Stefan Foa and Yascha Mounk have used World Values Survey (WVS) data to document declining support for democracy and growing support for nondemocratic forms of government among the publics of established democracies. The recent success of populist parties in Europe has spawned numerous studies that delve into the forces underlying this antiestablishment wave. And in the United States, Bright Line Watch and Democracy Project surveys have found that, although Americans continue to want democracy, many are frustrated with the way the country’s political system is functioning. A recent Democracy Fund survey also showed widespread support for democracy in the United States, but revealed that notable minorities display at least some fondness for authoritarian approaches.

Recent surveys by Pew Research Center shed further light on global public opinion regarding democracy. The results suggest that democracy remains a broadly popular idea and that publics in regions around the world largely endorse democratic rights and institutions. Yet these surveys also find in many nations a surprisingly high degree of openness to nondemocratic modes of governing. And even though people tend to believe it is important to live in a country where democratic rights are respected, support for these rights is often tepid. Moreover, it is clear that people around the world have very different understandings of individual rights and the boundaries of individual liberty. In short, liberal democracy is popular among average citizens, but their commitment to this system of government is frequently underwhelming.

# Representative Democracy and Its Rivals

To explore these issues, Pew Research Center in 2017 conducted a 38-nation survey that asked respondents about five different approaches to governing: representative democracy, direct democracy, rule by experts, military rule, and rule by a strong leader who “can make decisions without interference from parliament or the courts”. For each of these options, respondents were asked whether the approach in question would be a very good, somewhat good, somewhat bad, or very bad way of governing their country. These questions are similar to items that have been asked on previous waves of the WVS, although there are differences. For instance, the WVS asks about “democracy” in general, whereas the Pew survey included separate items on representative and direct democracy. This survey thus allows us to examine attitudes specifically toward representative democracy, as well as four potential alternatives to this system.

The results show that representative democracy has wide appeal (see [Figure 1](http://muse.jhu.edu/article/705724" \l "fig01) below). Across the 38 nations surveyed, a median of 78 percent of respondents say that “a democratic system where representatives elected by citizens decide what becomes law” is a very or somewhat good way to govern. More than half hold this view in every nation polled. Still, the intensity of support for representative democracy is often limited. The median share of respondents who say it is a very good way to run a country is just 33 percent, and there are only five nations in which half or more give this response. Reservations about representative democracy are especially common in Latin America: More than 30 percent in Colombia, Chile, Mexico, Brazil, and Peru consider it to be a very or somewhat bad approach to governing.

[](http://muse.jhu.edu/article/705724/image/fig01)  
Figure 1.

SUPPORT FOR REPRESENTATIVE AND DIRECT DEMOCRACY

Source: Pew Research Center, 2017 Global Attitudes Survey.

While publics around the globe largely say that representative democracy is a good thing, there is also considerable support for direct democracy. A median of 66 percent across the 38 countries believe that “a democratic system where citizens, not elected officials, vote directly on major national issues to decide what becomes law” would be a very or somewhat good way to govern their country. Direct democracy is broadly appealing across regions and among nations in all income categories (high, middle, and low). There are only two countries (Tunisia and Jordan) in which majorities say it would be a very or somewhat bad approach. Perhaps notably, support for direct democracy is relatively low in the post-Brexit United Kingdom, where 56 percent consider it a good way to make national decisions.

Nondemocratic approaches to governing are less popular globally than either representative or direct democracy (see [Figure 2](http://muse.jhu.edu/article/705724" \l "fig02) below). Nonetheless, there is significant support for nondemocratic alternatives in many nations. In fact, the survey finds global publics almost evenly divided on the virtues of expert rule. A median of 49 percent across the 38 nations polled say that a system in which “experts, not elected officials, make decisions according to what they think is best for the country” would be very or somewhat good. This approach holds particular appeal in several emerging and developing nations, including Lebanon (where 70 percent say it is a good idea), Vietnam (67 percent), India (65 percent), and Nigeria (65 percent). Fewer respondents in higher-income nations endorse expert rule. Still, at least about four in ten believe this could be a good way to govern in the United States, Canada, Spain, Germany, France, the United Kingdom, Italy, Sweden, the Netherlands, South Korea, Japan, and Australia.

Although autocracy is less popular, it also has its supporters. “A system in which a strong leader can make decisions without interference from parliament or the courts” is considered a very or somewhat good way to govern by a median of 26 percent across the 38 nations. Half or more of those surveyed in India, Indonesia, and the Philippines say this is a good system, as do 48 percent of Russians. Across the six sub-Saharan African nations polled, a median of 39 percent hold this view, and in South Africa the figure is a strikingly high 44 percent. The strong-ruler model is again less popular in wealthier nations, but it nonetheless receives notable levels of support in many of these countries: In the United States, Italy, the United Kingdom, Hungary, Japan, and South Korea, more than 20 percent believe that government by a strong leader could be a good approach.

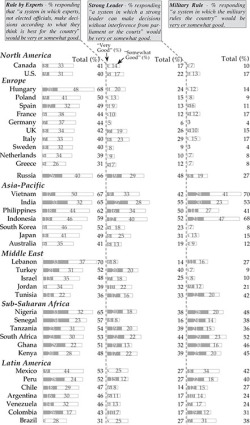
Finally, a median of 24 percent across the countries surveyed believe that “a system in which the military rules the country” would be very or somewhat good. This option enjoys particularly high support in Vietnam and Indonesia, where roughly seven in ten say it could be a good way to govern. Elsewhere in Asia, 53 percent of Indians and 41 percent of Filipinos share this opinion. In Africa, positive views of military rule are especially common in South Africa (52 percent), Nigeria (48 percent), Ghana (46 percent), and Kenya (45 percent). Four-in-ten or more also hold such views in Tunisia (42 percent), Mexico (42 percent), and Peru (40 percent). Even in long-established Western democracies, military rule has a significant number of supporters: Fully 17 percent -nearly one-in-five- in the United States, Italy, and France believe a political system where the military is in charge could be good.

Another way of gauging the popularity of nondemocratic alternatives is to calculate the percentage of people in each country willing to entertain at least one such alternative. In 34 of 38 countries, half or more of the public views at least one nondemocratic approach -expert rule, autocracy, or military rule- as a good way to govern. The percentages are highest in certain emerging and developing nations, such as Vietnam (88 percent) and Nigeria (85 percent), although many in economically advanced nations also endorse at least one nondemocratic option. This includes 64 percent of respondents in Japan, 60 percent in South Korea, 59 percent in Israel, 57 percent in the United Kingdom, 56 percent in France, 56 percent in Spain, 55 percent in Australia, 53 percent in the United States, 51 percent in Italy, and 50 percent in Canada.

Although few people actually reject representative democracy, many appear open to multiple options when it comes to types of government. Particularly large shares of respondents in India (34 percent) and Indonesia (31 percent) say all five approaches could be good. Among the 79 percent of Italians who believe representative democracy is a good approach, roughly eight in ten believe the same about direct democracy, while notable minorities say this about expert rule (45 percent), autocracy (28 percent), and military rule (17 percent).

# Ideology, Demography, Democracy

To explore the factors that correlate with opinions about democracy, we examine the bivariate relationships between a range of attitudinal, ideological, and demographic variables on the one hand and attitudes toward various forms of government on the other. For example, we categorize respondents as either high-income or low-income depending on whether their household incomes fall above or below the median for their country. Then we compare the percentages of people who hold a political attitude -say, support for representative democracy, or openness to one of its alternatives- in each of the two income groups. Where we find a statistically significant difference between the two groups in the same direction across many countries -for instance, if people with lower incomes are less supportive of representative democracy in many countries and few if any countries show an association in the opposite direction- we take that as a sign of a broad cross-national pattern.

[](http://muse.jhu.edu/article/705724/image/fig02)  
Figure 2.

**SUPPORT FOR RULE BY EXPERTS, A STRONG LEADER, OR THE MILITARY**

Source: Pew Research Center, 2017 Global Attitudes Survey.

One such pattern emerges when we look at respondents’ ideological beliefs: Support for nondemocratic approaches, specifically autocracy and military rule, is often greater on the political right. In 22 countries, the survey asked respondents to place themselves on a left-right spectrum. The results show that in several nations people on the right are more likely to favor a government with a strong leader who can make decisions without interference from parliament and the courts. Those on the right are significantly more likely to endorse this model (with a double-digit gap between right and left) in Italy, the United Kingdom, Israel, the United States, Canada, Chile, Greece, and Germany; the difference between right and left is 20 percentage points in South Korea and Australia. In the former, 35 percent of those on the right say the strong-leader model would be good, while only 20 percent in the center and 15 percent on the left take this position. There is also a double-digit gap in Venezuela, ruled for many years by left-wing autocrat Nicolás Maduro and his predecessor Hugo Chávez, but here the difference runs in the opposite direction: Just 9 percent on the right and 10 percent in the center back autocracy, compared with 40 percent on the left.

Venezuelans on the left are also more likely to support military rule (45 percent of these respondents say it would be a good approach, while just 21 percent in the center and 16 percent on the right agree). Hungary is the only other country polled where those on the left are more likely to endorse military rule. In 11 nations, people on the right are significantly more likely than those on the left to favor having the military in charge. The divide is especially large in two countries that have had right-wing military dictatorships in the relatively recent past: Among Chileans on the right, 41 percent back military rule, compared with 17 percent in the center and 20 percent on the left. In Spain this form of government receives support from 17 percent on the right, but only 9 percent in the center and 6 percent on the left.

The survey data also show an association between attitudes toward populist parties (on both the right and left) and support for certain alternatives to representative democracy. People with a favorable view of the extreme-right National Front in France, for example, are more likely to offer positive opinions about military rule, and the same is true in the United Kingdom among supporters of the U.K. Independence Party (UKIP). Direct democracy is also particularly popular among supporters of UKIP, which strongly backed the Leave position in the Brexit referendum. Supporters of populist parties in other European countries are similarly more likely to endorse direct democracy. In the Netherlands, 77 percent of people with a positive opinion of Geert Wilders’s right-populist Party for Freedom favor a system in which citizens would vote directly on major national issues, compared with just 49 percent among those who give the party a negative rating. In Spain, 88 percent of Podemos supporters approve of direct democracy, while just 68 percent among those with an unfavorable view of the left-wing populist party share this attitude. Many populist parties have featured calls for direct democracy in their campaigns, and the concept clearly resonates among their supporters, many of whom subscribe to these parties’ preferred narrative of “the people” confronting a corrupt elite.

Education is a major dividing line in attitudes toward types of government. People with lower levels of educational attainment are less supportive of representative democracy in 19 nations. Among the non-democratic approaches featured in the survey, the education gap is especially wide regarding military rule. Those with less education are more likely to consider military government a good thing in 23 countries, and in 18 of these countries the difference is at least 10 percentage points. The largest gap exists in Peru, where 55 percent of those with less education view military rule positively, compared with 32 percent among Peruvians in the higher education group. There is an education gap on this question in the United States as well: 24 percent of Americans with a secondary education or less say rule by the military would be good for their country, compared with 7 percent of those with more than a secondary education. Americans with less education are also likelier than those with more education to favor the strong-leader model (28 percent versus 13 percent). Significant divides along educational lines on the question about autocracy are present in the United Kingdom, Poland, South Korea, Peru, France, and Japan as well.

There are few education divides in opinions about direct democracy, although people with higher levels of education are more likely to say this is a good way to govern in six of the seven Latin American countries surveyed. In the few countries in other regions where education differences emerge, however, those with more education are less likely to support direct democracy. For example, 70 percent of Americans with a secondary education or less say governing through referendums is a good approach, compared to 64 percent of those who have at least some college education.

# Class and Income

At least since the publication of Seymour Martin Lipset’s research on “working-class authoritarianism” more than half a century ago, scholars have debated the role that class and income play in shaping attitudes toward democratic and authoritarian rule. This survey finds that differences between income groups are more frequent in advanced -rather than developing or emerging- economies. People with incomes below the median for their country are less likely to support representative democracy in the United States, Canada, France, Greece, Israel, Italy, Japan, South Korea, and the United Kingdom. Those with lower incomes are also more likely to support rule by a strong leader in twelve countries and military rule in eighteen countries. In France, for instance, 19 percent of those with household incomes below the median endorse the autocratic model, and 26 percent believe military rule could be good; the corresponding numbers for the higher-income group are 8 percent and 11 percent, respectively.

The relationship between age and views about democracy has recently been the subject of considerable debate, sparked by Foa and Mounk’s research showing that young people in a number of Western nations tend to see democracy as less essential for their countries than do their elder compatriots. Overall, the Pew survey finds relatively few consistent differences between older and younger adults in their views on systems of government. When differences arise, younger adults (those ages 18 to 29) are often more likely than those ages 50 and older to view the approach in question -whether democratic or nondemocratic- as a good way to govern. For example, young Mexicans are likelier than those ages 50 and older to support both direct (69 percent versus 53 percent) and representative democracy (66 percent versus 46 percent), but they are also more likely to say that autocratic rule would be a good option for their country (33 percent versus 19 percent). And there are signs that young people in some countries are particularly open to alternatives to representative democracy. For instance, in the United States, Canada, Sweden, the United Kingdom, Australia, and Japan, people ages 18 to 29 are more likely than those 50 and older to support expert rule, while in Canada, Spain, Sweden, South Korea, Brazil, Chile, Mexico, and Venezuela younger people are especially likely to say direct democracy would be good for their countries.

Beyond the 2017 survey on attitudes toward different types of government, other Pew Research Center polling sheds light on the limits of global support for democracy. In many nations over the years the Center has asked the following question: “Some feel that we should rely on a democratic form of government to solve our country’s problems. Others feel that we should rely on a leader with a strong hand to solve our country’s problems. Which comes closer to your opinion?” Results have consistently shown that significant minorities, and occasionally majorities, believe a leader with a strong hand would be better positioned to deal with national challenges. In 2012, for example, 61 percent of Pakistanis and 57 percent of Russians expressed this opinion.

Surveys also show that publics are often willing to prioritize economic progress over democracy. When asked, “If you had to choose between a good democracy or a strong economy, which would you say is more important?” significant numbers of respondents in many countries say the economy is more important. For instance, when this question was asked in post-Arab Spring North Africa in 2014, Egyptians were evenly divided in their responses (49 percent opted for a good democracy, 49 percent for a strong economy), while nearly 73 percent of Tunisians said they would choose a strong economy.

A 38-nation Pew survey in 2015 found that support for democratic rights and institutions was widespread, but sometimes lukewarm. Although the results showed broad global approval of the ideas of religious liberty, gender equality, multiparty elections, free speech, freedom of the press, and freedom on the internet, these sentiments were not always very intense.

Views regarding freedom of expression illustrate this pattern. Survey respondents were asked how important it is to live in a country where “people can say what they want without government censorship”, “the media can report the news without government censorship”, and “people can use the internet without government censorship”. Globally, medians of greater than 80 percent say all of these are very or somewhat important -but the share who rate these conditions as very important is much smaller. Only 56 percent say free speech is very important; just 55 percent say this about media freedom; and only half take this stance regarding free use of the internet.

Free expression and the other principles mentioned on the survey tended to be more popular in the United States, Latin America, and Europe than in the Asia-Pacific region, sub-Saharan Africa, or the Middle East. For example, 71 percent in the United States said it is very important that people can say what they want without government censorship, as did medians of 69 percent in Latin America and 65 percent in the European Union. Yet the median share of respondents who held this view was just 50 percent in Asia, 46 percent in Africa, and 43 percent in the Middle East. The study also highlighted the very different ways in which people around the world conceive of free expression and its parameters. Publics tend to support free speech in principle, but they also want limitations on certain types of speech. While a global median of 80 percent believe people should be allowed to freely criticize government policies, only 35 percent think they should be allowed to make public statements that are offensive to minority groups or that are religiously offensive. Even fewer support allowing sexually explicit statements or calls for violent protests.

# Economics, Culture, Politics

Democracy continues to have wide appeal, but commitment to it is not always very deep. This low level of commitment can create an environment of relative tolerance for actions that bend or break democracy’s rules. It may open the door to restrictions on free expression, the overuse of executive power, or even military intervention in politics. Democratic institutions may be challenged and democratic norms may erode. In their recent book How Democracies Die, Steven Levitsky and Daniel Ziblatt have made a persuasive case that norms such as mutual toleration and forbearance are crucial for a well-functioning democracy. These “soft guardrails” prevent democratic competition from becoming a fight to the death, and they place checks on leaders and parties with authoritarian tendencies. But if citizens are open to nondemocratic approaches, would-be autocrats may find opportunities to transgress the unwritten rules that help to hold democracies together.

Among the multitude of factors shaping this unsettling moment in global public opinion are economic anxiety, cultural conflict, and political dysfunction. The link between economics and attitudes has been debated for decades, but many scholars have found a relationship between economic progress and the likelihood that a country will have a successful liberal democracy. The 2017 Pew survey finds that negative views about the economy are associated with lower levels of satisfaction with how democracy is functioning and less commitment to the principle of representative democracy. The poll asked about satisfaction with democracy in 36 nations, and in all but one of these, people who said the national economy is in bad shape were more likely than those who said it was in good shape to be dissatisfied with how democracy is working in their country. (The exception is Greece, where there are not enough people who say the economic situation is good to allow for analysis). When it comes to representative democracy in principle, people who think the state of the economy is poor are less likely to believe this system is good for their country in 19 of 38 nations, including the United States, Canada, France, Hungary, Italy, Poland, Spain, Sweden, and the United Kingdom. In the other half of the countries surveyed, views of the economy are not related to support for or opposition to representative democracy.

There is also less enthusiasm for representative democracy among people who are pessimistic about the long-term economic future. In 16 of 38 nations polled, support for this system is lower among those who believe that children growing up in their country will be worse off financially than their parents. For instance, among Peruvians who think that the next generation will be worse off, just 45 percent say representative democracy is a good thing, compared with 68 percent among those who expect today’s children to be better off than their parents.

Even in emerging nations that have performed relatively well economically over the past decade, there are concerns that the spoils of economic growth are not being shared equitably. Meanwhile, in Western countries economic anxieties in the wake of the Great Recession have been one factor driving the rise of populist leaders and parties on both the left and the right. In different ways, these parties have appealed to voters’ frustration by crafting narratives around economic injustice.

Culture also undoubtedly plays a role in the current crisis of confidence in liberal democracy. Liberal democracy’s principles include theidea that all citizens should be treated equally regardless of race, religion, or ethnic background; yet in many nations immigration, growing diversity, or the empowerment of previously excluded groups has given rise to tensions that threaten these principles. Public-opinion data suggest that opposition to diversity and pluralism is linked with a lack of commitment to representative democracy. A 38-nation Pew poll in 2017 asked respondents, “Overall, do you think having people of many different backgrounds, such as different ethnic groups, religions and races, makes our country a better place to live or a worse place to live?” In thirteen nations, people who think diversity makes their country worse are less likely than those who believe it makes their country better to say representative democracy is a good system. The difference is roughly 10 percentage points or greater in Spain, Israel, Mexico, Argentina, Australia, Sweden, Canada, and the United States. In South Africa, a nation with a tragic history of racial oppression and division, nearly three-in-four respondents (73 percent) who see diversity as an asset endorse representative democracy; among those who say diversity makes South Africa worse, just 54 percent hold this view. Another five nations show a similar, though only marginally significant pattern, while in the remaining countries views of diversity are not related to support for or opposition to representative democracy.

Culture figures prominently in the nostalgic rhetoric common among some contemporary populist movements. In their study of nostalgia as a cultural and political force in the United Kingdom, France, and Germany, Sophie Gaston and Sacha Hilhorst of the British think tank Demos recently described “an omnipresent, menacing feeling of decline; that the very best of their culture and communities has been irreversibly lost, that the nation’s best days have passed, and that the very essence of what it means to be French, or German, or British is under threat”. These views tie in to anti-immigrant sentiment: Polling data make clear that many in Europe have restrictive, exclusionary notions of national identity that could be threatened by the recent wave of immigration. In a 2016 Pew survey, majorities in Hungary, Greece, Poland, Italy, Spain, and the United Kingdom said that to be truly Hungarian, Greek, Polish, and so forth, one needs to have been born in the country.

Polling also shows how views about the past can shape attitudes toward democracy. The 2017 global survey found somewhat less enthusiasm or representative democracy among those who feel that people with whom they identify have not made progress in recent decades. In 23 of 38 nations, those who say that life in their country is worse than it was fifty years ago for people like them are less likely to say representative democracy is a good thing. For instance, 83 percent of Poles who think life is better than it was fifty years ago for people like them believe representative democracy is a good approach; among those who say life is worse, just 62 percent support this form of government.

The negative reaction to increased immigration has clearly had a cultural component in many nations, and fears about growing diversity and immigration from the Middle East and other regions have helped fuel recent upheavals in European politics. As Ronald Inglehart has recently noted, “The immediate cause of rising support for authoritarian, xenophobic populist movements is a reaction against immigration (and, in the United States, rising racial equality)”. And as Inglehart also notes, “Economic insecurity can exacerbate these cultural pressures toward authoritarianism”. Recent debates about the relative power of economic and cultural dynamics as drivers of the rise of authoritarian populism may sometimes miss the degree to which these factors interact with, reinforce, and multiply one another.

The economics versus culture debate may also miss another source of discontent: politics. Survey findings illustrate the many ways people are unhappy with the current functioning of their political systems. When respondents in 36 countries in the 2017 global survey were asked whether they were satisfied with the way their democracies were working, a median of 52 percent said no, while 46 percent say yes. The same survey’s findings regarding the wide appeal of direct democracy further highlight public frustration with representative systems.

People generally like representative democracy in theory, but many are frustrated with it in practice. In surveys, many say that their vote does not give them an adequate voice in national politics, that elected officials do not care what people like them think, and that average citizens could do a better job than elected officials of dealing with their country’s problems.

Moreover, this frustration with the political system is shaping attitudes on a variety of issues. A recent eight-country Pew poll conducted in Europe shows that negative opinions about economic issues and immigration are more common among people disillusioned with representative systems (those who feel that politicians do not care what they think and that ordinary citizens could do a better job than elected officials). And these respondents are considerably more frustrated than others with institutions such as parliaments, banks, the media, and the EU.

Economic and cultural factors -not to mention advancing technology and geopolitical influences- may be contributing to the current backlash against democracy, but there may be more explicitly political causes at work as well. Although few average citizens seem to have given up on representative democracy or the fundamental rights and institutions of liberalism, their frustrations with how political systems are working are clear. These frustrations are manifesting themselves not only in support for new parties and leaders, but also in a willingness on the part of discontented citizens to consider other, sometimes less democratic approaches to governing.

(Richard Wikeis director of global attitudes research at the Pew Research Center in Washington, D.C*.* Janell Fetterolfis a research associate at the Pew Research Center*)*

**La democracia en peligro (al mercado le “gusta” el totalitarismo)**



Como diría Cesar Vidal, “sin ánimo de ser exhaustivos, los hechos son los siguientes”:

Pronto la lógica operativa de los sistemas de decisión basados en IA será inescrutable no sólo para sus usuarios, sino también para sus creadores. Entre otras amenazas, hay un claro riesgo de que los sistemas de IA sean “hackeados” por actores malignos o empleados por terroristas y tiranos.

Cuando el fundador de Facebook, Mark Zuckerberg, Andrew McAfee (del MIT), Lili Cheng (de Microsoft) y otros optimistas de la IA nos aseguran que esta tecnología aportará grandes beneficios, es imposible no hacerse ciertas preguntas ¿Debemos realmente confiar en que la humanidad será capaz de ajustar y solucionar los problemas planteados por la IA conforme surjan?

Parece más prudente prestar atención a modernos pensadores prometeicos como el difunto Stephen Hawking, el fundador de Microsoft Bill Gates y otras 115 importantes figuras del ámbito tecnológico que en 2017 denunciaron la amenaza de las armas robóticas e inteligentes, y advirtieron: “No nos queda mucho tiempo. Una vez abierta esta caja de Pandora, será difícil de cerrar”. Estas inquietudes prometeicas también hallaron eco en Sergey Brin (cofundador de Google) y otros especialistas en ética aplicada a la IA, como Joanna Bryson y Patrick Lin, quienes alertan contra una aceptación irreflexiva de los “dones” de la IA antes de haber concebido el modo de controlarlos.

Careciendo de apoyo para asentar su poder, los alquimistas tecnológicos y los hechiceros de la economía financiera, han decidido inspirar miedo, adicción, y resignación a la sociedad. Están transgrediendo todas las reglas y tradiciones que imperaban en las grandes corporaciones y gobiernos de los países avanzados, llevando la desmovilización política y la privatización de la economía al límite.

Nada de esto ocurre sin el visto bueno de los más poderosos (los que están en la cumbre y disponen de un gran aparato logístico). Los “amos del universo” se unen al “estado profundo” para abolir las libertades civiles y políticas, con todas las herramientas coercitivas posibles.

Gobernantes (por decir algo) incapaces de separar los público de lo privado, causa y efecto de toda clase de corrupciones, sin control político, judicial o cívico, como forma segura de eternizar los días de vino y rosas de la burbuja de las subprime.

Una “operación” tan escandalosa, tan descaradamente mafiosa, tan políticamente manipulada no debería triunfar, a riesgo de convertir a los países avanzados en países del tercer mundo (en vías de subdesarrollo), en pobres repúblicas bananeras, gobernadas por fantoches, donde impera la ley del más fuerte.

El pánico ciudadano está a flor de piel, las presiones son intensas. Sería el golpe de gracia a un sistema económico y político que nos hemos dado, después de siglos de lucha civil y social. Eso es lo que nos jugamos.

Esto es antieconomía y antidemocracia, ingenieros de Silicon Valley y doctores de Wall Street. ¿Capitalismo liberal y democracia iliberal? ¿Puede existir un liberalismo antidemocrático? ¿Para esto sirve la Inteligencia Artificial? ¿Para esto sirve la operativa bursátil de alta velocidad (trading de alta frecuencia)? Inteligencia y velocidad, para mover los hilos de la historia. Inteligencia y velocidad, para establecer una “dictadura” capitalista.

La metamorfosis del Estado (la República soy yo, mi persona es sagrada)

Si los líderes populistas (que es lo que se lleva), no están a la “altura de las circunstancias” (no cumplen con las expectativas de los “mercados”), se recurrirá a unos gobernantes autocráticos, individuos odiosos, serviles con los poderosos, burdos con la gente común, implacables con las víctimas, amenazantes, gritones, camorristas, buscadores de peleas, que estén dispuestos a recurrir a la violencia, a los argumentos de músculo y a la violencia.

Basta con estas “pocas cosas” para que pasemos de la estabilidad mantenida por la separación de poderes y su distribución, la seriedad de los procesos a los poderosos y a los demás, y del reino absoluto de la ley, al odio, la rabia y el auge de los grupos (grupúsculos) que se sienten “empoderados” para despreciar y atropellar las instituciones y las leyes.

Los destructores de la democracia piensan (suponen, desean, intentan), que ni los ciudadanos, ni los jueces, ni la policía serán quienes les vayan a obligar a vivir de otra manera.

La globalización, la financierización, y las nuevas tecnologías, nos llevan a un proceso de “aniquilación” (despotismo), aunque ellos lo llamen “convivencia” (asociacionismo). Para preservar (perpetuar) sus intereses, procuran la “involución” civil, antes que se produzca la “revolución” social. Al mercado le “gusta” el totalitarismo.

**- ¿Se podrá revertir este proceso de “privatización” social?**



Ahora o nunca (¿por qué actúa así el 1% más rico y poderoso de la sociedad?)

A la banca (Wall Street) le resulta difícil repetir la jugada especulativa que llevo a la crisis de las hipotecas subprime (2008) y volver a ser rescatados por los bancos centrales (demasiado grandes para quebrar), socializar las pérdidas y evitar ser enjuiciados (demasiado poderosos para ir a la cárcel). En condiciones normales, “Main Street” (el 99%) no lo aceptaría.

A las grandes tecnológicas (Silicon Valley), se les termina la capacidad de inventar fantasías y que la gente las consuma, sin darse cuenta que están traficando con su intimidad, su libertad y su seguridad. Se les acaba el tiempo de “alegalidad”. Se les reduce el terreno de “mínima fiscalidad”. Se les acorta el plazo de “manos libres”. La gente (el 99%) puede despertar.

Por ello, para seguir “empujando la soga” (fabricar humo), para seguir “arreando a la manada” (vender humo), necesitan unos flautistas de Hamelin, que puedan llevar a los ratones al río, con su música cautivadora. Un ministerio de la verdad, para la mentira (1984).

Ahora o nunca (¿qué posibilidades tiene de reaccionar (actuar) el 99% de la sociedad?)

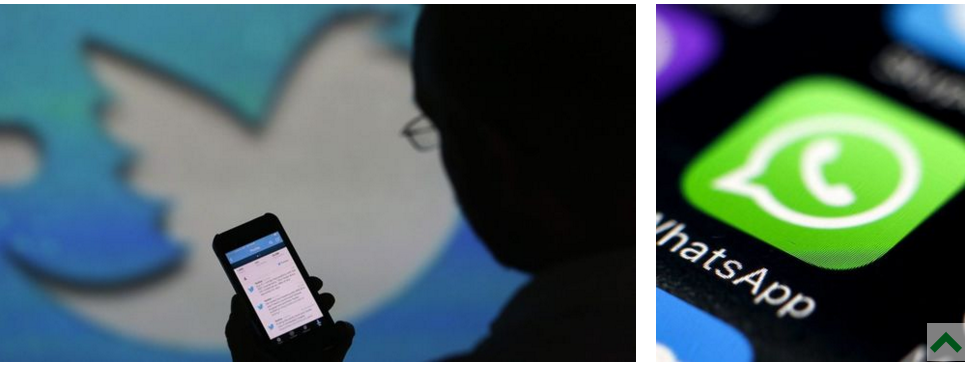
Quedan pocas, muy pocas, probabilidades de reacción. No por falta de tiempo (que también), sino por falta de voluntad (reflexión) del público. No es que no estén (o puedan estar) “indignados”, es que están demasiado drogados, anestesiados, intoxicados, abducidos, sonámbulos, descerebrados… para reaccionar, ante la ignominia y el avasallamiento.

Ya se encargaron los representantes del 1% de transformar en “deudores” o “adictos” al personal, como para que confundan (toleren) la “sopa boba” del dinero plástico y la conectividad, con la libertad, la autonomía y la independencia. El síndrome de la resignación.

Para empezar: habrá que despertar, desintoxicarse, tratar la adicción a las nuevas tecnologías, desarrollar anticuerpos, darse de baja de las redes sociales, no comprar el próximo modelo de iPhone, no descargar tantas aplicaciones, dejar de mirar el móvil todo el tiempo, no mandar o recibir tantos mensajes estúpidos, no pedir crédito, vivir con lo suyo, formar contrapoderes… dejar de tolerar lo intolerable. No ser ciegos voluntarios. Pensar con más de 140 caracteres.

Posible: SI Probable: NO

**- Un recorrido por la Hemeroteca reciente: 2017, populismo - 2018, democracia**

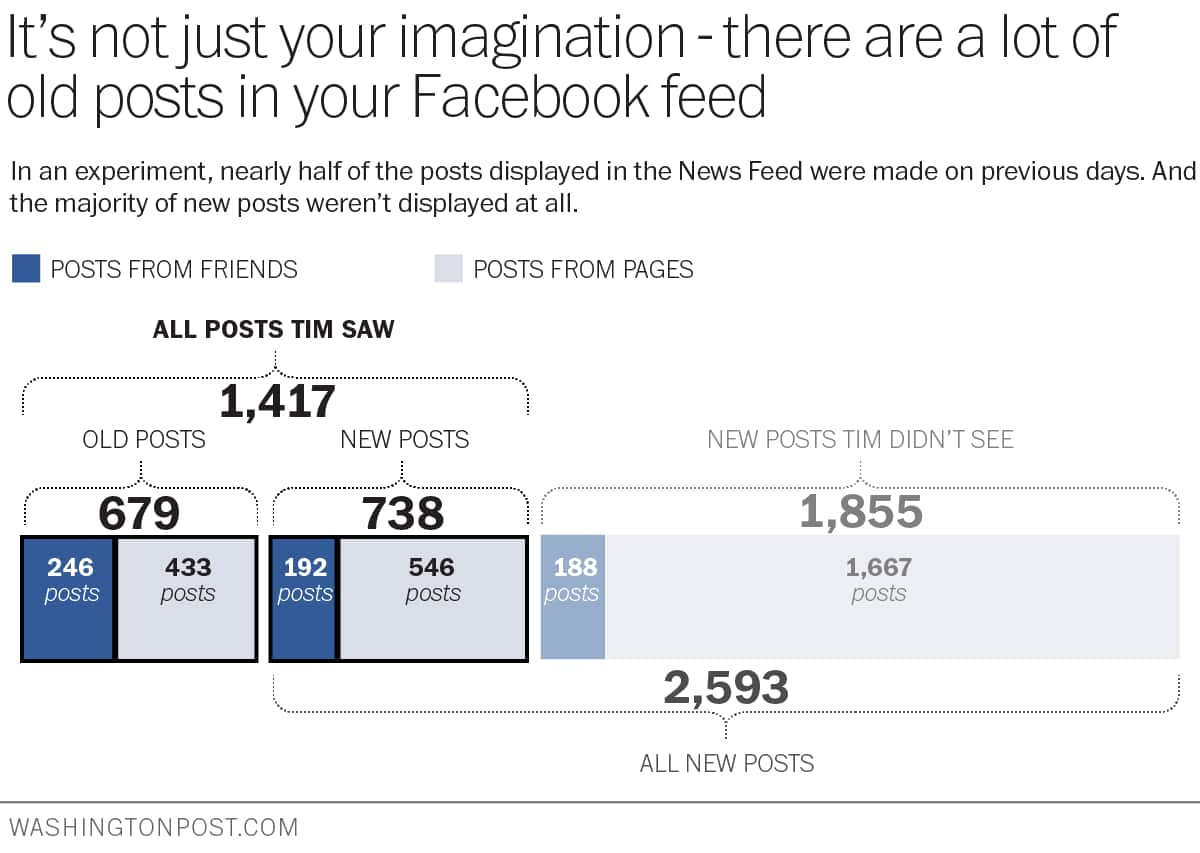


- Las redes sociales no son un peligro para la democracia: el problema eres tú (yorokobu news -**11/4/16**)

**E**l diario The Washington Post publicaba hace unas semanas un artículo advirtiendo del [**potencial peligro para la democracia que podía representar Facebook**](https://www.washingtonpost.com/news/the-intersect/wp/2015/06/03/if-you-use-facebook-to-get-your-news-please-for-the-love-of-democracy-read-this-first/?tid=pm_lifestyle_pop_b).

La tesis de la autora descansaba sobre un estudio del Pew Research que concluía que la gran mayoría de los jóvenes (“millennials”) habían pasado de forma mayoritaria a [**informarse de asuntos políticos a través de la red social**](http://www.journalism.org/2015/06/01/millennials-political-news/), al contrario que generaciones anteriores (“baby boomers”), que lo hacían a través de la televisión.

Eso en sí no sería malo, siguiendo con la visión de la autora, sino fuera porque Facebook no informa de todo: según un experimento que hicieron en su mismo diario, el feed de Facebook [**ocultaba hasta el 72% de las nuevas publicaciones**](https://www.washingtonpost.com/news/the-intersect/wp/2014/08/18/what-facebook-doesnt-show-you/?tid=a_inl) de las fuentes seguidas por un usuario determinado.



Coincidía en el tiempo con la publicación del artículo el anuncio de que quizá Twitter estaría preparando un algoritmo similar al de Facebook que, en lugar de enseñar todas las publicaciones de forma cronológica y en tiempo real, cribaría y enseñaría sólo lo que considerara ‘interesante’ para nosotros.

Al final la cosa ha quedado sólo en una pestaña que activa una visualización de los contenidos más interesantes (acorde al algoritmo de turno) que se publicaron mientras no estábamos conectados, una especie de “cosas que te perdiste [**mientras estabas fuera**](https://blog.twitter.com/2015/while-you-were-away-0)”.

También hace unas pocas semanas Instagram -propiedad de Facebook- anunció que [**iba a introducir un algoritmo para “seleccionar” las publicaciones**](http://www.nytimes.com/2016/03/16/technology/instagram-feed.html?_r=1) que nos enseña, en lugar de mostrar todo tal y como hace hasta la fecha. La reacción airada de la gente hizo que detuvieran -de momento- su implantación, pero acabará llegando.

La explicación de por qué las redes sociales “filtran” el contenido es sencilla: tendemos a relacionarnos con tanta gente y somos tan activos en redes que la gran mayoría del contenido es ruido. Y nada interesa menos a una de estas potentes empresas que perder la atención de sus usuarios.

La preocupación, claro, viene por saber cómo se criba el contenido, cómo se decide qué es interesante y qué no. Y cuando hablamos de las fotos de nuestra expareja puede que no sea algo determinante, pero -volviendo al primer artículo del Washington Post- cuando un porcentaje mayoritario de la gente se informa de política a través de las redes sí puede ser problemático.

**¿Algoritmos o sesgo humano?**

Cabría hacerse entonces la siguiente pregunta: ¿es más preocupante la ‘selección’ que hace un algoritmo que la que hace la propia persona?

Porque sí, las personas también cribamos, y de forma mucho más acusada que estas compañías que nos proporcionan el contenido. Valga como ejemplo otra de las teorías que se achacan a las redes sociales para tratar de demostrar que nos ofrecen una visión sesgada de la realidad: la llamada “[**ilusión de la mayoría**](http://arxiv.org/pdf/1506.03022v1.pdf)”.

La teoría, de origen matemático, viene a decir que en entornos como los de las redes sociales, se sobredimensionan las cosas que defienden o hacen [**aquellos usuarios con muchos seguidores**](http://www.cienciaxplora.com/divulgacion/matematicas-redes-sociales-muro-facebook-engana_2016011200179.html). Lo que en teoría de comunicación se conoce como “líderes de opiniones” y en redes se ha llamado “influencers”. Esta teoría explicaría, por ejemplo, las distorsiones de percepción en procesos electorales del estilo “¿cómo es posible que no hayan ganado estos, si todo el mundo en mi “timeline” iba a votarles?”

Ante esa pregunta, además, caben varios matices. Por ejemplo, otra teoría de la comunicación, la de la espiral del silencio de Elisabeth Noelle-Neumann, que indagaba en cómo la gente con opiniones minoritarias tendía a no expresar su forma de pensar por miedo a las represiones sociales, o incluso a simular su apoyo a esas opiniones mayoritarias. Eso, obviamente, también distorsiona -y de forma muy complicada de medir- la realidad en comparación con lo que se dice públicamente en foros como redes sociales.

**Intolerancia a la discrepancia**

Pero antes incluso que eso hay otro “pero” importante: no son las redes sociales las que nos meten en una burbuja en la que todo nuestro entorno parece opinar como nosotros, ni tampoco son una fuente más distorsionada de la realidad por culpa de los algoritmos. En realidad, todo en nuestro entorno lo hemos construido con el propósito de eliminar la exposición a las discrepancias.

Lo planteó hace décadas Paul Watzlawick, autor de un libro llamado “How real is real?” en el que planteaba precisamente que los medios de comunicación [**no transmitían una imagen fidedigna de lo que sucedía**](https://www.yorokobu.es/lo-que-cuentan-los-medios-no-es-real/), sino una imagen mediada (de hecho, es un juego de palabras peculiar eso de los “medios” de comunicación y la “mediación” informativa). Según exponía, los sucesos se cribaban, seleccionaban y componían teniendo en cuenta [**criterios ideológicos**](https://www.yorokobu.es/quince-maneras-de-enganarte/), económicos, de proximidad y un sinfín de condicionantes más.

Y eso sin tener en cuenta nuestras propias limitaciones perceptivas: tendemos a construirnos imágenes de la realidad que no se corresponden con lo que nos rodea. Pensamos, por ejemplo, que hay más inmigrantes de los que hay, que el dinero se reparte mejor o que [**juzgamos los eventos mejor de lo que lo hacemos**](https://www.yorokobu.es/expectativas-vs-realidad-las-cosas-no-son-como-crees/).

En realidad, la construcción tecnológica actual no es más que un reflejo de esa intolerancia a la discrepancia: nos rodeamos de gente que tiende a pensar como nosotros, buscamos pareja en nuestras comunidades cercanas y educamos a nuestros descendientes a nuestra imagen y semejanza. Nuestra sociedad está llena de esos “nodos de socialización” que perpetúan esa homogeneización: colegio, trabajo, ciudad, cultura, posición económica, ideología…

Si lo piensas, compramos las marcas que conocemos -y no las otras-, nos preocupamos por las noticias que salen en los medios -las demás no existen- y creemos que nuestra media naranja es alguien que, en realidad, es un calco sociológico de nuestro entorno y gustos.

La tecnología repite ese esquema. Creemos que internet es todo lo que nos enseña Google -cuando la mayor parte de la Red [**permanece oculta al común de los usuarios**](http://hereandnow.wbur.org/2013/11/08/the-deep-web)-. Creemos que el buscador responde a nuestras preguntas, cuando en realidad “premia” nuestras búsquedas recurrentes porque ante un resultado que la gente “premia” pinchando el algoritmo entiende que el proceso ha sido satisfactorio y lo promociona.

Leemos los medios que coinciden con nuestra ideología, vemos los programas que no vulneran nuestros principios vitales, consumimos los productos que nos recomiendan y escuchamos la música que nos ponen en todas las emisoras y locales. La repetición es la forma en la que nos relacionamos con la realidad, y es esa repetición la que nos aleja de la realidad: las redes sociales y los algoritmos sólo lo hacen de la misma forma que nosotros les enseñamos a hacer.

- “El momento María Antonieta” o el duro ataque de “Financial Times” a las élites (El Confidencial - **30/11/16**)

(Por Esteban Hernández)

Un artículo publicado en “Financial Time”' pone de relieve la gran disfunción de nuestro sistema: la incapacidad de quienes lo dirigen de tomar las decisiones correctas

Debería ser un momento de cambio de rumbo en la UE. El aumento en popularidad y voto de los partidos populistas, las tensiones económicas, las dudas sobre el euro y demás elementos de nuestra actualidad parecen obligar a un giro en las políticas que se siguen si se quiere tener una UE fuerte (o, si apuramos, si se desea que no se rompa). Sin embargo, nada apunta a ello.

La capacidad de autocorrección del sistema, algo indispensable en cualquier régimen político y económico para su supervivencia, parece estar bajo mínimos, tal y como apunta un expresivo artículo publicado en “Financial Times”, de título “El momento María Antonieta de las élites”. La ceguera de quienes toman las decisiones, que acaba instigando aquello de lo que querían defenderse, no ha sido infrecuente a lo largo de la historia. Y hoy, subraya Wolfgang Münchau, su autor, estamos en uno de esos instantes.

Un equilibrio extraño

Hasta la fecha, las democracias occidentales habían sabido canalizar el descontento y lidiar con sus contradicciones sin necesidad de cambiar de rumbo. Hoy no es así: el crecimiento de los populismos, que han conseguido dar sentido a los sentimientos y aspiraciones sociales de buena parte de las poblaciones europeas, así como su impulso “antiestablishment”, apunta claramente a que el escenario ha cambiado. El Brexit y Trump son buenos ejemplos.

Europa es una tecnocracia, basada en las prescripciones de los macroeconomistas, cuyas directrices están provocando notables tensiones. Ocurre entre países, ya que el Estado que sale ganando con la dirección de la actual UE es Alemania, mientras que los perjudicados somos los países del sur, y cada vez más. Grecia no va a levantar cabeza, los bancos italianos seguirán sometidos a mucha presión porque no se confía en ellos, probablemente con razón, la deuda española sigue aumentando, con el coste para el futuro inmediato que se deriva de ello, y Francia está siendo instigada para que se someta a reformas cada vez más profundas. Es evidente que Le Pen o Beppe Grillo se apoyan en este contexto. Pero, al mismo tiempo, los países más ricos también se ven amenazados en su nivel de vida: los efectos de esta transformación liderada por los expertos económicos generan problemas entre sus poblaciones, en especial entre las clases medias y las populares, lo cual abona el terreno para nuevas formaciones políticas.

El núcleo ideológico

En un entorno en el que hay menos empleo, salarios más bajos, menos prestaciones sociales y una perspectiva de futuro mucho más débil, ha crecido una forma de entender la sociedad que se apoya en dos ideas clave: “Nuestro país, para sus nacionales” y “Europa nos perjudica”. En sus distintas formas, este núcleo ideológico, al que se suma la recuperación de un pasado económicamente mejor y un futuro nacional al que se pueda mirar con orgullo, está reorientando la política europea.

Este es el telón de fondo en el que se desenvuelve nuestro continente, y esta es la clase de sentimientos y aspiraciones a los que las élites políticas y económicas no están sabiendo dar salida. En gran medida, porque sus formas de reaccionar resultan sorprendentemente torpes. Una vez más, el Brexit y Trump han sido buenas muestras de esta particular ceguera, que piensa que haciendo lo mismo que en el pasado, pero más intensamente, los problemas desaparecen. Como hasta ahora la táctica había sido señalar al adversario como potencialmente peligroso para el bien común, como alguien mentiroso, desinformado, iluso o ambicioso, o todas esas cosas a la vez, y les había funcionado, pensaron que actuando del mismo modo y apretando el acelerador, las opciones de triunfo de los rivales se desvanecerían.

En el referéndum británico y en sucesivos procesos electorales europeos, hemos visto un “establishment” coagulado y vociferante que se agarraba a las fórmulas del pasado y que trató de generar miedo en la población. Eso funciona cada vez peor, y en algunos casos resulta claramente perjudicial: en lugar de mitigar el poder de los rivales, contribuyó a reforzarles. No se dieron cuenta de que los votantes querían que las cosas cambiasen, y que cuanto más se mostrasen como el “establishment”, como lo de siempre, más animadversión provocaba.

Defender su poder

Las reacciones están siendo muy torpes en lo político. Ante la grave situación italiana, un país que fue sometido a un especie de protectorado en la etapa de Mario Monti (antes, cuando querían pacificar un Estado, ponían al frente a un militar, hoy a un tecnócrata económico) y que continúa en cierta forma en él, lo que ha hecho Renzi no ha sido combatir los problemas de su país, sino trazar una reforma electoral para perjudicar a Cinque Stelle. En Francia, la elección de François Fillon llevaría, si concurrieran él y Le Pen en segunda vuelta, a que el electorado de izquierdas y el centrista tuvieran que elegir entre lo malo y lo peor, sin identificar bien qué es qué, lo que animaría mucho las posibilidades de Le Pen. En España, no hay un partido populista de derechas mínimamente fuerte, pero si existiera, tendría muchas más opciones de las que creemos.

Tampoco las reacciones económicas están siendo muy afortunadas, ya que las políticas que se siguen amenazan con provocar más tensiones sociales, lo que aumenta esa desigualdad creciente. Como recuerda Wolfgang Münchau en su artículo, lo lógico sería “dejar de insultar a los votantes, resolver los problemas de un sector financiero fuera de control, los flujos incontrolados de personas y capitales y la distribución desigual de los ingresos”. No es así, por lo que “ocho años después, todavía hay inversores que están apostando por un colapso de la zona euro”.

Negar la realidad

Del mismo modo que Renzi ha aprovechado su capital político para consolidar su poder en lugar de arreglar Italia, Merkel ha optado por hacer lo mismo con la influencia de Alemania sobre sus socios, lo cual genera múltiples crisis en la zona euro. Las élites, en lugar de resolver los problemas que alimentan el extremismo, han decidido encender más fuegos.

La UE necesita dar un rumbo, pero siguen anclados en el mundo ficticio de la macroeconomía, encerrados en ese confortable castillo de grandes certezas, y pensando que lo que ha fallado no son sus fórmulas, sino el no aplicarlas lo suficiente o lo suficientemente bien. Los hechos políticos y sociales lo desmienten. Que medios como “Financial Times” estén insistiendo en esto, y que haya muchas voces moderadas y prosistema que lo subrayen, debería ser una señal inequívoca de que el sistema debería empezar a autocorregirse. Pero no hay ninguna pista que indique que las élites estén dispuestas a entender lo que ocurre y a ponerle solución. Más bien están rebelándose contra sus intereses a través de la negación continua de la realidad.

- Las batallas electorales que redefinirán el paisaje político de Europa en 2017 (BBCMundo - **2/1/17**)

(Por Pablo Esparza)

El paisaje político de la Unión Europea se transformó radicalmente en 12 meses: el primer ministro británico David Cameron dimitió. También lo hizo italiano, Matteo Renzi. Y el presidente francés, François Hollande, anunció su despedida. Además, Reino Unido, uno de los miembros clave de la Unión, dijo adiós al grupo.

**2016 fue sin duda un año de cambios en Europa. 2017 puede ser crucial.**

Francia y Alemania, los dos principales países del bloque por población y peso económico y político, renovarán sus gobiernos en mayo y septiembre respectivamente.

También lo harán Holanda en marzo y República Checa en octubre.

Y en Italia, el futuro político es incierto después de la renuncia de Renzi tras perder el referendo de reforma constitucional celebrado el pasado 4 de diciembre. Si no se logra la formación de un nuevo gobierno, también la tercera economía de la eurozona podría convocar elecciones anticipadas en 2017.

La “batalla” por París

Sin embargo, por el momento, parece ser en París donde se juega la partida política más compleja.

“Gran parte de la atención estará puesta en Francia. El Frente Nacional es una amenaza potencial para los partidos tradicionales en las elecciones presidenciales. Han adoptado una posición muy euroescéptica y Marine Le Pen habló de un referendo sobre la permanencia en la Unión Europea. En el clima político actual no se puede saber qué sucederá, pero si ocurriera, sería muy perjudicial para la UE”, dice Thomas Christensen, profesor de ciencias políticas de la Universidad de Maastricht, en Holanda.

“En cambio, en Alemania, uno esperaría un mayor grado de continuidad tras las elecciones. Aquí, que el gobierno actual cambie es bastante improbable”, agrega en conversación con BBC Mundo.

En Francia, la primera vuelta de las elecciones presidenciales tendrá lugar el domingo 23 de abril. El balotaje se celebrará el 7 de mayo.

¿Una presidenta de ultraderecha?

El actual presidente, el socialista François Hollande ya anunció que no concurrirá a los comicios. Pero su partido, que celebrará las primarias en enero, aún no tiene candidato.

François Fillon, candidato de los republicanos, el principal grupo de la oposición conservadora, lidera las encuestas con algo menos del 30% de intención de voto. A un solo punto se sitúa Marine LePen, del ultraderechista Frente Nacional.

De mantenerse esta tendencia en los próximos meses, Francia se verá abocada a una segunda vuelta que en enfrentará a quien fuera primer ministro entre 2007 y 2012 durante la presidencia de Nicolas Sarkozy y a la hija del histórico líder ultraderechista Jean Marie Le Pen.

Ante ese escenario hipotético, los expertos consultados creen improbable que Le Pen alcance la presidencia francesa.

“En Francia, el hecho de que haya dos vueltas presidenciales hace mucho más posible que haya un pacto entre el resto de fuerzas para no apoyar al candidato de extrema derecha”, apunta Pol Morillas, investigador principal sobre Europa del Centro para Asuntos Internacionales de Barcelona (CIDOB).

Xenófobos y euroescépticos

El crecimiento de los movimientos ultraderechistas de carácter xenófobo y generalmente euroescépticos planea sobre las principales citas electorales europeas en 2017.

Sin embargo, señalan los expertos, el factor “sorpresa” propio de los referendos -donde se elige únicamente entre dos opciones- es menor en las elecciones generales o presidenciales. En estas, el voto puede ser más variado y se abre después la posibilidad de establecer coaliciones y pactos.

Y este proceso reduce las opciones de llegar al poder de los grupos de extrema derecha. No solo en Francia.

“En Holanda es muy probable que Wilders (líder del ultraderechista Partido de la Libertad) saque un buen resultado. Pero el sistema ultraproporcional holandés permitirá pactos que podrán dejar fuera del gobierno y de la influencia directa a la extrema derecha”, indica Morillas.

“En el caso de Alemania es poco probable que Alternativa por Alemania (otro grupo de ultraderecha) tenga un peso fuerte. Por el momento parece que Angela Merkel continuará siendo canciller”, afirma.

Sondeos recientes otorgan una amplia ventaja a la actual mandataria con un 35% de intención de voto frente al 22%del Partido Socialista Alemán y el 13%de Alternativa por Alemania.

Problemas que traspasan fronteras

Pero, ¿cuáles son los grandes temas de fondo de estas elecciones? ¿Existen asuntos que afecten al conjunto de Europa que vayan más allá del interés nacional y de las fronteras estatales?

“Mirando a la UE en su conjunto, uno ve cuestiones compartidas: las desigualdades sociales y las políticas de austeridad por un lado y la inmigración e integración de minorías por otro. Ambos asuntos se asocian a la pertenencia a la UE. De hecho, existe una tendencia común donde los movimientos populistas intentan vincular Europa con los desafíos a las que se enfrenta la población en cuestiones internas de los países”, indica Christensen.

¿Por qué el populismo está en auge en Estados Unidos y Europa?

El profesor Richard Whitman, director del Centro Europa Global de la Universidad de Kent, en Reino Unido, coincide en que las actitudes frente a la inmigración y los demandantes de asilo serán cuestiones electorales clave.

Y suma dos temas de política exterior a la lista de preocupaciones comunes europeas.

“Las relaciones con Estados Unidos, que quizá no será un gran tema de campaña, pero será importante para las personas que resulten elegidas: cómo se quieren relacionar con el gobierno de Trump. Y otra cuestión será probablemente el Brexit. Tampoco como tema principal de campaña, pero sí en relación a cómo se gestionará la salida de Reino Unido de la UE. Hay partidos, como el Frente Nacional, que harán campaña por establecer una relación diferente entre Francia y la UE si ganan. Y esta es una cuestión existencial para la UE”, sugiere.

Los (inesperados) efectos del Brexit

La inesperada victoria del sí en el referendo sobre la salida de Reino Unido de la UE, celebrado en junio de 2016, fue el mayor triunfo de los euroescépticos hasta la fecha.

En los meses siguientes se habló de una crisis profunda en el proyecto europeo. Sin embargo, medio año después, el resultado del Brexit podría tener un efecto contrario dentro de la Unión.

“El referendo en Reino Unido y los problemas que ha desencadenado está siendo un toque de atención para la población en toda Europa. Según las encuestas que vi, desde el verano, las actitudes hacia la UE son más positivas. La gente se dio cuenta de qué está potencialmente en juego si se abandona la UE”, sugiere Christensen.

“Creo que lo que uno espera de 2017 desde el punto de vista de la UE ver si realmente los tres grandes países que quedan después del Brexit, Francia, Alemania e Italia, seguirán siendo apoyos estables del proyecto europeo. En este sentido, 2017 es un año muy decisivo para la Unión”, concluye el experto.

- Un Davos cada vez más irrelevante busca “frenar el populismo” (Gaceta.es - **19/1/17**)

“Davos está deshaciendo las naciones, los pueblos y las democracias para dejar el campo abierto al libre mercado, a los financieros y al multiculturalismo obligatorio”, ha declarado la líder del Frente Nacional, Marine Le Pen.

(Por Carlos Esteban)

“Vamos a seguir manteniendo nuestra posición de liderazgo”, estaba diciendo el vicepresidente saliente de Estados Unidos, Joe Biden, ante su audiencia en el Foro Económico Mundial cuando se fue la luz del estrado y quedó a oscuras. Y esta anécdota es tan buena como cualquier otra para describir las penumbras que se ciernen sobre el panorama mundial o, por mejor decir, sobre todo lo que representan los líderes reunidos en Davos.

“Davos está deshaciendo las naciones, los pueblos y las democracias para dejar el campo abierto al libre mercado, a los financieros y al multiculturalismo obligatorio”, ha declarado la líder del Frente Nacional, Marine Le Pen. Y aunque lo que dice la candidata a la Presidencia de la República Francesa es innegable como proyecto e intención, empieza a encontrar una seria resistencia gracias a personas como, precisamente, la propia Le Pen.

Davos es un tranquilo y encantador pueblecito suizo que cada año acoge al Foro Económico Mundial, que reúne a la plana mayor de quienes cuentan en el mundo, por resumirlo mucho. Lo que se cuece en Davos sí sale de Davos, al revés de lo que se suele decir de Las Vegas; de hecho viene a ser como la Semana de la Moda en tendencias políticas, geopolíticas y económicas que afectan al mundo entero.

Pero este año hay una novedad muy interesante, a saber: por primera vez, los que están triunfando en la palestra internacional son los que están fuera, mientras que la visión de los que están dentro parece cada día más ajada, impopular y seriamente desafiada.

Porque, digámoslo de una vez, Davos es uno de los grandes escaparates del globalismo, donde se reúnen los líderes que quieren abolir las fronteras nacionales como otros tantos obstáculos al comercio y las finanzas internacionales. Y si desde que tengo noticia se ha vendido como una especie menor de Internacional Capitalista, en esta edición no es precisamente la izquierda lo que quita el sueño a los jerarcas confortablemente alojados allí.

Dice volúmenes sobre lo confuso de la situación que el gran adalid de la libertad de comercio en esta edición sea Xi Jinping, el presidente de una gigantesca república aún gobernada por el Partido Comunista. De hecho, John Neil, CEO de la empresa británica de logística Unipart, comentó así las palabras del líder chino: “Llevo años viniendo a Davos y este es el tipo de discurso que solía dar un presidente norteamericano”.

Hace solo diez años la ironía hubiera hecho reír a muchos; hoy todos coinciden en que la cosa no tiene maldita la gracia.

Naturalmente, aunque el orden del día sea en apariencia variado, hay en realidad un punto único: parar el “populismo”, que es el término que se ha generalizado entre nuestras élites para definir cualquier movimiento político que ponga en peligro el proyecto globalista, que podría perfectamente llamarse Proyecto Davos. Ver a un puñado de millonarios perplejos debatiendo qué hacer con una clase media inexorablemente menguante entre canapé y canapé es la imagen de la decadencia de un modelo. Si el estancamiento de los salarios y la reducción del empleo que afectan a las clases medias tienen una respuesta, es dudoso que personajes tan aislados del mundo real como Christine Lagarde, directora del Fondo Monetario Internacional, el ministro italiano de Finanzas Pier Carlo Padoan y el presidente de Bridgewater Associates, Ray Dalio, sean los más indicados para dar con la respuesta adecuada.

El Foro es, sin más, este año un desesperado intento por encontrar un líder que consiga aunar las espectaculares fuerzas del sistema contra la gran amenaza que en unos días ocupará la presidencia de Estados Unidos y que amenaza al Elíseo y quién sabe cuántas cancillerías europeas más, quizá la propia continuidad de la propia Unión Europea, que se tambalea tras el “Brexit” -que Theresa May ha optado por aplicar “por las bravas”- y el referéndum italiano.

Y es bastante sintomático que parezcan haberlo encontrado en el líder del país que ha encontrado la cuadratura del círculo, el modo de compatibilizar una tiranía de partido único con un capitalismo desatado y vibrante. Quizá porque, después de todo, ese es el futuro con el que sueñan.

**Lecciones de liberalismo chino**

Cosas veredes que farán fablar las piedras. Con los republicanos yanquis y los conservadores ingleses, los dos grandes mentores intelectuales del revival de la ideología del libre mercado cuando los ochenta, compitiendo ahora por ver cuál de los dos echa más paladas de estiércol y olvido sobre la tumba de Adam Smith, resulta que el único defensor con mando en plaza que le queda al orden surgido de la globalización es el camarada secretario general del Partido Comunista de la República Popular de China, Xi Jinping. El mundo al revés: mientras al presidente de los Estados Unidos y Mercantilistas de América ya solo le falta redactar un tuit a las cinco de la madrugada reivindicando las bondades del Arancel Cambó y el añorado fielato de la puerta de la muralla de Lugo, el camarada Jinping se deshace en encendidos elogios al capitalismo desregulado, el puro y duro, ese mismo al que en tiempo no tan lejano se le solía llamar salvaje, todo ello en la genuina Capilla Sixtina de los dueños y señores del gran capital: el Foro de Davos. Bonitas, enternecedoras palabras, las del camarada Jinping, que, sin embargo, nada tienen que ver, ¡ay!, con la realidad.

El gran mito de la globalización es la creencia, tan extendida como infundada, de que la adopción de los principios del libre mercado ha sacado de la pobreza a millones de personas de los llamados países en desarrollo. La verdad es que ha ocurrido justo lo contrario: ha sido el deliberado y sistemático incumplimiento de las normas del libre mercado por parte, sobre todo, de los gobiernos de China e India lo que facilitado el crecimiento espectacular de esos dos países, los que por su tamaño determinan la tendencia de las estadísticas internacionales de desarrollo. Así, China no ha cumplido jamás, ni antes ni ahora, esos deportivos principios que con tan impostada devoción invoca el camarada Jinping. No los cumplieron antes, cuando consiguieron romper las cadenas que los ataban al subdesarrollo crónico merced a un exhaustivo arsenal de medidas hiperproteccionistas que iban desde los aranceles ubicuos y los contingentes sistemáticos al dumping y la piratería masiva de la propiedad intelectual ajena. Y siguen sin cumplirlos ahora, cuando Pekín, tras haber concedido obedecer las normas librecambistas de la Organización Mundial del Comercio impuestas por Occidente, volvió a hacer lo mismo de siempre, pero esta vez con su moneda. Es de sobra sabido que la permanente manipulación a la baja del renminbi para favorecer las exportaciones, tarea que el Partido Comunista encargó al Banco Nacional de China, quien lleva más tres lustros forzando a diario su depreciación ficticia en los mercados monetarios, amén de constituir un cotidiano corte de mangas a la libre concurrencia, fue una de las concausas que provocaron el derrumbe de la economía mundial el 2008 (el desmedido superávit comercial del 11% a que llevó la depreciación china generó un desequilibrio crítico en el comercio internacional que aún hoy persiste). Lo dicho: cosas veredes.

**La hora de los nacional-populistas**

Cuando acabamos de entrar en el noveno año de la Segunda Gran Depresión, los paralelismos con la de 1929 comienzan a revelarse tan obvios como inquietantes. Aunque hay un par de ellos que resaltan por encima de los demás: por un lado, el retorno a escena, ya sin ambages ni disimulos cosméticos, del proteccionismo, la vieja estrategia del enroque nacionalista y el sálvese quien pueda; por otro, la renovada constatación, casi un siglo después, de que solo la extrema derecha, en sus muy variadas mutaciones locales, parece poseer una estrategia económica alternativa a la del *establishment*. Algo que, exactamente igual ahora que en la década de los treinta, redunda en la práctica **desaparición de la socialdemocracia**, como entonces también huérfana de un discurso propio, del tablero político en la mayoría de los países. En ese sentido, el caso británico resulta paradigmático. Tras el triunfo arrollador en 1997 de Tony Blair y su Tercera Vía, una asunción tácita por parte de los laboristas de los grandes ejes programáticos y filosóficos del thatcherismo, la izquierda perdió tres millones de votos en las siguientes elecciones, y otro millón de sufragios más en 2005.

Como en los tiempos del exlaborista Mosley y su Unión Británica de Fascistas, la clase obrera inglesa comenzaba a sentirse otra vez políticamente huérfana. Y ahí estaban Nigel Farage y su UKIP para apadrinarla. De idéntico modo que el Frente Nacional en Francia o Trump en Estados Unidos, el UKIP arraigó de modo súbito entre las capas populares, sobre todo entre sus estratos de mayor edad y menos formados, el sector social que se ve más expuesto a la competencia de los inmigrantes y a las contingencias erráticas de la globalización. He ahí la base tradicional de la izquierda que ahora, y en ambas orillas del Atlántico, se siente despreciada e ignorada por las elites, incluidas las de sus tradicionales partidos de referencia. Efecto inmediato, pese a que la distorsión que introduce el sistema electoral británico impide verlo en el Parlamento, el UKIP ya supera el 20% de los sufragios en todos los distritos del norte de Inglaterra, desde siempre el feudo histórico de los laboristas. Por eso el Partido Conservador resulta ahora mismo tan y tan irreconocible: **le han visto las orejas al lobo**.

**Trump y una oportunidad para Europa**

No conocemos la política que EEUU desarrollará durante los próximos meses y años, pero es evidente que será una política diferente; Europa también está sumida en una crisis de identidad y también tiene que alumbrar un camino diferente.

Donald Trump se está convirtiendo día a día en el paradigma de los caminos paralelos por los que discurre la realidad social y la comunicación política, esos que convergen solo cuando se producen cambios de rumbo. Esta distancia me reafirma en la idea de que políticos y ciudadanos nos movemos por registros y vías muy diferentes. Europa aplaude el discurso público de Obama pero, desde este viernes, Trump será el nuevo Presidente de los Estados Unidos. Hemos escuchado una frase reiterada por analistas, políticos y periodistas: “Esto no puede pasar”, pero es “esto” precisamente lo que va a pasar y la cuestión merece una reflexión en profundidad.

Nadie en Europa pensó que Trump podía representar una amenaza real. Se pensaba que su campaña quedaría en una mera anécdota, más propia de un episodio de Los Simpson que de un libro de crónica política, pero no cabe duda de que el viernes pasaremos de lo anecdótico a lo histórico sin haber sido capaces de anticiparlo. Las encuestas, la sociología o, incluso, la propia demografía de nada han servido para adelantar los resultados de la campaña americana, en la que los ciudadanos no han votado ideas, no han elegido propuestas, no se han dejado llevar por argumentos, porque allí solo había emociones. El candidato republicano ha tenido la capacidad de apelar al lado menos racional y más sentimental de los votantes; ha sabido despertar el miedo, recordar la decepción, amplificar el enfado y suscitar el odio. Ha acertado a gestionar estas emociones con un resultado óptimo para sus intereses. Ha jugado y ha ganado.

Mientras, su oponente, la candidata con mayor experiencia política, a pesar de contar con el apoyo de los editoriales de los principales periódicos, de los intelectuales, de los nombres más emblemáticos en la industria cinematográfica y, sobre todo, de ese referente de la esperanza del cambio hecha realidad como es el Presidente Obama, fue incapaz de motivar a sus seguidores.

Hillary Clinton fue vista como la candidata del establishment, de las élites. Representaba a la política y a los políticos tradicionales, aquellos que habían fallado a la clase trabajadora, aquellos que habían sido incapaces de ofrecerles soluciones y, paradójicamente, su oponente, un empresario sin escrúpulos, misógino y racista, lograba el favor de la mayoría para ser elegido Presidente. Clinton fue incapaz incluso de consolidar el voto demócrata que había confiado en Barack Obama. Lo cierto es que Donald Trump, con un lenguaje sencillo y visual, sin un ápice de corrección política, haciendo valer su condición de outsider alejado de las elites de Washington, supo atraer el voto de millones de ciudadanos.

Como dice James Ellroy, “la hagiografía convierte en santos a los políticos mediocres y corruptos, y reinventa sus gestos más oportunistas para hacerlos pasar por acontecimientos de gran peso moral”. Tal vez vaya a ser también el caso del Presidente Trump. De cualquier modo, sea cual sea su verdad, lo cierto es que su irrupción ha generado un cambio de rumbo y a este lado del Atlántico comenzamos a pensar en las innumerables incertidumbres que su Administración va a suscitar. Muy especialmente desde el punto de vista de la seguridad global.

Iniciamos un periodo de interrogantes. Un periodo en el que la “condición crítica”, el “estado de emergencia” de la política internacional marcará, sin duda, la agenda de los problemas globales, que solo pueden encontrar una solución multilateral. El horizonte europeo se dirime en un espacio que es abierto y compartido, ya no hay bloques ni decisiones unilaterales. El mundo es multipolar y nuestra prosperidad y nuestra seguridad van a depender del papel que queramos o, más bien, que seamos capaces de jugar en este nuevo escenario. La cuestión fundamental es si vamos a tener la destreza, a este lado del Atlántico, de liderar el futuro y convertir la era Trump en una oportunidad para nuestros ciudadanos. Nuestra obligación es aprovechar ese vacío y encabezar un proceso de globalización que se asiente en un ideario más humano y más social; tratando de revertir la nefasta tendencia actual y logrando que la diferencia entre las clases más pudientes y las clases medias sea cada vez menor.

Tal y como se comprometieron hace unos meses los líderes europeos en Bratislava, debemos ofrecer a nuestros ciudadanos la visión de una UE atractiva que pueda inspirarles confianza y ganar su apoyo. Es necesario, para ello, un cambio radical en los proyectos de seguridad europeos y en el presupuesto que se dedica a los mismos. Esto sólo va a ser posible si ponemos las bases para avanzar en la construcción de un espacio común cuyo centro sean las personas, más allá de los Estados; en una Europa de los pueblos, consciente de que la diversidad de identidades, la pluralidad de lenguas y culturas es en realidad nuestro mayor activo para la convivencia y para compartir un proyecto común. Nos corresponde avanzar desde la integración y devolver el protagonismo a 500 millones de ciudadanos con un proyecto creíble que impulse los cauces adecuados para alcanzar la máxima legitimidad democrática.

Es evidente que los europeos no somos inmunes a un populismo que encontró en el desencanto de la crisis de 2008 el terreno más propicio para su expansión. Podríamos enumerar líderes políticos en Francia, Holanda, Hungría, Italia, Austria o Alemania que guardan enormes similitudes con el magnate americano y con lo que representa. Lo que algunos medios han calificado como “Euro-Trumps” no difiere mucho de ese populismo xenófobo, impostado y proteccionista basado en el discurso del miedo. Donald Trump es un modelo para estos movimientos anti europeístas pues ven en él el primer eslabón de una cadena de cambios. Por eso es precisamente inquietante la frase con la que Marine Le Pen saludaba su triunfo no como “el fin del mundo sino como el fin de un mundo”. Imagino que la dirigente del Frente Nacional estaría pensando en ese mundo que anhela, cerrado e insolidario, basado en enfatizar la divergencia y enfrentar a las sociedades, en polarizar y generalizar la distancia entre el “nosotros” y el “ellos”, un mundo que crece a costa de criminalizar al diferente.

Todavía guardo en la retina la imagen de Trump y Farage aplaudiendo el resultado del referéndum sobre el Brexit. Desde luego hay una enorme incertidumbre sobre los objetivos políticos del nuevo inquilino de la Casa Blanca, pero lo que nadie duda es de su desprecio hacia lo que la Unión Europea representa y su hostilidad hacia el espacio de prosperidad que constituye, de ahí que se haya convertido en uno de los principales respaldos de la salida de los británicos del Club de los 28 y no haya dudado en alentar la partida de nuevos países del bloque. El nuevo presidente norteamericano ha manifestado en numerosas ocasiones que una de sus prioridades será firmar un acuerdo bilateral, transparente y justo con el Reino Unido, con el enorme coste político y económico que esto puede representar para el resto de europeos.

No podemos ignorar este desafío. Pese a todas las imperfecciones de nuestra Unión, del malestar profundo de nuestros ciudadanos, de la fragmentación y de la desconfianza, es el momento de consolidar y fortalecer nuestras instituciones y, desde los valores que compartimos, dar una respuesta creíble para resolver, de una vez por todas, esa crisis existencial que nos persigue. No conocemos la política que EEUU desarrollará durante los próximos meses y años; pero es evidente que será una política diferente; Europa también está sumida en una crisis de identidad y también tiene que alumbrar un camino diferente. Por eso pienso que esta es una buena oportunidad; porque perduran los motivos por los que comenzamos un proceso de integración; porque en realidad los 27 Estados que componen la Unión tienen ante sí el desafío de iniciar una nueva etapa de desarrollo, centrada en la persona, una persona que comparta, participe y recobre la confianza en sus propias instituciones europeas.

- Delenda est Europa (Vozpópuli - **9/2/17**)

(Por Vicente Benedito Francés)

Celebramos este año el 60 aniversario del Tratado de Roma. Una efeméride que llega en un momento de serias dudas con un grave abandono del proyecto por parte del Reino Unido, con incertidumbres más que preocupantes sobre el futuro electoral de países tan importantes para la consolidación de Europa como son los casos de Francia, Alemania y Holanda.

Ha transcurrido, hace pocos días, un año desde que con fecha 30 de enero de 2016, publicara, en este mismo blog, un artículo que titulaba “Delenda est Hispania”. El núcleo de la reflexión en él expuesta era la deriva que, en aquel momento, y todavía hoy, atormenta nuestras vidas, las de los ciudadanos comunes de este bendito país nuestro: la sempiterna cuestión catalana y la irresponsable actuación de los partidos políticos españoles, más pendientes de sus juegos de estrategia y poder interno que de salvaguardar los intereses de los ciudadanos en su conjunto.

Afirmaba que algunos de nuestros políticos replicaban a Catón el Viejo en su “Delenda est Cartago”. Que desearan lo mismo para nuestra Nación, que Roma con aquella maravillosa ciudad fundada por los fenicios. Y como la historia se repite, nos encontramos hoy con más de lo mismo, pero elevando el tiro hacia arriba. Ahora le toca el turno a la inacabada ambición de una Europa fuerte y unida. Siempre en crisis y siempre cuestionada. Siempre rememorando su decadencia, la del “viejo continente”. Y como entonces recordaba, al tiempo de la publicación del artículo que antes citaba, la célebre frase, atribuida a Den Xiao Ping, máximo líder de la revolución popular China, quién en 1985 dijo:” En el siglo que viene los EEUU nos dirán qué fabricar, los hindúes y chinos lo fabricaran e iremos a Europa de vacaciones.”

Los europeos no dejamos de dudar de nosotros mismos. Recuperamos con frecuencia viejos “demonios” que favorecen cuestionar el futuro integrador y en armonía de sus más de 508 millones de ciudadanos. Parece una aventura imposible, y por muchos indeseada, la de la una verdadera unión política, militar, financiera, fiscal y económica. Siempre, con recurrencia, florecen de nuevo los rancios nacionalismos, las ambiciones egoístas, la amalgama de Reinos de Taifas en el que cada uno va a la suya trabajando poco por el futuro de todos, e importándoles nada tener los mismos impuestos, un gobierno elegido por los europeos, derechos y obligaciones iguales, sistema financiero común, contratos de trabajo armonizados, educación de calidad y homologable y un Presidente de una Europa fuerte y unida que pueda hacer de contrapeso a las potencias de similar tamaño y no siempre iguales objetivos. Hoy EEUU tiene un sólo presidente y la UE tiene cuatro: el de la Comisión (Jean-Claude Juncker); el del Consejo Europeo (Donald Tusk); el del Parlamento (Antonio Tajani) y el de la presidencia rotatoria semestral (Joseph Muscat)

Cada vez son más los indicios que nos señalan que no vamos por el camino correcto, faltando fe en una real y eficaz integración política. O Europa se hace, se termina de construir, o dejemos de perder el tiempo. Hay que poner patas arriba los sistemas estatales sino no tiene sentido mantener sólo una moneda única. Como dijera un antiguo Secretario del Tesoro norteamericano, “el euro será un gran éxito para los americanos que podrán viajar por Europa sin pagar comisiones de cambio”. EEUU y ASIA, si se hunde Europa, ellos vivirán mejor.

Fiel reflejo de lo que digo lo tienen dos frases recientes pronunciadas por, una de ellas por D. Tusk quién afirmaba que “unidos resistiremos y divididos caeremos”, y la segunda por la “estrella” del momento, el singular presidente de la nación más poderosa del mundo, que sin pudor nos advierte a los que considera cándidos súbditos europeos, que nuestro ilusionante proyecto de una Europa fuerte no es otra cosa que un vehículo para Alemania. Efectivamente tenemos ciertos, e incuestionables, peligros internos y otros, no menos desdeñables, que nos amenazan desde el exterior. Los primeros son los rancios nacionalismos y los populismos de nuevo cuño; los segundos los frívolos e inexpertos primeros pasos de política de Trump; una China más segura en sí misma, la agresividad rusa y el islamismo radical.

Celebramos este año el 60 aniversario del Tratado de Roma. Una efeméride que llega en un momento de serias dudas con un grave abandono del proyecto por parte del Reino Unido, con incertidumbres más que preocupantes sobre el futuro electoral de países tan importantes para la consolidación de Europa como son los casos de Francia, Alemania y Holanda, en los que los nacionalismos aspiran a recuperar las viejas políticas del nacionalismo radical.

O apuntalamos, y pronto, lo que nos une, o debería unirnos, o Europa corre un serio riesgo de desaparición. Necesitamos un potente conjunto de naciones que apueste, indeleblemente, por más Europa en vez de más dudas. Precisamos confiar en nuestra moneda única y sostenerla y defenderla de la especulación interesada, incluso dentro de nuestra propia casa común. Es igualmente necesario combatir, con argumentos, las ideas y las posiciones de quienes pretenden destruirla desde posiciones nacionalistas, extremadamente peligrosas, y de sobra conocidas en la historia del último siglo.

Apostar por compartir soberanía sin remilgos, con convicción y acercarnos más al ciudadano común, a nuestra desilusionada clase media para seducirla y cautivarla con un proyecto europeo de éxito y bienestar para ellos y sus familias. De no ser así, continuaremos recordando aquella trágica frase de Catón el Viejo: “delenda est Europa”.

Personalmente, prefiero acabar esta reflexión con la sabiduría del Papa Francisco: “no estamos en una era de cambios, sino ante un cambio de era”.

- Sí, me declaro populista (El Confidencial - **16/2/17**)

El imperativo de rescatar el statu quo contra el populismo ha alcanzado su apoteosis en ciertos líderes socialdemócratas que frente al hartazgo de sus militantes y votantes no dudan en cargar contra líderes como el senador Bernie Sanders o el actual líder laborista, Jeremy Corbyn.

(Por Juan Laborda)

Cada día en los medios de comunicación convencionales se alerta del peligro que supone para las democracias occidentales los populismos crecientes. Sin embargo, cuando uno pasa del título al texto, se produce un cambio notable pero sutil a la hora de definir lo que realmente está bajo amenaza. El significado básico de democracia, esto es, el gobierno del pueblo o la soberanía popular, no se encuentra por ninguna parte. En cambio, la democracia parece estar constituida por una serie de instituciones y normas, no todas ellas elegidas democráticamente.

**Quienes hablan de populismos en realidad, aunque sea indirectamente, son copartícipes de la actual situación donde es la democracia la que se encuentra secuestrada, pero no por populistas. El poder corporativo hace varias décadas se despojó de su identificación como un fenómeno económico para entrometerse en ámbitos y esferas de la vida pública que solo competen al Estado y a la ciudadanía, dentro de lo que se conoce como soberanía nacional. De alguna manera hemos retrocedido varios siglos a una especie de soberanía compartida donde ese poder corporativo ha secuestrado a las otrora democracias occidentales. Vivimos bajo un nuevo feudalismo económico, los esclavos de la deuda, obedientes y serviles, mientras los que se dedican a emitirla no dejan de enriquecerse.**

**Se ha ido desmantelando el entramado que de alguna manera garantizaba la soberanía popular y la supremacía del Estado frente a intereses privados espurios. Es evidente que han tomado las riendas del Estado en el nombre del progreso y de la globalización, cuando en realidad lo único que les importa es la acumulación de poder y riquezas. No han dudado en promocionar un cuerpo legislativo débil, un sistema legal obediente y represivo, y, sobretodo, un sistema de partidos que de manera persistente se empeña en reconstituir el sistema existente con el objetivo de favorecer de manera permanente a la clase dominante. Y la reacción, obviamente, es el ascenso del populismo. Cuestión de supervivencia.**

Pensemos por un momento en la situación de fondo de nuestro país que, a pesar de todos los intentos por ocultarla, es preocupante. Nuestra economía simplemente reparte miseria, convive con un ejército de reserva de parados y el empleo que se crea es de muy baja calidad, muy precario y, como tal, inestable y poco productivo. Salarios bajos, hundimiento productividad de los factores productivos, brusco descenso de la población activa, unido a la demografía y la falta de voluntad política amenaza nuestro sistema público de pensiones. Y las aves carroñeras frotándose las manos. Por eso cuando después de la que ha caído por estos lares, algún banquero o ejecutivo colocado a dedo por ser amigo del político de turno habla y nos cuenta lo que está bien o está mal, simplemente exacerba la rabia contenida de la gente de este país, especialmente de los más jóvenes. Al menos que se abstengan de hablar.

Desvirtuando la historia

Enfatizar instituciones y normas como la esencia de la democracia tiene una historia que viene de negar otras definiciones mucho más radicales. La idea de la democracia como un sistema elaborado de controles y equilibrios forzados por una combinación de leyes constitucionales, normas informales y la distribución del poder socioeconómico a través de una pluralidad de grupos, cristalizó por primera vez en los años treinta, en contraste explícito con el totalitarismo. Pero elaboraciones posteriores fueron aprovechadas para proporcionar una alternativa al sentido real de lo que debería ser la democracia, gobernar por y para el pueblo.

Ya por la década de los 60 se acuñó un término, poliarquía, en contraste explícito con las teorías populistas de la democracia basadas en la igualdad política, soberanía popular y gobierno de las mayorías. La poliarquía simplemente supone reconocer que estamos gobernados por una élite de poder que ataca deliberadamente el pluralismo político y justifica las relaciones de poder existentes y las instituciones antidemocráticas que los mantienen.

En la actualidad, el resultado neto de quienes dicen defender la democracia contra el populismo es, inevitablemente, una defensa del centrismo político. La democracia, bajo este análisis, se reduce a la búsqueda de un consenso bipartidista donde, según ellos, se abandonen las políticas de resentimiento. A buenas horas mangas verdes. Después del destrozo social, económico, moral y político braman que no hay que tener resentimiento. El imperativo de rescatar el statu quo contra el populismo ha alcanzado su apoteosis en ciertos líderes socialdemócratas que frente al hartazgo de sus militantes y votantes no dudan en cargar contra líderes como el senador Bernie Sanders o el actual líder laborista, Jeremy Corbyn. El objetivo último es evitar la implementación de sus propuestas económicas. Y si hace falta promocionar populismos de derechas, se hace, y punto.

Por todo eso me declaro populista y reclamo políticos que asuman lo que ya hacía y decía el Franklin Delano Rooslvelt: “Hemos tenido que enfrentarnos a los tradicionales enemigos de la paz social: los monopolios empresariales y financieros, los especuladores, los banqueros sin escrúpulos, aquellos que promovieron los antagonismos de clase o el secesionismo y quienes se enriquecieron a costa de la guerra. Todos habían llegado a pensar que el gobierno de Estados Unidos no era más que un mero instrumento al servicio de sus propios intereses. Ahora sabemos que un gobierno en manos del capital organizado es igual de peligroso que un gobierno en manos del crimen organizado….” Este discurso hoy sería tildado de populista, cuando fue Franklin Delano Rooslvelt es, ha sido y será el presidente más votado de la democracia estadounidense. Paradojas de la vida.

- La ola de autoritarismo llega a Occidente (Expansión - FT - **22/2/17**)

(Por Gideon Rachman - Financial Times)

Cuando los votantes sienten que la democracia no responde a sus intereses, la libertad empieza a fallar

Después de la caída del Muro de Berlín, se produjo una “ola democrática”. La libertad política se extendió desde sus bastiones tradicionales en Europa occidental y EEUU, y países tan diversos como Polonia, Sudáfrica e Indonesia se volvieron democráticos. No obstante, parece que ahora el proceso va la inversa. La ola de autoritarismo que comenzó fuera de las democracias establecidas de Occidente se extiende por EEUU y Europa.

El resurgimiento de las actitudes y prácticas autoritarias que se manifestó por primera vez en las democracias jóvenes, como Rusia, Tailandia y Filipinas, se ha extendido a la política occidental. Polonia y Hungría tienen gobiernos con tendencias autoritarias. Pero el resultado más dramático es la elección de un presidente estadounidense que considera a la prensa libre como al “enemigo” y muestra poco respeto por un poder judicial independiente.

Esta ola autoritaria amenaza con socavar las ideas tradicionales sobre el funcionamiento la política. La creencia de que la política de las democracias ricas y establecidas de Occidente es fundamentalmente diferente a las de América Latina o Asia está siendo, por tanto, cuestionada. La idea de que la clase media y los jóvenes siempre serán los más fieles seguidores de la democracia también parece ser cada vez menos real.

La erosión de los valores democráticos en Occidente fue mencionada en un artículo por Roberto Foa y Yascha Mounk antes de la elección de Donald Trump. El artículo destacaba el auge de sentimientos antidemocráticos tanto en EEUU como en Europa. Uno de sus puntos más llamativos es que uno de cada seis estadounidenses cree que sería una buena idea que “el ejército gobierne”, frente a uno de cada dieciséis en 1995. Y mientras que más del 70% de los estadounidenses nacidos en los años 30 consideran “esencial” vivir en una democracia, sólo el 30% de los nacidos en la década de los 80 están de acuerdo con dicha premisa. Por otra parte, ha habido una pérdida de la fe en las instituciones democráticas en Europa.

Además, el auge del autoritarismo suave es aún más visible en los países que alguna vez fueron los símbolos de la ola democrática, como Filipinas, que derrocó al régimen de Marcos en 1986, Rusia, donde cayó el gobierno del Partido Comunista en 1991 y Sudáfrica, que abolió el apartheid en 1994. Los tres países han conservado elementos clave de la democracia, como las elecciones. Sin embargo, han sido testigos de una erosión de las normas democráticas, propiciando un auge de la corrupción.

En Rusia, el colapso económico y la anarquía de la década de 1990 crearon las condiciones para el resurgimiento de la autocracia bajo Vladimir Putin. El presidente ruso ha creado un modelo de un autoritarismo suave que combina nacionalismo, populismo, corrupción, represión contra los medios de comunicación y una estrecha alianza entre la presidencia y la rica oligarquía. No es casualidad que algunas de las advertencias más enérgicas contra el trumpismo hayan sido emitidas por disidentes rusos, como Garry Kasparov y Masha Gessen.

Rodrigo Duterte, el presidente de Filipinas, parece haber tomado prestado el libro de estilo de Putin. Sin embargo, el político cuenta con un alto índice de popularidad entre los votantes jóvenes, que tienen pocos recuerdos de la lucha por la democracia en Filipinas.

El mismo patrón está amenazando a Sudáfrica. Bajo la presidencia de Jacob Zuma la corrupción se ha disparado y la presión a los medios de comunicación y las ramas independientes del Gobierno también ha aumentado. Los sondeos señalan que la generación “born free” (nacida libre) de Sudáfrica -después de la liberación de Nelson Mandela en 1990 - es menos favorable a la democracia que las personas que vivieron el apartheid. Sudáfrica también vive un creciente apoyo hacia la deportación de inmigrantes ilegales, una propuesta similar a la de Trump.

¿Cuál es el denominador común a la falta de apoyo a la democracia en países tan distintos como Rusia, Filipinas, Sudáfrica e incluso EEUU? Será que para muchos votantes la democracia es el medio para un fin, no un fin en sí mismo. Si un sistema democrático no logra fomentar la creación de empleo, como en Sudáfrica, o generar seguridad, como en las Filipinas, o se asocia con un estancamiento en los niveles de vida, como en EEUU, entonces algunos votantes se sienten atraídos por la alternativa autoritaria. Además, la deriva hacia el autoritarismo se hace más probable en un contexto de creciente desigualdad, cuando el sistema político y económico parece favorecer a unos pocos privilegiados.

Siempre habrá personas que vean la libertad política como un valor en sí mismo, algo indispensable para la dignidad humana. Pero los disidentes dispuestos a ir a la cárcel en apoyo de la libertad de expresión son más bien pocos. A Ronald Reagan, el presidente estadounidense que presidió los últimos años de la guerra fría, le gustaba jactarse de que “la libertad funciona”. Pero si la gente de común deja de creerlo, algunas personas tal vez renuncien a la libertad.

- ¿Un peligro Francia? Ríase usted de Grecia (Expansión - **24/2/17**)

(Por Pedro Buirrun)

Estos últimos días se ha negociado un [**nuevo tramo del rescate de Grecia**](http://www.expansion.com/economia/2017/02/20/58ab1df0e5fdea877e8b45e8.html) a cambio de más reformas... Y **los mercados ni se han inmutado.** Un tuit de **Donald Trump** o cualquier novedad sobre la banca italiana tienen más efecto en las bolsas que cualquier sobresalto en el devenir económico heleno.

Sin embargo, entre 2010 y 2015 **Grecia mantuvo a Europa en vilo** por el futuro del euro, hasta que un gobierno populista heleno, el Syriza formado por quienes dijeron “No” a Europa a través del referéndum de Tsipras, acabó diciendo [**sí a casi todas las reformas**](http://www.expansion.com/blogs/estadistica-pollo/2015/07/10/tsipras-pidio-un-no-para-decir-si.html) impuestas. Y ahí siguen.

El riesgo griego quedó conjurado hace algún tiempo. Pero otros populismos se han ido asentando, sobre todo desde que **Reino Unido votó Brexit** abriendo la Caja de Pandora europea.

Poco antes del Brexit, una [**encuesta de Pew Research**](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/) mostraba que si en Reino Unido o España alrededor de un 48-49% de los ciudadanos tenía una **opinión desfavorable de la Unión Europea,** en Francia ascendía al 61% de la población. Por esas mismas fechas, [**otra encuesta**](http://www.lefigaro.fr/politique/2016/06/28/01002-20160628ARTFIG00305-sondage-les-francais-ne-veulent-pas-quitter-l-europe.php) decía que el 33% de los franceses abogaba directamente por la salida del euro.

Son datos muy tenidos en cuenta por la candidata del Frente Nacional, **Marine Le Pen.** Su promesa de sacar a Francia del euro en seis meses si gana (probablemente, como ha dejado ver posteriormente, no tanto con la idea de salir sino de renegociar la permanencia) ha sido una de las más reconocibles de su programa.

Por ahora, las encuestas le dan vencedora en la primera vuelta de las elecciones galas en abril, pero perdería en segunda vuelta en mayo ante el candidato independiente y exministro de Economía de Hollande, **Emmanuel Macron.**

Pero no podemos olvidar que la mayoría de las encuestas predijeron que no habría Brexit hasta el último momento, y que en Estados Unidos pronosticaron la derrota de Trump por Hillary Clinton hasta el final. ¿Ganará Le Pen la presidencia?

Es más, el propio Macron (ahora con el apoyo del centrista Bayrou), **única alternativa** que parece poder resultar ganadora ante Le Pen, no es ajeno a los sentimientos de los galos hacia el euro, del que ha dicho: "Debemos reconocer colectivamente que el euro está incompleto y que no puede perdurar sin grandes reformas". Reformas que, por supuesto, pasarían por aliviar los problemas económicos de nuestro vecino.

**Francia no es Grecia**

Visto este plausible horizonte, para temor de la Unión Europea, Francia no es Grecia. Su economía es seis veces y media el tamaño de la griega. Y aunque su deuda en porcentaje del PIB es muy inferior (el 96,2% frente al 177,4%) y su capacidad de pago por tanto muy superior, el volumen (más de dos billones de euros frente a 311.700 millones) **da vértigo.** ¿Cómo afectaría esto si Francia exigiera quitas o algún nuevo tipo de cambio respecto del euro a la hora de pagarla? ¿Sería posible un default con un gobierno populista?



Fuente[***DatosMacro.***](http://www.datosmacro.com/deuda)

A lo que hay que sumar que la economía francesa no está para tirar cohetes. Con un porcentaje de deuda similar al español, Francia crece a un ritmo del 1,1% anual, frente al  3% de España.

**El eje franco-alemán**

Además, hay que tener en cuenta que si nuestros vecinos galos no son equiparables a Grecia, tampoco un Frexit sería equiparable al Brexit. **El papel de Francia en la Unión Europea ha sido y es esencial** (a diferencia de los siempre despegados británicos) a todos los niveles: político, geoestratégico y como contrapeso o aliado de Alemania, según los períodos.



De ahí que lo que pueda ocurrir en Francia en las próximas elecciones y con el futuro de su economía y relación con Europa **deba preocuparnos de forma importante.** Buena prueba de ello es que su prima de riesgo (diferencia del bono a 10 años con el alemán) se haya llegado a colocar estos días (ver en la tabla) un punto por encima del de la rescatada Irlanda. Eso sí, sin olvidar que la nuestra estaba en ese momento en 139 puntos.

- Un insulto a la inteligencia (El Confidencial - **5/3/17**)

Europa cumple 60 años entre el éxito y el fracaso. La ausencia de liderazgo político -no económico- de Alemania ha creado nuevos problemas que amenazan hoy a la Unión

(Por Carlos Sánchez)

“Durante generaciones, Europa siempre ha sido el futuro”. Así comienza el Libro blanco sobre el porvenir de Europa elaborado por la Comisión Europea, en el que hace unas serie de reflexiones -32 páginas- sobre qué hacer en un momento especialmente difícil para la construcción europea.

El documento recuerda que fueron Altiero Spinelli y Ernesto Rossi, dos presos políticos deportados por un régimen fascista en la isla de Ventotene durante la II Guerra Mundial, quienes comenzaron la andadura. Su manifiesto “Por una Europa libre y unida” describía un territorio en el que aliados y enemigos pactarían para que nunca se repitiesen los “antiguos absurdos” de Europa.

Sesenta años después, Europa ha perdido la iniciativa. Es un bote que navega girando sobre sí mismo hacia ninguna parte. Sin una orientación clara y a merced de los acontecimientos. Probablemente, porque ha sido víctima de su propio éxito como proyecto político. Ninguno de los padres fundadores hubiera podido pensar que seis décadas después de la firma del Tratado de Roma, sin guerras y sin hambrunas, Europa iba a constituir un espacio de libertad y de respeto a los derechos humanos. Al menos, hasta que la crisis de los refugiados ha puesto a Europa ante el espejo de sus propias vergüenzas.

Esto no es óbice, sin embargo, para que Europa siga siendo una formidable realidad. Constituye el mayor bloque comercial del mundo, posee la segunda moneda más utilizada en las transacciones internacionales, cuenta con un imponente sistema de innovación y, sobre todo, ha logrado un formidable modelo social que hace que 22 de los 32 países más igualitarios del mundo sean europeos (España ocupa el puesto 26).

Pero también Europa contará en 2030 con la población más envejecida del mundo y tiene un problema estructural (como EEUU) de productividad, lo que explica las elevadas tasas de desempleo y el débil crecimiento. Y lo que no es menos importante: el modelo de integración hace aguas porque en los últimos años -desde luego desde el comienzo de la crisis- la semilla de la discordia ha fructificado.

Derecha e izquierda, arriba y abajo

Los nacionalismos, los populismos, la demagogia, la crisis de legitimidad de las instituciones europeas o la desconfianza en la política son hoy algo más que una amenaza. Si antes Europa se había forjado sobre un pacto entre la derecha y la izquierda, ahora esa división se ha fragmentado entre los de “arriba” y los de “abajo”, los proteccionistas y los partidarios de la globalización; los proeuropeos y los antieuropeos... En definitiva, Europa es el reflejo del mundo multicéntrico que se ha impuesto tras el fin de la hegemonía bipolar, y que ha fragmentado las ideologías, y, con ello, la gobernabilidad.

Como se sabe, el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, ha planteado cinco escenarios para salir del colapso: dejar las cosas como están; convertir la Unión Europea en un simple mercado único; profundizar en la integración con una Europa a varias velocidades; hacer menos Europa, pero más eficiente o pisar el acelerador y caminar directamente hacia la unión política, en línea con los países federales.

Juncker ha hecho alguna autocrítica a la hora explicar lo que ha pasado, pero olvida que la crisis de legitimidad no ha caído del cielo. Han sido errores de bulto, hasta groseros, los que explican el resurgir de los ataques a la idea de Europa, cuyas instituciones se han convertido en un gigantesco aparato burocrático y administrativo sin alma política. Y es un insulto a la inteligencia pensar que los “populismos” -que son la consecuencia, no la causa- tienen la culpa.

Europa, de hecho, camina ya desde hace algunos años en varias velocidades. Justo desde el momento en que Alemania -con el respaldo de los países de su área de influencia- dividió al continente entre acreedores y deudores sin dar una solución estructural al problema de la deuda.

O lo que es lo mismo, desde el momento en que se prefirió dar un enfoque fundamentalmente económico a problemas de naturaleza política que tenían que ver, esencialmente, con el diseño institucional del euro, cuya arquitectura institucional ha permitido a los ciudadanos alemanes, y gracias a la globalización, alcanzar un nivel de bienestar nunca antes visto en su historia. Sin duda, también, por méritos propios.

Esta ausencia de la “política” explica algunos problemas de fondo no resueltos. En particular, las consecuencias que han tenido para el continente decisiones que necesariamente iban a afectar a la línea de flotación de la construcción europea, como la entrada de China en la OMC (Organización Mundial de Comercio) sin ser una economía de mercado o la apresurada apertura hacia el Este sin que la democracia hubiera estado plenamente consolidada en la mayoría de esos países.

El comportamiento de algunos gobiernos, como los de Hungría y Polonia, solo podía enfurecer a muchos ciudadanos y desprestigiar a la UE. Y así ha sido. Pero había un sólido interés por abrir las fronteras hacia el Este por razones puramente económicas. El hecho de que en su día se aplicara a Polonia el llamado Mecanismo de Estado de Derecho, un instrumento que debe obligar a los países a cumplir con los valores fundamentales de la Unión, no parece suficiente para atajar una tendencia creciente ignorada por la Comisión.

Insultos y disparates

Es curioso, en este sentido, que cuando el ultranacionalista austríaco Jörg Haider al frente del Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) se convirtió en una seria amenaza contra los ideales de Europa, la reacción fue fulminante. Hasta el punto de que, incluso, se aprobaron sanciones diplomáticas contra un país que forma parte del núcleo más democrático de la UE. Sin embargo, en los últimos años, la Comisión Europea ha mirado para otro lado cuando los “otros Haider” han llenado la Eurocámara de insultos y disparates sin que nada, ni nadie, haya puesto el grito en el cielo. Sin duda, porque la economía había descubierto territorios de bajos salarios con los que poder competir con China.

Lo que está detrás de este comportamiento un tanto cínico es, probablemente, la ausencia de un liderazgo político que Alemania se niega a aceptar. Seguramente, por un complejo nacido tras la derrota de 1945, y que afecta no solo a Berlín, sino al resto de países que todavía observan con suspicacia la hegemonía alemana.

Sacudirse ese complejo por ambas partes es la verdadera prioridad de Europa. O lo que es igual, reivindicar la supremacía de la política frente a la economía, que es justamente lo contrario de lo que se ha hecho en los últimos años. Algo que podría permitir encarar de una vez problemas que se han enquistado en la construcción europea, como el elevado endeudamiento de algunos países que limita el crecimiento a largo plazo o el asunto de los refugiados, donde cada gobierno está dando soluciones nacionales a un fenómeno global.

Michel Spence, el premio nobel se preguntaba recientemente: ¿Será el futuro de Europa un choque de trenes a cámara lenta, o una nueva generación de líderes más jóvenes dará un giro hacia una integración más profunda con crecimiento inclusivo? Spence reconocía, esto es lo significativo, que él no descartaba ninguna de las dos posibilidades.

- Wilders pierde: el populismo goza de buena salud (El Confidencial - **16/3/17**)

Wilders ha perdido. Pero, al mismo tiempo, su mensaje sigue calando en muchos países. Algo está cambiando en la vieja Europa espoleada por los neopopulismos

(Por Carlos Álvarez)

Los resultados electorales en Holanda dejan una cosa clara. Las sociedades más prósperas también son infelices. Desde luego, en términos políticos. Que en un país con el 5,3% de paro; un sólido sistema educativo; algo más de 48.000 dólares de renta per cápita; una más que envidiable calidad institucional y niveles muy reducidos de desigualdad (ocupa el puesto número cuatro en el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas), un porcentaje muy significativo de los electores vote a un partido xenófobo y, ciertamente, antisistema, es algo singular en Europa.

El resultado es todavía más sorprendente si se tiene en cuenta que no se puede hablar de una ‘Holanda profunda' que no quiere saber nada de la globalización, como puede explicarse el triunfo de Trump o el Brexit. O, incluso, el auge de la extrema derecha autárquica en otros países europeos. El partido de Wilders ha sido, de hecho, el más votado en la simbólica Maastricht, una de las capitales de la construcción europea.

El sector exterior (suma de exportaciones e importaciones) representa un increíble 154% del PIB, lo que da idea del grado de apertura de la economía holandesa. Y es que los Países Bajos, en su edad de oro, fueron capaces de crear una inigualable aristocracia comercial en el siglo XVII tras el nacimiento de la Compañía de las Indias Orientales, y eso ha impregnado durante siglos su carácter multicultural. Pese a ello, Geert Wilders ha obtenido 20 escaños, algo más de 1,3 millones de votos y su partido es la segunda fuerza política. Proponiendo, entre otras cosas, sacar a su país del euro. O incluso de la UE: el “Nexit”.

Wilders, desde luego, no tenía ninguna probabilidad de gobernar (el cordón sanitario ha funcionado y ningún partido ha querido nunca pactar con el PVV), pero sí que ha enviado una señal a toda Europa. Su derrota es una victoria parcial. El primer ministro Rutte ha ganado haciendo un guiño a muchos de los potenciales electores de Wilders, utilizando el conflicto con Erdogan como una catapulta política para demostrar a la opinión pública que también los liberales saben parar los pies a los “expansionistas” otomanos.

Lo preocupante de los resultados, aunque podía haber sido peor, es, precisamente, que los partidos que gobiernan Europa “compren” la mercancía Wilders, es decir, hagan guiños a soluciones populistas para no perder votos, lo que provocaría tensiones entre culturas impensables hace pocos años. Y no parece descabellado pensar que la propuesta del núcleo duro de la UE de avanzar en una Europa a múltiples velocidades (es absurdo pensar que solo habrá dos) va en esa dirección.

No es, desde luego, el único caso, pero sí es significativo el ejemplo holandés, porque los Países Bajos, con su educación calvinista y sus elevados niveles de tolerancia, han constituido históricamente una de las sociedades más abiertas y liberales de Europa. Algo que ha manejado el propio Wilders en la campaña -frente al machista Trump- con su defensa de los derechos de los homosexuales y de las mujeres.

Un silogismo eficaz

De hecho, aquí está la paradoja, muchos han votado a Wilders, precisamente, porque ha sido capaz de construir un silogismo políticamente eficaz: inmigración e islamismo son sinónimo de fanatismo y terrorismo, y, por lo tanto, para evitarlos hay que votar al Partido por la Libertad (PVV por sus siglas en holandés). Es decir, la mejor defensa del holandés medio, según ese silogismo, es un buen ataque al extranjero. En particular, el islam.

Para construir su falacia, Wilders ha contado con unas circunstancias excepcionales. Holanda ha sido gobernada desde 2012 por una gran coalición entre los liberales y los socialdemócratas, 80 escaños de 150 en la Cámara de Representantes, lo que ha dejado un enorme espacio político a los numerosos partidos de la oposición. En particular, al populismo, que basa su estrategia, precisamente, en presentarse a la 'gente' como fuera del sistema político, y cuya fuerza real no la acaban de medir bien las encuestas. Wilders, de hecho, ha perdido frente a las expectativas de voto que le daban los sondeos, pero la realidad es que ha ganado apoyos pese a ser un apestado de la política holandesa.

Ese espacio que ha perdido la coalición gobernante hasta hoy (40 escaños), sin embargo, no lo han ocupado grandes partidos. Lo que ha sucedido en Holanda este miércoles refleja una tendencia a la fragmentación electoral que solo ha comenzado a recorrer Europa.

La sociedad holandesa no está polarizada (Wilders está muy lejos de haberlo conseguido), lo que ha emergido es un parlamento enormemente fragmentado, principalmente a costa de la socialdemocracia, que ha obtenido sus peores resultados históricos, socavada por los ecologistas.

Sin duda, porque se ha roto el viejo mundo bipolar -izquierda-derecha- que ha funcionado en Europa desde 1945. Y aunque Holanda ha sido tradicionalmente un país gobernado por coaliciones, lo que se ha roto es el eje de voto tradicional que dividía casi en dos la oferta electoral. Hoy los holandeses defienden sus derechos -como en el futuro sucederá en otros países- mediante partidos que son en realidad grupos de presión, como la formación que defiende a los mayores de 50 años. O los ecologistas. O los antirracistas... Lo demuestra que en un Parlamento con 150 escaños acogerá 12 grupos políticos. El mundo, definitivamente, se ha hecho más pequeño.

- El gran perdedor de las elecciones en Holanda (Gaceta.es - **17/3/17**)

Entonces, ¿cuál es el titular de este jueves? Bueno, exactamente el que pongo aquí: este jueves, en Holanda, el consenso socialdemócrata de posguerra, el panorama político que se ha mantenido estable durante más de medio siglo, saltó por los aires.

(Por Carlos Esteban)

Si no acaba usted de surgir de una cueva perdida en la selva amazónica, ya sabe cuál es hoy la noticia de las elecciones legislativas de este miércoles: Holanda ha frenado/derrotado/humillado al “populismo”.

El Partido de la Libertad de Geert Wilders (PVV) quedó lejos del más votado, los conservadores del primer ministro Mark Rutte (VVD) y de los pronósticos de las encuestas, aunque esto último ha dejado de ser novedad. Europa se ha salvado.

Solo que esa no es la noticia, ni de lejos. Quizá la noticia más espectacular de la jornada para quien consiga ver el bosque entre tanto árbol sea precisamente que los medios convencionales consideren que esa es la noticia. Es decir, ¿cómo tiene que haber cambiado el panorama político para que el hecho de que un partido que no existía hasta hace relativamente poco y era marginal, contando con la oposición cerrada de todos los grandes medios occidentales, NO haya ganado las elecciones -pese a haber crecido en escaños- frente al partido en el poder, que ha perdido votos?

Entonces, ¿cuál es el titular de este jueves? Bueno, exactamente el que pongo aquí: este jueves, en Holanda, el consenso socialdemócrata de posguerra, el panorama político que se ha mantenido estable durante más de medio siglo, saltó por los aires.

Lo vimos ya en Austria, pero aquello era, al fin, una elección para elegir al presidente de la república, un cargo poco menos que honorífico, pero lo sorprendente -y lo que hemos visto de modo similar en Holanda- es que los dos partidos del consenso, la izquierda domesticada y la derecha moderada que han aplicado desde la Segunda Guerra Mundial virtualmente las mismas políticas, desaparecieron por primera vez del mapa electoral en la segunda vuelta.

En el caso holandés es algo menos exagerado (vean aquí la crónica detallada), pero también es más significativo al tratarse de elecciones parlamentarias de las que, a su vez, saldrá el nuevo gobierno. Y si el partido conservador de Rutte se ha logrado imponer claramente sobre el “populista” PVV ha sido, en buena medida, a costa de endurecer su mensaje en el sentido que más convenía/perjudicaba a Wilders. Es decir, en cualquier caso, la postura inmigracionista y europeísta a ultranza ha perdido.

El otro partido del tándem, el equivalente holandés a nuestro PSOE, el PvdA, ha sufrido el mayor descalabro electoral de un partido en la posguerra, pasando del segundo puesto al séptimo, perdiendo la friolera de 29 escaños y quedándose solo con 9. Básicamente, la extinción.

El partido revelación -una vez más, como en Austria- es el de la Izquierda Verde, que cuadriplica sus escaños. Otro partido alternativo, ajeno al consenso, que despunta al alza, especialmente en las grandes ciudades.

Otra novedad significativa son los tres escaños que logra el partido Denke (Piensa), que se estrena así en el parlamento. En teoría, es solo un partido fundado por un musulmán, pero en la práctica es un partido musulmán, formado íntegramente en sus cuadros por inmigrantes de primera o segunda generación y que, con toda probabilidad, se centrará en la defensa de los intereses de la población de origen no holandés.

Y está, naturalmente, el partido de Wilders del que, como declaró el propio líder “populista”, “no van a deshacerse tan fácilmente”. De hecho, el PVV logró un resultado que todos considerarían excelente -ganó cinco escaños más que en las pasadas elecciones pese a una campaña mediática y oficial furibunda, dentro y fuera de sus fronteras-, si no fuera porque las encuestas le daban un resultado mucho mejor. Después de estas elecciones, que convierten a las demoscópicas en las grandes perdedoras de los comicios del último años, tienta apostar siempre contra las encuestas, otra noticia que ha pasado desapercibida entre tanto revuelo.

En definitiva, el PVV ha demostrado que su tendencia es alcista y que no es flor de un día, como soñaban los partidarios del consenso. El soberanismo ha llegado para quedarse, crece y se consolida, y es el “business as usual”, el consenso político de posguerra, el gran perdedor de estas elecciones.

- Francis Fukuyama: “Trump representa una amenaza, no tanto a la democracia sino al liberalismo” (BBCMundo - **17/3/17**)

(Por Gerardo Lissardy)

Un cuarto de siglo después de haber publicado su aclamado y polémico libro “El fin de la Historia y el último hombre”, Francis Fukuyama está preocupado.

La idea central de aquella obra del politólogo estadounidense era que, tras el colapso de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, la democracia liberal había triunfado como forma de gobierno en el mundo, que la evolución ideológica tocaba un punto final.

Pero, ¿cómo encaja en esa tesis la presidencia de Donald Trump en Estados Unidos, o el avance del populismo en Occidente en general?

En una entrevista telefónica con BBC Mundo, Fukuyama se manifiesta especialmente inquieto por lo que ocurre en EE.UU., debido a la importancia que este país tiene en el orden mundial.

“Trump representa una amenaza, no tanto a la democracia sino al liberalismo”, afirma Fukuyama, de 64 años, desde su despacho en la Universidad de Stanford, California, donde dirige el Centro sobre Democracia, Desarrollo y Estado de Derecho.

Sin embargo, pese al “gran revés” que cree que sufrieron las democracias, Fukuyama sostiene que si volviera en el tiempo escribiría del mismo modo su célebre libro, que ha tenido una veintena de ediciones en el mundo.

Lo que sigue es un resumen del diálogo:

¿Cuál es su sentimiento actual sobre la democracia?

La democracia está teniendo muchos desafíos ahora, por el ascenso del nacionalismo populista en muchas partes del mundo, incluido Estados Unidos.

Estoy particularmente preocupado por lo que ocurre en Estados Unidos, porque Estados Unidos ha dado el ejemplo para muchos otros países. Y si no lo hacemos bien, eso va a enviar una mala señal a muchos otros países alrededor del mundo.

La reacción a la globalización ha producido una especie de ascenso del nacionalismo y la intolerancia, de un modo que amenaza el Estado de derecho y la protección igualitaria en la forma de orden liberal al que estábamos acostumbrados.

¿Es el nacionalismo de derecha en Estados Unidos y Europa una amenaza mayor a la democracia que, por ejemplo, el autoritarismo en Rusia o China?

Son todos desafíos. Pero si la amenaza viene desde dentro de una democracia establecida, de una manera es un desafío mayor: es algo que no esperábamos y podría tener un efecto más amplio en la estructura general del orden mundial, porque Estados Unidos ha sido tan importante en mantener ese orden.

¿Ve la presidencia de Trump como una verdadera amenaza a la democracia? ¿O en realidad Trump fue electo porque hay una disfunción mayor en el sistema?

Esas cosas pueden ser verdad simultáneamente. Pienso que Trump representa una amenaza, no tanto a la democracia sino al liberalismo, la idea del Estado de derecho y de poner límites al poder.

Pienso que su elección fue comprensible a la luz del hecho de que la democracia estadounidense no había estado haciendo un muy buen trabajo en representar a la clase trabajadora y a mucha gente que fue dañada por la globalización.

No creo que ambas cosas sean incompatibles.

¿Pero ve algo positivo en el ascenso de Trump al poder? Algunos señalan eso, que muchos blancos de clase trabajadora ahora se sienten representados…

Estoy de acuerdo, ningún partido político estaba haciendo un buen trabajo representando ese grupo de gente. Trump reconoció eso y en un sentido el sistema se ha vuelto más representativo.

Las democracias han sobrevivido grandes desafíos, como el fascismo o la guerra. Y todo el sistema en Occidente se basa en la idea de que el hombre quiere la libertad antes que la tiranía. ¿Podría esta historia estar más socavada ahora que antes?

No está siendo socavada. Hay varias cosas diferentes ocurriendo. Primero que nada, la gente se vuelve complaciente. Y creo que cuanto más te alejas de las grandes crisis que definen la democracia, como por ejemplo la Segunda Guerra Mundial en Europa, más la gente la da por sentada.

Segundo, hay cosas que ocurren en la economía que tienen que ver con el impacto de la globalización y el aumento de la desigualdad, que también están impulsando esto. Entonces pienso que es una combinación de estas cosas.

Ahora, usted es el hombre que se volvió famoso por hablar del “fin de la Historia”, la idea de que la democracia liberal podría estar aquí para quedarse como la forma final de gobierno. ¿Hubo algo equivocado con esa idea? ¿Hace alguna autocrítica?

Bueno, debes entender lo que era la idea. Los marxistas dijeron que hay un fin de la historia, que sería el comunismo. Y yo simplemente dije que parecía que si había un fin de la Historia, iba a ser más algo como la democracia liberal.

Y creo que eso aún es cierto. Pero eso no es lo mismo que decir que todas las cosas van a ser siempre geniales en las democracias o que siempre vas a tener una tendencia ascendente. Porque como en los 1930s, tuvimos un gran revés.

El verdadero tema es: ¿hay una forma superior de orden político que una democracia liberal? Y no creo verla.

¿Pero usted todavía es optimista?

No, no a corto plazo. A largo plazo sí.

Si pudiera volver al momento en que escribió sobre el “fin de la historia”, ¿lo haría de la misma forma en que lo hizo?

Sí, por supuesto.

Una última pregunta, relacionada con América Latina: es una región donde la democracia ha emergido sobre dictaduras, violencia política, populismo y diferentes formas de autoritarismo. ¿Podría enseñarle algo América Latina al mundo occidental ahora?

Las tendencias en América Latina en los últimos pocos años han sido buenas. Tuvieron ese período en que el “chavismo” les marcaba la agenda a varios países en la región. Y la mayoría de ellos han implosionado, como la propia Venezuela, o han sido reemplazados por gobiernos más conservadores que creo que tienen políticas económicas más sensibles.

En ese sentido, América Latina pasó por esa fase populista pero está saliendo de ella antes. Las causas y el impacto son un poco diferentes, porque en Latinoamérica el populismo está todavía todo en la izquierda, mientras en buena parte de Europa y en Estados Unidos el populismo está a la derecha y tiene que mucho que ver con la inmigración, valores culturales y demás.

No es una historia completamente comparable. Pero en el sentido de países que persiguen nacionalismo económico, América Latina puede proporcionar una buena advertencia a las sociedades occidentales.

- La UE cumple 60 años con más achaques que nunca (Expansión - FT - **24/3/17**)

(Por Philip Stephens - Financial Times)

La integración europea afronta el mayor reto de sus sesenta años de historia. Al Brexit se suman el auge del populismo, el proteccionismo, el reto de la inmigración y la amenaza del terrorismo.

El 25 de marzo de 1957 los primeros ministros de seis naciones europeas se reunieron en la capital de Italia para firmar el Tratado de Roma, la base de la fundación de la Comunidad Económica Europea. Sesenta años más tarde, los 27 líderes de la ahora UE volverán a Roma mañana para renovar sus votos. Reino Unido, ausente en la creación, dejará una silla vacía en la celebración del aniversario. Mientras los miembros de la UE discuten el rumbo futuro del continente, la primera ministra Theresa May estará preparándose para el proceso formal que conducirá a la salida de su país de la UE.

“Charles de Gaulle tenía razón”, aseguran los políticos franceses. Tres años después de que se firmara el tratado, Reino Unido cambió de opinión y solicitó unirse al club. El general vetó dos veces las solicitudes británicas. Según él, el tratado era un proyecto del continente y los ingleses nunca renunciarían a su insularidad. Para los británicos Europa estaría siempre en segundo plano después de Estados Unidos y los países de la esfera anglófila. Francia levantó su veto en 1973, pero 44 años después, Reino Unido está solo de nuevo, quiere recobrar su posición de potencia imperial y tener un papel destacado en el mundo.

Pero la UE se enfrenta ahora a retos que van más allá de las vanidades de la pérfida Albión. Aunque las negociaciones del Brexit constituyen el asunto más complicado en el futuro cercano, los 27 tienen otras cuestiones que resolver, algunas de ellas existenciales. Durante décadas Europa fue símbolo de paz y prosperidad, un modelo de cooperación e integración transnacional para hacer olvidar las cicatrices profundas de la historia del continente.

Tras el fascismo y la segunda guerra mundial llegó una época de propagación de la democracia, aumento del nivel de vida y estabilidad política. Estos logros nunca deben subestimarse. Sin embargo, el futuro ya no parece estar asegurado. ¿Ha sido todo esto simplemente uno de los interludios de la historia?, se preguntan los europeos mientras contemplan el resurgimiento de los nacionalismos.

Cuando se firmó el Tratado de Roma, la opinión del gobierno británico era que sus miembros fundadores no llegarían a un acuerdo. Y si por casualidad lo hicieran, el proyecto pronto fracasaría. Una Europa unida estaba muy bien para Francia, Alemania y el resto, pero los británicos miraban a un mundo más amplio: la Commonwealth, una relación especial con Washington. Reino Unido, junto con Estados Unidos y la Unión Soviética, era uno de los Tres Grandes. Eso creía. Quería proteger su soberanía nacional y había ganado la guerra, mientras que los seis miembros fundadores habían sido invadidos u ocupados.

La misma nostalgia post-imperial promovió la campaña a favor del Brexit. Sus partidarios se consideraban los nuevos isabelinos que iban a liberar a su país del continente europeo. No importaban las consecuencias económicas negativas de acuerdos comerciales menos favorables o la perspectiva de tener menos peso en los asuntos mundiales. Reino Unido pronto recuperaría su posición de líder mundial.

Pero esta vez los británicos no son los únicos que tienen nostalgia. Los seis miembros fundadores también están empezando a añorar épocas más felices. La confianza que tenían en el continente hace sesenta años ha sido socavada por varias crisis. Entonces, la integración constituía la base para la reconciliación franco-alemana y también una oportunidad para configurar una Europa diferente. Para los franceses, Europa era la respuesta al gran poder de Estados Unidos; para Alemania era la manera de exorcizar el pasado.

Jean Monnet, uno de los artífices de la creación de la Comunidad Económica Europea, dijo lo siguiente: “Las naciones soberanas del pasado ya no pueden resolver los problemas del presente: no pueden garantizar su propio progreso ni controlar su propio futuro. Y la CEE es solamente una etapa en el camino hacia el mundo organizado del mañana”.

No cabe esperar que se presenten visiones como esta en la Cumbre de Roma. Los políticos actuales sufren el asalto populista de la derecha que se opone a la inmigración y de la izquierda contraria a la globalización. El Brexit constituyó una victoria para el nacionalismo inglés visceral, pero en toda Europa el resurgimiento del chauvinismo está amenazando a las élites internacionalistas: Polonia y Hungría están gobernadas por líderes autoritarios de derechas y el Frente Nacional está luchando por el poder en Francia.

Las fracturas y la fragmentación en la UE han socavado la fe en la solidaridad. Hay divisiones entre los miembros más fuertes del norte y los más débiles del sur y entre las democracias fundadoras del oeste y las tendencias nacionalistas de los antiguos miembros del bloque comunista. Por tanto, no es sorprendente que los políticos de los seis miembros fundadores sueñen a veces con retroceder en la historia: la unión monetaria sería creíble con sólo seis. ¿Y los esfuerzos de Europa para promover los valores democráticos no serían más convincentes si no estuvieran bajo el acoso de los políticos sin mentalidad liberal de Varsovia, Budapest y Bratislava?

Pero no todas las noticias son malas. La UE ha sobrevivido a la oleada de refugiados y emigrantes de Oriente Medio y África. Los británicos siempre pensaban que el proyecto europeo se hundiría, pero la UE ha demostrado ser notablemente resistente a crisis externas.

Por otra parte, después de la crisis, la economía europea está mostrando signos de crecimiento sostenido. Irlanda y España están creciendo a buen ritmo. Los hedge funds ya no apuestan por una ruptura de la Eurozona. Es cierto que Francia podría desestabilizar todo eligiendo a Marine Le Pen como presidenta, pero es más probable que elija al centrista Emmanuel Macron o al republicano François Fillon.

Lo que falta es una hoja de ruta convincente. Jean-Claude Juncker, el presidente de la Comisión Europea, recalcó esta incertidumbre en un informe para los asistentes a la Cumbre de Roma. No hace mucho tiempo, la comisión habría aprovechado la oportunidad para pedir un nuevo impulso hacia la integración: una unión fiscal junto a la unión monetaria, el control de las fronteras nacionales, un componente militar para la política exterior de la UE. Pero en lugar de ello Juncker estableció una serie de vías alternativas, lo que pone de manifiesto el profundo desacuerdo existente entre los miembros sobre la velocidad y la dirección del cambio.

El informe de Juncker contempla la posibilidad de una mayor integración, pero la compagina con lo que en realidad es una opción para salir del paso y un plan para hacer más con menos eficiencia. Pero la opción que han elegido los gobiernos alemán, francés, italiano y español es la de una Europa de diferentes velocidades: habrá países que lleven a cabo nuevos proyectos integracionistas mientras que los que no estén preparados para ello o no quieran hacerlo se quedarán atrás. Reino Unido estuvo a favor de esta idea durante mucho tiempo para formalizar su alejamiento de los proyectos que consideraba más federalistas de la UE.

**Detrás de todo esto hay una realidad más dura. La entrada en la UE de los antiguos países comunistas y el aumento de la integración con la creación del euro fueron proyectos de los días agradables de la década de 1990. El liberalismo político y económico había triunfado. La paz y la prosperidad de Europa parecían aseguradas. Los deseos de soberanía nacional eran cosa del pasado. La UE promovería la estabilidad en su vecindad y ofrecería un modelo de integración postmoderna al resto del mundo. Se decía que Europa iba a ser una potencia global.**

**Pero la UE de 2017 se enfrenta a un entorno totalmente diferente. Los nacionalismos están en auge. La crisis financiera y la subsiguiente recesión económica han minado la confianza de los ciudadanos en la globalización. El aumento de la inmigración ha añadido una dislocación cultural a las dificultades económicas. Rusia está desafiando los principios fundamentales del orden europeo de la posguerra. Estados Unidos está ahora en contra de la integración europea con el ascenso al poder de Donald Trump, quien ha declarado que la UE es un vehículo para la dominación alemana. El francés Macron está totalmente a favor de Europa, pero siempre ha parecido que Angela Merkel es la última defensora de la misión original de la unión.**

La dolorosa paradoja es que la fragmentación del orden internacional de la posguerra liderado por Estados Unidos refuerza más que debilita la lógica fundacional de la integración. Ahora es más obvio que entonces que si las naciones europeas quieren amplificar sus voces y promover sus intereses tendrán que actuar de manera concertada. Pocos de los problemas a los que se enfrentan -la agresión rusa, la inmigración, el cambio climático o la delincuencia internacional y el terrorismo- pueden resolverse con soluciones nacionales. Cuando Reino Unido ponga los pies en la tierra después del Brexit y se enfrente a la realidad descubrirá pronto que ondear la bandera nacional no le facilitará convencer a sus aliados o enfrentarse a sus adversarios.

El nacionalismo toca la fibra sensible de los ciudadanos que se sienten excluidos por el liberalismo, por la globalización y por los políticos cuyos intereses parecen inseparables de las élites ricas. En otra época, tal vez a finales de la década de 1950, una generación de políticos podría haber derrotado al populismo al ofrecer una visión más clara del futuro. Pero con la excepción quizás de Merkel, ahora no hay esos líderes. Sesenta años después, la mejor opción consiste en salir del paso y en que haya una Europa de diferentes velocidades.

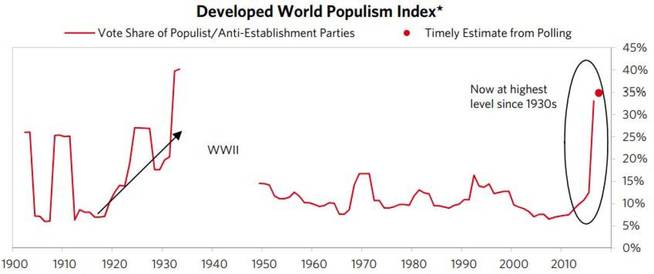
- El mayor “hedge fund” del mundo alerta: el populismo dirige la política económica (El Confidencial - **29/3/17**)

El populismo es la mayor amenaza para la economía mundial, no tanto porque vaya a alcanzar el poder en muchos países, sino porque su presión dictará la política económica

(Por Eduardo Segovia)

Los inversores empiezan a tomarse muy en serio la amenaza que supone el [populismo](http://www.elconfidencial.com/tags/otros/populismo-12045/)para los mercados. Uno de los principales, el mayor “hedge fund'” del mundo -**Bridgewater Associates**, con más de 100.000 millones de dólares gestionados-, ha elaborado un estudio histórico para analizar el fenómeno en el que concluye que el apoyo popular de este tipo de movimientos está en su nivel más alto desde los años treinta del siglo pasado, es decir, justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Y lo que es peor: alerta de que **su influencia va a condicionar la política económica mundial**.

La gestora que capitanea **Ray Dalio** elabora un índice con el **porcentaje de voto obtenido por los partidos o candidatos populistas o antisistema** en los principales países desarrollados (EEUU, Japón, Reino Unido, Francia, Italia, Alemania y España) desde 1900. Este apoyo ha sido prácticamente inexistente en las últimas décadas más allá de países emergentes concretos, como Venezuela; de ahí que no sea muy conocido para el mercado y que Bridgewater considere necesario analizarlo, aunque admita que se trata de un estudio de trazo grueso.

Fuente: Bridgewater.

A pesar de estas limitaciones, el informe concluye que “la tendencia general está clara. El populismo se ha disparado en los últimos años y actualmente **está en su nivel más alto desde finales de los años treinta**”, como se puede observar en el gráfico. Ahora bien, también matiza que “la ideología de los populistas hoy es mucho menos extrema comparada con la década de 1930”, cuando se produjo el auge del fascismo y el comunismo. Ahora bien, Dalio expresó en el Foro de Davos en enero su temor a la tendencia de este populismo a volverse cada vez más extremista.

## Más importante que la política fiscal o monetaria

“Dado su alcance actual, durante el próximo año el**populismo sin duda desempeñará un mayor papel en el diseño de políticas económicas**. De hecho, creemos que la influencia del populismo para moldear las condiciones económicas probablemente será más importante que las propias políticas clásicas monetaria y fiscal (y también será una gran influencia en las políticas fiscales)”.

Bridgewater añade: “También será **importante en el rumbo de las relaciones internacionales**. No podemos saber exactamente lo importante que será. Sabremos mucho más dentro de un año o así, puesto que los populistas que ya están en el poder (mete en ese saco a [Trump](http://www.elconfidencial.com/tags/temas/gobierno-de-donald-trump-9153/)) habrán mostrado cuánto de populistas clásicos tienen, y varias elecciones determinarán cuántos populistas más alcanzan el Gobierno”.

## El arquetipo populista

El estudio también elabora una **“plantilla” del arquetipo populista**, que se define por los siguientes signos:

* Promete el poder para el ciudadano común (“la gente”).
* Mediante la táctica de atacar al sistema, las élites y los poderosos.
* Surgen por las diferencias de riqueza y oportunidades, la xenofobia y la hartura del pueblo con unos gobiernos que no resuelven los problemas.
* Lo cual lleva al surgimiento de un líder fuerte para servir a la gente y hacer que el sistema sea más eficaz.
* Proteccionismo.
* Nacionalismo.
* Militarismo.
* Más conflictividad.
* Grandes intentos para influir en los medios de comunicación o controlarlos.

En todo caso, hay que tener en cuenta que este estudio no es de ninguna universidad ni “think tank”, sino de un inversor que trata de entender el fenómeno y sus implicaciones para los mercados. Un inversor, además, que en el pasado**no siempre ha acertado**: antes de las elecciones estadounidenses de noviembre, alertó a sus clientes de que los mercados mundiales se hundirían si Trump ganaba... Y han subido desde entonces hasta alcanzar máximos históricos en el caso de Wall Street.

- Eurexit (Vozpópuli - **29/3/17**)

Es probable que se acabe produciendo el Eurexit, provocado por acción de todos los socios, sin excepción. Un modelo de vida, convivencia e integración de culturas, que podía haber sido excelente, ya no será posible. Con suerte, podremos mantener el mercado común.

(Por Juan Carlos Bermejo)

Hoy, 29 de marzo de 2017, la premier británica, Theresa May, pone en marcha el proceso de salida de Gran Bretaña de la Unión Europea, el bien conocido por todos, como Brexit.

Las razones, creo que ya han sido suficientemente debatidas. No obstante, se pueden resumir de forma taxativa. Los británicos quieren, y deben, conservar su soberanía política y económica. Cualquier pueblo que se precie a pervivir en la Historia debe luchar por ello. Punto final.

Analicemos ahora, los hechos que están ocurriendo en el resto de la Unión Europea, con el objetivo de llegar a una conclusión. Yo, lo denomino, “Eurexit”, es decir, la autodestrucción del modelo que una vez quiso ser la Unión Europea. Me gustaría compartirla con todos ustedes y que pudiéramos abrir un debate al respecto.

Alemania. El país motor de la eurozona se está comportando de forma desleal. No es la primera vez. En el pasado, cuando era el campeón incumplidor del déficit, hizo caso omiso de las materias contenidas en los tratados. En la actualidad, su enorme superávit por cuenta corriente, que no para de crecer, está asfixiando a sus socios más pobres. En lugar de corregir estos desequilibrios, de los que la Comisión Europea ya le ha advertido reiteradamente, se centra en sus intereses particulares. Esta situación, unida a las políticas erráticas de inmigración que ha impulsado, está provocando un alto grado de desconfianza y desafección entre la mayoría de los ciudadanos del resto de estados miembros. Cuando España entró en el Mercado Común, tuvo que desprenderse de la mitad de su tejido industrial y agrícola para complacer a sus nuevos socios, evitando, posibles “desequilibrios”. ¿Haría lo mismo Alemania? Honestamente, sus actos indican que no.

Francia. Su posición geopolítica ha quedado muy dañada, fruto de los desmanes de la primavera árabe de Sarkozy y de la incompetencia supina de Hollande. El país está estancado económicamente y sus viejos recelos respecto a sus eternos rivales, Alemania y Gran Bretaña, están volviendo a renacer. Los dos candidatos, Le Pen y Macron, tienen mensajes diferentes, reflejo de una sociedad dividida. Sin embargo, coinciden en una cosa, el euro, tal y como está concebido, no funciona. Si tienen que salir del euro, no descartan que la deuda la paguen en francos, una vez que recuperen la soberanía monetaria.

Polonia. Todavía no dan crédito a lo que ha sucedido. El país ha sido ninguneado y despreciado por sus socios. Por primera vez en la historia de la Unión Europea, se ha nombrado a un dirigente, Donald Tusk, presidente del Consejo Europeo, con el veto de su país de origen, Polonia. Las consecuencias de esta decisión son muy graves. La pérdida de confianza y compromiso de Polonia con sus socios es irreversible.

Holanda. El partido en el poder ha ganado las elecciones, pero el retroceso que ha sufrido ha sido muy grande. El gobierno cambiará, y eso, se trasladará en el mensaje que llegue a la Unión Europea. El actual jefe de Eurogrupo, Dijsselbloem, se baraja que sea mantenido “a la polaca” y él mismo se aferra a su cargo, en clara actitud de burócrata. Sus palabras sobre el comportamiento de “los países del sur”, han abierto una herida que nunca se cerró, por mucho que otros quisieran hacérnoslo ver.

Italia. El gobierno, vuelve a ser un semi títere, como en la época de Monti. En abril, el país entrará en el protocolo de déficit excesivo, prisionero de sus desmanes, al igual que España. Su deuda pública, que supera el 132% del PIB, resulta escandalosa para los inversores y debe ocultarse. El Target2 está creando una sima entre los balances de los bancos centrales italiano y alemán de tales dimensiones que amenaza con provocar un terremoto. Al igual que a España, el euro la asfixia, pero, a diferencia de España, su tejido industrial y productivo puede darle vida más a allá del euro, y muchos en Italia, ya lo saben.

España. Nuestra posición es lo más parecida a la de un zombi. Lacayos de lo que decida la Comisión, y especialmente, Angela Merkel. Nuestra capacidad de influencia y decisión es nula. Hechos que lo demuestran son, por ejemplo, que ningún español estará en los altos cargos de la Unión Europea o que el acuerdo de venta de Opel a PSA, fue bendecido antes por Merkel, May y Hollande, con la ausencia de Rajoy, para asegurarse que en sus países se mantendrá la producción y los puestos de trabajo. Nuestro país sufrirá, de nuevo, los recortes que llevan aparejados todas las grandes fusiones empresariales. Para la Unión Europea, España es un “problema que ya no se puede ocultar”. La prensa británica titulaba este fin de semana en portada “Sólo un milagro puede salvar a España”. Nuestra deuda pública, cuyo ratio, es el 170% sobre el PIB, y unas cuentas públicas claramente manipuladas, provocarán que nuestros socios se desentiendan del zombi, y acaben por enterrarlo, como justificación de una mala ejecución de lo que eran unas buenas intenciones.

Bruselas. La capital de los burócratas por excelencia. La corrupción generalizada y su estructura elefantiásica no paran de crecer. Los lobbies campan a sus anchas y muchos eurodiputados, funcionarios y ejecutivos no tienen prejuicios de aceptar sus invitaciones y prebendas. Aquellos que luchan de buena fe, por defender a los ciudadanos, son desplazados y engullidos en el sistema. Hay direcciones a las que llaman cotidianamente “las del 15%” (ríanse ustedes de los del 3%). ¿Quién va a seguir pagando esta fiesta? Es obvio que, tarde o temprano, será imposible.

El Crexit. Este término, con el que se denomina al efecto que conlleva la expansión de deuda corporativa descontrolada, es una amenaza cada vez más acentuada. La Unión Europea implantó un sistema para facilitar el endeudamiento y el apalancamiento con la esperanza de que el crecimiento fuera lo suficientemente sólido y, de paso, contrarrestar este temido efecto. No ha sido así. El Crexit es un cisne negro que se dirige al estanque europeo, y atraerá a otros.

El Euro. Si analizamos la repercusión del euro en los países que se adhirieron a él, salvo a Alemania, al resto los ha empobrecido. Si estudiamos los datos de desigualdad y pobreza, se han acentuado. ¿Qué llevó a Dinamarca, Suecia o a Gran Bretaña a no adoptar la moneda? ¿Visionarios? Más sencillo. La soberanía monetaria es vital para una nación ¿Qué país, en la zona euro, realmente la tiene? Creo que ya lo saben ustedes.

En resumen, si analizamos los escenarios anteriores, es bastante probable que se acabe produciendo el Eurexit, provocado por acción de todos los socios, sin excepción.

Un modelo de vida, convivencia e integración de culturas, que podía haber sido excelente, ya no será posible. Con suerte, podremos mantener el mercado común. Veremos.

- La solución a nuestros problemas, según uno de los economistas más famosos del mundo (El Confidencial - **26/10/17**)

Dani Rodrik, profesor de Harvard e inventor del “Trilema de la globalización”, acaba de publicar un documento en el que muestra cómo reconducir la situación. Y es sorprendente

(Por Esteban Hernández)

Dani Rodrik es profesor de Política Económica Internacional en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, y uno de los economistas con más prestigio del mundo. Es autor de “La paradoja de la globalización: la democracia y el futuro de la economía mundial” y es conocido ante todo por su famoso Trilema, según el cual tenemos que elegir entre dos de estos tres conceptos: globalización económica, democracia política o soberanía nacional, porque los tres a la vez resulta imposible. Puedes tener soberanía y globalización, pero no democracia, o democracia y globalización, pero no soberanía.

Acaba de publicar un documento, “Rebalancing Globalization”, con el que pone lo global de nuevo en el mapa teórico. Llevamos un tiempo en el que parecía haber desaparecido de la agenda, y con toda lógica: estamos discutiendo acerca de sus consecuencias, que nos tienen muy ocupados. Es imposible entender el respaldo social al populismo de derecha y a la extrema derecha, las tensiones territoriales y el nuevo papel que está jugando China sin ser conscientes de que el telón de fondo de la globalización, que favorece la movilidad sin apenas fricciones del capital, está generando muchas tensiones a nivel local y regional. Incluso, si se quiere recurrir a la clave nacional, Cataluña tiene que ver con esto: parte del anhelo independentista surge de la convicción de que se trata un territorio que podría competir mucho mejor si se desligara de sus vecinos.

Es cierto que estas cosas no han venido ligadas estrictamente al debate público sobre la globalización, tal y como señala Rodrik, porque el malestar se ha manifestado sobre todo en asuntos como la pertenencia o no a la UE, los inmigrantes o las banderas. Pero, en todo caso, ese es su núcleo. Y se trata de un escenario que está moviéndose, y se dirige a lugares alejados de los que tenían en mente los arquitectos de la globalización.

Los ganadores

Rodrik es consciente de que la globalización tiene dos velocidades, y unos ganan mucho y otros pierden. Entre los primeros, señala a las clases profesionales, manageriales y capitalistas de las economías avanzadas, y a los pobres que encontraron trabajo en las fábricas chinas y demás zonas de Asia. Pero también ha producido perdedores. Por eso, afirma, las élites creen que lo que debe hacerse no es frenar la globalización, sino compensar a quienes pierden. Y para Rodrik, estos son los trabajadores, ya que las rentas del capital han salido mucho más beneficiadas que las del trabajo.

Políticamente, la globalización ha tenido dos lecturas. La derecha ha insistido en desarrollar el mundo global a partir de la reducción de impuestos, la movilidad del capital y el descenso de los salarios. La izquierda socialdemócrata ha hecho más o menos lo mismo, sólo que ha añadido una coletilla: había que invertir en educación, en la formación en habilidades y en infraestructuras para poder competir en ese escenario.

Equilibrar las políticas

Para Rodrik, eso no basta. En su opinión, “si la globalización debe ser salvada, no será con renovadas promesas de educar a la gente en programación de computadoras y otras habilidades. Lo que se necesita es un cambio significativo. Y, afortunadamente, sería posible preservar los beneficios económicos de la globalización y hacerla más justa al mismo tiempo. Hay muchos caminos prometedores que las narrativas imperantes nos han llevado a pasar por alto. En particular, debemos reequilibrar las políticas que llevan hacia la integración económica global en tres áreas: desde el capital y las empresas hacia el trabajo y la sociedad en general, desde la gobernanza global hacia la gobernanza nacional, y desde áreas donde los beneficios económicos generales son pequeños hacia donde son grandes”.

Estas son las líneas generales que Rodrik propone, y suenan bien, porque implicarían un equilibrio necesario, en la medida en que potenciarían áreas, como el trabajo, que hoy están consideradas sólo como un factor más de producción, permitirían que los Estados pudieran tener más control sobre las fuerzas que sobrevuelan su territorio, a menudo con intenciones extractivas, y animarían a los espacios donde los ingresos no son bastantes a que dieran un paso hacia el bienestar.

El trabajo, mucho más móvil

Pero una vez más, las élites siguen una lógica extraña. Constatan el problema, incluso son conscientes de dónde se producen los puntos de fricción, pero no son capaces de dar un paso atrás. Utilizan métodos peculiares, según los cuales entienden lo que está pasando, pero lo utilizan en su propio beneficio, en vez de afrontar la resolución del problema.

Todo este razonamiento de Rodrik encuentra una solución principal: puesto que la movilidad del capital y la del trabajo no van de la mano, no hay que reducir la primera, sino incrementar la segunda. “Un equilibrio tal sería buena cosa, tanto por razones de eficiencia como de distribución”.

Lo que el economista de Harvard quiere decir es lo siguiente: los sectores que más están ganando con la globalización son aquellos donde las barreras resultan todavía muy altas. Y las mayores están referidas a la movilidad transfronteriza de los trabajadores. Citando un estudio de Michael Clemens, Lant Pritchett y Claudio Montenegro, calcula que, si se mide en los mismos términos que otros bienes y servicios, el arancel que se está poniendo a un trabajador pakistaní que quiera emplearse en EEUU es de un 500% sobre los ingresos del empleado, “mucho más elevado que en cualquier otro sector comercial”.

Un curioso 'dumping' social

Rodrik insiste en que expandir la movilidad de los trabajadores a través de las fronteras de una manera negociada y administrada produciría un gran aumento en el tamaño del pastel económico, tanto a nivel mundial como nacional. Por supuesto, también tendría algunos efectos redistributivos, especialmente a corto plazo. “Probablemente perjudicaría a algunos trabajadores nativos no cualificados en las naciones ricas. Pero la redistribución que obtendríamos sería comparativamente pequeña, dadas las elevadas barreras actuales a la movilidad laboral. Además, los trabajadores invitados serían empleados según las normas laborales nacionales, en lugar de los estándares del país de origen que probablemente sean mucho más débiles. Esto eliminaría una importante fuente de preocupación en las economías receptoras con respecto al comercio desleal y el dumping social".

La otra solución que Rodrik propone, además de que numerosos trabajadores extranjeros llegasen al primer mundo de forma acordada, es que China abra decididamente sus fronteras a las empresas occidentales, lo cual tiene poca pinta de suceder.

El análisis y las propuestas de Rodrik tienen algo peculiar, porque son exactamente el tipo de visiones que están generando graves problemas políticos y sociales en Occidente, y las que están reconfigurando el mapa geopolítico de un modo mucho más hostil. **Pensar sólo en términos macroeconómicos e insistir en que las clases perdedoras de la globalización, las medias y trabajadoras del primer mundo según los análisis de Branko Milanovic, deben perder aún más, nos dirige a un panorama en el que los próximos gobiernos no serán los de Trump, sino el de alguien más a su derecha.**

El escenario final

Las sociedades occidentales están deteriorándose porque la cohesión social desaparece. La desigualdad, que implica que las rentas de las clases perdedoras fluyan hacia las ganadoras, desestructura el orden social y aboca a tensiones crecientes. Rodrik no tiene esto en cuenta, porque los números le cuadran. Pero desarrollar este tipo de políticas implica, ante todo, fabricar un escenario en el que, dentro de poco, los números no van a importar mucho. Por favor, que los economistas vuelvan a la realidad.

- Cómo internet se convirtió en una amenaza para la democracia (El Mundo - **9/11/17**)

(Por Pablo Pardo)

Creíamos que las redes sociales iban a salvar la política. Que la libertad de información acabaría con los bulos y los prejuicios. Pero, en el mundo “post-Trump”, la realidad es distinta...

Por qué Facebook pudo decidir la victoria de Trump

¿Son las redes sociales, fundamentalmente Facebook y Google, empresas que se sitúan prácticamente en una categoría aparte de todas las demás del mundo? ¿El equivalente de las antenas del teléfono? ¿No tienen responsabilidad de lo que se diga cuando se emplea su infraestructura, al igual que una compañía telefónica no puede evitar que los criminales usen sus servicios, mientras paguen la factura cada mes? ¿Son una especie de plaza pública, de ágora ateniense, en la que cada cual puede ir y hablar? Hasta hace un par de años, muchos habrían suscrito esa idea. Ahora, no tanto. En realidad, quienes afirmaban esto no sabían -o no querían saber- el modelo de negocio de las redes sociales y de Google. Si son gratis no es porque, como se dice a menudo, los usuarios seamos el producto. Lo son porque los usuarios somos los trabajadores. Empleados que no cobran, y clientes. Porque Twitter, Facebook y Google venden publicidad al usuario-trabajador en función de lo que lee o escucha o ve ese cliente-empleado. Así es como, en tres meses, Google factura más en publicidad que todos los periódicos del mundo juntos. El 95% del incremento de la publicidad en dispositivos móviles se lo quedan Google y Facebook. Y, sin embargo, no son responsables. Es decir, son como una empresa telefónica en la que usted encontrara anuncios como música de fondo en función de lo que usted habla. O como un ágora ateniense en la que, dependiendo de a qué filósofo se acerque usted a escuchar, le llega un caballero a venderle boniatos, un escudo o un esclavo. Pero ni el filósofo ni el vendedor son responsables de nada. Es como si este periódico que ahora lee no tuviera que dar absolutamente ninguna explicación por sus anuncios.

Al menos, mientras no se apruebe un proyecto de ley -presentado el 19 de octubre por los senadores demócratas Mark Warner y Amy Klobuchar y el republicano John McCain- que requeriría que todas las actividades online que tengan más de 50 millones de usuarios únicos informen públicamente de cualquier cliente que gane más de 500 dólares (431 euros) en anuncios en ellas. Claro que las posibilidades de que esa ley salga adelante son, a día de hoy, cero. La radio está regulada en EEUU desde la década de los años 20. Internet es el Salvaje Oeste. Un territorio sin ley. Facebook censura pezones tanto en su web como en Instagram, pero ha dejado durante días a vista de todos, el vídeo de una adolescente ahorcándose. La propuesta de ley llegó 18 días después de que Google y Facebook afrontaran una nueva crisis de relaciones públicas tras la matanza desencadenada por Stephen Paddock, que asesinó a 58 personas en Las Vegas. Ambas empresas dieron prominencia en sus webs a páginas de ultraderecha (como Blog Alt Right y el foro 4chan) y al servicio de noticias del Kremlin Sputnik en las que se decía, entre otras cosas, que el asesino era “una persona que odia a Trump” y que, “según el FBI”, había “jurado fidelidad al Daesh”, es decir, al Estado Islámico.

Todo era mentira. Facebook y Google explicaron que lo que pasó tras la matanza de Las Vegas fue culpa de los algoritmos. Sus programas deciden ellos solos qué información va más arriba y qué información va más abajo. Cuando los empleados vieron esas locuras, las quitaron. Pero las dos empresas saben mejor que nadie que la clave en internet es la facilidad de acceso y la rapidez. Hace un año, el incidente habría sido sólo una nota a pie de página. Pero, ahora, llueve sobre mojado. Más bien, sobre un océano de sospechas. Google, Facebook y Twitter -más pequeña y en números rojos, pero más influyente entre la clase política y los medios de comunicación- están en el centro de una controversia que se puede resumir en lo siguiente: ¿fueron estas empresas los caballos de Troya que Vladimir Putin empleó para apoyar a Donald Trump en las elecciones en las que éste se hizo con la Casa Blanca, hace exactamente un año?

Cuando el 11 de noviembre de 2016 le hicieron esa pregunta al fundador, dueño, presidente, y consejero delegado de Facebook, Mark Zuckerberg, su respuesta fue que ésa era “una locura bastante grande”. Sin embargo, la semana pasada, el máximo responsable del Departamento Legal de Facebook, Colin Stretch, admitió en el Senado de EEUU que 126 millones de estadounidenses -el 38% de la población total del país- habían recibido mensajes procedentes de Rusia a través de su red.

Que nadie piense que esto no va con él, que se trata sólo de peleas entre Rusia y Estados Unidos. El jueves de la semana pasada, el senador demócrata por Nuevo México, Martin Heinrich, dijo disponer de información acerca de la interferencia rusa a través de redes sociales en la crisis de Cataluña. “Ahora mismo, con las elecciones catalanas acercándose, España tiene que ser muy consciente del impacto de las redes sociales”, declaró Brett Bruen, ex responsable de Comunicación Estratégica del Consejo de Seguridad Nacional con Barack Obama, donde coordinó la iniciativa contra la propaganda rusa que EEUU lanzó en 2014. Bruen, que dirige la consultora Global Situation Room, cree que “España tiene que estar lista para un esfuerzo online procedente de Rusia que va a ser largo y sostenido, y que va a seguir mucho después de que se hayan celebrado las elecciones catalanas del 21 de diciembre”.

La cuestión no sólo es si Rusia está o no detrás de estas campañas de desinformación. El asunto es si estas empresas, que están entre las más caras del mundo por su valor en bolsa (sólo Facebook y Google juntas valen casi tanto como toda la economía de España) son responsables o no. Ahí, las opiniones difieren. "Las redes sociales han sido usadas por fuerzas que pueden minar nuestra democracia. Pero han sido usadas de forma involuntaria y debido a su ingenuidad", declaró Stephen Balkam, fundador y máximo responsable del Instituto para la Seguridad de la Familia Online -FOSI, según sus siglas en inglés, busca hacer el mundo de internet más seguro para los menores- y también miembro de los consejos asesores de seguridad de Facebook y Twitter.

Otros lo ven de manera diferente. “Las redes sociales y, en general, las empresas de internet, no pueden reconocer mucha responsabilidad en materia de información política. Porque, si lo hacen, entran en una carrera cuesta abajo ya que se les va a exigir responsabilidad por muchas cosas, desde violación de los derechos de propiedad intelectual hasta pornografía infantil”, explica uno de los responsables de una organización involucrada al máximo en la controversia de la trama rusa de Donald Trump y que no puede dar su nombre por consejo de sus abogados. Otro asunto es que gran parte del modelo de negocio en internet se basa en no tener empleados y dejar que los algoritmos decidan. El problema es que, por muy sofisticado que sea un programa informático, éste siempre es consecuencia de las personas que lo han hecho y, también, reflejo de los contenidos de la propia Red que, a su vez, son realizados por miles de millones de individuos.

Pero al final, siempre, están las personas. Es algo de lo que se dio cuenta Rob Speer, de la empresa de inteligencia artificial Luminoso, de Massachusetts, donde desarrolla el trabajo de director de Ciencia (por increíble que parezca, hay empresas que tienen ese cargo). Luminoso se especializa en ordenar y categorizar toda la cuasi infinita cantidad de información que hay en la web. Big Data a la máxima potencia. Y ahí es donde Speer descubrió, en algo tan inocente como la opinión de los clientes de los restaurantes, que el Big Data, dejado a sus anchas, es muy racista. Todo sucedió cuando Luminoso desarrolló un algoritmo que evaluaba los restaurantes en función de las opiniones que habían colgado los clientes en páginas web, como Google y Yelp.

Hasta ahí, todo normal. Como mucho, una tarea técnica complicada. O eso suponía Speer. Entonces, empezó a ver, como relataba en el blog de la empresa el abril pasado, “algo raro y sorprendente”: el algoritmo “ponía a todos los restaurantes mexicanos peores que a los demás”. Speer se puso a mirar los datos y llegó a una conclusión sorprendente: “Era la presencia de la palabra “mexicano” lo que hacía que el restaurante saliera peor en las críticas. No es que a la gente no le guste la comida mexicana, sino que los sistemas que toman inputs de toda la Red han captado a mucha gente asociando las palabras “mexican” con “ilegal””. Con esa tecnología, quien quiera crear trastornos en la web lo tiene fácil. Y ésa es la razón de que Facebook haya anunciado que planea contratar a 4.000 personas para supervisar contenidos sólo este año, y a otros 6.000 en 2018. La pregunta viene rápido: ¿será suficiente? Porque las informaciones periodísticas publicadas en EEUU en los últimos meses acusan a Rusia, a través de empresas que actuaban como tapadera, de manipular las redes hasta extremos que serían casi de risa si no se tratara de cosas tan serias.

Hay ejemplos para llenar un tren. ¿La página de Facebook Texas Heart, que apoyaba a Trump? Rusa. ¿Una web en esa misma red social del movimiento negro Black Lives Matter que animaba a los afroamericanos a armarse? Rusa. ¿La manifestación anti Trump de Union Square, en Nueva York, de hace un año? Organizada desde San Petersburgo. Suma y sigue. Acaso la mayor paradoja sea que Silicon Valley es un bastión demócrata, que las redes sociales fueron las empresas que acudieron en ayuda de Barack Obama en sus primarias contra Hillary Clinton en 2008; que Google llenó el Gobierno de ese presidente con sus ex directivos. En la actualidad, esas mismas compañías son acusadas por los demócratas de haber puesto a Donald Trump en la Casa Blanca y de haber dado primacía a la cuenta de resultados sobre la ética.

La necesidad de ajustar su credibilidad

Un estudio publicado la semana pasada en Estados Unidos afirmaba que sólo un 37% de sus ciudadanos se fía de la información que recibe a través de las redes sociales, aproximadamente la mitad de la cuota de confianza que reciben periódicos y revistas. Ahora, la responsabilidad de plataformas como Facebook, Twitter y Google pasa por ajustar su credibilidad y remarcar cuando una información proviene de una fuente de confianza. Una posibilidad es que, cuando se comparta un contenido en uno de estos sitios web, se informe -o se recuerde- el daño que la desinformación puede llegar a causar en quien la termina recibiendo. También podrían diseñar algoritmos que releguen el clickbait a la parte más baja del timeline. Son cambios difíciles porque afectan a su eficacia comercial, de modo que quizá precisen de un empuje legislativo.

- Análisis: El Brexit, Trump y una generación de incompetentes (Expansión - FT - **15/12/17**)

(Por Simon Kuper - Financial Times)

Yo no quería el Brexit, pero asumía que sus defensores tenían un plan. No pensaba que Donald Trump tuviera un plan, pero asumía que los republicanos sí. No era así. **Nos guste o no esta gente, la pregunta es: ¿por qué son tan incompetentes?**

Parece que los partidarios del Brexit realmente pensaban que la Unión Europea cedería a sus demandas; que nunca imaginaron que la frontera con Irlanda podría ser un problema. El Gabinete ni siquiera ha discutido aún qué tipo de Brexit quiere. El acuerdo alcanzado la semana pasada con la UE puede obligar a Reino Unido a seguir las regulaciones irlandesas para siempre (o como lo llaman los defensores del Brexit, “libertad”).

En Estados Unidos, cuando los republicanos tuvieron finalmente su oportunidad para abolir el Obamacare, resultó que en siete años no habían preparado una alternativa. Gran parte de su proyecto de ley fiscal lo redactaron lobbies de la noche a la mañana. Y la característica fundamental del Rusiagate es la falta de profesionalidad. Mike Flynn y otros afectados no declararon contactos evidentes con autoridades extranjeras, dando por hecho que nadie se daría cuenta. Trump pareció autoinculparse tuiteando que sabía que Flynn violó la ley, pero luego su abogado declaró que había sido él quien había escrito el tuit. La ruina de Richard Nixon no fue su delito sino su encubrimiento; en esta ocasión no puede decirse que exista un encubrimiento. La única locura comparable en la historia reciente de EEUU y Reino Unido es la Guerra de Irak. ¿Qué explica esta incompetencia?

Cabe recordar en este punto el contraste -sacado a colación a menudo en EEUU en los años 90- entre la “generación más grande” que combatió en la Segunda Guerra Mundial, y la generación del baby boom. Entre la década de 1940 y la de 1990, la mayoría de los políticos de ambos países eran hombres que habían luchado una guerra mundial. Esa experiencia determinó su carácter. Harold Macmillan, el primer ministro británico desde 1957 hasta 1963, había sido herido en cinco ocasiones en la Primera Guerra Mundial. En una ocasión, tras ser alcanzado en la rodilla y en la pelvis, permaneció en un agujero formado por un obús durante 12 horas, medicándose con morfina, haciéndose el muerto cuando los alemanes se acercaban, y leyendo a Esquilo en griego original, según escribe Richard Davenport-Hines en An English Affair.

Macmillan explicó mucho después que los oficiales de clase alta como él, que lideraban a tropas de la clase obrera, “aprendieron por primera vez a... sentirse como en casa con una clase social con la que nunca habrían entrado en contacto de otro modo”. Además, él era el responsable de sus vidas. No sorprende que después nunca pudiese quitarse de encima “la sensación de que algo horrible y desconocido estaba a punto de ocurrir”. Como primer ministro, escribe Davenport-Hines, a veces pasaba fines de semana, oculto en la cama.

Podrían contarse historias similares sobre Clement Attlee (herido de gravedad en Irak durante la Primera Guerra Mundial, y primer ministro entre 1955 y 1951), John F. Kennedy y George H.W. Bush. Según el Pew Research Center, en 1975, el 81% de los senadores de EEUU eran militares veteranos. La experiencia de la guerra no es garantía de seriedad (como demuestra Flynn), pero ayuda.

Otros líderes de estos países en el s.XX -Lyndon B. Johnson, Bill Clinton, John Major- tuvieron una experiencia visceral distinta: la pobreza. También tenían grabado en lo más hondo que el gobierno era importante.

Pero ambos países han caído ahora en las manos de miembros de la generación del baby boom, nacidos entre 1946 y 1964 -los más afortunados de la generación más afortunada de la historia. Esta gente no vivió experiencias formativas, sino que sólo vio programas de televisión. Nunca esperaron que sucediese algo horrible o desconocido. Se metieron en política principalmente por diversión. El cambio paradigmático se produjo entre George H.W. Bush (nacido en 1924) y su hijo (nacido en 1946). Al igual que Trump, Bush hijo se pasó gran parte de sus primeros días en la presidencia de vacaciones. Luego el 11-S le sumió en una actividad frenética: las guerras en Afganistán e Irak.

A menudo se dice que los políticos actuales no tienen experiencia fuera de la política, pero no es cierto. Bush hijo fue gerente de un equipo de béisbol, Boris Johnson escribía columnas divertidas, y Trump interpretó a un empresario exitoso en la televisión. Por el camino, adquirieron un conocimiento del que carecían en gran medida sus predecesores: desenvolverse en los medios de comunicación.

Entonces, llegó el populismo, que validó la falta de profesionalidad. No se necesitaban “expertos”, cualquiera podía hacer el trabajo. Las personas que no podían gritar simplificaciones por televisión salieron sin rumbo de la política.

Populismo polarizado. Así, los nuevos gobiernos seleccionaban a la gente en función de su lealtad a la causa. Theresa May, como primera ministra, tuvo que dar a “tres partidarios del Brexit”, Johnson, David Davis y Liam Fox, trabajos para los que no contaban con experiencia previa. Días después de la elección de Trump, su hija Ivanka asumió el control de una junta de transición, alabó la “increíble lealtad” de Flynn y le preguntó: “General, ¿qué trabajo quiere?” Este mes, en las elecciones al Senado en Alabama, Trump respaldó a otro conservador: el acusado de pedofilia Roy Moore.

Por tanto, estamos a merced de una clase política despreocupada e inexperta compuesta, en su mayoría, por hombres blancos de avanzada edad. Por suerte, pronto habrá cambios. Cualquiera que haya crecido bajo el mandato de la generación del baby boom ha aprendido que las cosas horribles e inesperadas pueden ocurrir en cualquier momento. El Brexit y Trump han movilizado a una generación de jóvenes que ha aprendido que el gobierno importa, y le han demostrado que no estropear las cosas es un objetivo loable. Un número sin precedente de mujeres en EEUU, muchas de ellas nacidas después del boom, se están presentando a elecciones a todos los niveles políticos. En el Senado, hay unas diez veces más de candidatas que en 2014. Ellas tendrán que solucionar todo el caos ocasionado por una generación.

- Facebook reconoce que el uso de redes sociales puede ser dañino para la democracia (La Nación - **22/1/18**)

Facebook continuó el examen de conciencia iniciado tras la elección de Donald Trump a la Casa Blanca en 2016 y reconoció el lunes que el uso generalizado de las redes sociales puede ser dañino para la democracia, comprometiéndose a trabajar para minimizar este riesgo.

“Ahora estamos más dispuestos que nunca a combatir las influencias negativas y asegurarnos de que nuestra plataforma sea una fuente incuestionable para el bienestar democrático”, dijo Katie Harbath, jefa de políticas globales del grupo en un comunicado.

La declaración ocurre en medio de persistentes críticas contra la red social por supuestamente permitir el aumento de la desinformación, reforzar las “burbujas informativas” y facilitar el acoso de disidentes y activistas.

Facebook, añadió, tiene el “deber moral de entender cómo se están usando estas tecnologías y qué se puede hacer para que las comunidades como Facebook sean lo más representativas, respetuosas y fiables posible”.

Ejecutivos de Facebook ya recorrían Europa esta semana para abordar la lenta respuesta de la compañía a los abusos cometidos en su plataforma, como discursos de odio y las campañas de influencia extranjera.

El jefe de compromiso cívico de Facebook, Samidh Chakrabarti, indicó en un blog que la red social fue “demasiado lenta para reconocer cómo los malos actores abusan de la plataforma” y que la compañía está “trabajando diligentemente para neutralizar estos riesgos”.

El blog “Preguntas difíciles” fue publicado en el marco de los esfuerzos de Facebook para limpiar su imagen después de que la semana pasada anunciara que pediría a sus usuarios calificar la fiabilidad de las fuentes para evitar el flujo de las llamadas “fake news” o noticias falsas.

“Al ser optimista de corazón, no estoy siendo ciego ante el daño que internet puede hacer incluso en una democracia que funciona bien”, dijo Chakrabati.

El directivo señaló que la red social trabaja para equilibrar la apertura y transparencia con los esfuerzos para frenar la manipulación, los discursos de odio y la propaganda violenta. “Controlar este contenido a escala global es un problema de investigación actual porque es difícil para las máquinas entender los matices culturales de la intimidación política”.

Chakrabarti destacó que varias organizaciones utilizan la red social para educar. “Un tipo equivocado de transparencia podría poner a estos activistas en un verdadero peligro en varios países”, dijo. “Aunque estamos contratando más de 10.000 personas adicionales este año para trabajar en seguridad y protección, es probable que esto siga siendo un desafío”.

Luego de haber eludido el tema durante mucho tiempo, Facebook parece actualmente consciente que tiene el poder de influenciar a más de 2000 millones de personas y que eso le impone obligaciones inéditas en la historia.

El grupo invitó a una voz exterior, Cass Sunstein, profesor de derecho en Harvard y autor de un libro sobre el tema, a que se exprese en su blog. “Las redes sociales son formidables para la democracia en todos los aspectos, pero malos en otros”, dijo el universitario.

Para Will Oremus, del sitio de informaciones Slate, la reflexión de Facebook parece ser “terriblemente simplista e ingenua”.

El magnate de los medios Rupert Murdoch dijo a su vez que las grandes plataformas como Facebook deberían pagar a las empresas noticiosas “confiables” como parte de los esfuerzos para mejorar la credibilidad y frenar la desinformación.

El presidente ejecutivo del grupo de medios News Corp consideró que las “medidas correctivas” anunciadas por Facebook son “inadecuadas, comercial, social y periodísticamente”, según escribió en una carta pública.

“Ha habido mucha discusión sobre los modelos de suscripción, pero no he visto aún una propuesta que verdaderamente reconozca la inversión y el valor social del periodismo profesional”, agregó Murdoch, también presidente ejecutivo de 21st Century Fox.

“Si Facebook quiere reconocer a los editores confiables entonces debería pagar a esos medios una tarifa similar al modelo adoptado por los cableoperadores”, dijo el magnate.

“Seguimos de cerca los recientes cambios en la estrategia de Facebook, y no tengo dudas de que Mark Zuckerberg (el director de Facebook) es una persona sincera, pero todavía hay una seria falta de transparencia que debería preocupar a los editores y a aquellos que desconfían de la orientación política de estas poderosas plataformas”, concluyó.

(Agencias AFP y Reuters)

- Franklin Foer: “Silicon Valley forma parte del mismo populismo farsante que Trump” (Cinco Días - **2/2/18**)

(Por Guadalupe Rodríguez)

Delegar sin pensar en manos de la tecnología decisiones tan cotidianas como encontrar el camino nos convierte, según Franklin Foer, en sujetos pasivos fácilmente influenciables por las empresas tecnológicas

Las compañías tecnológicas más ambiciosas -Amazon, Facebook, Microsoft, Apple y Google- participan en una carrera por convertirse en nuestro asistente personal. Aspiran a guardar nuestros objetos valiosos privados, nuestra agenda y nuestros contactos, nuestras fotos y documentos. El periodista y escritor liberal Franklin Foer alerta del peligro de nuestra dependencia de ellas en su último libro, Un mundo sin ideas (Planeta, 2017), pero sobre todo de su control del conocimiento. “Este libro trata de las ideas que alimentan estas empresas así como del imperativo de resistirse a ellas”, escribe.

**Google jerarquiza la información que circula por internet, Facebook clasifica las noticias y Amazon domina la producción de libros. “Confían en automatizar nuestras elecciones cotidianas. Sus algoritmos sugieren las noticias que leemos, los productos que adquirimos, las rutas por las que viajamos, los amigos a los que invitamos a nuestro círculo. Una vez que abandonamos la privacidad, no hay marcha atrás ni restauración de nuestra individualidad perdida”, alerta.**

El mayor peligro de confiar nuestra información privada en estas empresas no es, para Foer, el posible robo de nuestra privacidad. Es el hecho de compartir más secretos con las máquinas que con los amigos lo que nos puede hacer vulnerables a la manipulación, a que utilicen la información para explotar nuestras debilidades, placeres y ansiedades. “No son solo máquinas; son máquinas que son administradas por compañías que quieren ganar dinero con nosotros”, explica por correo electrónico.

Desde el momento en que delegamos en Google Maps nuestra facultad de encontrar una dirección, Foer vaticina que la inteligencia artificial configurarán de forma imperceptible las elecciones cotidianas que hagamos cada día. “Me temo que estamos en el proceso de entregar el libre albedrío. Estaremos conversando con las máquinas desde el momento en que nos despertemos. Y esas máquinas inclinarán nuestras decisiones en la dirección que la compañía desee”.

Franklin Foer, hermano del conocido escritor Jonathan Safran Foer, no es un neófito en el entorno empresarial tecnológico. Se inició en el periodismo en la revista digital Slate, creada en 1996 como parte del contenido que Microsoft ofrecía a los internautas en el portal MSN. Su siguiente contacto, en este caso desfavorable, con los magnates de la tecnología fue durante su etapa como editor de la revista impresa The New Republic. Chris Hughes, uno de los fundadores de Facebook, adquirió en 2012 esta publicación y destituyó a Foer dos años después, como él mismo cuenta en el libro.

Si la ciberantropóloga Amber Case reinvidica la “tecnología calmada”, Foer aboga por la moderación en el uso de la tecnología. “Mi preocupación es la adicción”, reconoce. **Según el Estudio de Redes Sociales elaborado anualmente por IAB, los españoles pasamos de media más de tres horas diarias en Facebook y Youtube, casi tres en Instagram y una hora y media en Twitter.** “Cuando se trata de comida y bebida, hemos aprendido a moderarnos. Necesitamos hacer lo mismo con la tecnología. Necesitamos proteger nuestras vidas para que no sean invadidas. Esto no significa tirar nuestros teléfonos al mar o abandonar los motores de búsqueda. Pero implica restaurar el equilibrio en nuestras vidas, no distraernos constantemente con bips, zumbidos y notificaciones incesantes”, añade.

Una golosina visual

¿Por qué nos atrae tanto lo que nos ofrecen las empresas tecnológicas? “Por una simple razón: sus productos son mágicos. El motor de búsqueda de Google es una maravilla de la ingeniería humana. Cuando era niño, me habría reído de la posibilidad de tener un dispositivo tan poderoso como el iPhone. Pero el hecho de que estas creaciones sean mágicas no significa que debamos suspender nuestro escepticismo. Desafortunadamente, tratamos a los creadores como si fueran dioses. Les dimos demasiado prestigio y respeto. Su poder exige que los hagamos rendir cuentas”, especifica Foer.

Según cuenta Foer en el libro, Mark Zuckerberg admitió que Facebook se parece más a un gobierno que a una empresa. Y lo argumenta explicando que Facebook o Google toman decisiones tan importantes como qué información merece la mayor relevancia o cuál es falsa o verídica. “Están moldeando el curso de nuestras democracias”, alerta, y recuerda de paso cómo empleados de empresas ayudaron a Obama y Trump a ganar las elecciones. “La gran pregunta a la que nos enfrentamos es si estas compañías formarán una alianza con los gobiernos, como han hecho históricamente los monopolios. Para preservarse, aceptan la regulación a cambio de la protección de su posición dominante”.

La contracultura aplicada a la tecnología

Un mundo sin ideas detalla cómo la filosofía que subyace en la lógica empresarial de estos genios de garaje, y que se puede rastrear en las apariciones públicas de Steve Jobs, tiene su origen en los principios de la contracultura hippy de los años sesenta: en la aldea global de McLuhan y las comunidades virtuales de Stewart Brand. El fanzine Whole Earth Catalog publicado entre 1968 y 1972 por Brand es el texto fundacional que ayuda a comprender la cultura de Silicon Valley. Sus fundadores creyeron que “allí donde la política no había logrado transformar a la humanidad, los ordenadores podían hacerlo”, resume Foer. Pero alerta de que lo que comenzó siendo un sueño conmovedor, la humanidad unida en una sola red extraordinaria, se ha convertido en la base del monopolio. En manos de Facebook y Google, la visión de Stewart Brand, que trasladó a la tecnología los valores de la contracultura y, por ejemplo, acuñó el término PC, es un pretexto para la dominación del mercado. Y el subsiguiente peligro de la concentración en manos de pocas empresas dominantes del conocimiento es la homogeneización.

Entre 2006 y 2012 la producción mundial de información se multiplicó por diez. Nunca antes había sido posible aprender tanto sin coste. Aunque para Foer “internet es una fotocopiadora” y el papel de Google o Facebook no es producir conocimiento, sino tamizarlo y organizarlo. “Al igual que Donald Trump, Silicon Valley forma parte de la gran tradición estadounidense del populismo farsante. Los titanes de la tecnología pueden demostrar una originalidad imponente y un genio solitario, el resto del mundo, no”. Su pecado, hundir el valor del conocimiento y, en consecuencia, su calidad. Al fomentar el amateurismo y la colaboración masiva, convierten la originalidad en un ideal sobrevalorado y debilitan las leyes de la propiedad intelectual.

“Las grandes compañías tecnológicas no solo se beneficiaron del colapso económico del conocimiento. Maniobraron para triturar su valor, con el fin de que los viejos medios llegaran a depender sin remedio de sus plataformas”, denuncia Foer. “Jobs empujó el negocio de la música hasta el borde del abismo, pues su dispositivo [el iPod] hacía posible la piratería para después salvarlo abriendo una tienda. Al fijar Amazon el precio de un libro electrónico más bajo que el de papel, lanza el mensaje de que el coste de un libro no es el capital intelectual, sino su impresión”.

Dependencia de los medios de comunicación

Además, Foer acusa a Google y Facebook de penalizar a las empresas que no comparten su visión de la propiedad intelectual, que no ofrecen gratuitamente todos sus contenidos, como algunos medios de comunicación. “El periodismo ha desarrollado una dependencia malsana de Facebook y Google. Cuando cambian el algoritmo trastocan el tráfico que fluye hacia los medios. Han convertido el periodismo es un concurso de popularidad junto con la analítica web y los trending topics. Una publicación es ahora el editor de artículos con los que traficar en redes sociales”, se lamenta. “El periodismo hace concesiones al clickbait para sobrevivir. Pero se está destruyendo a sí mismo mientras se salva”. Por ello, se ha felicitado del anuncio de Facebook de priorizar en el muro de los perfiles personales las publicaciones personales frente a las noticias, decisión que Foer denomina “asumir las responsabilidades que su poder implica”.

- Facebook y el peligroso ataque a la libertad (Vozpópuli - **26/3/18**)

(Por Miguel Alba)

Las fronteras nacionales son cosa del pasado y todo el mundo brinca en un despreocupado espacio virtual. La naturaleza ha sido conquistada por la infinita ingenuidad del ser humano. Cedemos datos, hábitos de vida, relaciones personales, filias y fobias a través de los ansiados “me gusta” para no quedarnos aislados en el ciberespacio. Vivir fuera del universo GAFA (Google, Apple, Facebook y Amazon) se ha convertido en una suerte de resistencia imposible de alcanzar. Hoy en día es difícil, por no decir imposible, encontrar un Robinson Crusoe al vertiginoso cambio de la sociedad impuesto por las redes sociales. En cada una de nuestras huellas digitales regalamos algo de nosotros al ciberespacio. Nosotros mismos, nuestras relaciones y nuestras amistades hemos quedado convertidos a una suma de valores a la venta para las marcas gigantes globales. ¿Somos conscientes de que formamos parte de una gran subasta a nivel global? ¿Somos conscientes de que implícita a esa subasta aparece una pérdida de libertades y derechos, como el de la intimidad?

El escándalo de Facebook abre un nuevo capítulo en la sociedad del riesgo mundial. En ese ataque a las libertades individuales y como sociedad. En las últimas décadas se han ido construyendo una serie de riesgos globales: el cambio climático, el riesgo nuclear, el financiero, el terrorismo... y ahora el riesgo digital global que amenaza a la libertad. Todos estos riesgos (con excepción del terrorismo) en cierto modo forman parte del desarrollo tecnológico, pero también cristalizaban temores que se habían expresado durante la fase de modernización de estas nuevas tecnologías. Sin embargo, ahora se produce un acontecimiento en el que un riesgo se constituye de golpe en un problema mundial, como ocurre en la amenaza para la libertad que supusieron las revelaciones de Edward Snowden o en estos días, el libre flujo de datos personales de Facebook a una empresa para instrumentalizarlos políticamente.

Pongamos otro ejemplo, para ilustrar el riesgo que amenaza a la libertad. Hablamos sin cesar de que está surgiendo un nuevo imperio digital. Pero ninguno de los imperios históricos que conocemos tiene los rasgos que caracterizan al actual imperio digital. Este imperio se basa en señas de identidad de la modernidad que no hemos pensado a fondo. No se basa en el poder militar, ni posee la capacidad para una integración político-cultural a distancia. Pero sí permite controlar y evidenciar todas las preferencias y debilidades individuales: todos nos volvemos de cristal, transparentes. Y a esto se añade además una ambivalencia esencial: disponemos de inmensas posibilidades de control, pero al mismo tiempo estos controles digitales son de una vulnerabilidad inimaginable. El peligro, además, es mayor en las nuevas generaciones que han convertido las redes sociales en una prolongación de su propio cuerpo comunicativo.

¿Qué se puede hacer? Hay ya muchas voces que piden formular algo así como un humanismo digital. Convertir el derecho fundamental a la protección de los datos y a la libertad digital en un derecho humano global e intentar hacer valer este derecho al igual que el resto de los derechos humanos, en contra de las resistencias. El problema es que se carece de una instancia internacional capaz de imponer estas reivindicaciones, una especie de ONU para velar por esos derechos del individuo en el mundo digital. Facebook reconoció a finales del pasado enero que el uso generalizado de las redes sociales puede ser dañino para la democracia y se comprometió a trabajar para minimizar este riesgo. “Ahora estamos más dispuestos que nunca a combatir las influencias negativas y asegurarnos de que nuestra plataforma sea una fuente incuestionable para el bienestar democrático”, aseguraba Katie Harbath, jefa políticas globales de Facebook en un comunicado. La declaración se hizo pública en medio de persistentes críticas contra la red social por supuestamente permitir el aumento de la desinformación, reforzar las “burbujas informativas” y facilitar el acoso de disidentes y activistas. Nada que ver con el castigo económico sufrido la pasada semana en Bolsa -llegó a perder más de 42.000 millones en su cotización- por el escándalo del traspaso de datos a Cambridge Analytica.

Facebook, como Google, en vez de desarrollar de manera equilibrada y constructiva esta ‘nueva democracia’, han ayudado a fomentar que se haya convertido en un ágora frenética, un espacio activo las veinticuatro horas de los siete días de la semana, que si bien ofrece la posibilidad hipotética de discusiones racionales y sensibles en torno a los asuntos importantes de la sociedad, también es un patíbulo público. Pero no toda la carga de la prueba hay que repartirla entre Google y Facebook. Nosotros también tenemos buena parte de esa responsabilidad. Entre todos hemos convertido la red en la turba que impone castigos brutales a quienes percibe como infractores y donde se explotan las debilidades y fallas personales como entretenimiento. En poco tiempo se convirtió en la tierra prometida de la exhibición vergonzante, del bullying y de la superioridad moral.

Más que ser medios de expresión política, las redes sociales son un recurso de canalización de la frustración así como del troleo y la confrontación (con el beneficio que da el anonimato). Los debates que surgen ahí pocas veces tienen que ver con política en sí y están enfocados en acusaciones, denuncias e insultos. Esto hace que las discusiones sean tan incendiarias como fugaces, ineficientes y rabiosas. Al mismo tiempo, estas respuestas emocionales fluctúan con asombrosa regularidad. A pesar de todo, este es un espacio público desgarrado por una fuerza que apunta hacia la universalidad y la concientización, y por otra fuerza antagónica que tiende al cinismo.

La vulneración de la libertad parece no doler en la red, no se nota, no se experimenta como una enfermedad, una inundación o una carencia de oportunidades laborales. La libertad muere sin que las personas sean heridas físicamente. En todos los sistemas políticos, la promesa de seguridad constituye el verdadero meollo del poder del Estado y de la legitimación del Estado, mientras que la libertad siempre es o parece ser un valor de segundo rango. Por desgracia, en el mundo digital no parece cambiar el guion.

- Las democracias revertirán el proceso de globalización (Vozpópuli - **10/4/18**)

Las democracias tienen que elegir entre ignorar la desigualdad de la renta y riqueza y permitir que empeore, como hasta ahora, o comenzar a imponer restricciones al comercio y a los flujos de capital

(Por Juan Laborda)

A las democracias que se precien de ser concebidas como tales no les queda más remedio que empezar a revertir parte del proceso de globalización vivido en las últimas décadas. No es solo una cuestión ideológica, que también. El sistema de gobernanza económica denominado “neoliberalismo” está roto, finiquitado. Es ante todo una cuestión de pura supervivencia. Solo queda una opción realista, aumentar los salarios y redistribuir la renta. Si no se hace, y más vale que se empiece pronto, todo acabará como el rosario de la aurora. Por cierto, en España ello se debe traducir en revertir la devaluación salarial y las dos últimas reformas laborales

Todo ello viene a colación de un artículo muy reciente, no llega a una semana, del economista Michael Pettis, “High wages Versus high savings in a globalized world”, traducido a román paladino: “salarios altos versus altos ahorros en un mundo globalizado”. **La tesis del autor es que las democracias tendrán que elegir cada vez más entre aumentar los salarios y redistribuir la renta o mantener el libre comercio y los flujos de capital. Debido a que es probable que elijan lo primero, el mundo se puede enfrentar a una reversión a largo plazo de la globalización**. Para ello repasa dos modelos de crecimiento diferentes con enfoques distintos respecto a los salarios, un modelo de salarios altos versus un modelo de ahorro elevado.

Este análisis se produce además en un momento donde todo el foco de la atención mediática global está concentrado en el papel de las dos grandes superpotencias económicas, Estados Unidos y China. El propio Pettis, en su libro “The Great Rebalancing: Trade, Conflict, and the Perilous Road Ahead for the World Economy”, mostraba como los graves desequilibrios comerciales de estas dos superpotencias estimularon la reciente crisis financiera y fueron el resultado de políticas desafortunadas que distorsionaron los patrones de ahorro y consumo.

El modelo basado en al ahorro no es sostenible

En el modelo de crecimiento de altos salarios, son justamente estos salarios altos el motor del crecimiento económico, vía demanda neta. Por el contrario, en el modelo basado en el ahorro, la inversión en infraestructuras es el motor del crecimiento económico, siendo esta inversión subsidiada vía transferencias ocultas o explícitas desde los hogares, lo que simultánea y paradójicamente reduce la participación de las familias en el PIB, forzando a éstas a aumentar la tasa de ahorro. Con la globalización, a través del proceso de financiarización unido a una apuesta decidida por flexibilizar los mercados laborales, controlar y reducir salarios, en ambos modelos se produjo un aumento brutal de la deuda. En este sentido, el crecimiento basado en la inversión es muy intensivo en deuda, ya que las inversiones no se financian solamente con recursos propios sino también con deuda y muy especialmente bajo el favorable tratamiento fiscal de los intereses versus los dividendos.

Viendo el comportamiento de ciertas economías como la china, el modelo de crecimiento basado en el ahorro aparentemente genera períodos más vigorosos de crecimiento económico, sustancialmente mayor en el corto y medio plazo. Pero el problema es que no es sostenible en el largo plazo. Debido a que el modelo de alto ahorro produce una demanda doméstica débil, especialmente una vez que las necesidades de inversión se han cumplido, los países que persiguen este tipo de modelo requieren grandes superávits comerciales para resolver la incapacidad de su economía de absorber todo lo que produce. Un período de crecimiento rápido bajo el modelo basado en tasas de ahorro altas siempre ha sido seguido por un ajuste brutal, durante el cual se ha revertido gran parte del avance relativo logrado durante el período de crecimiento. Esto se debe a que los desequilibrios generados por este modelo de crecimiento han sido especialmente difíciles de revertir. Véase Estados Unidos en los años previos a La Gran Depresión, el Japón de los 80, la China actual, o la tomadura de pelo de la zona Euro con una Alemania subsidiada, vía tipo de cambio, por el Sur de Europa.

¡Son los salarios, estúpidos!

En una economía mundial globalizada, el modelo de crecimiento basado en salarios altos puede descarrilar debido a su impacto en la competitividad. Si los costes de transporte y los costes hundidos son muy bajos y existen pocas barreras comerciales, los altos salarios hacen que la demanda se traslade a productores extranjeros con salarios más bajos. Como resultado, en lugar de obligar a los productores locales a invertir en innovaciones que mejoran la productividad, los productores extranjeros de bajos salarios simplemente los obligan a dejar el negocio. En un mundo globalizado, la forma de ganar competitividad es reducir el valor real de los salarios, ya sea reduciendo los salarios nominales (como hicieron Alemania y España) o devaluando la moneda (como lo hacen muchos países asiáticos).

Las autoridades chinas, por ejemplo, son muy conscientes de que deben implementar un cambio de modelo desde el actual basado en inversión a otro basado en demanda doméstica. Lo llevan intentando varios años pero no lo consiguen. Desafortunadamente, hasta que se complete el reequilibrio, China necesita de grandes superávits comerciales para resolver la baja demanda interna. Sin embargo, a medida que el mundo se vuelve cada vez más proteccionista, países como China pueden verse forzados a un ajuste mucho más rápido y una resolución posiblemente dramática de sus cargas de deuda. De nuevo vuelve a funcionar la inestabilidad financiera de Hyman Minsky.

Este proceso de incremento del proteccionismo se va extender a occidente por dos razones. El neoliberalismo ha fracasado. Las economías occidentales llevan años de crecimiento mediocre y continuas crisis financieras. Pero además la desigualdad se ha disparado hasta niveles insostenibles para una democracia sana. Los intentos de revertir la desigualdad de la renta se ven torpedeados por los requisitos de una economía mundial globalizada. Por eso las democracias se enfrentarán con dos opciones: o ignorar la desigualdad de la renta y riqueza, como están haciendo hasta ahora, y permitir que empeore; o comenzar a imponer restricciones al comercio y a los flujos de capital, de modo que las reformas destinadas a revertir la desigualdad de la renta y riqueza, vía mayores salarios, no conduzcan simplemente a un mayor desempleo. De nuevo el péndulo de la historia volverá a actuar.

- Zuckerberg pide perdón a Europa por la fuga de datos de sus usuarios (Cinco Días - **22/5/18**)

Promete trabajar para evitar interferencias en las elecciones europeas

Se compromete a que la red social sea neutral respecto a las ideologías políticas

(Por Bernardo de Miguel)

El fundador y máximo ejecutivo de Facebook, Mark Zuckerberg, ha pedido perdón este martes en el Parlamento Europeo por la fuga de datos de sus usuarios y por haber tolerado la injerencia en procesos electorales como los de EE UU.

El líder de la compañía ha intervenido ante los presidentes de los grupos parlamentarios en una comparecencia que, en contra de lo previsto inicialmente, no ha sido a puerta cerrada sino retransmitida en directo. El encuentro se produce a petición del Parlamento Europeo tras el reciente escándalo de Cambridge Analítica, la consultora británica que utilizó fraudulentamente millones de datos obtenidos en Facebook para influir en la campaña que llevó a Donald Trump a la Casa Blanca en 2016.

“En los dos últimos años no hemos hecho todo lo necesario para evitar que las herramientas que hemos creado se utilicen para hacer daño”, reconoció un contrito Zuckerberg ante los líderes del Parlamento y ante las cámaras. “Ha sido un error y pido perdón”.

Zuckerberg mencionó, en concreto, la falta de medidas para evitar "”a propagación de fake news, la interferencia en elecciones o la utilización fraudulenta de la información de los usuarios”. El treintañero magnate atribuyó el error a una falta de previsión ante las nuevas técnicas de manipulación. “Estábamos más pendientes de la ciberdelincuencia habitual, como el phissing”, confesó.

Pero aseguró que la compañía se ha enmendado. “Antes de final de año doblaremos, hasta 20.000 personas, el número de empleados dedicados a la seguridad de la red”, prometió durante un encuentro de poco más de unos 90 minutos en el que los europarlamentarios coparon más de la mitad del tiempo.

La audiencia empezó con puntualidad rigurosa a la hora prevista, a las 18:20 horas. “Y por primera vez, esta Conferencia de presidentes es retransmitida en directo”, señaló el presidente del Parlamento Europeo, Antonio Tajani, para resaltar la importancia del encuentro.

“La democracia no puede convertirse en una operación de marketing en la que quien dispone de nuestros datos logra una ventaja política”, le advirtió Tajani a un encorbatado Zuckerberg sentado a su izquierda y pendiente del pinganillo de interpretación ante los cambios de idioma que iban a sucederse.

Manfred Weber, líder del Partido Popular Europeo, agradeció las disculpas del estadounidense pero le señaló que “no es suficiente”. Y le echó en cara el cuasi monopolio que explota la compañía en una parte del mercado de las redes sociales en Europa, donde cuenta con 400 millones de usuarios. “Creo que ha llegado la posibilidad de debatir sobre la escisión de su empresa. ¿Convénzame de que no debemos hacerlo?”, le amenazó Weber.

Los reproches siguieron desde los líderes socialistas a los Verdes y abarcaron desde las críticas a la falta de respeto a la privacidad incluso de los no usuarios de Facebook hasta la elusión de impuestos que la compañía lleva a cabo en Europa.

Euroescépticos y extrema derecha, en cambio, acusaron a Zuckerberg de haber modificado el algoritmo para reducir su presencia en la red. “Las interacciones de Trump, las mías y las de otros conservadores han caído un 25% desde principio de año”, lamentó el eurodiputado británico, Nigel Farage, del partido eurófobo UKip.

Farage aseguró que “la victoria de Trump, el éxito del brexit o el resultado de las elecciones en Italia no hubieran sido posible si las redes sociales no hubieran permitido a la gente esquivar a los grandes medios”. Pero, según Farage, los cambios introducidos por Zuckerberg han acabado con esa posibilidad porque Facebook “ha dejado de ser una plataforma políticamente neutral aunque usted asegure que sí”.

Zuckerberg evitó respuestas comprometedoras (como la que le formularon sobre si promete que Facebook no va a compartir datos con WhatsApp). El formato de la comparecencia le permitió escaparse de las preguntas más delicadas, porque las agrupó todas y las respondió de una sola vez, lo que le permitió elegir y descartar interrogantes.

Con todo, aseguró que su compañía trabaja en herramientas de inteligencia artificial para evitar que durante las próximas elecciones europeas “a alguien se le ocurra interferir como pudieron hacer los rusos en EEUU en 2016”. “Es una de las prioridades de la compañía”, remarcó. También defendió que trabajarán para que Facebook sea una plataforma imparcial. “Me comprometo a que no decidiremos sobre qué contenidos se permiten y cuáles no en función de las ideologías políticas”.

El líder de Facebook, que defendió que siempre han pagado impuestos en todos los países donde operan y que han contribuido a la creación de empleo en Europa, insistió en su respeto a las normas y valores europeos y en su propósito de enmienda. Un compromiso que resumió con sarcasmo el eurodiputado liberal Guy Verhofstadt. “Quizá ni siquiera usted controla su compañía porque ha tenido que pedir perdón más de 15 veces en la última década. Este año ya ha pedido perdón tres veces... y solo estamos en mayo”.

Sobre la regulación, Zuckerberg aseguró que “la cuestión no es si debería haberla o no, sino qué tipo de regulación debería haber: debe proteger, pero también ser flexible y permitir la innovación, y que las startups no tengan trabas para impulsar sus negocios”.

“Nunca seremos perfectos”

Zuckerberg defendió ayer que “el contenido inapropiado (el relacionado con el terrorismo o con el acoso, por ejemplo) no tiene cabida” en sus servicios, y que “nadie en Facebook quiere fake news”. Por ello, dijo, están trabajando en herramientas de inteligencia artificial y están contratando un gran número de personas para “detectar y revisar proactivamente y no de forma reactiva”, como hasta ahora, dichos contenidos.

En esta línea, Facebook ha hecho oficial la apertura de un gran centro de revisión de contenidos nocivos en Barcelona, en asociación con la compañía Competence Call Center (CCC), tal y como adelantó CincoDías en exclusiva el pasado 7 de mayo. La compañía tendrá en este centro un equipo de 500 personas que trabajarán en la revisión de contenidos que no cumplan las normas de la red social y que hayan sido denunciados por los usuarios de la plataforma.

- La doctrina Trump: coherente, radical y equivocada (Expansión - FT - **18/7/18**)

(Por Gideon Rachman - Financial Times)

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha existido un extraordinario consenso entre la clase dirigente política estadounidense en materia de política exterior. Republicanos y demócratas por igual han apoyado una red global de alianzas y garantías de seguridad lideradas por Estados Unidos. Destacadas figuras de ambos partidos -desde John F. Kennedy a Ronald Reagan pasando por los Bush y los Clinton- coincidieron en que a EEUU le interesaba promover el libre comercio y la democracia en todo el mundo.

Donald Trump ha dado un hachazo al consenso de Washington. El abandono del presidente estadounidense de los principios consolidados de la política exterior del país es tan radical que muchos de sus críticos desechan sus ideas considerándolas simplemente el producto de una mente desordenada. Pero esto es un error. Existe una doctrina Trump emergente que tiene sentido interno. Hay cuatro principios generales que apoyan esta estrategia.

La economía primero: desde su discurso de investidura, en el que denunció la “carnicería” y las “fábricas oxidadas” del Medio Oeste de EEUU, Trump ha definido el lema de hacer América “grande de nuevo” en términos económicos. Con este fin, se ha centrado en los países que considera que poseen superávit comerciales excesivos con EEUU.

Este énfasis en el comercio y en la economía difumina la distinción entre aliados y adversarios -muchas de las naciones que tienen grandes superávit comerciales con EEUU también son importantes socios en materia de seguridad, como son los casos de Japón y Alemania-. Esa es la razón de que Trump calificase de enemigo a la Unión Europea esta semana. La preponderancia que da a la economía le lleva a cuestionar el valor de las alianzas tradicionales de EEUU en seguridad, ya que las considera en esencia una ayuda a adversarios económicos.

Naciones, no instituciones: la mayoría de los presidentes de EEUU previos han expresado de tarde en tarde su frustración con instituciones internacionales, como Naciones Unidas, la Organización Mundial de Comercio y el G-7. Pero Trump ha elevado estas objeciones a otro nivel. Considera a las instituciones internacionales bastiones de la “corrección política” en asuntos como el cambio climático. Preferiría negociar con otras naciones de forma individualizada, donde EEUU podría sacar ventaja de su tamaño. Es mejor evitar las instituciones multilaterales, donde EEUU puede ser superado en votos. El “orden internacional basado en reglas”, promovido cuidadosamente por presidentes anteriores, se ve minado deliberadamente por la administración Trump.

Cultura, no valores: todos los presidentes estadounidenses posteriores a la Segunda Guerra Mundial, incluso Richard Nixon, han considerado que su función era la de defender determinados valores universales. A los críticos con EEUU les ha resultado fácil señalar incoherencias, e hipocresía ocasional, en la defensa de la democracia y de los derechos humanos por parte de Washington. Pero el compromiso verbal era una parte esencial de la estrategia estadounidense.

Trump, en cambio, ha mostrado muy poco interés en promover la democracia o los derechos humanos. Su concepción de Occidente no se basa en derechos compartidos, sino en la cultura o, incluso, la raza. Esto lleva a su preocupación por controlar la inmigración, que cree que es la verdadera amenaza para Occidente. Reiteró esta visión en su actual viaje a Europa, exponiendo que la inmigración es “muy mala para Europa, está cambiando la cultura”.

Esferas de interés: Trump no cree en los valores y las normas universales. Así que le resulta mucho más fácil aceptar la idea de que el mundo podría (o debería) dividirse en "esferas de influencia" informales en las que grandes potencias como EEUU, Rusia y China dominen sus respectivas regiones. El presidente estadounidense nunca ha apoyado explícitamente esta idea. Pero ha apuntado en esa dirección, al sugerir que Crimea forma una parte natural de Rusia -y con su frecuente puesta en duda del valor de las alianzas globales de EEUU-.

El entusiasmo de Trump por tratar con líderes poderosos, como Xi Jinping en China y Vladimir Putin en Rusia, puede llevarle a decantarse por intentar cerrar disputas al estilo de un consejero delegado que se divide el mercado con una compañía rival. La cuestión de los valores que los chinos o los rusos intenten difundir por sus regiones no tiene interés para Trump.

Es comprensible que a los responsables de la política exterior estadounidense les horrorice este abandono de los principios sagrados mantenidos durante décadas. Pero hay argumentos para adoptar una nueva perspectiva sobre una política exterior forjada después de 1945, bajo circunstancias muy distintas. Entonces, la Guerra Fría se propagaba deprisa y la supremacía económica de EEUU era incuestionable.

El problema es que las políticas de Trump no son sólo radicales. También son peligrosas y sospechosas desde el punto de vista moral. EEUU necesita aliados. Minar el sistema de alianzas encabezado por EEUU y promover “esferas de influencia” alienta la propagación de la influencia china y rusa.

Aunque la única preocupación de la administración Trump sean los intereses económicos de EEUU, no es una buena idea. Las generaciones anteriores de legisladores estadounidenses entendían que la seguridad y la economía guardan una estrecha relación -no son opuestas-. Trump también posee una visión muy simplista de los intereses económicos de EEUU, en la que lo único que parece importar es un superávit comercial.

Y finalmente, está el aspecto moral. Mucha gente lamentará la desaparición de unos EEUU que aspiraron a ser una fuerza del bien. Durante la Guerra fría e Inmediatamente después de ella, fue muy importante que la primera potencia mundial fuese un país que creía en promover la libertad política y económica. El mundo pagará un precio, si ya no es así.

- Así es cómo se amañan unas elecciones en un mundo cada vez menos democrático (El Confidencial - **16/8/18**)

Tras recorrer el mundo analizando procesos electorales, las conclusiones de Nic Cheeseman no son optimistas. Es más fácil mantenerse en el poder organizando elecciones que prohibiéndolas

(Por Celia Maza)

En las elecciones presidenciales de Ucrania de 2004, una gran cantidad de votantes acudieron a las urnas con la esperanza de derrocar al mandatario Viktor Yanukovych. A su llegada a las mesas electorales, los simpatizantes de la oposición recibieron las papeletas y los bolígrafos para marcar la casilla correspondiente. Acto seguido, se fueron a sus casas con la tranquilidad de haber cumplido con su deber democrático. Pero cuatro minutos más tarde, las papeletas estaban en blanco. Los bolígrafos que les habían dado tenían tinta que desaparecía, por lo que sus votos fueron nulos.

Ucrania no es un caso aislado. En las elecciones a la alcaldía de San Petersburgo en 1998, el Gobierno buscó neutralizar a una figura de la oposición cuya popularidad era preocupante. Se llamaba Oleg Sergeyev, por lo que, para confundir al electorado, encontraron a un pensionista y a un conductor de tranvía que también se llamaban Oleg Sergeyev. En las papeletas no había fotografías por lo que los ciudadanos no sabían quién era el “verdadero”. Al repartirse tanto el voto, todos los Olegs acabaron perdiendo.

A día de hoy, hay más elecciones que nunca, pero, paradójicamente, el mundo es cada vez más antidemocrático. Es más, los regímenes autoritarios que celebran elecciones y las manipulan resultan ser más estables que los que no permiten sacar las urnas.

Después de recorrer durante 15 años el globo terráqueo analizando procesos electorales, las conclusiones a las que ha llegado Nic Cheeseman, profesor de la Universidad de Birmingham, no son especialmente optimistas. “En la última década, ha habido un declive gradual en la calidad de la democracia”, explica a El Confidencial. “En la actualidad casi dos de cada tres ciudadanos de todo el mundo viven bajo un sistema de gobierno que no es completamente democrático. En otras palabras, estamos en medio de una seria recesión democrática”, matiza.

El académico ha coescrito, junto con su colega Brian Klaas -de la London School of Economics- “Cómo amañar unas elecciones”, un libro con un título lo bastante sugerente en la era dominada por el escándalo de Cambridge Analytica (CA), donde las democracias del propio Estados Unidos y Reino Unido se han puesto en duda.

“Digamos que Cambridge Analytica ha profesionalizado estrategias que se llevan utilizando desde hace tiempo. Crear mensajes divisorios que amenacen la unidad nacional son tácticas que ya identificaban los filósofos griegos”, señala.

La compañía británica se vio obligada a cerrar por la polémica generada al descubrirse que utilizaron, entre otros, datos personales de los usuarios de Facebook para influir en las últimas elecciones presidenciales americanas y el referéndum del Brexit.

En este sentido, el experto asegura que el mayor desafío para la democracia del siglo XXI es que “los votantes desinformados están siendo reemplazados por votantes mal informados”. Alexander Nix (el que fuera consejero delegado de CA) lo expresó bien cuando, al ser grabado por una cámara oculta de Channel 4, dijo que la propaganda es que “las cosas no necesariamente tienen que ser ciertas, mientras se crean”.

El profesor Cheeseman asegura que “no hay fórmulas mágicas” y que de la noche a la mañana tampoco “vas a convertir a un republicano en demócrata o un votante que apoya la permanencia en la UE en euroescéptico”. Sin embargo, al mismo tiempo, el académico recalca que los votantes “desinformados suelen quedarse en casa” y los “mal informados” son lo que, a menudo, quieren cambiar el sistema o ver a un rival político permanentemente excluido del poder y esto “puede llevar a políticas antisistema, como en el Reino Unido y los EEUU, y en otras partes del mundo menos estables políticamente, a la violencia y al descrédito de la democracia en sí misma”.

“Mediante el uso de estas estrategias, los autócratas han aprendido una verdad simple pero triste: es más fácil mantenerse en el poder organizando elecciones que prohibiéndolas”, señala.

“Ha llegado el momento de despertar”

“Muy a menudo escuchamos decir que el número de democracias en el mundo está aumentando, e imaginamos que debe significar que el gobierno mundial está mejorando. Tal vez queremos creerlo. La reticencia a hacer demasiadas preguntas es parte del problema. Muchos de los que manipulan las elecciones están engañando tanto a su propia gente como a los observadores occidentales”, añade Cheeseman.

**El académico asegura que las revelaciones de CA son tan sólo “la punta del iceberg”. “No se trata de una empresa o un puñado de elecciones, se trata de un ataque concertado a la democracia por parte de una poderosa alianza de líderes autoritarios y compañías multinacionales. Ha pasado desapercibido y sin respuesta durante demasiado tiempo. Pero ha llegado el momento de despertar”, matiza.**

Entre otras cosas porque el uso del “big data” no es en absoluto el único motivo de preocupación. En países como Estados Unidos, la supuesta democracia más poderosa del mundo, también siguen existiendo dos de los métodos más clásicos de manipulación: el gerrymandering y la supresión de votantes. Y no es el único caso occidental.

Las circunscripciones se unen o dividen según convenga y, aunque resulte difícil de creer, hay minorías étnicas y sin recursos económicos a las que, a día de hoy, se les ponen muchos obstáculos para poder registrarse de manera intencionada. “A los observadores internacionales es fácil venderles el mensaje de que el sistema de registro tiene que ser complejo para evitar manipulaciones, como que la gente vote dos veces. Pero en muchas ocasiones, el proceso se dificulta por otros motivos partidistas”, aclara el académico.

Cheeseman no muestra una visión optimista, al menos a corto plazo. Asegura que “las cosas empeorarán aún más antes de que mejoren”. “A medida que Europa lidia con los desafíos internos del Brexit y el aumento del populismo autoritario en Hungría y Polonia, es menos capaz de apoyar la democracia fuera de sus fronteras en lugares como Madagascar y Myanmar. Y los supuestos beneficios del giro “America First” de Trump son evidentes para los falsos demócratas repartidos por todo el mundo”, señala. En cualquier caso, asegura que la gente está tomando conciencia de lo que ocurre por lo que confía que en el plazo de “unos 25 o 30 años las cosas cambien”.

- El populismo, el verdadero legado de la crisis financiera global (Expansión - FT - **31/8/18**)

(Por Philip Stephens - Financial Times)

El legado de la crisis financiera global podría haber sido una reinvención de la economía de mercado. Cualquier pérdida podría haber dado lugar a algo mejor de lo que todo el mundo se beneficiase. Los discursos elocuentes y las promesas que siguieron a la debacle - pensemos en Barack Obama, Gordon Brown y Angela Merkel- ofrecían esta declaración de intenciones. En cambio, hemos terminado teniendo a Donald Trump y el Brexit y asistiendo a un auge del nacionalismo más egoísta.

El proceso puesto en marcha tras el colapso de Lehman Brothers en septiembre de 2008 ha generado dos grandes perdedores: la liberal democracia y las fronteras internacionales abiertas. Los responsables, banqueros, reguladores, políticos y economistas, han eludido responsabilidades.

Sin duda el mundo ha cambiado, pero no en la forma ordenada y estructurada que habría tenido lugar con unas reformas inteligentes.

Tras una década de ingresos paralizados y austeridad fiscal, a nadie debería extrañar que los más afectados por las consecuencias económicas de la crisis respalden ahora a los partidos populistas que se enfrentan a las clases más privilegiadas.

En las democracias avanzadas, una parte importante de la población muestra ahora rechazo por la economía liberal y las fronteras abiertas a la globalización. La inmigración a gran escala resulta molesta incluso en los buenos tiempos. En épocas de austeridad, los migrantes se convierten fácilmente en chivos expiatorios.

**Pero lo más sorprendente es lo poco que ha cambiado la dinámica de los mercados internacionales. Aunque se destituyó a un puñado de banqueros y algunas entidades se enfrentaron a costosas penalizaciones, la responsabilidad ha recaído en el estado o en los accionistas. Los artífices del capitalismo desenfrenado siguen contando los ceros de sus bonus. Lo peor que les ha podido pasar es que ahora tengan que esperar un poco más para cobrar.**

A pesar de las reformas que los reguladores introdujeron en un principio- como la ampliación del límite de capital de los bancos - la vida en Wall Street y en la City de Londres sigue siendo bastante parecida a la de antes de la crisis.

A los banqueros se les pagan sueldos estratosféricos por actividades que no reportan ningún beneficio a la sociedad; los contribuyentes financian costosas ayudas estatales, como ocurrió con las entidades “demasiado grandes para caer” y los jóvenes matemáticos crean nuevos, oscuros y arriesgados instrumentos para poder mantener la actividad de las salas de trading.

**Ahora, como entonces, los beneficios se privatizan y los riesgos se nacionalizan. Falta competitividad como esencia de un capitalismo honesto.**

Las conclusiones más radicales se aparcaron en cuanto aparecieron publicadas. Los banqueros centrales negaron su complicidad. También las agencias encargadas de controlar a los mercados. **Alan Greenspan, que fue presidente de la Reserva Federal hasta 2006, se convirtió en el sumo sacerdote de los mercados descontrolados. Y todavía hay quien piensa que es un sabio.**

Cuando era gobernador del Banco de Inglaterra, Mervyn King responsabilizó de la crisis a los bancos de inversión. Alejado del cargo público, King trabaja ahora de consultor para Citigroup.

En cuanto a los políticos, prometieron que, desde su posición privilegiada, harían lo posible para que el dinero se repartiera entre los contribuyentes, en lugar de distribuirlo entre el sector financiero y los mercados. También dijeron que estos se limitarían a prestar un servicio a los ciudadanos. “Estamos juntos en esto”, solía decir George Osborne, el entonces ministro británico de Economía. No fue así. **El coste de la crisis recayó en los contribuyentes.**

La consolidación fiscal se centró sobre todo en los recortes del gasto público más que en el aumento de impuestos. En el caso de Reino Unido, Osborne estableció la regla 80/20.

Cuanto menos se ingresa, mayor es la dependencia del gasto estatal. Las clases trabajadoras, tan valoradas por los políticos cuando necesitan votos, fueron las víctimas. Estas observaciones, por evidentes que parezcan, explican la vuelta al populismo.

¿A quién puede sorprender que la clase obrera estadounidense, desprovista de empleos que en su momento parecían seguros, acabara votando a Trump? Tampoco es de extrañar que un grupo demográfico similar terminara apoyando el Brexit - convencido, entre otras cosas, del discurso que responsabiliza a los inmigrantes de todas sus penurias.

En Europa Continental, el auge de los nacionalismos extremos refleja el declive de la economía social de mercado, una rama del capitalismo que ofrecía una oportunidad a las clases medias.

La tensión ha aumentado coincidiendo con el auge de la tecnología digital y con la búsqueda de ingresos de un puñado de gigantes tecnológicos. El precio de la agresiva evasión fiscal de Google recae en los más débiles.

**La emoción que más ha contribuido al auge del populismo ha sido la sensación de injusticia - la convicción de que las élites son indiferentes a sus problemas.**

Ni Trump ni el resto de políticos tienen respuestas. Al contrario, el electorado del presidente de EEUU se verá perjudicado por sus guerras comerciales, y también por sus recortes fiscales destinados a favorecer a los más ricos.

Por su parte, la clase obrera británica perderá oportunidades como consecuencia del Brexit. La Liga en Italia y el antiguo Frente Nacional de Francia venden el mismo crecepelo, aunque muchas de las injusticias que mencionan son reales.

En su análisis de la crisis de 2008 los historiadores hablarán del momento en el que las naciones más poderosas del mundo renunciaron al liderazgo internacional y la globalización retrocedió.

Lógicamente, el resto del mundo ha llegado a la conclusión de que tiene poco que aprender de Occidente. Muchos pensaron que la caída del comunismo daría lugar a una hegemonía permanente de democracias abiertas y liberales. Pero, lo que más sorprenderá a los historiadores es la complacencia y complicidad del antiguo régimen en su propio final.

- Neoliberalismo: ¿del Totalitarismo Invertido al Fascismo? (I) (Vozpópuli - **18/9/18**)

Se utiliza sin escrúpulos la inseguridad laboral como fórmula para la desmovilización política y la “privatización” de la ciudadanía

(Por Juan Laborda)

El fascismo está repuntando en Occidente, con piel de cordero, con su verdadera cara oculta, ésa que debería haber quedado grabada en los rostros de todo hombre de bien, especialmente de aquellos dedicados a la vida pública, para que no se volviera a repetir la ignominia. El despertar de las ideas totalitarias, que algunos creían imposible, es la consecuencia lógica de ese sistema de gobernanza llamado Neoliberalismo. La historia se repite. Hoy más que nunca es necesario una hoja de ruta distinta que pase página definitivamente a aquella impuesta desde las élites, que, bajo la apariencia de libertad, solo escondía el peor de los yugos, el miedo, la deuda, un nuevo feudalismo.

Las razones últimas del auge de un nuevo totalitarismo, sin complejos, es una consecuencia lógica del sistema político surgido al albor del Neoliberalismo. Nos referimos a la farsa de la democracia actual, donde lo que importa es la opinión de unos pocos, eso que Sheldon Wolin denominó Totalitarismo invertido. **El Totalitarismo Invertido es el momento político en el que el poder corporativo se despoja finalmente de su identificación como fenómeno puramente económico y se transforma en una coparticipación globalizadora con el Estado.** El sentir de los ciudadanos es irrelevante, sus anhelos despreciados, la democracia secuestrada. Se promueve la antidemocracia, figura que no adopta la forma de ataques explícitos a la idea del gobierno por el pueblo. Todo es mucho más sibilino. Significa alentar la “desmovilización cívica”, condicionando al electorado a entusiasmarse por períodos breves, controlando su lapso de atención y promoviendo luego la distracción o la apatía. Para ello se utiliza sin escrúpulos la inseguridad laboral como fórmula para la desmovilización política, para privatizar la ciudadanía. Malditas todas y cada una de las reformas laborales cuyo único objetivo era crear ciudadanos temerosos, dóciles. El miedo a perder el trabajo y el sustento de las familias condiciona cualquier petición de mejora, de justicia, de democracia.

Echen una ojeada a España y verán los rasgos de la antidemocracia. Wolin dixit, “un cuerpo legislativo débil, un sistema legal obediente y represivo, un sistema de partidos en el que un partido, esté en el gobierno o en la oposición, se empeña en reconstituir el sistema existente con el objetivo de favorecer de manera permanente a la clase dominante, los más ricos, los intereses corporativos, mientras que dejan a los ciudadanos más pobres con una sensación de impotencia y desesperación política y, al mismo tiempo, mantienen a las clases medias colgando entre el temor al desempleo y las expectativas de una fantástica recompensa una vez que la nueva economía se recupere. Pero esa recompensa nunca llegará”.

Neoliberalismo: ¡ya ha fracasado!

El neoliberalismo se basa en falacias económicas. La evidencia se acumula, es brutal. Como explicitan Montier y Pilkington en “The Deep Causes of Secular Stagnation and the Rise of Populism”, el neoliberalismo es un proyecto llamado desastre, que no podría ser peor para la política o la economía. Las políticas que prescriben son profundamente impopulares y disfuncionales. Los ciudadanos se tambalean viendo como pierden sus puestos de trabajo, como desaparece la estabilidad de los mismos -miedo y disciplina- y se esfuman sus ingresos, mientras que la economía se inclina hacia la inestabilidad y el estancamiento. Es un proyecto que beneficia a unos pocos a expensas de la mayoría. Esto se refleja en una clase mimada de individuos de altos ingresos, con la inestimable ayuda de ciertos tecnócratas que dan soporte mediante teorías económicas a esas políticas que llevan a la economía al caos. Pero dichas teorías simplemente no se ven corroboradas por la realidad.

Este esquema distópico es fomentado sin pudor, como explicita Wolin, “por unos medios de comunicación cada vez más concentrados y aduladores; por una máquina de propaganda institucionalizada a través de grupos de reflexión y fundaciones conservadoras generosamente financiadas, por la cooperación cada vez más estrecha entre la policía y los organismos nacionales encargados de hacer cumplir la ley, dirigido a la identificación disidentes internos, extranjeros sospechosos…”.

Una nueva hoja de ruta

Cuando algunos medios de comunicación hablan hoy en día de “fake news”, simplemente, permítanme la expresión, me descojono. Ellos que han sido los brazos tontos del establishment, con sus medias verdades, infundiendo miedo en la ciudadanía. Las élites manipulan, enfangan y ponen sus sucias manos hasta en los conceptos más románticos, en esos sueños y héroes de la literatura popular presentes en el subconsciente de los más desfavorecidos, los despreciados, los humillados. Los poderosos se han apropiado hasta del mito de Robin Hood para su beneficio. Y para ello han contado con la colaboración inestimable de la inmensa mayoría de los medios de comunicación.

Como detallamos en su momento, han rehecho una nueva versión del mito de Robin Hood. Ahora “el sheriff de Nottingham” es el Estado, el mismo que permite que estas élites campen a sus anchas por los ministerios, por las presidencias de gobierno…. Por eso resulta curioso que esas élites señalen que ese Estado, que en realidad debería defender a sus ciudadanos, lleva a cabo un despiadado saqueo de las propiedades y dinero de aquellos “campesinos honestos” que trabajan duro, con el objetivo último de financiar al nuevo concepto de ricos, los más desfavorecidos, los parias de la sociedad. En esta nueva versión del mito, Robin Hood es el que rebaja los impuestos a los ricos. Hay que sabotear al sheriff de Nottingham y sus malvados dispositivos de recaudación de impuestos, entre ellos el de sucesiones y herencias. Pero detrás del lenguaje usado lo único que hay en una sarta de mentiras. Los grandes beneficiarios de todos los recortes impositivos son los mega-ricos, que bajo el nuevo lenguaje, han pasado a denominarse “gente trabajadora”. Desvían la atención de la realidad, la mayor acumulación de capital en pocas manos de la historia, mientras la mayoría de las familias están endeudadas hasta las cejas, esclavas de la misma.

**Estamos en los albores de la 2ª Fase de la Gran Recesión y va a ser dura. Intentarán de nuevo metérnosla doblada a la ciudadanía. Por eso es necesaria una reacción global contra las consecuencias del Neoliberalismo**. Este sistema de gobernanza ha fracasado a la hora de cumplir muchas de esas promesas, recogidas por cierto en los manuales de texto usados en las Facultades de Economía de medio mundo. El problema es que estos fracasos han sido explotados muy hábilmente por los viejos totalitarismos, por mucho que se arropen con piel de cordero. Los viejos totalitarismos, el fascismo, siempre fueron apoyados por las élites para sustentar sus privilegios, con la creencia de que los tendrían controlados. Vayan a la historia y miren los banqueros que financiaron a Hitler, a Mussolini y a Franco. Hoy más que nunca es necesaria una nueva hoja de ruta que en primer lugar, como condición necesaria, pase por recuperar el poder y la democracia para la ciudadanía, ahora en manos de unos pocos multimillonarios.

**- La opinión de “los que saben”: 2017, populismo - 2018, democracia**



- El populismo y el futuro de los bancos centrales

Durante 2016, la independencia de los bancos centrales ha estado en la mira de los movimientos populistas en los países desarrollados. El populismo toma como una afrenta el hecho de que tecnócratas no electos tengan en sus manos el poder de dictar medidas con consecuencias políticas y distributivas

En Estados Unidos, a principios de 2016 casi se aprueba (perdió por muy poco margen) un proyecto de ley sobre auditorías a la Reserva Federal, que implicaba someter las decisiones cotidianas de política monetaria a revisión de los congresistas. Y durante la campaña, el presidente electo Donald Trump acusó a la presidenta de la Reserva Federal, Janet Yellen, de politizar la toma de decisiones del organismo.

En Europa, el clamor populista contra los burócratas no electos de la Unión Europea y contra la independencia del Banco Central Europeo es cada vez más estentóreo; y en el Reino Unido, el ministro de hacienda del “gabinete en las sombras” laborista, John McDonnell, pidió el “control democrático” de los tipos de interés, insinuando que la política monetaria del Banco de Inglaterra ha estado dirigida a favorecer a las instituciones financieras.

A medida que los movimientos populistas avancen y en algunos casos hasta se integren a los gobiernos, tarde o temprano sus quejas se convertirán en propuestas políticas que pueden cambiar la relación entre los bancos centrales, los ministerios de hacienda y las legislaturas. Una importante pregunta para 2017 es si este cambio será bueno, o por el contrario, si hay que defender la independencia de los bancos centrales contra el inminente ataque populista.

Las críticas a los bancos centrales han incluido afirmaciones tan diversas como que la flexibilización cuantitativa (FC) y los bajos tipos de interés favorecen a los ricos; que las políticas de crédito especiales favorecen a los bancos, sin ayudar realmente a la economía; y que el énfasis excluyente en la inflación menoscaba la búsqueda de otros objetivos, por ejemplo mantener el pleno empleo y combatir la desigualdad.

Estos argumentos vienen tanto de la izquierda como de la derecha, y algunos coinciden con inquietudes de economistas conservadores, como John B. Taylor en Estados Unidos y Otmar Issing en la eurozona, en el sentido de que después de la crisis financiera de 2008, los bancos centrales asumieron un papel excesivo en el manejo de la economía. Políticas extraordinarias como la FC y la extensión de líneas de crédito a largo plazo, junto con un mayor involucramiento de algunos bancos centrales en el sector financiero, corrieron los límites de la autoridad legítima de los funcionarios a cargo de la política monetaria.

Pero mientras los populistas suelen apoyar que se limite la independencia política y operativa de los bancos centrales y se amplíe su mandato, los economistas conservadores quieren lo contrario: mantener la independencia de los bancos centrales y limitar el mandato y el alcance de sus políticas.

El concepto de independencia de los bancos centrales nació en el siglo XIX y tuvo diversa evolución en diferentes áreas monetarias. Pero no fue hasta los noventa que esa independencia se vinculó con las metas de inflación. Si bien algunos bancos centrales tienen más flexibilidad que otros para el manejo de la estabilidad de precios, todos se comprometieron públicamente con la búsqueda de metas numéricas. Sin ese parámetro de rendición de cuentas (y sin mecanismos de comunicación transparentes), su independencia sería difícil de justificar.

El seguimiento de metas de estabilidad de precio numéricas es hijo de la inflación de los años setenta; pero desde 2008 los bancos centrales vienen luchando contra el problema opuesto: baja inflación, o incluso deflación, en momentos en que los tipos de interés a corto plazo llegaron al límite inferior de cero. Más en general, la crisis financiera puso en duda el marco intelectual y algunos de los principios clave que antes guiaban la buena gestión de los bancos centrales.

Nuevo marco operativo

Por ejemplo, ya no podemos tratar las fricciones en los mercados de capitales como un mero indicador de segundo orden; tampoco dar por sentado que la hipótesis de mercados eficientes será siempre una aproximación aceptable a la realidad de los mercados, o que las cantidades financieras (en particular, el volumen y la estructura de los balances de los bancos centrales) son irrelevantes. La amplia presencia de fallos de mercado permitió a los bancos centrales intervenir en ellos como actores relevantes e influir sobre las primas de riesgo por medio de políticas de balance activas.

Esto provocó un cambio del marco operativo de los bancos centrales. La disponibilidad de más instrumentos, por ejemplo la FC, los llevó de un modelo basado en apuntar a una sola meta con un solo instrumento a otro modelo en el que metas e instrumentos son múltiples. Este cambio fue consecuencia de la crisis financiera, pero es previsible que los bancos centrales seguirán usando sus balances proactivamente incluso en “tiempos normales” para contrarrestar fricciones financieras o responder a restricciones de liquidez.

Este nuevo modelo operativo podría justificarse como forma de garantizar la estabilidad de precios, pero cuando el mandato de los bancos centrales también los obliga a mantener la estabilidad financiera, corren riesgo la rendición de cuentas y con ella la independencia. Además, en un entorno de excesivo endeudamiento y baja inflación, es posible que los bancos centrales no puedan estabilizar los precios si no actúan en forma coordinada con las autoridades fiscales.

Como aprendimos estos últimos años, mantener una separación estricta entre las autoridades monetarias y las fiscales puede dar lugar a una excesiva delegación de responsabilidades a los bancos centrales. A poco de iniciar 2017, estos dos problemas se destacan: el debilitamiento de la rendición de cuentas de los bancos centrales cuando deben buscar varios objetivos a la vez, y el incentivo (muy visible en la eurozona) a las autoridades fiscales (que deben responder ante los votantes) a descargar toda la responsabilidad en los bancos centrales.

Si creemos que en la búsqueda de objetivos de política monetaria los bancos centrales deberían estar protegidos de interferencias políticas coyunturales, es necesario implementar reformas que permitan una coordinación democráticamente controlable entre las autoridades monetarias, fiscales y financieras. Esto demandará, probablemente, otorgar a otras partes del gobierno cierto grado de independencia para la búsqueda de objetivos claros y cuantificables bajo escrutinio público.

Los bancos centrales se han vuelto elementos importantes de la política económica, pero la política fiscal está de vuelta entre nosotros, lo que se debe en parte a la presión populista. El desafío que nos aguarda (que será particularmente difícil de enfrentar en la eurozona) es asegurar que las políticas tanto monetaria como fiscal sean eficaces y legítimas. Aunque las soluciones que proponen los populistas sean erradas, los problemas que identificaron en relación con los bancos centrales son reales.

© Project Syndicate 2016

- Un nuevo populismo para el nuevo año

En 2016, la palabra “populismo” estuvo en boca de todos. Líderes políticos que dicen hablar por la gente obtuvieron importantes victorias en Europa, Asia y (con la elección de Donald Trump) Estados Unidos.

El término “populismo” se refirió al principio a las protestas de agricultores estadounidenses a fines del siglo XIX contra los bancos y monopolios ferroviarios. Ahora describe la rabia y el resentimiento contra élites privilegiadas y poderosas en los sectores público y privado por igual. En Italia, el Movimiento Cinco Estrellas de Beppe Grillo ataca al “establishment”, un término que engloba por igual a periodistas, empresarios industriales y políticos. Asimismo, en Estados Unidos Trump prometió “limpiar la ciénaga” (el gobierno federal).

El nuevo populismo tiene objetivos más imprecisos y hace afirmaciones más genéricas que su predecesor decimonónico. Los líderes populistas actuales son generosos en odios, pero ofrecen pocas políticas concretas. En cambio, echan mano de propuestas de izquierda y de derecha, a veces al mismo tiempo: Trump, por ejemplo, promete licencia de maternidad paga y aumento del salario mínimo, por un lado, y rebajas impositivas para los ricos y desregulación financiera y medioambiental, por el otro. La orientación política no es importante para el populismo, porque este no trabaja con evidencias o propuestas de cambio detalladas, sino con la manipulación de las emociones por parte de líderes carismáticos.

A diferencia de los partidos conservadores o socialistas tradicionales, el nuevo populismo no apela a la clase socioeconómica, sino a la identidad y la cultura. Les habla a los que se sienten económicamente amenazados por la globalización, temerosos de que los inmigrantes les quiten el trabajo o cambien la composición de la sociedad, o simplemente descontentos por lo que perciben como su pérdida de estatus (sentimiento que se refleja en hostilidad, especialmente entre hombres blancos, hacia la “corrección política”).

Los economistas podrán sostener que los niveles de vida mejoraron, o que la desigualdad en muchos países desarrollados no está creciendo, pero no pueden contrarrestar la insatisfacción de aquellos que se sienten marginados, subestimados y ridiculizados.

Los movimientos de protesta del pasado, como las “suffragettes” y los primeros socialistas, fueron muchas veces cantera de ideas y líderes que luego se integraron al sistema político. El nuevo populismo es diferente, porque rechaza categóricamente la legitimidad del establishment y las reglas del juego. Nigel Farage, líder del Partido de la Independencia del RU, es un auténtico populista; el senador Bernie Sanders, ex candidato presidencial en los Estados Unidos que tras perder la batalla por la nominación del Partido Demócrata hizo campaña por Hillary Clinton, no lo es.

En la cosmovisión moralista del nuevo populismo, el “pueblo” virtuoso está en lucha contra las “élites” malvadas. Pero al ser el lenguaje populista tan emocional e impreciso, no queda claro quién es quién. El pueblo es la “mayoría silenciosa”: los “buenos estadounidenses ordinarios” de Trump o “la gente común” de Farage y la líder del ultraderechista Frente Nacional francés, Marine Le Pen. En mi ciudad, Toronto, es “la nación de Ford”: residentes suburbanos muy decentes a quienes no importó que su alcalde, el difunto Rob Ford, fuera un hampón chauvinista adicto al crack.

Al afirmar el derecho a definir al “pueblo”, los populistas se arrogan el poder de excluir. Las “élites”, que no saben de las necesidades de la gente, son naturalmente ajenas al círculo encantado de los populistas. Pero también lo es cualquiera que tenga opiniones contrarias a la voluntad popular, lo que incluye aproximadamente a la mitad de los votantes estadounidenses, que eligieron a Hillary Clinton, o al 48% de británicos que votaron por la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea.

Nominalmente los populistas de izquierda y derecha se diferencian por su elección de a qué “otros” excluir y atacar; los primeros apuntan a las grandes corporaciones y a los oligarcas, mientras que los segundos eligen las minorías étnicas o religiosas. Una vez identificados los enemigos, es posible endilgarles los reveses de la “voluntad popular”. Así como Trump ataca a mexicanos y musulmanes, el presidente venezolano Nicolás Maduro (desafortunado e incompetente sucesor de Hugo Chávez) echa la culpa de la crisis creciente de su país a una maligna potencia extranjera, Estados Unidos.

Un nacionalismo estridente y una retórica de recuperación de la soberanía son componentes esenciales del atractivo populista. También lo es la historia (o más exactamente, la nostalgia de un pasado idealizado). “Hacer grande a Estados Unidos otra vez”, como diría Trump. En Europa, líderes populistas como el primer ministro húngaro Viktor Orbán y el líder del Partido por la Libertad holandés, Geert Wilders, pintan una Europa cristiana asediada por hordas musulmanas (pese a que los europeos que van a la iglesia son cada vez menos). Durante la campaña por el Brexit, los partidarios de dejar la Unión Europea invocaron la Batalla de Dunkerque de 1940, cuando los británicos pelearon solos contra el Eje liderado por Alemania.

Es verdad que para muchos las cosas no están yendo bien. La globalización y la automatización eliminan puestos de trabajo en los países desarrollados; en muchos lugares, corporaciones poderosas y ricos se quedan una tajada cada vez más grande y pagan menos impuestos. Y las condiciones de vida siguen empeorando para la gente del viejo cinturón industrial estadounidense o el noreste de Inglaterra y Gales.

Pero los líderes populistas no ofrecen soluciones estudiadas, sólo fantasías. Las propuestas de Trump de erigir un muro “grande y bonito” en la frontera con México, prohibir el ingreso de inmigrantes musulmanes, reabrir las minas de carbón e imponer aranceles a China no sólo son inviables, sino que probablemente provocarían una guerra comercial que empeoraría la ya difícil situación económica de sus partidarios.

El atractivo del populismo aumenta cuando se percibe que los sistemas políticos y económicos están fallando, lo que explica el ascenso de los jacobinos en las primeras etapas de la Revolución Francesa, los Know-Nothings en Estados Unidos a mediados del siglo XIX, los fascistas en la Italia de Mussolini y los nazis en la Alemania de Hitler. Todos ellos se proclamaban poseedores de la pureza moral y prometían barrer todo vestigio del viejo sistema corrupto en nombre del “pueblo”.

La política populista actual, con su pretendido monopolio de la verdad, también es profundamente antidemocrática. En Hungría, Polonia y Turquía, ya podemos ver que cuando los populistas obtienen el poder usarán todos los resortes a su alcance (incluido el Estado) para destruir las instituciones democráticas.

Esta forma de populismo plantea una seria amenaza nacional e internacional en 2017. Debemos prepararnos para lo peor; pero ojalá estas nuevas fuerzas políticas antisistema saquen a los partidos tradicionales de su letargo y los impulsen a adoptar reformas que se necesitan con urgencia, como Sanders trató de hacer durante la primaria demócrata. Quizá entonces las estructuras actuales serán suficientemente fuertes para resistir la embestida de los que prometen la salvación y sólo crean el caos.

© Project Syndicate 2016

- Lecciones de una revuelta populista

*La elección de Donald Trump en Estados Unidos y el triunfo de Brexit en el Reino Unido los dos terremotos políticos del año 2016 se generaron como resultado del fracaso de las élites en cuanto a entender el descontento que perturba a la política en las democracias de todo el mundo. La revuelta populista marcó el rechazo de un enfoque tecnocrático a la política, mismo que es incapaz de comprender los resentimientos de los votantes quienes sienten que la economía y la cultura los dejaron relegados.*

Algunos pregonan que el populismo es poco más que una reacción racista y xenófoba contra los inmigrantes y el multiculturalismo. Otros lo ven como una protesta contra las pérdidas de puestos de trabajo provocadas por el comercio mundial y las nuevas tecnologías. Sin embargo, si se ve solamente el fanatismo en la protesta populista, o si esa protesta se analiza sólo en términos económicos, se pierde el hecho de que las agitaciones del año 2016 provienen de la incapacidad de la clase política tradicional para abordar o incluso para reconocer de manera adecuada quejas genuinas.

El populismo en ascenso de hoy en día es una rebelión contra los partidos de la clase política tradicional en general, pero los partidos de centro-izquierda son los que han sufrido las mayores bajas. Esto ocurre, principalmente, por su propia culpa. En Estados Unidos, el Partido Demócrata ha adoptado un liberalismo tecnocrático que es más del agrado de las clases profesionales que de los votantes obreros y de clase media, quienes en el pasado se constituyeron en su base de apoyo. El partido laborista de Gran Bretaña enfrenta a un dilema similar.

Antes de que puedan albergar alguna esperanza de recuperar el apoyo público, los partidos progresistas deben repensar su misión y propósito. Para ello deben aprender de la protesta populista que los ha desplazado, no deben emular su xenofobia y su estridente nacionalismo, sino que deben tomar en serio las quejas legítimas con las que se enmarañan estos sentimientos. Y eso significa reconocer que las quejas se refieren a la estima social, no sólo a los salarios y los empleos.

Los partidos progresistas tienen que lidiar con cuatro problemas principales:

Desigualdad de ingresos

La respuesta estándar es hacer un llamamiento a una mayor igualdad de oportunidades recapacitación de los trabajadores; mejora del acceso a la educación superior; y lucha contra la discriminación. Esta es la promesa meritocrática de que aquellos que trabajan duro y juegan según las reglas deberían ser capaces de elevarse hasta donde sus talentos los lleven.

Pero para muchos, esta promesa suena hueca. Incluso en Estados Unidos, donde está presente el largamente anhelado sueño de movilidad ascendente, los nacidos de padres pobres tienden a permanecer pobres cuando llegan a adultos. Entre aquellos nacidos en el quintil inferior de la escala de ingresos, el 43% permanecerá allí, y sólo el 4% llegará al quintil superior.

Los progresistas deben reconsiderar el supuesto de que la movilidad social es la respuesta a la desigualdad. Deben enfrentarse directamente con las desigualdades de riqueza y poder, en lugar de quedarse contentos con los esfuerzos de ayudar a que las personas asciendan por una escalera cuyos peldaños se están separando cada vez más.

Arrogancia meritocrática

El problema es más profundo. El énfasis implacable en la búsqueda de una meritocracia justa, en la que las posiciones sociales reflejen el esfuerzo y talento, tiene un efecto moralmente corrosivo en la manera de interpretar nuestro éxito (o falta del mismo). La creencia de que el sistema premia el talento y el arduo trabajo alienta a que los ganadores consideren el éxito como propio, como una medida de su propia virtud y los lleva a mirar desde arriba a los menos afortunados.

Aquellos que pierden pueden quejarse de que el sistema está amañado o se sienten desmoralizados por la creencia de que ellos son los únicos responsables de su fracaso. Cuando se combinan, estos sentimientos producen una volátil mezcla de ira y resentimiento, misma que Trump, a pesar de ser multimillonario, entiende y explota. En el punto que Barack Obama y Hillary Clinton hablan de manera constante de oportunidades, Trump ofrece un discurso contundente de ganadores y perdedores.

La dignidad del trabajo

La pérdida de puestos de trabajo debido a la tecnología y la subcontratación ha coincidido con la sensación de que la sociedad otorga menos respeto a las ocupaciones de la clase trabajadora. A medida que la actividad económica se ha desplazado de hacer cosas a la gestión del dinero, y se tienen gestores de fondos de cobertura y banqueros de Wall Street que reciben remuneraciones desmesuradas, la estima otorgada al trabajo, en su concepción tradicional, se ha tornado frágil e incierta. Demócratas como Obama y Clinton tienen dificultad para entender la arrogancia que una meritocracia puede generar, y la dura sentencia que dicha arrogancia dicta para aquellos que no tienen un título universitario. Esta es la razón por la que hoy en día una de las más profundas divisiones en la política estadounidense es aquella entre los que tienen y los que no tienen educación postsecundaria.

La nueva tecnología puede erosionar aún más la dignidad del trabajo. Algunos emprendedores del Valle del Silicón predicen que llegará un momento cuando los robots y la inteligencia artificial harán que muchos de los trabajos de hoy se tornen en obsoletos. Para facilitar el camino hacia dicho futuro, proponen pagar a todos un ingreso básico. Lo que en alguna ocasión se concibió como una red de seguridad para todos los ciudadanos se ofrece ahora como una forma de suavizar la transición hacia un mundo sin trabajo. Si se debe acoger o se debe resistir la llegada de tal mundo es una interrogante que será fundamental para el ámbito político en los años venideros. Para poder reflexionar sobre esta situación, los partidos políticos tendrán que lidiar con el significado del trabajo y el lugar que el trabajo tiene en una buena vida.

Patriotismo y comunidad nacional

Los acuerdos de libre comercio y la inmigración son los focos de combustión más potentes de la furia populista. En un nivel, estos son temas económicos. Los opositores argumentan que los acuerdos y la inmigración amenazan a los empleos y salarios locales, mientras que los proponentes de dichas políticas sostienen que ayudan a la economía a largo plazo. Sin embargo, la pasión que estos temas evoca sugiere que algo más está en juego.

Los trabajadores que creen que su país se preocupa más por los productos baratos y la mano de obra barata de lo que se preocupa por las perspectivas de trabajo de su propio pueblo se sienten traicionados, y lo expresan a menudo en formas muy feas: odio a los inmigrantes, denigración nativista de los musulmanes y de otros “forasteros”, y demandan la “recuperación de nuestro país”.

Los liberales responden condenando la odiosa retórica e insistiendo en las virtudes del respeto mutuo y la comprensión multicultural. Pero esta respuesta basada en principios, aunque válida, no aborda algunas grandes preguntas implícitas en la demanda populista. ¿Cuál es la importancia moral, si es que la hay, de las fronteras nacionales? ¿Debemos más a nuestros conciudadanos que a los ciudadanos de otros países? En una era global, ¿debemos cultivar la solidaridad nacional o aspirar a una ética cosmopolita de preocupación humana universal?

Las elites tradicionales, especialmente en Europa y los Estados Unidos, se enfrentan ahora a las consecuencias de su incapacidad para abordar estas interrogantes. La revuelta populista destaca la necesidad de rejuvenecer el discurso público democrático, para abordar las grandes interrogantes que preocupan a las personas, incluyendo las interrogantes morales y culturales.

Desenmarañar las quejas legítimas de los aspectos intolerantes de la protesta populista no es fácil. Pero es importante intentarlo. La creación de una política que pueda responder a estas quejas es el desafío político más apremiante de nuestro tiempo.

© Project Syndicate 2016

- Las cinco lecciones del gobierno populista (Project Syndicate - **2/1/17**)

Varsovia.- Jarosław Kaczynski, líder de facto de Polonia, se ha convertido junto a Donald Trump en la imagen símbolo de la amenaza populista al modelo democrático occidental. Mientras esperamos la toma de mando de Trump como presidente el 20 de enero, vale la pena evaluar el primer año de gobierno populista en Polonia. Los resultados han sido contrarios a lo esperado.

La visión convencional de lo que espera a Estados Unidos (y posiblemente a Francia y los Países Bajos) en 2017 es un gobernante errático que adopta medidas contradictorias, principalmente para beneficiar a los ricos. Los pobres llevarán las de perder, porque -a pesar de sus promesas- los populistas no tienen la esperanza de restablecer los empleos en manufactura. Y continuará la entrada masiva de migrantes y refugiados porque los populistas no tienen planes de abordar sus causas de origen. Al final, los gobiernos populistas, incapaces de llevar un régimen eficaz, se derrumbarán y sus líderes harán frente a un juicio político o perderán la reelección.

Frente a Kaczynski había expectativas parecidas. Los liberales polacos pensaban que sus medidas buscarían beneficiar a los ricos, generando caos y tropezándose rápidamente, justo lo que ocurrió en 2005-2007 cuando el Partido Justicia y Libertad (PiS) de Kaczynski estuvo por última vez en el gobierno.

Pero se equivocaban. El PiS se transformó, pasando de la irrelevancia ideológica a un partido capaz de implementar asombrosos cambios con gran velocidad y eficiencia. Los países que hoy temen la llegada de un gobierno populista harían bien en tener en cuenta sus cinco rasgos característicos.

Rechazo al neoliberalismo. Entre 2005 y 2007, el PiS puso en práctica políticas neoliberales (por ejemplo, eliminar el tramo más alto del impuesto a la renta y el impuesto inmobiliario), pero esta vez realizó las mayores transferencias sociales en la historia polaca. Los padres reciben cada mes 500 zlotys ($120) por cada hijo nacido después del primero, y para todos los hijos en las familias más pobres (el salario neto promedio es de cerca de 2900 zlotys, aunque más de tres tercios de los polacos ganan menos que eso). Como resultado, el índice de pobreza ha bajado entre un 20 y un 40%, y entre un 70 y un 90% en el caso de los niños.

La lista continúa. En 2016, el gobierno garantizó medicamentos gratuitos para los mayores de 75 años. Hoy el ingreso mínimo supera lo que pedían los sindicatos. La edad de jubilación ha bajado de los 67 años para hombres y mujeres a 60 para las mujeres y 65 para los hombres. El gobierno también planea reducciones tributarias para los contribuyentes de menores ingresos.

Restablecimiento del “orden”. Las instituciones son el mayor enemigo del populismo. Los líderes populistas tienen una obsesión por el control. Para ellos, la democracia liberal es la que conduce al caos, por lo que un “gobierno responsable” debe “poner orden”. El pluralismo de los medios de comunicación conduce al caos informativo. La administración pública independiente significa caos legal, y una sociedad civil sólida es una receta para conflictos y discusiones estériles sin fin.

Pero los populistas no creen que ese caos salga de la nada, sino de pérfidas potencias extranjeras y sus títeres locales. Para “volver a hacer grande a Polonia”, los héroes de la nación deben derrotar a sus traidores, que no son contendores por el poder al mismo nivel. Por eso, los líderes populistas se ven obligados a limitar los derechos de sus opositores. De hecho, su ideal político no es el orden, sino la subordinación de todas las bases independientes de poder que podrían desafiarles: tribunales, medios de comunicación, empresas, instituciones culturales, ONG, y así sucesivamente.

Dictadura electoral. Los populistas saben cómo ganar elecciones, pero su concepto de la democracia no va mucho más allá de eso. Por el contrario, ven los derechos de las minorías, la separación de poderes del gobierno y todos los medios independientes (todos ellos elementos básicos del liberalismo) como un ataque al gobierno de la mayoría y, en consecuencia, a la democracia misma.

El ideal político al que apunta un populista es una dictadura electa. Y como sugiere la experiencia reciente de Estados Unidos, este puede ser un modelo sostenible. Después de todo, todo depende de cómo quienes estén en el poder decidan organizar las elecciones: pueden redefinir los límites territoriales de los distritos electorales o cambiar las normas sobre financiación de las campañas o la publicidad política. Es posible falsificar imperceptiblemente las elecciones.

El poder da la razón. Los populistas se han beneficiado con la diseminación de noticias falsas, la difamación de sus oponentes y la promesa de milagros que los medios de comunicación generales consideran meras afirmaciones de campaña. Pero pensar que la verdad es un arma eficaz contra la posverdad es un error. En un mundo regido por la posverdad, lo que decide es el poder, no la comprobación de la veracidad de los hechos. Gana el más despiadado y con menos escrúpulos.

Los populistas son, al mismo tiempo, impúdicos y ascendentes. Por ejemplo, los partidarios de Trump han llegado a ver la chabacanería como evidencia de credibilidad, mientras que la mesura, la verdad y la razón son evidencia de elitismo. Si a la gente le va peor bajo la democracia liberal, pues peor para la democracia liberal.

Quienes quieran resistir el populismo tendrán que aceptar el hecho de que no basta con la verdad. Tendrán que mostrar determinación y decisión, pero sin convertirse en fiel reflejo de sus oponentes.

La situación actual en Polonia puede ser un buen ejemplo. Tras un año en retirada, los dos principales partidos de oposición han comenzado a ocupar el Sejm (el Parlamento polaco) para protestar contra una votación ilegal sobre los presupuestos del estado. Están tendiendo una trampa al gobierno de Kaczynski: retroceder o recurrir a la violencia. Cualquiera sea su opción, pierde.

El nacionalismo no ha muerto. Lamentablemente, el nacionalismo, la única ideología que ha sobrevivido en la era posideológica, no da signos de desaparecer en Polonia ni en otros países. Al apelar al sentimiento nacionalista, los populistas han ganado apoyo en todos lados, independientemente de la situación o el sistema económico, porque azuzan temores con un origen externo, concretamente la llegada de migrantes y refugiados.

Hoy los políticos tradicionales, especialmente los de izquierdas, no tienen mensajes eficaces sobre el asunto. Oponerse a la migración contradice sus ideales, mientras que apoyarla significa una derrota electoral.

Pero la opción debería ser clara. O los oponentes al populismo cambian radicalmente su retórica acerca de los migrantes y refugiados, o los populistas seguirán gobernando. En cualquiera de los escenarios ellos pierden, pero en el segundo pierde también la democracia liberal. Son cálculos desagradables (y, sí, que corroen los valores liberales), pero los populistas son capaces de componendas mucho más impresentables.

Tras un año de populismo en Polonia, Kaczynski ha logrado dominar dos temas muy cercanos y queridos por los votantes: las transferencias sociales y la inmigración. Estará seguro en tanto controle estos dos bastiones del sentimiento electoral. Quienes se oponen a Trump –o a Marine Le Pen en Francia en las elecciones presidenciales de abril- pueden sacar sus propias conclusiones de ese hecho.

(Sławomir Sierakowski, founder of the Krytyka Polityczna movement, is Director of the Institute for Advanced Study in Warsaw)

- ¿La UE puede sobrevivir al populismo? (Project Syndicate - **4/1/17**)

Bruselas.- Otro año, otra amenaza a la supervivencia de la Unión Europea. La buena noticia es que la mayor ruptura de 2016, el voto de Gran Bretaña para abandonar la UE, parece manejable. La mala noticia es que tanto Francia como Italia enfrentan la perspectiva de que los populistas lleguen al poder este año. Lo que suceda en cualquiera de estos países podría decretar el fin de la UE.

La UE recientemente se ha convertido en el blanco principal de los populistas. El fenómeno prosperó en primer lugar en Grecia, cuando el partido de izquierda Syriza llegó al poder en enero de 2015. Pero Syriza no pretendía retirar a Grecia de la UE; más bien, quería un mejor acuerdo con los acreedores del país, que habían impuesto medidas de austeridad devastadoras a los ciudadanos griegos.

La estrategia de Syriza en gran medida reflejaba la voluntad del pueblo. En un referendo de junio de 2015, los votantes rechazaron abrumadoramente un acuerdo propuesto por los acreedores de Grecia que habría significado una austeridad aún mayor. Sin embargo, la aceptación por parte del gobierno de un acuerdo esencialmente inalterado recibió un amplio apoyo pocos días después. Los votantes griegos entendieron que no valía la pena dejar de ser miembro de la eurozona a cambio de conseguir términos mejores.

Sin duda, no todos consideraban que pertenecer a la UE merecía el sacrificio. Pero había un aire de practicidad en la crítica popular de la UE, que en gran medida se centraba en lo que hacía la UE, especialmente en el ámbito económico. Es por ese motivo que estas críticas han sido más sonoras en los países más afectados por la crisis del euro, o que enfrentaron austeridad o, más recientemente, que sintieron que los acuerdos comerciales los dejaron afuera.

Ese ya no es el caso. El populismo de derecha ha ganado tracción en economías fuertes (Austria) y en países donde los beneficios de la pertenencia a la UE son palpables (Hungría y Polonia). En Francia, nunca hubo una austeridad impuesta por la UE; hasta el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, admitió que las reglas presupuestarias de la UE en verdad no pueden ser impuestas por Francia, “porque es Francia”.

Ahora los populistas no se centran en lo que hace la UE, sino en lo que ésta representa. En lugar de preguntar si la UE enriquece o empobrece a la gente, los populistas se centran en un interrogante más fundamental y poderoso: “¿Quiénes somos?”

En un momento de inmigración en gran escala, este cambio no resulta sorprendente. Las sociedades que durante mucho tiempo se definieron según un entorno y una cultura compartidos ahora deben lidiar con las implicancias del multiculturalismo. Es por eso que la mayoría de los observadores de los partidos populistas, especialmente de los partidos de derecha, se han centrado en las actitudes hacia los extranjeros y las minorías.

Junto con el cambio hacia una política de identidades -un terreno que no es particularmente afín a las concesiones- ha llegado un cambio en la actitud hacia las instituciones democráticas. Los líderes populistas operan en base a la presunción de que la voluntad del “pueblo” -como lo define el populista- no debería estar limitada institucionalmente. Esto se contrapone a la premisa fundamental de la democracia liberal: que el poder de la mayoría debe ser limitado, en particular para proteger a las minorías, entre otras cosas a nivel electoral.

Los límites al poder de la mayoría del momento suelen conseguirse a través de lo que los norteamericanos llaman el “equilibrio de poderes” que incluye, por ejemplo, un sistema judicial independiente y requerimientos de una súper mayoría para alterar elementos fundamentales del sistema político. Y esos límites, por lo general, funcionan, al menos en su gran mayoría. En el Reino Unido, por ejemplo, tres jueces de la Corte Suprema dictaminaron que sólo el Parlamento -no el gobierno- puede recurrir al Artículo 50 del Tratado de Lisboa, el proceso formal para abandonar la UE.

Pero los políticos populistas se fastidian con esas limitaciones. El primer ministro húngaro, Viktor Orbán, no sólo manifestó abiertamente su preferencia por una democracia “iliberal”; también se esforzó por desmantelar los controles al poder de su gobierno. Lo mismo es válido para el gobierno populista de Polonia, cuyo líder de facto, Jarosław Kaczyński, ni siquiera ocupa un cargo formal en la administración.

Dado su desprecio por las instituciones independientes, no es difícil entender por qué los populistas se oponen a la UE que es, en un sentido, la democracia liberal por excelencia: gobernada por reglas impersonales, en lugar de por la mayoría del momento, y donde la mayor parte de las decisiones requieren o una súper mayoría o una unanimidad. Para los populistas, la UE representa importantes limitaciones adicionales que son aún más difíciles de sortear que los controles internos. Eso la convierte en un problema.

Sin embargo, en otro sentido, la UE sufre de una democracia insuficiente: como señalan con frecuencia los líderes populistas, sus líderes en Bruselas no son electos. (Los populistas utilizan argumentos similares para negar la legitimidad, por ejemplo, de los tribunales nacionales).

La realidad, por supuesto, es que los gobiernos y parlamentos elegidos democráticamente nombran a los líderes y burócratas de la UE (y a los jueces independientes) precisamente para ponerle límites a la mayoría del momento y a los futuros gobiernos. Pero los populistas reformulan la manera en que sus seguidores entienden este sistema, declarando que esos funcionarios son parte de la “elite”, elegida por otras elites como ellos para frustrar la voluntad del pueblo.

Es poco lo que los políticos convencionales, mucho menos los funcionarios de la UE, puedan hacer para contrarrestar este argumento. Algunos políticos nacionales sucumben a la presión popular y adoptan la retórica -y hasta el programa- de sus adversarios populistas. Pero la UE no puede hacer algo así, sin acelerar efectivamente su propio deceso.

Cuando el problema era lo que hacía la UE, había una solución posible: la UE podía cambiar de estrategia en cuestiones económicas. Y, por cierto, la Comisión ha abandonado de facto la austeridad. De la misma manera, el nuevo acuerdo comercial de la UE con Canadá, firmado en octubre, concluyó recién después de que se resolvieran algunas concesiones elaboradas.

Pero la UE no puede cambiar aquello que representa. No puede aceptar, mucho menos fomentar, la noción de que el equilibrio de poderes es un obstáculo para el progreso, o que los extranjeros amenazan el estilo de vida europeo. No puede ofrecer el tipo de soluciones radicales, imposibles o iliberales que utilizan los populistas para ganar respaldo. La UE debe seguir siendo un bastión de democracia liberal, con todas sus reglas y procedimientos poco atractivos pero necesarios.

En el contexto actual, esta representación engorrosa de una democracia de múltiples niveles y de una economía abierta no puede competir con las promesas elevadas de los populistas. Sin embargo, cuando los populistas no puedan cumplir con sus promesas, la población volverá a recurrir a la UE. Es de esperar que todavía haya una UE que los esté esperando.

(Daniel Gros is Director of the Brussels-based Center for European Policy Studies. He has worked for the International Monetary Fund, and served as an economic adviser to the European Commission, the European Parliament, and the French prime minister and finance minister. He is the editor of Economie…)

- Las promesas rotas de la democracia (Project Syndicate - **5/1/17**)

Santiago.- La democracia liberal se encuentra bajo asedio. Los populistas de derecha y de izquierda no solo arremeten en contra de la globalización y del estancamiento de los ingresos de la clase media, sino que también ponen en entredicho la legitimidad de las instituciones de la democracia liberal y de las elites políticas que manejan dichas instituciones.

Es simplista echarles la culpa a las políticas post verdad que practican los populistas. Las mentiras y las exageraciones no funcionarían si el modo en que actualmente se practica la democracia no tuviera problemas. Debemos reexaminar y, de ser posible, reparar lo que el teórico de la democracia Norberto Bobbio denomina “las promesas rotas de la democracia”.

Quien se haya presentado como candidato, habrá oído el reiterado reparo de los votantes: “A ustedes, los políticos, los vemos solamente para las elecciones”. Los políticos parecen distantes y poco fiables, según los ciudadanos manifiestan a los encuestadores. Esta brecha es lo que explotan los populistas.

La democracia moderna es representativa. Cuando los representantes que han sido elegidos pasan más tiempo en el congreso que interactuando con los ciudadanos, no están faltando a su deber sino que llevando a cabo sus funciones. No obstante, la retórica de la democracia moderna afirma lo contrario: resalta la cercanía con los votantes y sus preocupaciones. Y la credibilidad de los líderes políticos sufre cuando el contraste con la realidad se torna demasiado patente.

En los sistemas democráticos, los políticos son agentes que actúan conforme al mandato de los principales (los votantes). Y, al igual que en economía, el problema principal-agente de las democracias constituye un problema porque es posible que el principal no pueda distinguir entre un agente idóneo y uno inepto. También es posible que un agente tenga intereses propios que chocan con los de los principales. En consecuencia, los ciudadanos tienen amplia razón para desconfiar de los políticos.

Las democracias se esfuerzan por procurar, a través de medios institucionales, que los intereses de los políticos y de los votantes coincidan. En Gran Bretaña, los distritos electorales que eligen a los miembros del parlamento son relativamente pequeños, mientras que en Estados Unidos los integrantes de la cámara baja deben buscar ser reelegidos cada dos años. Sin embargo, estas soluciones conllevan sus propios problemas, entre ellos una posible estrechez de miras y el riesgo de que la frecuencia de las elecciones haga que algunos políticos no deban rendir cuentas ante los votantes, sino ante los intereses especiales que financian sus campañas.

Los políticos democráticos también tratan de persuadir a los votantes de que sus propios intereses coinciden con los del electorado. Estos empeños pueden ser saludables, como cuando se dan a conocer las fuentes de financiamiento de una campaña o posibles conflictos de interés, pero también pueden no serlo, como cuando los candidatos sacan partido de los temores y resentimientos de los votantes.

De hecho, dos interesantes estudios realizados recientemente por investigadores de la Universidad de Harvard y de MIT, explican el surgimiento del populismo en términos de los esfuerzos realizados por políticos para demostrar a los electores que ellos no están en deuda con intereses poderosos. Así, aunque las políticas populistas reduzcan el bienestar económico general, los votantes racionales optan por ellas porque son el precio de distinguir entre diferentes tipos de políticos. Como se señala en uno de los estudios: “una vez que los líderes dejan de ser necesariamente honestos, es posible que valga la pena contratar a los que son incompetentes”.

Bobbio subraya que la falta de confianza en los políticos democráticos obedece también a otras dos dificultades. Una es que las sociedades modernas son pluralistas, y dentro de ellas hay muchos intereses que compiten por ser representados; no hay una voluntad general que un político pueda representar. La otra es que en una democracia representativa no existe un mandato vinculante que obligue al representante elegido a actuar de una manera determinada. Una vez en su cargo, el político es libre de decidir por sí solo en qué consiste el bien de la sociedad y qué políticas pueden promoverlo.

El potencial para que se produzca un conflicto es obvio. Incluso en el improbable caso de que no haya diferencias entre los intereses que representa un político, no será fácil decidir cuáles son las mejores políticas. Todavía peor, es muy posible que un político competente y honesto opte por las mejores políticas, pero que dentro de un entorno de información imperfecta, no consiga persuadir a los votantes de que actuó de manera correcta.

Supongamos que el objetivo es aumentar el empleo y que el político escoge la mejor fórmula para lograrlo. Posteriormente, el empleo disminuye como resultado de un impacto externo. Los votantes nunca estarán seguros sobre cuál hubiera sido la fórmula más idónea, pero sospechan que el político puede haber exagerado el tamaño del shock externo para explicar la pérdida de puestos de trabajo. Lo único que saben es que no pueden conseguir trabajo cuando lo desean, y le echan la culpa de esto al político.

A medida de que las sociedades se vuelven más complejas y que aumenta la dificultad para evaluar y decidir sobre políticas públicas, asimismo aumenta el potencial para que se produzca este tipo de tensión. La importancia social de los tecnócratas que poseen los conocimientos necesarios para tomar decisiones complejas en cuanto a políticas se elevará, pero se reducirá su estima ante la sociedad. Recordemos lo que manifestó el exministro de justicia del Reino Unido, Michael Grove, en medio del debate sobre el Brexit: “los ciudadanos de este país están hartos de los expertos”. O, según lo expresa Bobbio, “la tecnocracia y la democracia son la antítesis: si el experto es el protagonista de la sociedad industrial, ello excluye todo papel central que el ciudadano de a pie pueda desempeñar”.

Añadamos un factor final a la complicación: la tecnología aumenta enormemente la velocidad con la que los ciudadanos transmiten sus diversas demandas. El alcalde de una ciudad se enterará de modo casi instantáneo a través de Twitter y Facebook cuando no se ha recogido la basura en cierta calle. Sin embargo, los mecanismos de consulta y contrapeso democrático frenan la velocidad de las respuestas. Supongamos que el alcalde quiere implementar un nuevo sistema de recogida de basura y eliminación de desechos. Esto exigirá evaluaciones de impacto ambiental y extensas consultas ciudadanas. En los años que lleve la puesta en práctica del nuevo sistema, habrá ocasiones en que no se recogerá la basura, lo que agudizará –casi día a día– el conflicto entre lo que la ciudadanía espera y lo que la democracia puede proporcionar.

Quizás el problema no resida solamente en el modo en que la democracia se practica en la actualidad, sino también en las expectativas que generan algunos de sus defensores. De hecho, las promesas de la democracia se han roto. “Pero”, pregunta Bobbio, “¿se trataba de promesas que realmente podrían haberse cumplido? Yo diría que no”.

Es posible que en este contexto se aplique el antiguo pronunciamiento de Churchill: la democracia es el peor sistema de gobierno, con excepción de todos los demás. Bajo la democracia representativa moderna, los seres humanos poseen mayor libertad personal y prosperidad material que en cualquier otro momento de su historia. Estamos más cerca que nunca de poner en práctica los valores de libertad y dignidad para todos. ¿Acaso no es esta una publicidad suficientemente poderosa en apoyo de la democracia liberal?

(Andrés Velasco, a former presidential candidate and finance minister of Chile, is Professor of Professional Practice in International Development at Columbia University's School of International and Public Affairs. He has taught at Harvard University and New York University, and is the author of num…)

- Las trampas del populismo autoritario (Project Syndicate - **6/1/17**)

Londres.- El año 2016 mostró que la durabilidad de la democracia liberal ya no puede darse por sentada, ni siquiera en Occidente. De hecho, el análisis que hace el politólogo Yascha Mounk (de la Universidad de Harvard) de los datos de la Encuesta Mundial de Valores muestra que en muchos países occidentales, la confianza de la opinión pública en la democracia viene cayendo hace bastante tiempo.

¿Cómo se explica esta tendencia? Los cimbronazos políticos de 2016 hacen pensar que muchas personas están frustradas por la inacción de las democracias y creen que no se están abordando con la decisión necesaria cuestiones como el estancamiento salarial, el desempleo, la desigualdad, la inmigración y el terrorismo. Los sistemas políticos de los países democráticos parecen sumidos en un estado de sopor permanente, lo que impulsa a los votantes a apoyar a líderes fuertes, que prometen terminar con la parálisis política y barrer toda resistencia burocrática a la implementación de nuevas políticas audaces.

Estos líderes (que aseguran ser los únicos capaces de resolver los problemas de sus países) suelen proceder del mundo corporativo. Mucha gente considera que un ejecutivo exitoso es alguien capaz de cumplir objetivos bien definidos, de modo que un hombre de negocios podrá resolver problemas sociales que eludirán a un político.

Pero este modo de pensar es engañoso, porque el liderazgo político es fundamentalmente diferente del liderazgo corporativo. En la jerga de los economistas, es la diferencia entre el análisis de equilibrio general y el de equilibrio parcial. Los líderes corporativos son responsables ante sus accionistas y no necesitan preocuparse demasiado por lo que le suceda al resto de la sociedad. Si para maximizar ganancias hay que reducir costos y personal, el líder corporativo puede eliminar puestos de trabajo y pagar indemnizaciones a los trabajadores redundantes. Después de eso, que de su situación se encargue otro (es decir, el Estado).

Los líderes políticos, en cambio, están sujetos al principio de “una persona, un voto”, y tienen la responsabilidad de cuidar a ricos y pobres, a empleados y desempleados, por igual. Los políticos tienen que asegurar nuevas oportunidades a los trabajadores desempleados, so pena de perder sus votos.

No quiere decir que el trabajo de un ejecutivo sea más fácil; pero sin duda es mucho más definido. Aquellos líderes que encaran una tarea política con mentalidad corporativa tenderán a pensar más en la eficiencia que en la inclusión. Pero si sus reformas desatienden o enemistan a demasiados votantes, no serán duraderas.

Como vimos en 2016, los países occidentales necesitan con urgencia hallar modos de compensar o ayudar a los perdedores de la economía global moderna. Es una dura lección que los países poscomunistas aprendieron en los noventa. Según el reciente informe “Transición para todos” del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo, la inmensa mayoría de la población de esos países salió perjudicada en los primeros años de las reformas promercado.

Cabe destacar que muchos de los que apoyaban esas reformas también preferían “líderes fuertes”, con el argumento de que, puesto que las reformas eran impopulares, era necesario imponérselas a la población, ya que procesos excesivamente democráticos las frustrarían. Por desgracia, esta idea fue contraproducente. Algunos de esos líderes fuertes consiguieron implementar reformas en poco tiempo, pero sólo beneficiaron a una minoría de personas, y a la larga muchas se revirtieron.

Un ejemplo típico son las privatizaciones. Las empresas estatales son casi siempre ineficientes, y suelen acumular mano de obra. Así que cuando se las privatiza, su eficiencia aumenta, pero también descartan trabajadores. Desde un punto de vista de equilibrio parcial, en el nivel de la empresa, el cambio es positivo; pero si uno se detiene a pensar en el bienestar de los trabajadores despedidos y en las consecuencias sociales desde un punto de vista de equilibrio general, tal vez no lo sea.

Si en una privatización se despide a demasiados trabajadores sin darles compensación, puede perder legitimidad ante una mayoría de la ciudadanía, y eso debilitará el apoyo a la propiedad privada de empresas productivas. Es justamente lo que sucedió en varios países poscomunistas en los que ahora “privatización” es una mala palabra.

El daño causado por algunas reformas impopulares duró mucho más que las reformas mismas. En muchos países poscomunistas, el sufrimiento que provocaron creó las condiciones políticas para el ascenso de líderes populistas autoritarios, que en algunos casos, aprovecharon el proceso de anulación de las reformas para eliminar contrapesos institucionales a su poder y así dificultar la oposición a sus decisiones. Luego, una vez consolidado el poder, redistribuyeron la riqueza del país entre sus aliados. Como era de esperar, la desigualdad de ingresos en muchos de estos países es peor ahora que cuando abandonaron las privatizaciones y otras reformas.

Por eso las instituciones democráticas son tan importantes: permiten a los perjudicados por las reformas obtener compensación. Con el principio de “una persona, un voto”, los “perdedores” pesan lo mismo que los “ganadores”. Como las políticas realmente democráticas deben ser inclusivas, implementar reformas en una democracia demanda tiempo y esfuerzo, pero el arduo proceso de construir coaliciones reformistas amplias también garantiza la continuidad de esas políticas.

En el largo plazo, las reformas inclusivas perduran, las reformas rápidas y forzosas, no: la tortuga de la democracia le gana a la liebre de la dictadura benevolente.

(Sergei Guriev is Chief Economist at the European Bank for Reconstruction and Development)

- Federalismo y resistencia progresista en Estados Unidos (Project Syndicate - **6/1/17**)

Berkeley.- El año 2016 trajo consigo un ascenso del populismo en Estados Unidos, el Reino Unido y muchos otros países desarrollados. El estancamiento de los ingresos, las inciertas oportunidades de avance económico y un amplio descontento provocado por la pérdida de fe en el progreso llevaron a los votantes a apoyar a candidatos que prometen devolver el poder al “pueblo” y sacudir los cimientos de unos sistemas “arreglados” por la dirigencia política tradicional para favorecer a una “élite” corrupta. En Estados Unidos, la creciente diversidad étnica, las tensiones raciales contenidas y los cambios en las costumbres sociales echaron más leña al fuego electoral.

Un prolongado proceso de debilitamiento de la confianza de los estadounidenses en el gobierno federal culminó con la victoria de Donald Trump en la elección presidencial de noviembre: pese a los altos niveles de aprobación pública del presidente Barack Obama, sólo el 19% de los estadounidenses creen que el gobierno federal hace lo correcto. Dadas las prioridades tradicionales de los republicanos (visibles en las designaciones del presidente electo Trump para el gabinete), es probable una reducción de programas del gobierno federal (con la notable excepción del gasto en defensa). Irónicamente, los recortes de gasto en salud, educación, capacitación laboral y medioambiente, sumados a grandes rebajas regresivas de los impuestos personales y corporativos, derivarán más riqueza hacia la “élite” y afectarán a programas que benefician a la mayoría de las familias.

Pero los grandes retos sociales y económicos que son objeto de los programas federales no desaparecerán: en vez de eso, una cuota mayor de la responsabilidad de hacerles frente recaerá sobre los gobiernos estatales y locales, que tendrán que abordarlos con soluciones innovadoras. De hecho, la respuesta al trumpismo es el “federalismo progresista”: la búsqueda de objetivos políticos progresistas por medio de la considerable autoridad que el sistema federal estadounidense delega a los gobiernos de nivel subnacional.

Las encuestas anuales de Gallup siguen mostrando que una mayoría de los estadounidenses confía en la capacidad de solución de problemas de los gobiernos de sus estados (62%) y locales (71%). En una encuesta de Pew realizada en 2014, sólo el 25% dijo estar satisfecho con la dirección de la política nacional, pero el 60% aprobó la gobernanza de su comunidad local. Y la Constitución de los Estados Unidos da a los estados margen para funcionar como lo que Louis Brandeis (miembro de la Suprema Corte entre 1916 y 1939) llamó laboratorios de democracia, por su posibilidad de experimentar políticas innovadoras sin poner en riesgo al resto del país.

La historia ofrece muchos ejemplos de experimentos exitosos. Los gobiernos de nivel estatal y local fueron los primeros en crear sistemas de educación pública primaria y secundaria, así como universidades e institutos terciarios estatales. California, Wyoming y otros estados, al habilitar el voto femenino, alentaron la aprobación de la Decimonovena Enmienda (que extendió el derecho de voto a todas las mujeres adultas). Los programas de transición al empleo de Michigan y Wisconsin sirvieron de modelo para la reforma del sistema federal de asistencia social durante el gobierno del presidente Bill Clinton, y el Obamacare se basa en el sistema de salud de Massachusetts, que se introdujo durante la gobernación del republicano Mitt Romney.

Asimismo, de 2000 a 2014, con la aprobación de una variedad de políticas de energía (que incluyen desde planes generales de combate al cambio climático hasta normas obligatorias sobre uso de energías renovables), 33 estados redujeron las emisiones de dióxido de carbono sin dejar de expandir sus economías. Más recientemente, algunos estados introdujeron precios a las emisiones mediante sistemas de límites e intercambio de licencias, y muchos están cerca de cumplir las metas de energía limpia propuestas por Obama. La mitad de los estados de la Unión han aprobado alguna forma de legalización de la marihuana, y ocho adoptaron la legalización total. Tres estados implementaron leyes que proveen licencia familiar paga, y hay otro en camino. Diecinueve estados recibieron 2017 con aumentos del salario mínimo.

Y la lista sigue. Pueden encontrarse ejemplos exitosos de federalismo progresista en una amplia variedad de áreas, entre ellas: salud, reforma carcelaria, educación superior y capacitación para el empleo, emprendedorismo, protección y beneficios para trabajadores de la “economía del trabajo temporal” y contratos públicos con pago por resultados. La cooperación, la colaboración y la negociación (entre actores privados y públicos, organizaciones lucrativas y no lucrativas, republicanos y demócratas) son elementos esenciales en todos ellos, así como en los numerosos ejemplos de políticas innovadoras y participación cívica en el nivel local descritos por James Fallows en un artículo reciente y en un futuro libro.

Para alentar a gobiernos estatales y locales a implementar políticas innovadoras, el gobierno federal suele asumir el papel de capitalista de riesgo, y les propone objetivos medibles e incentivos en vez de imponerles soluciones. Obama fue un promotor de esta estrategia, por medio de concursos interestatales como el programa Race to the Top [Carrera a la cima] del Departamento de Educación, subvenciones federales a la innovación social para los gobiernos estatales y locales, y la ampliación de Medicaid. El vicepresidente electo Mike Pence está orgulloso de los resultados de la ampliación de Medicaid en Indiana durante su gobernación (pero a octubre de 2016, seguían sin participar en el programa diecinueve estados, sobre todo del sur y centro del país, que así negaban un seguro de salud a más de 2,5 millones de personas de bajos recursos).

El estado de California, sexta economía más grande del mundo, con una población de casi 40 millones de personas que parece el futuro de los Estados Unidos y con un gobierno demócrata unido y responsable, es un modelo de lo que puede lograr el federalismo progresista. Ha sido líder en la ampliación de los derechos de las mujeres, los trabajadores rurales, los inmigrantes y las minorías sexuales, entre otros. También ha estado en la vanguardia en protección del medioambiente y lucha contra el cambio climático, con ejemplos que incluyen la fijación de normas estrictas para el consumo de energía y las emisiones de los autos (convertidas en ley federal en 2016) y la adopción precursora de sistemas de precios a las emisiones. Hace poco el gobernador Jerry Brown prometió enfáticamente que si el gobierno de Trump recorta la financiación federal de satélites meteorológicos, el estado lanzará sus propios satélites.

California también puede ser líder en resistencia progresista, o “federalismo no cooperativo”, negándose a ejecutar políticas federales a las que se oponga. Muchas ciudades californianas, y el estado mismo, ya actúan como “jurisdicciones santuario”, que limitan la cooperación con las autoridades federales para proteger a los inmigrantes indocumentados en riesgo de deportación. Por ley, la fiscalización migratoria es responsabilidad del gobierno federal, pero en la práctica, este no cuenta con recursos suficientes. Los inmensos recortes de gasto y personal prometidos por Trump agravarán esa escasez, lo que obligará al gobierno federal a delegar una parte mayor de la tarea a las autoridades estatales y locales. Hace poco la legislatura de California manifestó su oposición, mediante la presentación de proyectos de ley que proponen financiar servicios de defensa legal para inmigrantes que se enfrenten a la deportación y prohibir por razones constitucionales el uso de recursos locales y estatales para tareas de fiscalización migratoria.

Trump ya amenazó con recortar fondos federales a las ciudades santuario, pero esas tácticas de presión le resultarán cada vez más difíciles de aplicar, por un reciente fallo de la Suprema Corte contra la asignación discrecional de fondos como forma de obligar a las autoridades estatales a implementar políticas federales.

Tal vez recordaremos 2016 como el año en que el populismo regresó al poder en Estados Unidos. Pero también puede ser recordado como el inicio de una nueva era de federalismo y resistencia progresista, promovida por gobiernos estatales y locales cuyos ciudadanos les confiaron la tarea de ayudar a mejorar sus vidas y sus comunidades.

(Laura Tyson, a former chair of the US President's Council of Economic Advisers, is a professor at the Haas School of Business at the University of California, Berkeley, a senior adviser at the Rock Creek Group, and a member of the World Economic Forum Global Agenda Council on Gender Parity. Lenny Mendonca, Senior Fellow at the Presidio Institute, is a former director of McKinsey & Company)

- Esperar lo mejor a pesar de Trump (Project Syndicate - **10/1/17**)

Nueva York.- Después de un año de desastres políticos, ¿hay para los liberales algún motivo de optimismo? ¿Algo que rescatar, por mínimo que sea, de los estragos del Brexit, la elección de Donald Trump y la desunión europea? Los cristianos creen que la desesperación es un pecado mortal, así que ¿por qué no buscar algún atisbo de esperanza?

En Estados Unidos, muchos liberales se consuelan con la creencia de que los peligros evidentes de ser gobernados por un charlatán ignorante, narcisista y autoritario, con un séquito de multimillonarios, exgenerales, traficantes de noticias falsas y neófitos de ideas extremistas, ayudarán a movilizar una fuerte oposición política. Se espera que Trump sea un llamado de atención para todos aquellos que todavía creen en la democracia liberal, estén a la izquierda o incluso a la derecha del centro.

Según este supuesto, grupos de derechos civiles, ONG, estudiantes, activistas de derechos humanos, congresistas demócratas e incluso algunos republicanos harán todo lo que esté en su poder para contrarrestar los peores impulsos de Trump. Un activismo político latente estallará en protestas masivas, y el resurgimiento del idealismo liberal cortará la oleada del populismo de derecha. Bueno, puede ser.

Otros buscan alivio en la expectativa de que los planes patentemente contradictorios de Trump (rebajas impositivas y aumento del gasto en infraestructura, favorecer a la olvidada clase trabajadora y al mismo tiempo recortar programas de asistencia social y derogar el Obamacare) arrastrarán a su gobierno a un pantano de luchas internas, incoherencia e incompetencia.

Todo esto puede suceder. Pero las protestas no servirán de mucho por sí solas. Una sucesión de manifestaciones contra Trump en las grandes ciudades será un golpe indudable a la egolatría del nuevo presidente, y los manifestantes hallarán satisfacción moral en participar de la resistencia. Pero sin una organización política real, la mera protesta tendrá el mismo final que Occupy Wall Street en 2011, y se disolverá en una sucesión de gestos ineficaces.

Una de las ideas más peligrosas del populismo contemporáneo dice que los partidos políticos son obsoletos y deben ser reemplazados por movimientos guiados por líderes carismáticos que actúen como la voz del “pueblo”; y está implícito que todo aquel que disienta es su enemigo. Por ese camino se va a la dictadura.

El único modo de salvar la democracia liberal es que los partidos tradicionales recuperen la confianza de los votantes. El Partido Demócrata tiene que ponerse las pilas. Repetir consignas entusiastas (como en la campaña izquierdista de Sanders) no bastará para evitar que Trump provoque un enorme daño a instituciones que fueron cuidadosamente diseñadas hace más de dos siglos para proteger la democracia estadounidense de demagogos como él.

Lo mismo vale para los acuerdos e instituciones internacionales, cuya supervivencia depende de la voluntad de defenderlos. Trump expresó su indiferencia hacia la OTAN y los compromisos de Estados Unidos con la seguridad de Extremo Oriente. Su presidencia debilitará todavía más la Pax Americana, ya bastante maltrecha por una sucesión de guerras insensatas. Sin la garantía de que Estados Unidos protegerá a las democracias aliadas, las instituciones creadas tras la Segunda Guerra Mundial para proveer esa protección no sobrevivirán mucho tiempo.

Tal vez en este sombrío panorama asome todavía un diminuto rayo de esperanza. Europa y Japón (por no hablar de Corea del Sur) se han vuelto demasiado dependientes de la protección militar estadounidense. Las fuerzas armadas japonesas son bastante grandes, pero están limitadas por la constitución pacifista que redactaron los estadounidenses en 1946. Los europeos no están preparados para defenderse a sí mismos, por una mezcla de inercia, autocomplacencia y lasitud.

Es perfectamente posible que las bravuconadas de Trump sobre poner a “Estados Unidos primero” impulsen a Europa y el este de Asia a cambiar el statu quo y hacer más por su propia seguridad. Lo ideal sería que los países europeos construyan una fuerza de defensa integrada que no dependa tanto de Estados Unidos. Y los países del sudeste y el este de Asia podrían crear una variante de la OTAN, liderada por Japón, que contrarreste el prepotente poderío de China.

Pero incluso si estos cambios se producen (y es una apuesta muy incierta), no será pronto. Los europeos no quieren pagar más impuestos para sufragar su propia defensa. Alemania no tiene ni los medios ni la voluntad para conducir una alianza militar. Y la mayoría de los asiáticos, incluidos muchos japoneses, no confiarían la conducción de una coalición regional a Japón. El actual gobierno japonés del primer ministro Shinzo Abe quiere modificar la constitución pacifista, como primer paso necesario para liberar al país de su dependencia total respecto de Estados Unidos. Pero el revisionismo de Abe tiene sus raíces en una ideología nacionalista más propensa a justificar atrocidades históricas que a aprender de ellas. Esto por sí solo descalifica a Japón para liderar un pacto militar.

En tiempos de repensar el orden internacional construido por Estados Unidos sobre las ruinas de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Trump no parece el más indicado para hacerlo con orden y con prudencia. Su victoria se parece más a un terremoto donde se liberan fuerzas que nadie puede controlar. En vez de alentar a los japoneses a pensar con responsabilidad en la seguridad colectiva, es más probable que la indiferencia de Trump incentive los peores instintos de un nacionalismo japonés temeroso.

Europa tampoco está en condiciones para hacer frente al desafío que supone el debilitamiento de la Pax Americana. Sin un refuerzo del sentido de solidaridad paneuropea, las instituciones europeas pronto se desvirtuarán, e incluso pueden dejar de existir. Pero es precisamente dicho sentido lo que los demagogos están socavando tan exitosamente.

Si alguien tiene motivos de esperanza, no es en el mundo democrático liberal, sino en las capitales de sus adversarios más poderosos: Moscú y Beijing. La victoria de Trump, al menos en lo inmediato, parece favorable al presidente ruso Vladimir Putin y su homólogo chino Xi Jinping. Sin un liderazgo estadounidense creíble, o una alianza de democracias fuerte, las ambiciones rusas y chinas tendrán vía libre.

Esto no supone una catástrofe de aquí a pocos años. Lo más probable es que Rusia y China prueben los límites de su poder lentamente, paso a paso: hoy Ucrania, mañana tal vez los estados del Báltico; las islas del Mar de China Meridional primero, Taiwán después. Empujarán, y empujarán, hasta el día en que empujen demasiado. Entonces puede pasar cualquier cosa. Los errores de las grandes potencias suelen convertirse en grandes guerras. No es que haya razones para desesperar, pero tampoco las hay para recibir el nuevo año con optimismo.

(Ian Buruma is Professor of Democracy, Human Rights, and Journalism at Bard College. He is the author of numerous books, including Murder in Amsterdam: The Death of Theo Van Gogh and the Limits of Tolerance and Year Zero: A History of 1945)

- Realidad virtual, posverdad y populismo (El Confidencial - **20/1/17**)

(Por Josep Ramón Bosch, Ferran Brunet y Josep Rosiñol)

Soluciones simples a problemas complejos y omnipotencia de la política y del Estado: eso tienen en común los populismos y extremismos de derechas e izquierdas que crecen en Europa y América. Elecciones presidenciales y parlamentarias y referéndums están decantando mayorías pequeñas en favor de posiciones disruptivas, como el Brexit o Donald Trump. Parece que el sistema político de las democracias más sólidas desfallece y se descentra.

Sean tsunamis o solo tormentas, estas tendencias son muy significativas y probablemente tendrán consecuencias importantes. Consolidan la decadencia de las ideologías políticas y sociales, agudizan las crisis de los partidos, cambian el equilibrio entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, instrumentalizan la representatividad y la ley, subrayan la política frente a la sociedad y la economía y, en fin, amplían la confrontación social, la inestabilidad política y la incertidumbre económica.

El malestar no es novedad en las sociedades capitalistas desarrolladas. Irracionalismo, pesimismo, decadentismo y desencanto existían ya en el siglo XIX, e incluso por momentos fueron hegemónicos entre la intelectualidad. Pero, sin duda, los cambios ideológicos y políticos actuales son fruto de una degradación mayor en la apreciación de la realidad económica y social y del menor interés de los proyectos socialdemócrata y democristiano. La posmodernidad y el relativismo se han trocado en posrealidad, posverdad, posdemocracia y pospolítica. El mundo posfactual es ajeno a la realidad misma, se basa en la fabulación, emoción y manipulación.

Al ser la mentira una aseveración contraria a la realidad efectiva, a lo que se sabe, cree o piensa, siendo una manifestación que no es verdad, se entiende que sea frecuente en política y tal vez también inherente. La “realidad” política y, en particular, su comunicación puede desconocer la verdad y soslayar que la realidad deba sustentar y constreñir el pensamiento. La política se convierte, así, en un constructo autónomo. A pesar de su artificiosidad, la ideología político-social es clave en la cosmovisión colectiva e individual contemporánea. El nuevo dios de la contemporaneidad es el Estado. Por decir mejor, consiste en una trinidad: pueblo-nación, política-intervención y Estado-superpoder.

Cuatro grandes transformaciones ayudan a entender el extravío ideológico, político, moral y personal y la fortuna electoral del populismo. Dos son cambios en la esfera socio-económica de los países más avanzados. Primero está la globalización y la emergencia de China y varias regiones del mundo como productores industriales esenciales. Luego se halla la crisis y la recesión, la desindustrialización y el paro, desmedido en numerosos países otrora florecientes. Este descalabro económico y social se da en un contexto de vasto Estado del bienestar y de fuerte presión inmigratoria exterior. Todo ello genera la perennización de las dificultades, el cese de la convergencia y una creciente desigualdad, amén del auge del descontento.

Dos otros cambios influyen poderosamente en la esfera cultural e ideológica, haciendo que la posverdad y la posrealidad aparezcan como el nuevo “normal”. Uno es el imperio de la comunicación de masas: es colosal el tiempo consumido ante las pantallas, de la televisión en casa al teléfono móvil personal, pasando por el ordenador en el trabajo; y es abrumadora la confusión entre noticias y espectáculo, entre ficción y realidad. El imaginario religioso -que ponía el paraíso lejos de la tierra, y por tanto relativizaba la intervención pública- ha sido sustituido por el imaginario mediático -que visualiza el paraíso terrenal y por tanto lo trivializa y vende-. Con la Ilustración, la ciencia, la industrialización y la revolución, Dios desapareció del homo sapiens. Como titula un “bestseller”, el hombre de hoy, merced a la política, la tecnología y la ingeniería social, es homo deus. El Estado y la propaganda sustituyen a dios y las iglesias.

Por último, una transformación de efecto civilizatorio muy tangible es la digitalización y la virtualización de los diferentes aspectos de la vida económica, social y política. El impacto de la digitalización sobre la economía y el empleo, vía productividad, es portentoso. A su vez, la virtualización transforma la sociedad y la política, por ejemplo, con las redes sociales, en una forma de comunicación interpersonal y de interjección política. Ahí, se potencian lo mejor y lo peor, el ingenio convive con el escándalo, a cuál más rompedor. Éste es campo abonado para el populismo y, en particular, para individuos y minorías muy activos en su tarea de suplantar a la mayoría silenciosa. En estos medios, y al amparo de la impunidad, los trileros, criminales e insensatos prevalecen frente a los civilizados y sensatos.

Mensajero, mensaje y receptor pueden ser por completo ajenos a la realidad, la verdad y la ética, y ser incapaces de discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo deseable de lo indeseable, lo necesario de lo contingente, lo posible de lo imposible. El razonamiento se eclipsa ante la emotividad. La razón es sustituida por el sentimiento, la fe, la ilusión, la miopía, la ceguera, la imagen, el fanatismo, la obnubilación y la adicción. La utopía se concreta en ensoñación y patraña. Entonces, el sueño de la razón produce monstruos.

En lugar del lenguaje políticamente correcto, de madera, y a menudo incomprensible, los populistas se abrieron un espacio en las televisiones con desparpajo y un hablar bravucón, acaso sincero y franco, y que pretende conectar con el público, especialmente joven, mayor y sencillo. Sea la apariencia de este proceder surealista o verosímil, su eficacia es vertiginosa. Sus resultados son espectaculares, tanto como movimiento de indignados, y grupos de ocupas y de escraches, como en los media y en las elecciones. Sea populismo, o sus formas agudas de fascismo, nazismo, radicalismo y comunismo, la historia de Europa y el presente de muchos países, atestigua que la violencia política empieza por el dicho populachero y las ocurrencias.

En la tarea de desestructuración de la política y la deconstrucción de la ideología, en la emergencia de un espacio paralelo, y a la vista del traspaso de votos entre los extremos izquierdo y derecho, todo sirve. En la competencia por el votante, prevalece el mensaje más simple. Charlatanes que halagan los instintos de la multitud, demagogos, radicales, ultras y populistas han conseguido crear, sino un paraíso, sí una cultura del embuste, una efímera pseudo realidad y un modo de vida que puede llegar a ser ganapán para sí mismos. La democracia como representación, legalidad y transparencia cedió el sitial a la ‘democracia’ como maquinación, mayoría simple y fuerza. La utopía claudicó ante el engaño y la imposición. La ciudadanía entró en estado de adolescencia y de plañido de cuántos gozan de todos los derechos imaginables y ninguna obligación. El descreimiento religioso dejó paso al descreimiento político.

En el relato y la invención política, especialmente en la política de masas propia al populismo, el “pueblo” y la “nación” son los referentes primordiales y son la legitimación de las medidas salvadoras encomendadas al Estado. Los extremismos populistas, derechistas e izquierdistas, proponen soluciones simples a problemas complejos y, por tanto, comparten la ilusión sobre la omnipotencia de la política y del Estado. Propenden, pues, al autoritarismo, y entran inexorablemente en él cuando, conquistado el gobierno, fracasan en sus disparatados e imposibles empeños. Las expectativas de los excitados, exaltados, embelesados, embaucados y fascinados pueden alcanzar cotas elevadas, alejarse mucho de la realidad, de lo posible y, por supuesto, de la sensatez, el respeto y el derecho. La devastación de los iluminados puede ser colosal, de modo que luego el coste económico, ideológico y personal de la reconstrucción es formidable.

La propensión de la política contemporánea a la posrealidad se aprecia meridianamente en dos casos agudos: el Brexit y el separatismo catalán. El euroescepticismo y el secesionismo han recreado su realidad ilusoria y su enemigo exterior (Europa, Madrid) alrededor del nacionalismo y de la protección, y en oposición al espíritu europeo, que es cívico y solidario. En el caso de los independentistas catalanes, llevan décadas zapando contra la democracia española: hoy son consuetudinarias sus ficciones, el desacato y no vigencia de la ley, la persecución del disidente y el ejercicio del matonismo y la violencia fascista por sus extremistas de izquierda. En el matrix separatista catalán, varios millones de personas ya son ‘independientes’ del resto de España, de la realidad y del derecho, vasallos de un régimen de corte totalitario.

Tras la tarea de Joseph Goebbels y los análisis de George Orwell, conocemos el efecto de la distorsión, presión y vigilancia, de la narrativa y lenguaje político y de la repetición de la mentira en la ingeniería social y la conformación de la aquiescencia y la realidad virtual. Según la Biblia, Dios crea con la palabra. El actual “homo deus” supone que tiene esta facultad. Falsamente. Por ello, lo peor de la mentira llega cuando las personas y los grupos se comportan como si aquélla fuese verdad. El caos y el terror que sobrevienen sólo se superan con el restablecimiento del principio de realidad. Cuando tras la crisis política y el crack económico emerja la verdad, a la supremacía de la política propia al populismo radical le sucederán la frustración y los daños colaterales del crudo aterrizaje en la realidad. Entonces, la posrealidad y la pospolítica serán despojadas de la falsedad, y resplandecerán la realidad, la verdad y la democracia.

Éste anterior es un punto de vista optimista e ilustrado sobre la suerte de la posverdad, posrealidad y pospolítica. Pero hay un punto de vista pesimista, revolucionario y separatista según el cual su realidad virtual se impondrá y convertirá en realidad de hecho. ¿Cuál prevalecerá?

(Josep Ramón Bosch, Ferran Brunet y Josep Rosiñol son profesores de la Universidad Autónoma de Barcelona)

- Cómo funciona el populismo económico (Project Syndicate - **6/2/17**)

Santiago.- Hoy día, ante la llegada al poder de los populistas en el mundo occidental, se está gestando un conflicto sobre la propiedad intelectual de su orientación. Escritores como John Judis afirman que los estadounidenses decimonónicos inventaron el populismo político, con su postura antielitista y su inflamatoria retórica. Acaso no estén de acuerdo con esto los argentinos, que aportaron al mundo el ultrapopulista Juan Domingo Perón, ni tampoco los brasileños con su conocido Getulio Vargas.

Pero no puede haber desacuerdo alguno en que los latinoamericanos han sido los mejores y más antiguos practicantes del populismo económico. En el siglo XX, Perón y Vargas, junto con Alan García en Perú (por lo menos durante su primer período), Daniel Ortega en Nicaragua, Salvador Allende en Chile y muchos otros, practicaron el proteccionismo comercial, incurrieron en altos déficits presupuestarios, sobrecalentaron sus economías, permitieron el alza de la inflación, y eventualmente sufrieron crisis cambiarias. En años recientes, Hugo Chávez y Nicolás Maduro de Venezuela han practicado estas políticas en forma aún más extrema.

¿Qué debería aprender el mundo rico, que actualmente pasa por su propia racha de populismo económico, a partir de la experiencia de América Latina?

No nos equivoquemos: a juzgar por la trayectoria de los expertos de su establishment, el mundo rico necesita algunas lecciones. En el Reino Unido, los opositores al Brexit insistieron en que si se optaba por abandonar la Unión Europea, no se podría evitar una recesión, o incluso una crisis económica a gran escala. Con posterioridad al referendo, la libra esterlina se depreció algo, pero no sucedió mucho más, y actualmente la economía británica continúa creciendo.

En Estados Unidos, los economistas académicos advirtieron repetidamente que los planes económicos de Trump eran poco menos que una locura. Luego de su sorprendente victoria, muchos profetizaron una catástrofe económica inmediata. Pero desde entonces el mercado bursátil ha batido récords por lo alto, los precios de los productos básicos han vuelto a subir, y los pronósticos sobre el crecimiento económico del país siguen al alza.

¿Han estado fumando algo los expertos? O, ¿habrán derogado Trump y Nigel Farage, el líder pro Brexit, los principios de la macroeconomía básica?

En realidad, no es así. Pero para comprender las consecuencias de las políticas populistas, primero se debe comprender su lógica. En un estudio clásico, Sebastián Edwards de UCLA y el fallecido Rudiger Dornbusch de MIT, definen el populismo económico como “un acercamiento a la economía que enfatiza el crecimiento y la redistribución del ingreso y resta importancia a los riesgos de la inflación y del financiamiento deficitario, a las restricciones externas, y a la reacción de los agentes económicos ante políticas agresivas ajenas al mercado”. Agregan que los enfoques populistas “a la larga fracasan”, no porque la economía conservadora sea mejor, sino como “resultado de políticas insostenibles”.

“A la larga” puede ser mucho tiempo. Las políticas populistas se llaman así precisamente porque son populares; y lo son porque funcionan -por lo menos durante algún tiempo-.

En una economía deprimida, un estímulo fiscal considerable produce un repunte en el crecimiento y en la creación de empleo. Si los mercados financieros se entusiasman (como suelen hacerlo), el tipo de cambio se aprecia, lo que aplaca las nacientes presiones inflacionarias y abarata las importaciones. Y, como lo sostiene desde hace tiempo Guillermo Calvo, economista argentino y profesor de la Universidad de Columbia, precisamente porque son insostenibles, las políticas populistas hacen que la gente traslade sus gastos de un futuro incierto al presente, el momento de las vacas gordas. Esto refuerza el impacto expansivo del estímulo, con un efecto que resulta especialmente potente bajo un sistema de tipo de cambio fijo. Por lo tanto, países de la eurozona: ¡cuidado!

Con el consumo, el crédito y el empleo en auge, y los precios de los activos por las nubes, una cálida y agradable sensación de prosperidad permea la sociedad. Los líderes populistas se sienten reivindicados, y no tienen vergüenza en atribuirse el mérito. Sus índices de popularidad sólo pueden subir, y así sucede.

Al cabo de un tiempo, los abstemios comienzan a advertir que la deuda se está acumulando demasiado rápido, que la calidad del crédito se está deteriorando, que se están incubando presiones inflacionarias y que el tipo de cambio sobrevalorado está provocando daño duradero a los exportadores. Pero la música está tan alta y el baile tan animado, que nadie escucha las advertencias.

¿Cuánto puede durar la fiesta? Hemos aprendido de los episodios latinoamericanos que la respuesta depende, ante todo, de las condiciones iniciales. La mayoría de las economías industriales han crecido poco con posterioridad a la crisis financiera. El problema no ha sido la inflación, sino la deflación.

En efecto, en Estados Unidos la tasa de desempleo ha disminuido considerablemente. Pero después de los numerosos shocks y cambios tecnológicos ocurridos en los últimos diez años, existe bastante incertidumbre acerca de cuánta capacidad no utilizada queda y de dónde se ubica la tasa de desempleo que garantiza que la inflación no se acelere (la famosa NAIRU, según su sigla en inglés). Bien podría ser que alguien como Trump descubra que es posible estimular la economía durante bastante tiempo antes de que surjan desequilibrios obvios.

Lo segundo que hemos aprendido es que la deuda, tanto pública como privada, de hecho se convierte en una restricción. Pero cómo y cuándo ello ocurre depende, de manera crucial, de qué tipo de deuda se trate. Hoy día, las economías avanzadas obtienen créditos en sus propias monedas a tasas de interés cercanas a cero (y a veces negativas). Incluso si el punto de partida es una relación deuda-PIB alta, puede pasar mucho tiempo antes de que los aumentos de la deuda desencadenen una emergencia. Basta con preguntarles a los japoneses.

¿Qué sucede cuando los mercados financieros finalmente se atemorizan y dejan de otorgar créditos? Como Paul Krugman, economista ganador del Nobel, se esforzó por demostrar en un estudio reciente, una economía con tipo de cambio flexible y una deuda denominada en su propia moneda, no se contrae sino que se expande en respuesta al shock provocado por un congelamiento del crédito externo y un posterior desapalancamiento. (Por supuesto que Krugman abogaba por la expansión fiscal bajo un presidente demócrata, pero el punto sigue siendo válido). Ni siquiera entonces se produce una crisis inmediata.

En 1953, Perón envió un mensaje al presidente chileno Carlos Ibáñez, otro general de ejército. “Mi querido amigo: Dé al pueblo, especialmente a los trabajadores, todo lo que pueda”, escribe. “Nada hay más elástico que esa economía que todos temen tanto porque no la conocen”. Es posible que, si llegara a pensarlo, Trump diera con la misma conclusión.

Los antipopulistas en Estados Unidos, el Reino Unido y otros lugares, deben aceptar la realidad de que malas políticas dan resultados positivos, tanto económica como políticamente, mucho antes de volverse tóxicas. Por supuesto que el exceso de deuda privada y pública, la pérdida de la capacidad exportadora y el debilitamiento de las instituciones, perjudican a la economía (y al orden político), pero solo en el largo plazo. Si los críticos no comprenden esto y actúan de manera acorde, en los países ricos los populistas estarán en el poder por un período tan largo (y destructivo) como alguna vez lo estuvieron en América Latina.

(Andrés Velasco, a former presidential candidate and finance minister of Chile, is Professor of Professional Practice in International Development at Columbia University's School of International and Public Affairs. He has taught at Harvard University and New York University, and is the author of num…)

- The European Union First (Project Syndicate - **18/2/17**)

Múnich.- La Unión Europea es hoy más necesaria que nunca, no sólo para Europa sino para el mundo entero. Ante un contexto global convulso e incierto, el proyecto europeo aparece como un instrumento esencial para hacer frente a las amenazas más serias a las que nos enfrentamos: los cantos de sirena del aislacionismo y el proteccionismo internacional y los nacionalismos y extremismos que, una vez más, asoman la cabeza en Europa y más allá. La UE constituye nuestra mejor herramienta para combatir ambos. Una UE que aún afronta retos importantes y para la que el Brexit ha supuesto un duro golpe. Urge por tanto trabajar para consolidarla y por ello sus estados deben tener hoy una prioridad clara: the European Union first. Dicha misión no debe ser entendida como ejercicio de unilateralismo, sino todo lo contrario, como inversión en el mejor instrumento que tenemos para defender el multilateralismo y enfrentarnos a los populismos y nacionalismos excluyentes en el continente.

El multilateralismo que ha regido el orden político internacional durante los últimos setenta años no es un capricho ni un lujo. Al contrario, es la necesaria y más importante herramienta para afrontar los retos de un mundo interconectado muchos de cuyos problemas no pueden ser abordados a nivel nacional. Este orden se sustenta en varios principios básicos: que el mantener la paz y construir el progreso requiere entender y respetar las necesidades e intereses del otro; que estos intereses pueden tener tanta legitimidad como los nuestros; y que con espíritu constructivo podemos llegar a acuerdos en los que cediendo todos ganamos todos. El multilateralismo no es por tanto producto de una solidaridad insostenible sino el resultado de una interpretación inteligente y con amplitud de miras del interés propio.

La máxima de America first que el Presidente Trump ha fijado como principio de las relaciones exteriores de EEUU es por ello particularmente preocupante y su aparente simplismo esconde una amenaza de primer orden a la estabilidad global, pues genera un incentivo al resto de estados a adoptar la misma postura. Pero si todos anteponemos nuestros intereses sin consideración a los de los demás, si reducimos la gestión del orden internacional a meras relaciones bilaterales, se estrechan hasta lo inexistente los espacios comunes y las sinergias que permiten llegar a acuerdos. Si nadie cede todos perdemos. Especialmente problemático es que quien adopte dicha actitud sea la primera potencia mundial, la que fija el modelo y los incentivos para el resto de países. Un enfoque unilateral y aislacionista lleva a un mundo más inestable y, por tanto, no hace a EEUU más seguro sino todo lo contrario.

De hecho, tanto la rectificación del Presidente Trump en su temprana confrontación con China como su acercamiento a Japón son muestras de que la administración estadounidense empieza a entender la necesidad de un enfoque más constructivo. En un contexto en el que se está tratando de incrementar la presencia de las nuevas potencias emergentes, especialmente China, en las estructuras de gobernanza global e incorporarlas al tejido de intereses compartidos que ha garantizado la paz durante setenta años, lanzar un mensaje excluyente es la peor de las estrategias. Va contra lo que la experiencia ha demostrado ser la forma más eficaz de unir a los pueblos y prevenir los conflictos. Es, por el contrario, un mensaje de gran utilidad para aquellos que reducen la identidad al sentimiento nacionalista, como si no hubiera nada que pudiese ejercer de vínculo y nexo de unión. Es hacer del nacionalismo y del populismo los principios rectores de las relaciones internacionales, y es de este material del que han estado hechas las confrontaciones en el pasado.

Frente a ese modelo está la experiencia de la Unión Europea. Desde su creación, sus miembros han dado ejemplo, con innegables errores y problemas aún sin resolver, de cómo las diferencias se pueden resolver de manera pacífica y constructiva. En otras palabras, los estados de la UE estamos comprometidos con el multilateralismo y lo practicamos a diario. Por ello, porque el multilateralismo es la mejor herramienta para mantener la paz y porque la UE se ha mostrado como el mejor ejemplo de ello en la práctica, la prioridad hoy de los miembros de la UE debe ser dedicarse a perfeccionar la construcción del proyecto europeo. Hablar hoy de la construcción de Europa es ponerla como primer objetivo: the European Union first.

Además, centrarnos en la construcción de la UE es la manera más eficaz de luchar contra la principal amenaza política a la que se enfrentan hoy los estados de la Unión: el auge de los extremismos, los populismos y los nacionalismos excluyentes. Nadie puede poner en duda que la UE, con sus defectos, ha sido una fuente de paz, democracia, modernidad y progreso para todos sus estados. Es más, la UE ofrece hoy quizás la mejor defensa de los valores democráticos e ilustrados con la que contamos. Episodios recientes muestran lo vulnerables que pueden ser las democracias nacionales a mensajes simplistas y populistas. La estructura institucional de la UE, con sus filtros y checks and balances, representa la barrera más eficaz de la que los estados miembros disponen ante ese flanco débil de las democracias que representan los extremismos. El modelo comunitario ofrece, vía la necesaria negociación que se tiene que establecer entre los diferentes países e intereses para llegar a una posición común, la mayor protección frente a las políticas populistas y nacionalistas que tanto daño han hecho en el pasado al continente y al mundo entero.

Construyendo la UE construimos la mejor herramienta para el multilateralismo y el mejor baluarte contra los extremismos. Nadie mejor que Europa sabe cómo un enfoque multilateral es la mejor manera de garantizar la paz y el bien común. Y nadie mejor que los estados europeos conocen el peligro que acarrean los extremismos y nacionalismos exacerbados y la necesidad de hacerles frente con un espíritu ilustrado y supranacional. Por ello, en estos momentos de tribulación, la UE puede y debe acelerar aún más su construcción. Es el momento de Europa.

(Javier Solana was EU High Representative for Foreign and Security Policy, Secretary-General of NATO, and Foreign Minister of Spain. He is currently President of the ESADE Center for Global Economy and Geopolitics, Distinguished Fellow at the Brookings Institution, and a member of the World Economic Fo…)

# - [El futuro ya no es lo que era (tampoco en Bruselas)](http://nadaesgratis.es/juan-francisco-jimeno/el-futuro-ya-no-es-lo-que-era-tampoco-en-bruselas) (Fedea - 2/3/17)

(Por [Juan Francisco Jimeno](http://nadaesgratis.es/author/juanfran))

El orden económico y social está experimentando mutaciones profundas. Tenemos la incómoda sensación de que nos movemos hacia territorios insospechados. No es por culpa de [Trump](http://internacional.elpais.com/internacional/2016/11/10/actualidad/1478800197_567034.html), ni de [Brexit](http://nadaesgratis.es/fernandez-villaverde/brexit-una-vision-diferente-ii), ni otras manifestaciones del [ascenso del populismo](http://nadaesgratis.es/marcos-vera/el-populismo-causas-economicas-o-culturales) contrario a la globalización. Estos solo son síntomas (malignos) de las preocupaciones de mucha gente sobre las consecuencias de transformaciones estructurales asociadas a los [cambios demográficos](http://nadaesgratis.es/j-ignacio-conde-ruiz/demografia-presente-y-futuro), las [nuevas características del progreso tecnológico](http://nadaesgratis.es/bentolila/nos-van-a-quitar-las-maquinas-de-trabajar), impulsado por la robótica y la inteligencia artificial, y el [cambio climático](http://nadaesgratis.es/fran-beltran/se-acerca-el-invierno-cambio-climatico-y-conflictos-armados).

**Problemas que se nos vienen encima…**

En primer lugar, las tendencias demográficas harán que, en muy poco tiempo, la estructura por edades de la población cambie radicalmente, con consecuencias socioeconómicas que solo empezamos a comprender. Por ejemplo, políticas sociales financiadas por transferencias de los jóvenes a la población de mayor edad (como es el caso de las pensiones de jubilación) son fácilmente sostenibles en un escenario de elevados crecimientos demográfico y de la productividad. [No lo son tanto](http://nadaesgratis.es/j-ignacio-conde-ruiz/pensiones-pensiones-pensiones) a medida que crece el peso de la población a proteger y la productividad se estanca. En esta situación, cabe dudar de la capacidad de los Gobiernos nacionales para sostener estas prestaciones en el futuro, sobre todo cuando se han acumulado deudas muy elevadas a las que tendrán que hacer frente las mismas generaciones que se supone que han de financiar las prestaciones de la población de mayor edad. Los temores a un encogimiento del Estado del Bienestar y a la llegada de “[competidores que vienen a aprovecharse de lo que pueda quedar de él](http://nadaesgratis.es/ainhoa-aparicio/una-foto-de-la-inmigracion-en-europa-y-en-espana)”, parecen causar la xenofobia, la construcción de muros en las fronteras y la recuperación de controles a la inmigración.

Las innovaciones tecnológicas, aun en el escenario favorable en el que el crecimiento de la productividad se recupere por los avances en la robótica y la inteligencia artificial (las bases más probables de la nueva ola de dichas innovaciones), también generan incertidumbre e inquietud. ¿Cuánto empleo es susceptible de ser “robotizado”? ¿Qué habilidades deberían adquirir los seres humanos para seguir siendo útiles en la producción de bienes y servicios? Y si los robots se encargan de la mayor parte de la producción, ¿qué harán los seres humanos? ¿Cómo se distribuirá dicha producción entre la población evitando una concentración aun mayor de la renta y de la riqueza en los propietarios del capital? ¿Cómo conseguir que la distribución de la propiedad de los robots sea más igualitaria, de manera que todos nos beneficiemos de este nuevo proceso de automatización?

Finalmente, a todo ello hay que añadir que cada vez resulta más evidente que las consecuencias económicas del cambio climático pueden ser considerables. Aquí caben tres escenarios. Uno es una transición gradual hacia tecnologías limpias y compatibles con las sostenibilidad del medio ambiente sin costes elevados en términos de desaceleración del crecimiento económico. Otro es que el control de los costes medioambientales sea mayor por la necesidad de implementar políticas mucho más agresivas y de mucho mayor alcance para conseguir una eliminación más rápida de tecnologías contaminantes. Pero también puede ser que [el cambio climático ya sea irreversible](http://nadaesgratis.es/anxo-sanchez/buscando-culpables-eventos-extremos-y-cambio-climatico) y que se produzcan desastres medioambientales con consecuencias graves para la localización de la producción y los movimientos migratorios internacionales.

**y políticas que siguen ancladas en el pasado**

Estos fenómenos plantean retos considerables a las políticas económicas y sociales, que siguen mirando hacia atrás, especialmente las educativas y las de empleo. Sigue el empeño en pretender que los sistemas públicos de pensiones podrán ofrecer rentas de sustitución a futuras cohortes de jubilados a tasas parecidas a las que disfrutaron las anteriores. La legislación laboral no está pensada para el tipo de relaciones laborales que surgirán en un mundo tecnológicamente diferente. El sistema educativo y la formación ocupacional y vocacional están básicamente dirigidas a proporcionar habilidades y capacidades que no serán necesarias si se confirman las tendencias tecnológicas que se vislumbran en la robotización y el desarrollo de la inteligencia artificial. Y la coordinación internacional sobre las causas y las medidas de control del cambio climático ha sido [una broma](http://nadaesgratis.es/cabrales/hay-alguna-manera-de-mejorar-el-inutil-acuerdo-de-paris-para-prevenir-el-cambio-climatico), que pronto podría entrar en la categoría “broma de mal gusto”.

Con estas incertidumbres por resolver y con políticas y regulaciones nacionales por adaptar, la Comisión Europea tiene que elaborar un nuevo [marco financiero plurianual](http://www.europarl.europa.eu/atyourservice/es/displayFtu.html?ftuId=FTU_1.5.3.html) que condicionará el presupuesto de la UE durante el periodo 2021-2027. Se supone que los objetivos a lograr son: i) el desarrollo sostenible, basado en un crecimiento económico equilibrado y en la estabilidad de los precios, en una economía social de mercado altamente competitiva, tendente al pleno empleo y al progreso social, y en un nivel elevado de protección y mejora de la calidad del medio ambiente, ii) la lucha contra la exclusión social y la discriminación, el fomento de la justicia y la protección sociales, la igualdad entre mujeres y hombres, la solidaridad entre las generaciones y la protección de los derechos del niño, y iii) el fomento de la cohesión económica, social y territorial, y la solidaridad entre los Estados miembros. Y todo ello se ha de acometer con otra incertidumbre añadida: [el futuro de la integración europea](http://europa.eu/rapid/press-release_IP-17-385_es.htm).

Ante un ejercicio de esta naturaleza caben varias preguntas: ¿En qué áreas y cómo se debería invertir? ¿Qué instrumentos de ejecución de las inversiones son más eficaces? ¿Cuál debería ser la referencia geográfica de los programas de inversión de la UE: las regiones, como ha sido el caso hasta la fecha, o los países? ¿Qué condiciones han de establecerse para acceder a los programas de inversión comunitarios? ¿Con qué tipo de financiación se deben implementar tales programas? ¿Cómo diseñar estos programas para apoyar los avances en la construcción de una Unión Europea plena?

Estas preguntas se escuchan cada vez con más frecuencia en Bruselas. Ciertamente, son difíciles de responder sin más conocimiento sobre cuáles serán las consecuencias de los cambios demográficos, tecnológicos y climáticos. Pero aunque no sepamos (todavía) cuáles son las respuestas, sí sabemos cuáles no lo serán. No lo serán inversiones en infraestructuras innecesarias y en capital humano inútil, ni otros programas diseñados para servir los intereses de los intermediarios, y no tanto a los ciudadanos europeos a los que se pretende ayudar. Tampoco el énfasis en el desarrollo regional parece haber tenido éxito a juzgar por el escaso avance en la convergencia económica entre regiones europeas.

A la vista de los fallos del pasado y mientras se despejan las incertidumbres sobre el futuro, una estrategia conveniente debería favorecer, además de la solidaridad y la eficacia, la transparencia y la flexibilidad. Para ello, un primer paso es la simplificación de  la panoplia de fondos ahora en funcionamiento (Fondo Social Europeo, FEDER, Plan Juncker, Programa Europeo de Empleo e Innovación Social, Fondo de Ayuda Europea a los Más Necesitados, por citar solo algunos). Una segunda medida, todavía más decidida, sería la constitución de programas plenamente europeos, es decir, bajo la autoridad y la responsabilidad de la propia Comisión Europea, que dieran prioridad a las transferencias directas a los ciudadanos y no a sus Gobiernos nacionales.

Cambiar radicalmente las estrategias de inversión de los fondos comunitarios será muy complicado. Existen [restricciones institucionales considerables](http://voxeu.org/article/new-ebook-quo-vadis-identity-policy-and-future-european-union), tanto dentro de la propia Comisión Europea, como en las relaciones entre ésta y los Gobiernos nacionales. También hay poderosos grupos de presión para los que el statu quoresulta muy favorable. Pero, al menos esta vez, el proceso de configuración del nuevo marco financiero plurianual de la UE parece haber comenzado con las preguntas correctas. Está por ver si las respuestas serán novedosas o si persistirán los errores del pasado. Habrá que seguir estrechamente dicho proceso y recordar machaconamente que el futuro… ¡queda hacia adelante!

- Vivir con el populismo (Project Syndicate - **8/3/17**)

Madrid.- “Debemos educar a nuestros maestros”, señaló el estadista inglés Robert Lowe tras la aprobación de la Segunda Ley de Reforma de 1867, que añadió más de un millón de votantes al Registro Parlamentario. Para él, un electorado educado era el mejor modo de asegurar una gobernanza participativa en Gran Bretaña.

150 años después, parece ser que los educados “maestros” de la democracia liberal han aprendido poco. Cabe suponer que a Lowe no le impresionarían las tendencias populistas actuales.

Como demuestra el referéndum del Brexit del Reino Unido y la elección de Donald Trump como Presidente de los Estados Unidos, prejuicios y falsas promesas confunden con facilidad a los votantes. El pensamiento crítico se descarta cada vez como elitista, mientras que las redes sociales sin instancias de rendición de cuentas, las “noticias falsas” y los “hechos alternativos” dominan la discusión pública. En un ambiente de ignorancia, los políticos populistas hacen presa voluntaria de aquellos que se sienten ignorados.

Pero debido a que esos políticos son tan atractivos para muchos, deben ser examinados, en un nivel no menor que sus votantes fácilmente influenciables. La cuestión es si es posible reformular también, para salvarla, una marca de política que amenaza a la democracia liberal.

En la actualidad hay dos tipos de populistas: el explotador y el iluminado. Trump representa el primero. Con una administración llena de ex alumnos de Goldman Sachs y una agenda que promete recortes de impuestos para los súper ricos mientras privatizan Medicare y la educación, Trump está destinado a decepcionar a la clase obrera blanca que le dio la Casa Blanca. La automatización, no el comercio, es responsable de la disminución de los puestos de trabajo manufactureros. El gas natural, y no la regulación ambiental, ha alimentado la desaparición de la industria del carbón de Estados Unidos.

Pero el ascenso de Trump no se debió solo a la economía. También se trataba de transformar una identidad nativista americana contra las minorías y los inmigrantes. Para los demagogos, jugar con las emociones de las personas es siempre más eficaz que apelar a su “sentido común”, como explicó George Orwell en su reseña de Mein Kampf de Hitler. Esto es tan cierto para Trump en Estados Unidos como para populistas de derechas como Marine Le Pen en Francia, Frauke Petry en Alemania y Geert Wilders en Holanda.

Las democracias, sin embargo, también pueden producir un tipo más ilustrado de populismo, como el del Senador estadounidense Bernie Sanders. Si se hubiera convertido en el candidato presidencial del Partido Demócrata (en lugar de Hilary Clinton), y si hubiera asumido la presidencia de Estados Unidos, su promesa de girar el orden socioeconómico americano e implantar una democracia social de estilo escandinavo podría haber enfurecido a grandes sectores del electorado. El Congreso probablemente habría descarrilado toda la lista de metas nobles que incluía su plataforma (atención de salud de un solo pagador, universidad gratuita para todos, la reforma de las finanzas de campaña y el desglose de los grandes bancos) como insoportablemente costosa, si no “antiestadounidense”.

No obstante, Sanders podría haber acercado a Estados Unidos a la visión de Lyndon B. Johnson de una Gran Sociedad sin pobreza ni discriminación racial. Seguramente habría respetado la separación de poderes y no habría mancillado la presidencia con bacanales diarios de mentiras y narcisismo. La brújula moral y el espíritu público de Sanders se orientan a la humildad, rasgo vital para contener los instintos impulsivos del funcionario más poderoso del mundo.

La forma benigna de populismo de Sanders no era solo una manera de alcanzar el poder, sino un impulso ilustrado para la mejora moral y social. Su rechazo al sistema del Partido Demócrata le ahorró a Estados Unidos una competencia electoral única entre marcas diametralmente opuestas de populismo. Si Hannah Arendt tenía razón sobre la “mórbida fuerza de atracción” que el “desprecio por los estándares morales” tiene por la mentalidad de las masas, los “maestros” enojados aún habrían dado su voto a Trump.

Sin embargo, ganar competencias populares (ya sea el referéndum del Brexit en el Reino Unido, elecciones en las democracias occidentales o incluso el plebiscito sobre el acuerdo de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)) requiere un guiño a la política populista. Denunciar el sistema establecido, incluso si el candidato es parte de él, es ahora la norma. La opción de los votantes parece ser si apoyar a los proveedores de ideas de explotación o el liderazgo ilustrado.

La perpetua campaña antisistema de Trump muestra que, incluso como presidente, he tratado de cultivar una imagen ajena. Es la forma clásica de liderazgo explotador. En este sentido, él y el primer ministro israelí Benjamín Netanyahu tienen mucho en común. A lo largo de sus 11 años de mandato, Netanyahu ha mantenido su ataque contra la supuesta hegemonía del establishment del Partido Laborista y de los principales medios de comunicación.

Pero ni siquiera los populistas ilustrados están libres de los riesgos de la duplicidad: también se ven obligados frecuentemente a traicionar a sus votantes. Antes de la elección que lo llevó al poder, otro primer ministro israelí, Yitzhak Rabin, dijo que “el líder que daría la orden de retirarse de los Altos del Golán, incluso a cambio de paz, debe estar desquiciado”. Sin embargo, una vez en el cargo, inició conversaciones encaminadas a asegurar la paz con Siria a cambio de la retirada de Israel de esas alturas estratégicas.

La democracia occidental parece atrapada en un enigma. El sistema falla cuando los votantes no pueden tomar decisiones informadas basadas en las plataformas de los candidatos. A largo plazo, la solución es educar a los “maestros” y responder a sus preocupaciones con hechos, como Lowe defendió hace un siglo y medio. Mientras tanto, el populismo ilustrado puede ser la mejor opción. Dondequiera que se practique la democracia, la falta de información y experiencia de los votantes no puede dar lugar a líderes y políticas que debilitan la democracia misma.

(Shlomo Ben-Ami, a former Israeli foreign minister, is Vice President of the Toledo International Center for Peace. He is the author of Scars of War, Wounds of Peace: The Israeli-Arab Tragedy)

- Populismo o prosperidad (Project Syndicate - **9/3/17**)

Londres.- Marine Le Pen, líder del ultraderechista Frente Nacional francés, asegura que la gran batalla del siglo XXI será entre el patriotismo y el globalismo. El presidente de los EE. UU., Donald Trump, aparentemente cree que será entre “los medios de prensa mentirosos” y él mismo, apoyado por “el pueblo” al que dice representar. Ambos se equivocan.

La batalla que realmente definirá este siglo enfrentará al pensamiento a largo plazo contra el pensamiento a corto plazo. Los políticos y gobiernos que hagan planes para el largo plazo derrotaran a los que no puedan (o no quieran) ver más allá del ciclo electoral inmediato.

Aunque suele citarse a China como ejemplo de presunta capacidad para el pensamiento a largo plazo, no hace falta recurrir a dictaduras para probar lo que digo. Algunas democracias occidentales supieron prepararse bien para manejar las poderosas fuerzas de la globalización, la tecnología y la demografía, y obtuvieron a cambio economías estables y sistemas políticos mayormente inmunes a los populistas. Otras, en cambio, no pudieron mirar más allá del corto plazo y ahora sufren las consecuencias.

Para graficar esta distinción y como parte del trabajo de la organización benéfica educativa que dirijo, la Wake Up Foundation, he creado un nuevo indicador estadístico compuesto llamado Índice Wake Up 2050. A diferencia de, por ejemplo, el Índice de Competitividad Global del Foro Económico Mundial, el Wake Up 2050 no se queda en las estadísticas que hablan del desempeño pasado y presente de los países, sino que intenta detectar señales de sus problemas futuros y medir la productividad probable de sus principales activos, especialmente sus ciudadanos.

El índice, basado en 25 indicadores, califica a los 35 países más avanzados de la OCDE según su nivel de preparación en cinco áreas: demografía, sociedad del conocimiento, innovación tecnológica, globalización y capacidad de resistir perturbaciones inesperadas. Los resultados son sorprendentes.

Suiza encabeza la lista, siendo el país occidental mejor preparado para las tendencias y fuerzas conocidas que darán forma al siglo XXI. El populismo suizo es una brigada monotemática centrada en la inmigración, sin apoyo suficiente para entrar al gobierno. El ultraderechista Partido Popular Suizo no consiguió atraer votantes hasta que la cantidad de habitantes nacidos en el extranjero alcanzó un cuarto de la población suiza (casi el doble que en Estados Unidos o el Reino Unido).

Los cuatro vecinos de Suiza languidecen mucho más abajo en la lista: Alemania en el 15.º lugar, Austria en el 17.º, Francia en el 20.º e Italia en el 32.º, a pesar de sus estrechos lazos culturales, históricos y comerciales con Suiza. En Austria y Francia, los partidos populistas euroescépticos y xenófobos obtuvieron suficiente apoyo para tener chances reales de alcanzar el poder, lo mismo que en Italia el más izquierdista Movimiento Cinco Estrellas. También en Alemania la influencia de los populistas está en ascenso.

Dada la reputación de riqueza, educación, innovación y resiliencia de Suiza, que haya salido primera en el índice tal vez no sorprenda. Pero los salarios suizos están entre los más altos del mundo, y el 19% de su PIB procede de la industria manufacturera (contra 12% en Estados Unidos y 10% en el Reino Unido), así que en teoría debería ser muy vulnerable a la competencia de China y a la destrucción de puestos de trabajo por la automatización. Sin embargo, el país superó bastante bien estos desafíos.

No puede decirse lo mismo de Italia. Si bien su sector fabril representa una cuota del PIB menor que en Suiza (15%, para ser precisos), la competencia china la afectó mucho más. La razón es sencilla: Italia produce menos bienes sofisticados e innovadores.

Esto es reflejo de un grave error que está cometiendo este país (y con él, Francia). Por gastar demasiado en pensiones públicas para comprar al electorado en el corto plazo, los gobiernos de ambos países limitaron seriamente su capacidad para invertir en educación e investigación científica. Ningún país puede competir eficazmente en una economía global cada vez más cognitiva y tecnológica si su gobierno no dedica recursos suficientes a cultivar las habilidades y capacidades correctas en su fuerza laboral.

Para triunfar también hace falta un marco regulatorio y una cultura corporativa que permitan a los ciudadanos usar productivamente el conocimiento que obtengan. En este sentido, los países con poca participación de las mujeres en la fuerza laboral (como Italia) o donde los trabajadores más experimentados, de más de 65 años, ya no trabajan (como Italia y Francia) están en clara desventaja.

Tal vez el mejor ejemplo del valor de la planificación a largo plazo es Japón. A pesar de ser la economía avanzada con envejecimiento poblacional más rápido, Japón obtiene buenas calificaciones en los aspectos demográficos del índice Wake Up 2050. Una de las razones principales es que, en previsión del cambio demográfico que se avecinaba, el país mantuvo en la fuerza laboral a más del 20% de sus mayores de 65 años, contra apenas un 2,9% en Francia.

Estados Unidos no obtiene las calificaciones esperadas en innovación y conocimiento. El mal desempeño de las escuelas secundarias y una baja tasa general de participación en la fuerza laboral implican una subutilización de las tecnologías avanzadas desarrolladas por Estados Unidos. Es una de las principales razones de la victoria de Trump y un mal augurio para la prosperidad futura del país.

Para “hacer a Estados Unidos grande otra vez”, como Trump prometió, los políticos deben pensar más allá del ciclo electoral inmediato; y esto mismo es aplicable a todas las democracias occidentales. Pero muchos críticos empiezan a dudar de que los políticos occidentales conserven la capacidad de pensar a largo plazo.

Sin embargo, tal vez los críticos se equivoquen. La inmigración, uno de los temas más contenciosos en los debates políticos de la actualidad, es en esencia una cuestión a largo plazo. Y si bien los votantes estadounidenses se manifestaron contra la apertura, el Reino Unido promete mantenerla después del Brexit (excepto para la inmigración procedente de la UE). En otras partes, la apertura todavía tiene firmes defensores.

En Francia, la apertura es el principal campo de batalla de la próxima elección; Le Pen, como Trump y los partidarios del Brexit, asegura que fue un desastre. Pero sus dos rivales principales (el centrista independiente Emmanuel Macron y el republicano de centroderecha François Fillon) defienden una mayor apertura y liberalización de los mercados. El resultado de la elección determinará no sólo la trayectoria futura de Francia, sino de toda Europa. Y al menos en Suiza están un poco más que preocupados.

(Bill Emmott is a former editor-in-chief of The Economist)

- Nacionalistas y Globalistas (Project Syndicate - **23/3/17**)

Washington, DC.- Las elecciones holandesas se constituyeron, después de algún tiempo, en la primera luz de esperanza para las personas en Europa y Estados Unidos que se encuentran profundamente preocupadas sobre si la reacción violenta contra la globalización llevará al poder a aun más partidos políticos de blancos “judeocristianos”. El primer ministro holandés, Mark Rutte, derrotó al candidato antiislamista Geert Wilders, quien había planteado el cierre de las fronteras holandesas, la clausura de las mezquitas y la prohibición del Corán.

La manera estándar de describir a las fuerzas políticas que incluyen desde aquellas del partido Fidesz de Viktor Orbán en Hungría hasta las del Frente Nacional de Marine Le Pen en Francia, así como también a los partidarios de Donald Trump en Estados Unidos es denominarlas como fuerzas “populistas”. El populismo se define como una tendencia política de las clases populares yuxtapuesta a una tendencia política de las élites. Sin embargo, por lo menos en Estados Unidos, la ideología de Trump -que poco tiene que ver con el tradicional conservadurismo republicano- enmarca el eje de división no como “los muchos” contra “los pocos”, sino como los Nacionalistas versus los Globalistas.

En el primer número de American Affairs, una nueva revista conservadora dedicada a “explorar el verdadero contenido de nuestra ciudadanía común”, el catedrático de la Universidad de Georgetown Joshua Mitchell escribe que “varias generaciones los conservadores pensaron que el enemigo interno era el progresismo. Hoy en día, estos conservadores tienen la idea de que se están enfrentando a un nuevo problema: el populismo”.

De hecho, Mitchell sostiene que lo que realmente está sucediendo no es un movimiento de masas populares, sino una “rebelión en nombre de la soberanía nacional”. Una rebelión en nombre de una nación conectada, de ciudadanos conectados unos con otros, conectados a sus “pueblos, ciudades, Estados y a su patria”. La forma como Mitchell explica lo que sucede, es que el nacionalismo de esta rebelión es un nacionalismo con conexión a tierra, enraizado en la riqueza de las asociaciones voluntarias que Alexis de Tocqueville identificó como el antídoto estadounidense contra el universalismo racional abstracto de la revolución francesa y de las revoluciones en el resto del continente americano.

El punto clave en este tema es la relación entre fronteras, cultura y conexión. Al mantener la soberanía a nivel nacional en lugar de hacerlo a nivel global, las fronteras pueden ser defendidas y las comunidades pueden ser definidas y mantenidas. Si esas fronteras se disuelven, lo que une a los seres humano ya no son las comunidades o las culturas que comparten, sino sólo su identidad. Por lo tanto, Mitchell argumenta que el globalismo y la política de la identidad colectiva van de la mano, y que ambas tendencias están desvinculadas de la identidad nacional.

Ser etiquetado como globalista sin raíces es siempre peligroso, tal como el pueblo judío lo sabe bastante bien. El principal insulto antisemita soviético fue “cosmopolita sin raíces”, un término usado para referirse a los intelectuales judíos, y con el que Vladimir Putin se sentiría perfectamente cómodo en la actualidad, al mismo tiempo que resucita al nacionalismo ruso fundamentado en la Iglesia Ortodoxa Rusa, la Madre Rusia y la cultura campesina eslava.

En EEUU, muchos partidarios de Trump también mancillan a los globalistas por lo que ellos sienten es un desdeño cínico. Ellos montan en ira contra lo que perciben como creencias cuasi religiosas -de hecho, un fariseísmo- de la izquierda. Después de las elecciones presidenciales, Sam Altman, presidente ejecutivo de una prestigiosa incubadora de empresas emergentes en el Valle del Silicón, pasó varios meses viajando y dando charlas a lo largo de todo Estados Unidos a audiencias compuestas por votantes de Trump. Cuando la conversación tocaba el tema de las reacciones de la izquierda a la victoria de Trump, muchos de sus interlocutores argumentaban que “la izquierda es más intolerante que la derecha”. Altman observa que esta opinión “surgía mucho, y con verdadera animadversión, en conversaciones que de lo contrario eran agradables”.

Él cita a una persona quien dijo: “Dejen de llamarnos racistas. Dejen de llamarnos idiotas. No lo somos. Escúchenos cuando tratamos de decirles por qué no lo somos. Oh, además, dejen de burlarse de nosotros”. Esa percepción de una combinación de arrogancia y fanfarronería hace que la irritación explote, y se convierta en furia y en fantasías de venganza.

Los actuales asesores de la Casa Blanca tienen una reacción similar. Un nuevo perfil de Kellyanne Conway, directora de campaña de Trump que se convirtió en asesora de la Casa Blanca, señala que ella “no ha olvidado la manera cómo las personas la trataban cuando pensaban que era una perdedora segura. Su actitud no fue una de absoluta descortesía o menosprecio; fue una aún mucho peor. La trataban con condescendencia melosa – con la amabilidad indulgente y adulona de las personas que tienen las personas que piensan que son mejores que tú”.

Hasta ahí nomás llegó la educación superior que trata de enseñar a cuestionar y manejar las emociones. Los estudiantes de primer año de derecho en Estados Unidos aprenden a reprimir sus intuiciones naturales de justicia -por ejemplo, la intuición de que si un automóvil defectuoso causó un accidente y lesionó gravemente a un niño, con toda seguridad el fabricante debe pagar por ello- y aprenden a dar lugar a un análisis cuidadosamente razonado de los costos y beneficios para la sociedad en su conjunto. Ese entrenamiento a menudo significa que las “élites” altamente educadas, que socializan principalmente entre sí, olvidan o ignoran intencionalmente el papel de la emoción en la política - excepto cuando los asesores de campaña producen un sinfín de vaporosos anuncios políticos para hacer “sentir bien” a las personas.

Sin embargo, los sentimientos de estar desconectados y menospreciados traen consigo emociones poderosas, lo suficientemente fuertes como para torcer los hechos llevándolos a una oscura realidad alternativa. Es crítico mirar más allá de una simple historia de populismo, de masas versus elites. Una narrativa del nacionalismo enraizado en la tierra versus un globalismo farisaico que flota libremente es una narrativa que va a generar apoyo y fuerza para mantener tenazmente una posición, incluso entre muchas personas muy ilustradas.

La respuesta correcta no es negar la existencia o legitimidad de un deseo de permanecer enraizado a la tierra mientras ocurren cambios tumultuosos, ni tampoco negar el amor por el país y la cultura, y mucho menos mirar con desprecio a los menos ilustrados. La respuesta correcta es construir una nueva narrativa de patriotismo, cultura, conexión e inclusión. Aunque Wilders perdió las elecciones este mes y aun en el caso de que Le Pen pierda en el mes de mayo, ellos y sus seguidores no desaparecerán del mapa.

(Anne-Marie Slaughter, a former director of policy planning in the US State Department (2009-2011), is President and CEO of the think tank New America, Professor Emerita of Politics and International Affairs at Princeton University, and the author of Unfinished Business: Women Men Work Family)

- La UE, en la encrucijada: ¿cómo enfocar el futuro? (El Economista - **26/3/17**)

(Por Juergen B. Donges)

Al cumplir la Unión Europea 60 años los dirigentes políticos tienen que reconocer que el entusiasmo de antaño por el proyecto europeo se ha esfumado. El sí de los británicos al Brexit y el auge de los partidos populistas eurófobos en diversos Estados miembros, tan sólo ralentizado algo en las recientes elecciones holandesas, son señales de alarma inequívocas de que la UE está inmersa en una profunda crisis de confianza. El riesgo de deshacerse, si no reaccionamos adecuadamente, es real.

Los políticos hablan de la necesidad de recuperar la confianza de los ciudadanos. Pero todavía actúan en una forma ambigua y con ideas contrapuestas. Por ejemplo, el dúo conductor de la UE, Hollande y Merkel, propugna un modelo de “más Europa”, sin concretar detalles (¿a distintas velocidades?, ¿con una unión fiscal?, ¿hacia una Europa federal?).

Los Estados miembros del Este, sin embargo, apuestan por recetas nacionalistas, sobre todo Polonia y Hungría. Obviamente, para estos países el proyecto de integración europea se reduce a tener acceso a los Fondos Estructurales, y poco más. Y en la periferia meridional lo que más interesa es que se relajen las reglas fiscales y se mancomunen a nivel europeo las deudas de cada uno de los Estados miembros, reclamando de los países del Norte "solidaridad", lo cual allí se percibe como una “tomadura de pelo”.

Habría que preguntarse si la UE no debiera reinventarse. ¿Cómo? Resucitando el espíritu de los Tratados Europeos. Todo tendría que empezar con que los dirigentes europeos expliquen a los ciudadanos de forma inteligible cómo piensan perseguir los grandes objetivos de paz, libertad y bienestar, a todas luces loables. Deben dejar de hablar tanto de que vamos hacia una Unión Política, que nadie quiere de verdad. Los ciudadanos tienen el derecho a no ser enfrentados ante unos hechos consumados. La forma en que se profundice la integración debería seguir el ritmo que puedan asumir los pueblos con sus sentimientos e idiosincrasias, aunque sea más lento de lo que los políticos anhelan.

Para que una estrategia de relanzar el proyecto europeo sea efectiva debería basarse en los siguientes cinco criterios, que son de importancia capital: primero, hay que romper de una vez para siempre la rutina de infringir las normas que sustentan la zona del euro (como las que rigen respecto al cumplimiento del objetivo de déficit público y a la aplicación del mecanismo de resolución bancaria a entidades maltrechas). ¡Pacta sunt servanda! Todos aceptamos este principio clave del derecho mercantil porque crea confianza en el mundo de los negocios (empresas, hogares, trabajadores) y permite así el buen funcionamiento de la economía. Del mismo modo lo tienen que ver los políticos. Quien no quiera aceptar las reglas de juego debe tener el derecho a abandonar la UE (o la eurozona), o de no adherirse a la UE (como hicieron Noruega, Suiza e Islandia), o de no adoptar el euro (como es el caso de Dinamarca y Suecia, además del Reino Unido). La incorporación con su moneda propia en el Sistema Monetario Europeo II con la posibilidad de efectuar ajustes cambiarios sería una opción positiva para estos países.

Un segundo criterio es el de conservar y fortalecer el núcleo por antonomasia de la UE: el Mercado Único Europeo, incluido el Acuerdo de Schengen. El principio de la competencia en los mercados es esencial para lograr unos máximos niveles de eficiencia en la economía, lo cual a su vez es la fuente para generar los recursos que se necesitan para poder aplicar con eficacia políticas educativas y sociales, además de medioambientales. El Acuerdo de Schengen tiene que ser complementado con una política europea común sobre la migración. No hay más que resucitar el espíritu del Reglamento Dublín III (de 2013) y reconocer que la capacidad de las sociedades europeas para absorber afluencias migratorias es limitada, como lo es, por ejemplo, en Australia, Canadá y Estados Unidos (ya antes de que llegara Trump) y que por eso regulan por ley la inmigración de un modo restrictivo y selectivo.

Tercer criterio: en la eurozona es imprescindible cuidar la línea divisoria entre la política presupuestaria, que está bajo la soberanía de los Estados miembros, y la política monetaria europea del BCE. Los Gobiernos tienen que tomarse en serio la sostenibilidad de las finanzas públicas promulgada en el Tratado de Maastricht de 1992, en bien de un crecimiento económico estable y satisfactorio, además de la igualdad intergeneracional. Eventuales fallos de los Gobiernos en materia presupuestaria tienen que ir a cuenta de los países correspondientes; y para que los Gobiernos lo sepan necesitamos un mecanismo de regulación ordenada de una insolvencia de Estado. El BCE, por su parte, debe concentrarse en los asuntos que tiene encomendado, principalmente la estabilidad del nivel de precios en la zona euro a medio plazo. No debe dejarse dominar por intereses fiscales, como hace actualmente con la compra masiva de bonos soberanos (y corporativos); mantener los tipos de interés sobre emisiones (primas de riesgo) en niveles artificialmente bajos no favorece la disciplina presupuestaria requerida. Es muy importante que el mecanismo de los tipos de interés recupere su función conductora de los ahorros y los capitales hacia los usos más productivos. El BCE fue configurado como una institución independiente, no como un prisionero de los Estados miembros.

En cuarto lugar, debe aplicarse con seriedad el principio de la subsidiaridad, que contempla el Tratado de Lisboa de 2009. El control de este principio le está encomendado a los parlamentos nacionales. Con arreglo a este principio, la integración sólo se profundizaría en aquellos campos en los que decisiones supranacionales generan mejores resultados que las nacionales, como es el caso de las políticas de asuntos exteriores, de seguridad y de defensa. En muchos otros casos, las políticas pueden ser nacionales, incluida la política tributaria, las políticas activas de mercado de trabajo, las políticas educativas, y las políticas sociales. Mediante la subsidiaridad se atajaría la desmesurada burocratización de Bruselas, que es percibida por empresarios y ciudadanos como fuente de injerencias no deseadas en sus asuntos y causa de todos los males habidos y por haber, lo cual supone un caldo de cultivo para los populismos anti-europeos.

Finalmente, hay que anteponer la consolidación institucional de la UE-27 (ya sin el Reino Unido) a nuevas ampliaciones, que tanto gustan a la Comisión Europea y su actual presidente. Una extensión de la UE hacia el sureste llevaría el grado de heterogeneidad económica a niveles insostenibles, dado el atraso en su desarrollo que exhibe esa región; Turquía (de Erdogan) no comparte nuestros valores de libertades democráticas y derechos humanos, lo que descarta su adhesión, a pesar de las negociaciones en curso y el pacto sobre refugiados. Las futuras relaciones económicas con estos países se pueden configurar perfectamente en base de Acuerdos Preferenciales de comercio, inversiones y ayuda al desarrollo.

- El establishment intolerante de Europa (Project Syndicate - **1/4/17**)

Atenas.- El 25 de marzo, los líderes de Europa se reunieron en el lugar de nacimiento del “proyecto europeo” para celebrar el 60 aniversario del Tratado de Roma. ¿Pero qué era exactamente lo que había que celebrar?

¿Estaban festejando la desintegración de Europa, que ahora llaman una Europa de “múltiples velocidades” o de “geometría variable”? ¿O estaban allí para aplaudir su estrategia habitual ante cada crisis -una estrategia que ha avivado las llamadas del nacionalismo xenófobo en toda la Unión Europea?

Hasta los europeístas acérrimos admitieron que el encuentro de Roma se pareció más a un velorio que a una fiesta. Unos días después, la primera ministra británica, Theresa May, mandó su carta a la UE iniciando formalmente la salida, lenta pero irreversible, del Reino Unido.

El establishment liberal en Londres y en todo el continente está horrorizado ante la manera en que el populismo está desintegrando a Europa. Al igual que los Borbones, no han aprendido nada y no han olvidado nada. Ni una sola vez hicieron una pausa para una autorreflexión crítica y ahora fingen sorpresa ante la brecha de legitimidad y la pasión anti-establishment que amenaza el statu quo y, consecuentemente, su autoridad.

En 2015, muchas veces les advertí a los acreedores de Grecia -la crème de la crème del establishment liberal internacional (el Fondo Monetario Internacional, la Comisión Europea, el Banco Central Europeo, las autoridades alemanas y francesas y demás)- que estrangular a nuestro gobierno en su cuna no los favorecía. Si acallaban nuestro cuestionamiento democrático, europeísta y progresista de una servidumbre por deudas permanente, les dije, el agravamiento de la crisis produciría una ola xenófoba, intolerante y antieuropea no sólo en Grecia sino en todo el continente.

Cual gigantes temerarios, no prestaron atención a los presagios. La breve rebelión de Grecia contra una depresión permanente fue reprimida despiadadamente en el verano de 2015. Fue un golpe muy moderno: las instituciones de la UE utilizaron bancos, no tanques. A diferencia de los golpes que derrocaron a la democracia de Grecia en 1967 o la Primavera Árabe de Checoslovaquia un año después, los usurpadores llevaban puestos trajes y bebían agua mineral.

La versión oficial de estos acontecimientos fue que la UE se vio obligada a intervenir para obligar a una población díscola a retomar el sendero de la rectitud fiscal y la reforma estructural. En verdad, la principal preocupación de quienes encabezaban el golpe era no tener que admitir lo que venían haciendo desde 2010: extender una quiebra generalizada al futuro obligando a Grecia a aceptar nuevos préstamos financiados por los contribuyentes europeos, condicionados a una austeridad aún mayor que no podía más que seguir achicando el ingreso nacional griego.

Sin embargo, la única manera de seguir haciendo esto en 2015 y después era hundir a Grecia aún más en la insolvencia. Y eso exigía aplastar nuestra Primavera Griega.

Curiosamente, el documento de rendición que le impusieron al primer ministro de Grecia, y que fue aprobado por el Parlamento, estaba redactado como si hubiera sido escrito a pedido de las autoridades griegas. Como los líderes de Checoslovaquia en 1968, obligados por el Kremlin a firmar una carta invitando al Pacto de Varsovia a invadir su país, a la víctima se le estaba pidiendo que fingiera haber solicitado el castigo. La UE no hacía más que responder amablemente a ese pedido. Grecia experimentó colectivamente el trato que los pobres de Gran Bretaña reciben cuando reclaman beneficios en los Centros de Trabajo, donde deben asumir responsabilidad por su humillación afirmando frases condescendientes tales como: “Mis únicas limitaciones son las que yo mismo me impongo”.

Este giro punitivo de parte del establishment europeo estuvo acompañado por la pérdida de todo autocontrol. Como ministro de Finanzas de Grecia, a comienzos de 2015, supe que los salarios del presidente, CEO y miembros del directorio de una institución pública (el Fondo de Estabilidad Financiera del Estado Helénico, HSFS) eran estratosféricos. Para economizar, pero también para hacer justicia, anuncié un recorte salarial de aproximadamente el 40%, que reflejaba la reducción promedio de los salarios en toda Grecia desde el inicio de la crisis en 2010.

La UE, por lo general tan ansiosa por reducir el gasto de mi Ministerio en materia de salarios y pensiones, no recibió mi decisión con muy buenos ojos que digamos. La Comisión Europea exigió que diera marcha atrás: después de todo, esos salarios iban a parar a manos de funcionarios elegidos por burócratas de la UE -gente que consideraban propia-. Después de que la UE forzara la rendición de nuestro gobierno, y tras mi renuncia, esos salarios se aumentaron hasta el 71% -el sueldo anual del CEO subió a 220.000 euros (235.000 dólares). En el mismo mes, los pensionados que recibían 300 euros por mes verían una reducción de sus beneficios mensuales de hasta 100 euros.

Había un tiempo en el que la característica definitoria del proyecto liberal era, según las conmovedoras palabras de John F. Kennedy, la voluntad de “pagar cualquier precio, sobrellevar cualquier carga, sufrir cualquier penalidad, acudir en apoyo de cualquier amigo y oponernos a cualquier enemigo, para garantizar la supervivencia y el triunfo de la libertad”. Hasta los neoliberales, como Ronald Reagan y Margaret Thatcher, lucharon por ganarse los corazones y las mentes, para convencer a la clase trabajadora de que los recortes impositivos y la desregulación los favorecía.

Desafortunadamente, luego de la crisis económica de Europa, algo diferente al liberalismo, o inclusive al neoliberalismo, se ha adueñado de nuestro establishment, aparentemente sin que nadie lo percibiera. Europa ahora tiene un establishment sumamente intolerante que ni siguiera intenta ganarse a la población.

Grecia fue apenas el comienzo. La represión de la Primavera Griega en 2015 llevó al partido de izquierda Podemos a perder su impulso en España; sin duda, muchos de sus potenciales votantes temían un destino similar al nuestro. Y, después de ver el menosprecio cruel de la UE por la democracia en Grecia, España y otras partes, muchos de los seguidores del Partido Laborista británico votaron por el Brexit, lo que a su vez impulsó a Donald Trump, cuyo triunfo en Estados Unidos infló las velas de los nacionalistas xenófobos en toda Europa y el mundo.

Ahora que el llamado establishment liberal está sintiendo el contragolpe nacionalista y fanático que generó su propia intolerancia, responde un poco como el parricida proverbial que apela a la corte por indulgencia con el argumento de que ahora es huérfano. Es hora de decirles a las elites de Europa que ellas son las únicas culpables. Y es hora de que los progresistas unan fuerzas y recuperen la democracia europea de un establishment que ha perdido su rumbo y ha puesto en peligro la unidad europea.

(Yanis Varoufakis, a former finance minister of Greece, is Professor of Economics at the University of Athens)

- Cómo evitar la regresión de la UE (El Economista - Project Syndicate - **2/4/17**)

(Por Anatole Kaletsky)

Los holandeses son famosos por construir diques que resisten a las mareas y tempestades que surcan el Atlántico. ¿Lo habrán conseguido otra vez, en este caso frenando la ola política populista que parecía amenazar a Europa tras el referéndum del Brexit el año pasado y la victoria de Trump en EEUU?

El inesperado traspié del Partido de la Libertad de Geert Wilders (PVV) en las elecciones de Holanda del 15 de marzo parece sugerirlo así. Pese a que las previsiones llegaban al 25 por ciento del voto popular para Wilders, el PVV solo obtuvo el 13 por ciento. Si los votantes en las presidenciales francesas se parecen más a los de Holanda y menos a los de EEUU y Reino Unido en su susceptibilidad a la xenofobia y el proteccionismo, la decisión tendrá implicaciones globales para la política, la economía y la ideología del capitalismo global.

El retorno al centro en Europa continental indicaría claramente que las victorias inesperadas de los movimientos populistas y antiglobalización en EEUU y Reino Unido no fueron precisamente una respuesta al paro y a un rendimiento económico decepcionante desde la crisis financiera, la migración masiva o la amenaza del terrorismo islámico. Y es que Francia ha sufrido una tasa elevada de paro y una recesión post-crisis más larga que EEUU o Gran Bretaña, además de experimentar más problemas con el terrorismo y la militancia islámica.

Si los votantes alemanes en otoño siguen a los franceses y holandeses en esa vuelta al centro político, la inmigración quedaría también desacreditada como la causa raíz del populismo. Después de todo, Alemania ha experimentado un influjo muy superior de extranjeros que Reino Unido o EEUU. Al contrario, el populismo parecerá más un fenómeno anglosajón, motivado menos por la inmigración y la política económica que por unas actitudes culturales conservadoras entre los votantes de Trump y Brexit, y unas alianzas demográficas inusuales que enfrentan a viejos y jóvenes, rurales y urbanos, y graduados universitarios contra los votantes menos formados en EEUU y Gran Bretaña.

Las implicaciones económicas también serán de gran alcance si el centro se hace fuerte en Europa. La UE es un socio comercial mayor que EEUU para casi todas las economías emergentes y el euro es la única alternativa real al dólar como moneda internacional. Por esa razón, el compromiso continuado de la UE con una filosofía de comercio abierto, globalización y reducción de carbono podría bastar para prevenir un cambio de paradigma hacia el proteccionismo y la negación del cambio climático que parecía casi inevitable con la elección de Trump.

El cambio de liderazgo global requeriría una mejora drástica en el rendimiento económico de Europa. Por suerte, ése sería el desenlace esperado si los votantes rechazan la política populista en Francia y Alemania. La UE ha sufrido un largo bajón económico desde la crisis económica de 2008, en gran medida porque el gobierno alemán vetó la clase de estímulo monetario y fiscal que ayudó a sacar a EEUU de la recesión en 2010. El veto alemán a la flexibilización cuantitativa estilo EEUU fue también el principal motivo del amago de hundimiento de la moneda única en 2012.

Pero en marzo de 2015 se produjo un cambio drástico en las condiciones políticas y económicas de Europa, cuando el Banco Central Europeo lanzó con retraso un programa de compra de bonos similar al de EEUU, aunque de mucha mayor escala. Al comprar casi tres veces las emisiones netas totales de los bonos de la eurozona, el BCE logró burlar las normas de la eurozona para monetizar los déficits estatales europeos, además de crear un sistema de apoyo mutuo entre economías fuertes como la alemana y otras más débiles como la italiana o española.

Las medidas del BCE revertieron enseguida la fragmentación del sistema bancario europeo y eliminaron los temores de la ruptura del euro. El resultado inmediato fue el auge de la confianza tanto de empresas como consumidores.

El verano pasado, casi toda Europa disfrutaba de la reciente recuperación cuando los miedos renovados de desintegración, esta vez causados por la política, no las finanzas, sofocaron la mejora de las condiciones económicas. El Brexit y Trump generaron la expectativa de que Europa sería la siguiente pieza del dominó que caería ante el populismo en las inminentes elecciones de Holanda, Francia y Alemania.

Desde luego, la posibilidad no puede descartarse y por eso los inversores internacionales se muestran prudentes respecto a Europa, pero si las victorias populares que preocupan a los inversores no se producen, la mejora de la confianza de empresas y consumidores propulsará ondas de inversión a la eurozona.

El evento clave será la ronda final de las elecciones francesas del 7 de mayo. Si gana Emmanuel Macron, el centrista favorito, Francia se embarcará en un camino que conduce al menos a un atisbo de reformas económicas.

Y eso, a su vez, dará pie a una relación mucho más cooperativa entre Francia y Alemania. Los candidatos principales a canciller alemán están dispuestos a reconstruir la Europa post-Brexit reforzando el eje francoalemán y el inicio de un proceso de reforma en Francia que garantice a los votantes alemanes que su gobierno, si relaja la austeridad en la UE, no va a limitarse a arrojar dinero en un pozo sin fondo.

Eso nos trae a las implicaciones ideológicas de una posible victoria centrista y la aceleración de la recuperación económica este año en Europa. En el periodo inmediatamente posterior a la crisis financiera global, el modelo europeo de capitalismo de “mercado social” parecía la alternativa lógica al fundamentalismo de mercado de Thatcher y Reagan que se había descompuesto tras treinta años de dominio global. En efecto, el presidente Barack Obama llevó a EEUU hacia un mayor activismo gubernamental en la gestión macroeconómica, la regulación financiera, la política medioambiental y sanidad.

Paradójicamente, Europa iba en la otra dirección. Bajo la presión alemana, la UE se convirtió en el último reducto del monetarismo, la austeridad fiscal y el papel disciplinante de los mercados financieros. El resultado fue el amago de crisis fatídica del euro en 2010-2012.

Si las elecciones de este año desembocan en un presidente centrista francés y la reactivación de la cooperación francoalemana, el apasionamiento inopinado de la UE hacia el fundamentalismo de mercado podría acabar.

Europa disfrutará de una recuperación económica mejor, más sostenible y socialmente inclusiva que EEUU con Trump. Si ocurre así, el resto del mundo podría volver a ver a la UE como una fuente y modelo de inspiración.

- ¿Saliendo del populismo? (Project Syndicate - **4/4/17**)

Cambridge.- Tras nueve años deprimentes de revisar siempre a la baja las proyecciones de PIB, los funcionarios de política macroeconómica en todo el mundo no salen del asombro: pese a la oleada de agitación política impulsada por los populistas, en 2017 el crecimiento global va camino de superar las expectativas.

No es un caso de excepcionalismo estadounidense. Si bien el crecimiento en este país es muy sólido, la diferencia entre las previsiones y la realidad en Europa son aún mayores. Incluso hay buenas noticias para los mercados emergentes, que a pesar de las inminentes subas de tasas de la Reserva Federal de los Estados Unidos, ahora se encuentran con un contexto mejor al que adaptarse.

La explicación breve de la reflación global es bastante fácil de entender. Las crisis financieras sistémicas y profundas provocan recesiones profundas y prolongadas. Como Carmen Reinhart y yo predijimos hace una década (y numerosos académicos corroboraron después con nuestros datos), en esas circunstancias no es inusual que haya períodos de entre 6 y 8 años de crecimiento muy lento. Es verdad que subsisten muchos problemas, como la debilidad de los bancos en Europa, el exceso de endeudamiento de los gobiernos municipales en China y una regulación financiera innecesariamente complicada en Estados Unidos. Sin embargo, las semillas de un período sostenido de crecimiento más sólido ya están plantadas.

Pero, ¿podría la oleada populista que barre las economías avanzadas ahogar la creciente recuperación? ¿O logrará la recuperación detener el avance de líderes que insisten en proponer soluciones seductoramente simples para problemas realmente complejos?

Ya falta poco para las reuniones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial previstas para este mes en Washington, y los principales directores de bancos centrales y ministros de finanzas estarán en el centro de la acción. ¿Alguien duda de que el presidente estadounidense, Donald Trump, descargará una lluvia de tuits furiosos contra cualquiera de ellos que ose criticar los planes de su gobierno de retirarse de los acuerdos de libre comercio y del liderazgo de las instituciones financieras multilaterales?

Antes de eso, Trump recibirá al presidente chino, Xi Jinping, en Mar-a-Lago, su “Casa Blanca de invierno” en Florida. No hace falta recalcar la importancia de la relación sinoestadounidense, y lo dañino que sería que ambas partes no encuentren el modo de colaborar constructivamente. El gobierno de Trump cree que tiene herramientas de negociación para recalibrar la relación en beneficio de Estados Unidos; entre ellas, amenazar con arancelar las importaciones chinas o incluso un impago selectivo de las deudas por más de un billón de dólares que Estados Unidos tiene con China. Pero un arancel no superaría el veto de la Organización Mundial del Comercio, y caer en impago sería todavía más imprudente.

Si Trump convence a China de abrir su economía a las exportaciones estadounidenses, y de ayudar a poner freno a Corea del Norte, podrá decir que logró algo. Pero si su plan es una retirada unilateral de Estados Unidos del comercio internacional, sólo conseguirá perjudicar a muchos trabajadores estadounidenses para beneficiar a unos pocos.

La amenaza al globalismo parece haber remitido en Europa, tras las derrotas electorales de los candidatos populistas en Austria, los Países Bajos y ahora Alemania. Pero un giro populista en las próximas elecciones en Francia o Italia todavía puede bastar para desintegrar la Unión Europea y causar un daño colateral inmenso al resto del mundo.

La candidata presidencial francesa Marine Le Pen quiere aniquilar la UE porque, según dice, “el pueblo de Europa ya no la quiere”. Y si bien las encuestas de opinión auguran una victoria contundente del candidato europeísta Emmanuel Macron sobre Le Pen en la segunda vuelta prevista para el 7 de mayo, el resultado de una competencia entre dos candidatos es siempre difícil de predecir, especialmente con el apoyo del presidente ruso Vladimir Putin a Le Pen. Dada la volatilidad de un electorado descontento, y la capacidad comprobada de Rusia para manipular las noticias y las redes sociales, sería arriesgado pensar que Macron es número puesto.

Para la elección en Italia todavía falta un año, pero la situación allí es aún peor. El candidato populista Beppe Grillo lidera las encuestas, y se prevé que consiga más o menos un tercio del voto popular. Como Le Pen, Grillo quiere acabar con el euro. Resulta difícil imaginar un hecho más caótico para la economía global, pero tampoco es fácil ver una salida para Italia, donde el ingreso per cápita se redujo ligeramente durante la era del euro. Con un crecimiento poblacional amesetado y una deuda cada vez mayor (más del 140% del PIB), el futuro económico de Italia se ve sombrío. Pese a que entre los economistas la opinión mayoritaria sigue siendo que abandonar el euro sería profundamente autodestructivo, hay cada vez más convencidos de que la moneda común no sirve para Italia, y que cuanto antes la deje, mejor.

Muchas economías de mercado emergentes tienen que vérselas con populistas propios, o en el caso de Polonia, Hungría y Turquía, con populistas ya devenidos autócratas. Felizmente, la paciencia de la Reserva Federal, la resiliencia (por ahora) de China y el crecimiento de Europa y Estados Unidos ayudarán a la mayoría de las economías emergentes.

Las perspectivas de crecimiento global están mejorando, y con unas políticas sensatas, los próximos años pueden ser bastante mejores que los que pasaron (para las economías avanzadas, sin duda, y tal vez para la mayoría de las otras). Pero el populismo sigue siendo una incógnita, y sólo una recuperación suficientemente veloz del crecimiento evitará que se efectivice.

(Kenneth Rogoff, Professor of Economics and Public Policy at Harvard University and recipient of the 2011 Deutsche Bank Prize in Financial Economics, was the chief economist of the International Monetary Fund from 2001 to 2003. The co-author of This Time is Different: Eight Centuries of Financial Fol…)

- ¿Populismo a punta de pistola? (Project Syndicate - **6/4/17**)

Varsovia.- Hasta ahora, la contrarrevolución “iliberal” del primer ministro húngaro, Viktor Orbán, y del presidente del partido polaco Ley y Justicia (PiS), Jaroslaw Kaczyński, ha significado reprimir al poder judicial independiente, a los medios públicos y -en el caso del gobierno de Orbán- inclusive a las universidades privadas, como la Universidad Centroeuropea de Budapest. Pero ahora es evidente que hasta las fuerzas armadas pueden quedar bajo el control de un solo partido político. En Polonia, el PiS está llevando a cabo una reorganización revolucionaria del ejército, de una manera que no se ha visto desde la imposición del régimen comunista.

Un comunicado reciente del Ministerio de Defensa revela la auténtica escala de los cambios que el PiS está exigiendo, así como sus apoyos políticos. “El ministro de Defensa Antoni Macierewicz ha implementado cambios de personal de gran escala a los más altos niveles en las unidades operativas, reemplazando a oficiales elegidos por Plataforma Cívica”, reza el comunicado. “En el Estado Mayor, estos cambios abarcan el 90% de las posiciones de mando, y el 82% en el Comando General”.

El argumento de Kaczyński de que los oficiales hoy desafectados estaban conectados con Plataforma Cívica (el ex partido gobernante) es completamente infundado. Después de su propio alejamiento sorpresivo, Mirosław Różański, el comandante general de las Fuerzas Armadas polacas, señaló lo absurdo de la situación: “Recibí mi primera estrella del presidente Aleksander Kwaśniewski, la segunda de Lech Kaczyński y la tercera de Bronisław Komorowski”. Sólo Komorowski estaba con Plataforma Cívica.

Mientras tanto, Macierewicz también ha impedido que los oficiales militares se comunicaran directamente con el presidente polaco Andrzej Duda, aunque el presidente es el comandante supremo de las fuerzas armadas según la constitución polaca, y Duda ha cumplido lealmente todas las órdenes de Kaczyński.

Inclusive antes de estos cambios recientes, las relaciones entre civiles y militares se habían vuelto cada vez más tensas desde que entró en funciones el gobierno del PiS en 2015. Antes de asumir el poder, el partido había indicado que Jaroslaw Gowin, un ex ministro de Justicia moderado del partido Polonia Unida aliado con el PiS, sería designado ministro de Defensa. Pero cuando el nuevo gobierno anunció su gabinete, Macierewicz, uno de los políticos más extremos de Polonia, fue nombrado en su lugar.

Desde su función, Macierewicz ha impulsado el “culto Smoleńsk”, que promueve la fantasía paranoica de que el presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, y el presidente ruso, Vladimir Putin, son responsables de la tragedia aérea de 2010 en la que murió el hermano de Kaczyński, el entonces presidente polaco Lech Kaczyński, y otras 95 personas. En la Conferencia de Seguridad de Múnich este año, Macierewicz mencionó la caída del avión, junto con las incursiones de Rusia en Ucrania y Georgia, como “ejemplos de agresión rusa” que justificaban la existencia de la OTAN. Luego apeló a la OTAN para ayudar a investigar la caída del avión, aunque hace mucho tiempo que fue catalogada de accidente. No es sorprendente que la OTAN no haya tomado en serio el pedido de Macierewicz.

Poco después de asumir el cargo, Macierewicz se ganó el apodo de “ministro de Desarme Nacional”, cuando canceló un contrato minuciosamente negociado por la compra de 50 helicópteros Caracal al fabricante Airbus Helicopters. Como resultado de ello, el presidente francés, François Hollande, canceló un viaje planeado a Polonia. Macierewicz luego respondió diciendo que Polonia le compraría nuevos helicópteros a Estados Unidos, sólo para sugerir al poco tiempo que Polonia produciría sus propios helicópteros conjuntamente con Ucrania, o que quizá reiniciaría negociaciones con Airbus. Macierewicz causó más revuelo diplomático cuando acusó falsamente a Francia de vender dos buques de asalto clase Mistral a Egipto, para entregárselos a Rusia, en contravención de las sanciones internacionales.

Macierewicz también ha humillado sistemáticamente al personal militar de Polonia. Su portavoz y jefe de Gabinete, Bartłomiej Misiewicz, es un ex asistente de farmacia de 26 años que no tiene título universitario. En diciembre de 2015, Macierewicz hizo que Misiewicz dirigiera un operativo nocturno de la policía militar polaca a un centro de contrainteligencia de la OTAN en Varsovia -un episodio que culminó en una investigación de la oficina del fiscal general polaco (que, sin embargo, está subordinada al gobierno).

Pero el episodio más escandaloso se produjo cuando Misiewicz visitó unidades militares y exigió que los soldados y los oficiales lo saludaran y se dirigieran a él como “ministro”, un honor que normalmente no se asigna a personas en su cargo. Cuando el general Waldemar Skrzypczak -el ex comandante de las Fuerzas Terrestres de Polonia y de la División Multinacional Centro-Sur en Irak- se negó a cumplir la orden, fue inmediatamente despedido del Instituto Militar de Tecnología de Armamento.

Existe una única razón posible por la que a un extremista como Macierewicz se le confíe una posición tan importante, y por la que un presidente leal sea marginado del ejército: Kaczyński necesita a alguien que no dude en usar al ejército para reprimir las protestas públicas si fuera necesario. Como señaló recientemente Radek Sikorski, ministro de Defensa en el gobierno anterior de Plataforma Cívica: “Este tipo de comportamiento es característico de la gente que cree que se puede utilizar al ejército para mantener el poder”.

De la misma manera, Adam Michnik, editor en jefe del periódico nacional Gazeta Wyborcza, ha acusado al actual gobierno del PiS de llevar a cabo un “golpe artero” según su propia variante de “putinismo”. De hecho, para entender por qué un partido político querría ejercer un control directo del ejército, no hace falta mirar más allá de Rusia y Turquía.

Aun así, al elevar a Macierewicz a este nivel, Kaczyński se ha generado nuevos problemas. Como el sumo sacerdote del culto Smoleńsk, Macierewicz goza de un fuerte respaldo de Radio Maryja, una emisora de propiedad de la Iglesia muy influyente entre los extremistas católicos. Debido a esta base de apoyo, Macierewicz hoy es el único funcionario del Gabinete que puede zafar de escuchar a Kaczynski.

Esto quedó en evidencia cuando Macierewicz, asestando su última sorpresa, tomó medidas para limitar el papel de Polonia en Eurocorps -una unidad militar integrada que se creó en torno a una brigada central franco-alemana-. Hacía mucho tiempo que Kaczynski exigía una estrategia de defensa europea común, de modo que la decisión de Macierewicz sugiere que algo extraño está en marcha al interior del PiS. Dados los temores sobre la seguridad nacional de Polonia, ¿por qué Macierewicz necesitaría poner en riesgo las relaciones de su país con sus aliados retirando los 120 oficiales polacos de Eurocorps que actualmente están apostados en Estrasburgo?

Una posible explicación es que la reducción por parte de Macierewicz del cuerpo de oficiales ha dejado a Polonia frente a una escasez de oficiales. Lo que aún está por verse es si la conducción del PiS está intentando atiborrar al ejército de partidarios del régimen o si está haciendo maniobras para recuperar el control de manos de Macierewicz.

(Sławomir Sierakowski, founder of the Krytyka Polityczna movement, is Director of the Institute for Advanced Study in Warsaw)

- La divergencia entre el populismo británico y el estadounidense (El Economista - **7/6/17**)

(Por Anatole Kaletsky)

Reino Unido, Francia, Estados Unidos... ¿Cuál es el raro políticamente? La respuesta parece obvia. El referéndum del Brexit hace un año en el Reino Unido y la elección de Donald Trump en Estados Unidos fueron símbolos gemelos de la revolución populista contra las élites globales. Por el contrario, con Emmanuel Macron, Francia eligió de presidente al “hombre de Davos” por excelencia, un tecnócrata orgullosamente globalista que se identifica con las instituciones financieras, administrativas y educativas más elitistas de su país.

Retrocedamos un momento de los clichés políticos, como hice a principios de mes cuando hui de la campaña electoral británica para asistir a la conferencia global del Instituto Milken en Los Ángeles.

La conferencia Milken es el equivalente estadounidense a Davos, aunque con un enfoque empresarial más serio y la representación importante del gobierno de Estados Unidos que Davos nunca ha conseguido.

Oyendo allí a los principales responsables económicos de Trump (el secretario del Tesoro Steven Mnuchin y el secretario de comercio Wilbur Ross, más una galaxia de congresistas y empresarios) me quedó claro que la elección de Trump es solo una aberración pasajera. El país ha tomado un desvío hacia el parque temático de la nostalgia nacionalista pero sigue centrado en el futuro y las ventajas de la globalización, no en el coste.

En la conferencia Milken se hizo patente que Trump no cumplirá casi ninguna de sus promesas internas. El “cinturón oxidado” no protagonizará un aumento del gasto en infraestructuras. Las relaciones de EEUU con México o China no cambiarán casi nada. Las principales propuestas fiscales de Trump no se aprobarán en el congreso. Y la promesa de Trump de “derogar y reemplazar” el Obamacare nada más asumir el cargo se convertirá casi probablemente ante la presión pública en “reformar y reparar”.

Tras esta inmersión en el pragmatismo de EEUU, mi regreso a la política británica fue profundamente deprimente. Las trayectorias políticas que parecían paralelas hace solo unos meses se habían bifurcado. Mientras que EEUU solo ha tardado cien días en percatarse de la “realidad alternativa” de Trump (aunque quizá no él), casi nadie en Reino Unido se cuestiona siquiera la realidad alternativa del Brexit, pese a la oportunidad imprevista que nos regalan las elecciones del 8 de junio de evitar una ruptura autodestructiva con Europa.

¿Cómo explicar las respuestas profundamente distintas de la sociedad civil americana y británica ante el peligroso coqueteo con el populismo nacional? En EEUU, la respuesta inmediata a las políticas incoherentes lógicamente, emocionalmente deshonestas y diplomáticamente inviables de implementar fue el recrudecimiento de la oposición y el debate. Los demócratas mostraron una unidad sin precedentes en el congreso, los humoristas televisivos hicieron una oposición todavía más efectiva, millones de votantes progresistas se echaron a las calles, los medios de comunicación lanzaron investigaciones incesantes y la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles recibió 24 millones de dólares a las 24 horas del intento del gobierno de prohibir la entrada a musulmanes en el país.

Más importante todavía, las empresas estadounidenses empezaron a presionar de inmediato para bloquear cualquier política de Trump que amenazara a sus intereses económicos. Como dijo un alto cargo del senado en la conferencia Milken, Walmart y otros comercios “demostraron una eficacia asombrosa para concienciar a nuestros miembros” en cuanto al precio político de nuevos impuestos a las importaciones de Estados Unidos. Esto eliminó la principal amenaza proteccionista de Trump y echó por tierra las esperanzas de financiar grandes recortes fiscales con ingresos procedentes de un impuesto de “ajuste fronterizo”.

Comparemos ahora esta oposición en EEUU con la pasividad británica tras el referéndum. Abandonar la UE supone un trastorno político y económico mucho mayor que nada de lo que haya propuesto el gobierno de Trump pero el Brexit se ha convertido en un dogma inamovible, inmune al desafío o cuestionamiento de cualquier tipo. Al contrario que el agresivo lobbying contra las promesas electorales de Trump, ninguna gran empresa británica ha intentado proteger sus intereses defendiendo el retroceso de la decisión del Brexit. Ninguna ha señalado en público que el referéndum no daba mandato a la primera ministra Theresa May de descartar la membresía al mercado único europeo y la unión aduanera cuando Reino Unido abandone la UE.

Peor aún, el tabú de cuestionar el Brexit no se ha justificado apelando a la razón, la economía o el interés nacional sino que se ha invocado “la voluntad del pueblo”. Esta frase escalofriante, junto con su homóloga aún más siniestra, “los enemigos del pueblo”, es ahora materia prima retórica tanto en EEUU como en Reino Unido. Pero hay una diferencia crucial: en EEUU, el lenguaje protofascista se escucha en la periferia extremista mientras que en Gran Bretaña hasta los medios de masas y los debates parlamentarios se refieren de forma sistemática a los oponentes del Brexit como conspiradores antidemocráticos y saboteadores antipatrióticos.

Los factores culturales podrían explicar en parte el contraste entre el activismo estadounidense de respuesta a Trump y la pasividad británica ante el Brexit. Cuando un estadounidense se enfrenta a un reto, se espera que haga algo aunque no tenga probabilidades de éxito. Los británicos, sin embargo, admiran al héroe que se enfrenta a la adversidad sin hacer nada más que gala de su estoicismo.

Quizá más importante todavía es que jamás se ha cuestionado la legitimidad democrática de la oposición en EEUU, donde una clara mayoría de los habitantes votaron en contra de Trump. De hecho, Trump perdió el voto popular por un 2%, el mismo margen con el que Jimmy Carter y George W. Bush ganaron en 1976 y 2004, respectivamente.

En Gran Bretaña, al contrario, el Brexit ganó por una mayoría pequeña pero decisiva del 52% frente al 48%. Aunque muchas democracias maduras exigirían alguna clase de súper mayoría para confirmar un cambio constitucional de tantas dimensiones como el Brexit, el Reino Unido no ha visto nunca la necesidad de esos controles. En su constitución no escrita, solo hay una limitación al poder del primer ministro con mayoría parlamentaria: el derecho de los votantes a cambiar de opinión. ¿Qué ocurre cuando cualquiera que trata de convencer a los votantes de cambiar de opinión es deslegitimado como un renegado de la democracia y "enemigo del pueblo"?

Si animar a los votantes a repensarse la mayor decisión política de sus vidas sigue tratándose como una afrenta a la democracia, el Reino Unido perderá su única salvaguardia contra la autolesión permanente. Y Reino Unido dará el giro equivocado hacia el pedregoso camino del nacionalismo nostálgico, mientras EEUU se reincorpora a Europa en la moderna autopista hacia la globalización multicultural.

- Así perdieron su ventaja las economías desarrolladas (Expansión - FT - **22/7/17**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

¿Qué le sucede a la economía mundial? La transformación más importante de las últimas décadas ha sido el peso decreciente de las economías de altos ingresos en la actividad global.

La “gran divergencia” del s.XIX y principios del s.XX, cuando las economías actuales de altos ingresos dieron el salto frente al resto del mundo en términos de riqueza y poder, ha entrado en un rápido proceso de inversión. Donde antes hubo divergencia, presenciamos ahora una “gran convergencia”. Pero también es una convergencia limitada. El cambio se debe al ascenso de Asia y, sobre todo, de China.

No hay nada que ilustre mejor el avance del gigante asiático como sus enormes ahorros. Estos son tan grandes debido por una parte al tamaño que ha alcanzado la economía y por otra a los cuantiosos ahorros acumulados por las empresas. Es probable que la moneda, los mercados de capitales y las instituciones financieras de China adquieran una influencia tan grande en la economía mundial del s.XXI como la alcanzada por la moneda, los mercados de capitales y las instituciones financieras de EEUU en el s.XX.

Los países emergentes y en vías de desarrollo no sólo han adquirido una importancia cada vez mayor en el PIB mundial, sino también en la población mundial. El peso menguante de los países de altos ingresos es dramático. En 2050, Naciones Unidas prevé que la aportación del África Subsahariana a la población global sea tan grande como la de todos los países de altos ingresos en 1950. Los retos que plantea esta inclinación de la población mundial hacia sus países más pobres son evidentes.

La convergencia económica y los cambios en la población son elementos centrales del panorama general económico. Un tercero es el cambio tecnológico. La convergencia del procesamiento de datos y la comunicación ha dado lugar a Internet, la tecnología más importante de nuestra era. El colapso del coste relativo de los semiconductores apuntala esta revolución tecnológica. Resulta enigmático (y preocupante) que parezca haberse ralentizado.

EEUU ha liderado los avances tecnológicos desde finales del s.XIX. Robert Gordon, un catedrático de ciencias sociales de la Universidad del Noroeste, ha mostrado que la nación no ha logrado igualar la espectacular productividad que consiguió entre 1920 y 1970. También muestra que la explosión del crecimiento de la productividad entre 1994 y 2014, a menudo atribuida a Internet, ha culminado en un periodo de productividad extremadamente baja. Los errores de medición parecen explicar en una proporción muy pequeña, en el mejor de los casos, esta inquietante ralentización. La débil inversión desde la crisis financiera es otro factor.

La economía mundial no se está desglobalizando. Pero el rápido crecimiento del comercio y de los activos financieros y las deudas transfronterizos, en relación al PIB mundial, se ha detenido. En el caso de las finanzas, las explicaciones más plausibles son la aversión al riesgo y la regulación. En lo que se refiere al comercio, el último acto de liberalización comercial fue la incorporación de China a la Organización Mundial de Comercio, que se produjo allá por 2001. También es posible que muchas de las oportunidades facilitadas por la integración trasfronteriza de las cadenas de suministro estén ya agotadas.

El rápido cambio en el poder económico relativo y la enorme variación en el tamaño relativo de las poblaciones definen nuestro mundo. Al mismo tiempo, las fuentes de dinamismo -el cambio tecnológico, el crecimiento de la productividad y la globalización- se están ralentizando, hasta un nivel preocupante. Uno de los resultados de ello, agravado por la crisis, ha sido el estancamiento de los ingresos reales en muchos países de altos ingresos.

La creciente presión del populismo en economías de altos ingresos hace mucho más difícil gestionar estos cambios. Uno de los aspectos que merece una mención destacada es la evolución plana o decreciente de los ingresos desde la crisis financiera. Hasta dos tercios de la población de muchos países de altos ingresos parece haber tenido unos ingresos reales planos o más bajos entre 2005 y 2014. No sorprende que tantos votantes estén enfadados. No están acostumbrados a ello, ni desean acostumbrarse.

La expansión de Asia

Entre 1990 y 2022, la cuota de producción global de los países de con altos ingresos, elaborada en función de la paridad de poder adquisitivo, caerá, según el FMI del 64% al 39%. En ese periodo, las previsiones para las economías emergentes de Asia apuntan a un aumento del 12% al 39% del total mundial. Para 2022, las previsiones indican que, en cuanto a producción mundial, la cuota de países asiáticos emergentes y en vías de desarrollo será la misma que la de los países con altas rentas. El auge de China es el principal motivo de este cambio espectacular en el poder económico, aunque hay que recordar que el auge de India también es significativo. Las previsiones indican que la cuota de China en los datos de producción mundial podría pasar del 4% en 1990 al 21% en 2022. En cuanto a la cuota de India, todo apunta a que pasará del 4% al 10% para ese mismo año.

Exceso de ahorro. La contribución de China

Los ahorros brutos de China son casi tan cuantiosos como los de EEUU y la UE juntos. China ahorra casi la mitad de su renta nacional. Aunque es probable que esta proporción acabe cayendo, el descenso será gradual, dado que no parece que los hogares chinos vayan a aumentar su consumo y la renta nacional seguirá siendo elevada.

Cambios demográficos

Entre 1950 y 2015, la cuota de los países con altas rentas en la población mundial cayó del 27 al 15%. Incluso la cuota de China cayó del 22% registrado en 1950 al 19% de 2015. Todo apunta a que India se convertirá en el país más poblado del mundo en 2025. La cuota del África subsahariana podría alcanzar un 22% del total para 2050, según la ONU.

Economía digital

El colapso del precio de los semiconductores es la fuerza impulsora de la revolución de las comunicaciones y el procesamiento de datos. Así medido, el precio relativo del procesamiento ha caído casi un 96% desde 1970. La inclinación de la línea en la escala muestra el ritmo de la caída de los precios relativos, que se ralentizó drásticamente después de 2010.

Ralentización de la productividad

Según el economista Robert Gordon, el índice de productividad de EEUU registrado entre 1920 y 1970 (teniendo en cuenta el crecimiento de la productividad total) no ha vuelto a alcanzarse. Gordon también señala que la fuerte subida registrada entre 1994 y 2014 se fue perdiendo después como consecuencia del bajo crecimiento de la productividad.

Globalización. Abriendo puertas

El rápido crecimiento de los activos y pasivos financieros, en relación a la producción global, se detuvo después de la crisis financiera. El proteccionismo podría ser el motivo, aunque no parece el principal. El descenso del comercio, la ralentización de la liberalización y la escasez de inversiones parecen explicar este fenómeno.

Ascenso del populismo. Años de estancamiento

Según un análisis publicado en julio del año pasado por el Instituto McKinsey, aproximadamente dos tercios de la población de 25 países de altos ingresos sufrió una caída de los ingresos reales procedentes de los salarios y el capital entre 2005 y 2014. Ese estancamiento se hizo notar sobre todo en países como Italia y EEUU.

- La anatomía del capitalismo antiliberal (Project Syndicate - **11/9/17**)

Budapest.- Los populistas como el presidente estadounidense Donald Trump y el líder polaco de facto Jaroslaw Kaczynski, y los autoritarios como el presidente turco Recep Tayyip Erdogan y el presidente ruso Vladimir Putin no solo comparten la etiqueta de la llamada “democracia antiliberal” del primer ministro húngaro Viktor Orbán. Cada uno de ellos también propugna una forma de “capitalismo antiliberal”.

Pero ¿qué implica el capitalismo antiliberal y cuán compatible es con la democracia antiliberal? En primer lugar, como nacionalistas, Trump, Kaczynski, Erdogan, Putin y Orbán consideran la economía de mercado no como un medio para impulsar el dinamismo, la eficiencia, la prosperidad y la libertad individual, sino principalmente como una herramienta para fortalecer el poder estatal.

Históricamente ha habido varias escuelas de pensamiento autoritario de derechas sobre la relación entre el mercado y el Estado. En un extremo, los nazis instauraron una economía dirigida mientras mantenían la propiedad privada y un alto nivel de desigualdad del ingreso. En el otro extremo, en Europa y Estados Unidos los darwinistas sociales de principios del siglo XX reclamaban libres mercados internos sin trabas en los que solo sobrevivirían los “más aptos”, lo que conduciría a un país más fuerte.

Rusia se encuentra actualmente en un extremo del espectro capitalista antiliberal. Putin considera el colapso de la Unión Soviética en gran medida como un fracaso económico, y reconoce que la propiedad privada y el mercado pueden hacer que la economía rusa sea más resistente a las sanciones occidentales. Pero también cree que los derechos de propiedad privada se sitúan detrás de las necesidades del “Estado de seguridad” ruso, lo que significa que la propiedad siempre es condicional.

Putin también cree, como corresponde a un exoficial de la KGB, que el Estado ruso tiene “derechos de propiedad última” sobre los activos privados de sus ciudadanos no solo en Rusia, sino también en el extranjero. De este modo, los oligarcas rusos y las empresas que operan a nivel internacional (como las que han interactuado con The Trump Organization) son potenciales instrumentos de la política exterior rusa.

Una famosa broma de Hitler señalaba que mientras los bolcheviques habían nacionalizado los medios de producción, los nazis habían ido más lejos al nacionalizar el pueblo mismo. Esto resulta similar (si bien es más “total”) a la idea que Putin tiene de la relación entre los capitalistas y el Estado: incluso el oligarca ruso más rico es básicamente un siervo del mismo.

Bajo la estructura de propiedad altamente concentrada de Rusia, el control que el Kremlin ejerce sobre la riqueza es sinónimo de control político. En lugar de intentar vigilar a millones de burgueses, el Estado puede desplegar a la policía secreta para controlar a solo unas pocas docenas de oligarcas.

Trump se sitúa en el otro extremo del espectro capitalista antiliberal actual: no se siente menos cómodo que Putin con las profundas desigualdades de los ingresos, pero no es tan proclive a usar el Estado para favorecer a empresarios particulares (salvo él mismo). Consecuentemente, su administración ha utilizado órdenes ejecutivas para revertir muchas de las regulaciones que estableció el expresidente Barack Obama.

Sin embargo, hay excepciones al apoyo de Trump a las políticas de libre mercado. Está a favor del proteccionismo y del dinero barato, presumiblemente porque estas posiciones tienen una buena acogida en el núcleo de su electorado, los votantes blancos de clase trabajadora.

Pero si Trump cae en el camino proteccionista, los socios comerciales de Estados Unidos tomarán represalias: a menudo medidas dirigidas directamente a su base, como cuando hace poco la Unión Europea amenazó con aranceles contra el bourbon de Kentucky. Dado este peligro, es más probable que el populismo económico de Trump se manifieste a través de la abstinencia, evitando medidas pro mercado que claramente perjudiquen a la clase obrera blanca.

Erdogan llegó al poder en Turquía en 2003 como el campeón de los devotos empresarios anatolios musulmanes. Oponiéndose al tradicional estatismo de las elites kemalistas gobernantes del país, introdujo reformas pro mercado y simuló un compromiso con el proceso de adhesión a la Unión Europea a través de su apoyo a las instituciones democráticas turcas.

Tras lograr sus objetivos políticos, ahora Erdogan está prescindiendo de su compromiso con la democracia. Aunque está por verse si hará lo mismo con el capitalismo de mercado. Incluso cuando llegó al poder, su apoyo a los mercados libres nunca le impidió denunciar conspiraciones económicas imaginarias. La próspera clase empresarial turca podría volverse en su contra si intenta iniciar un regreso al estatismo.

En Hungría, la aproximación al capitalismo de Orbán ha sido más compleja. Si bien en Occidente se le suele llamar “populista”, su planteamiento combina darwinismo social y nacionalismo. Por otra parte, ha implantado un impuesto a la renta fijo que favorece a los ricos y un crédito tributario por hijos que solo beneficia a los hogares de mayores ingresos. De la misma forma, al igual que Putin, mantiene un círculo de oligarcas “amigables” que contribuye a fortalecer su poder, no en menor medida controlando los medios de comunicación del país.

Kaczynski es el más económicamente populista de los capitalistas antiliberales. Comenzó como darwinista social, introduciendo un crédito tributario por hijos que después inspiraría a Orbán. Pero desde que su partido Ley y Justicia (PiS) volvió al poder en 2015, su política insignia ha sido el pago mensual en efectivo de 115 euros (138 dólares) a las familias polacas por cada hijo después del primero.

Asimismo, Kaczynski ha presionado para elevar la pensión mínima (en lugar de todas las pensiones) y para reducir la edad de jubilación, medidas bien recibidas entre los votantes rurales de bajos ingresos, incluso si provoca que el sistema de pensiones sea menos sostenible. En el ámbito del comercio, su gobierno protesta enérgicamente frente al proteccionismo contrario a los intereses de Polonia, como en el caso de los cambios propuestos por el presidente francés Emmanuel Macron al régimen para los trabajadores delegados.

Los ejemplos actuales de capitalismo antiliberal van desde la tolerancia a una extrema desigualdad hasta el favorecimiento de una profunda redistribución, y desde un estatismo desmesurado hasta una extensa desregulación de los mercados. No parecen tener mucho en común, más allá de su inclinación hacia el proteccionismo. Pero su orientación política es mucho más importante que las políticas económicas de cada gobierno.

No es una coincidencia que los cinco líderes aquí analizados hayan atacado la independencia del poder judicial de sus países. Sin duda, las medidas represivas de Putin y Erdogan han resultado mucho más eficaces que los tweets de Trump o que el paralizado intento del PiS de reforma judicial de este verano. Pero en cada caso los jueces independientes son vistos como poderes rivales.

Cuando se sitúa la política en el primer lugar, existe la tentación de inclinar la ley hacia los propios intereses. Pero sin el imperio de la ley, las empresas pierden la confianza en que se respetarán los contratos y los derechos de propiedad privada, o en que recibirán arbitrajes independientes, y la economía no puede mantener un crecimiento fuerte a largo plazo. Esta es la razón por la cual los demócratas antiliberales que ponen la política en primer lugar acabarán socavando la prosperidad y la potencia de sus países y, por consiguiente, su propia legitimidad.

(Jacek Rostowski was Poland’s Minister of Finance and Deputy Prime Minister from 2007 to 2013)

- El nuevo manual del autócrata exitoso, de la Rusia de Putin a la Arabia Saudí de hoy (El Confidencial - **11/11/17**)

Los movimientos del príncipe Mohamed Bin Salman para afianzar su poder siguen el nuevo modelo de los líderes autoritarios de todo el mundo, a menudo en la zona gris entre democracia y dictadura

(Por Fareed Zakaria)

Las noticias que llegan de Arabia Saudí están siendo inquietantes. Un país famoso por su estabilidad hasta el punto del estancamiento está viendo cómo un príncipe heredero de 32 años arresta a sus parientes, congela sus cuentas bancarias y los despide de sus cargos. Pero visto más de cerca, no debería sorprendernos. Mohamed Bin Salman está aplicando ahora a Arabia Saudí lo que se ha convertido en el procedimiento operativo estándar para los líderes autoritarios en todo el mundo.

La fórmula fue acuñada por Vladímir Putin tras llegar al poder en Rusia. Primero, amplifica las amenazas extranjeras para galvanizar al país alrededor del régimen y darle poderes extraordinarios. Putin lo hizo con la guerra de Chechenia y el peligro del terrorismo. Después, actúa contra los centros rivales de influencia en la sociedad, que en Rusia quería decir los oligarcas, que en aquel momento eran más poderosos que el propio Estado. Habla entonces sobre la necesidad de acabar con la corrupción, reformar la economía y proporcionar beneficios para la gente corriente. Putin pudo tener éxito en este último frente en gran medida gracias a la cuadruplicación de los precios del petróleo durante la siguiente década. Finalmente, controla los medios a través de medios formales e informales. Rusia ha pasado de tener una vibrante prensa libre en 2000 a un nivel de control estatal que es en la práctica similar al de la URSS.

Naturalmente, no todos los elementos de esta fórmula pueden aplicarse en todas partes. Tal vez el príncipe heredero demuestre ser un reformista. Pero la fórmula para el éxito político que está siguiendo es similar a lo que ha sido aplicado en países tan dispares como China, Turquía y Filipinas. Los líderes han recurrido a los mismos ingredientes -nacionalismo, amenazas extranjeras, anticorrupción y populismo- para afianzar su poder. Donde la judicatura y los medios son vistos como obstáculos para la autoridad ilimitada de un gobernante, son debilitados de forma sistemática.

En su libro de 2012 “The Dictator’s Learning Curve” (“La curva de aprendizaje de los dictadores”), William J. Dobson explicaba con clarividencia que la nueva raza de líderes autoritarios en todo el mundo ha aprendido un conjunto de trucos para mantener el control que son mucho más inteligentes y sofisticados que en el pasado. “En lugar de cometer arrestos forzados contra los miembros de un grupo de derechos humanos, hoy los déspotas más eficientes envían recaudadores de impuestos o inspectores de salud para clausurar esos grupos disidentes. Las leyes se escriben de forma amplia y después son usadas como un escalpelo contra los grupos que el gobierno considera una amenaza”. Dobson cita a un activista venezolano que describía la astuta mezcla de clientelismo y persecución selectiva de Hugo Chávez con un dicho: “Para mis amigos todo, para mis enemigos la ley”.

Las dictaduras clásicas centralizadas fueron un fenómeno del siglo XX, nacido de las fuerzas centralizadoras y las tecnologías de la época. “Los dictadores modernos trabajan en el más ambiguo espectro que existe entre la democracia y el autoritarismo”, escribe Dobson. Mantienen las formas de la democracia -constituciones, elecciones, medios de comunicación- pero trabajan para desproveerlas de todo significado. Trabajan para mantener contenta a la mayoría, usando el clientelismo, el populismo y las amenazas externas para mantener la solidaridad nacional y su popularidad, como se ha hecho en Rusia y podría ocurrir en Arabia Saudí, que está ahora implicada en una intensa guerra fría con Irán, completada con una muy caliente “proxy war” (enfrentamiento mediante el apoyo a otros grupos) en Yemen.

Dobson, sin embargo, terminó su libro expresando el optimismo de que, en muchos países, la gente estaba resistiéndose y desbordando a los dictadores. Pero lo que ha sucedido desde que escribió el libro es deprimente. En lugar de que los déspotas se vean influidos por los demócratas, son los demócratas los que están recorriendo la curva de aprendizaje.

Piensen en Turquía, un país que a principios de este siglo parecía en un firme camino hacia la democracia y el liberalismo, anclado en un deseo de convertirse en un miembro de pleno derecho de la Unión Europea. Hoy, su gobernante, Recep Tayyip Erdogan, ha eliminado casi todos los obstáculos a su control total. Ha sometido al ejército y a la burocracia, lanzado varios tipos de acciones impositivas y regulativas contra sus opositores en los medios de comunicación, y designado a un grupo de oposición potencial, los gülenistas, como terroristas. Los gobernantes de Filipinas y Malasia parecen estar tomando notas del mismo manual.

Esa no es la imagen de la democracia en todas partes, por supuesto, pero estas tendencias pueden observarse en zonas del mundo bastante alejadas entre sí. En países como la India o Japón, que siguen siendo democracias vibrantes en casi todos los aspectos, están penetrando elementos de este nuevo sistema: un nacionalismo y populismo crudos y crecientes medidas para intimidar y neutralizar a la prensa libre.

El presidente Trump, por su parte, ha amenazado a la NBC, la CNN (donde trabajo) y otros medios con diversas formas de acción gubernamental. Ha atacado a los jueces y a las agencias independientes. Ha ignorado normas democráticas largamente establecidas. Así que tal vez incluso en Estados Unidos, algunas personas están recorriendo también esta peligrosa curva de aprendizaje.

- Cómo combatir a los demagogos populistas (Project Syndicate - **13/11/17**)

Cambridge.- En una conferencia reciente a la que asistí, estaba sentado junto a un prominente experto en políticas comerciales de Estados Unidos. Comenzamos a conversar sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), al que el presidente Donald Trump le ha echado la culpa por las aflicciones de los trabajadores norteamericanos y que está intentando renegociar. “Nunca pensé que el TLCAN fuera un gran acuerdo”, dijo el economista.

Quedé sorprendido. El experto había sido uno de los defensores más acérrimos y vehementes del TLCAN cuando el acuerdo se firmó hace 25 años. Él y otros economistas especializados en comercio habían desempeñado un papel importante a la hora de venderle el acuerdo al pueblo estadounidense. “Yo respaldé el TLCAN porque pensaba que abriría el camino para futuros acuerdos comerciales”, explicó mi compañero.

Un par de semanas después, estaba en una cena en Europa, donde el orador era un ex ministro de Finanzas de un país de la eurozona. El tema era el ascenso del populismo. El ex ministro había abandonado la política y pronunciaba palabras fuertes sobre los errores que, en su opinión, había cometido la elite política europea. “Acusamos a los populistas de hacer promesas que no pueden cumplir, pero deberíamos apuntar esas críticas a nosotros mismos”, nos dijo.

Antes, durante la cena, había debatido sobre lo que describo como un trilema, por el cual es imposible tener soberanía nacional, democracia e híper-globalización al mismo tiempo. Debemos elegir dos de las tres. El ex político hablaba apasionadamente: “Los populistas al menos son honestos. Son claros respecto de la elección que están haciendo; quieren el estado-nación, y no la híper-globalización o el mercado único europeo. Pero nosotros le dijimos a nuestro pueblo que podía tener las tres tortas a la vez. Hicimos promesas que no pudimos cumplir”.

Nunca sabremos si una mayor honestidad de parte de los políticos y los tecnócratas de la corriente dominante nos habría ahorrado el ascenso de demagogos nativistas como Trump o Marine Le Pen en Francia. Lo que sí resulta claro es que la falta de franqueza en el pasado tuvo un precio. Les ha costado su credibilidad a los movimientos políticos del centro. Y les ha dificultado a las elites la tarea de achicar la brecha que las separa de la gente común que se siente abandonada por el establishment.

A muchas elites las desconciertan los motivos por los cuales los pobres o la gente de clase trabajadora votarían por alguien como Trump. Después de todo, las políticas económicas profesadas por Hillary Clinton muy probablemente les habrían resultado más favorables. Para explicar la aparente paradoja, mencionan la ignorancia, la irracionalidad o el racismo de estos votantes.

Pero existe otra explicación, que es plenamente consistente con la racionalidad y el interés personal. Cuando los políticos establecidos pierden su credibilidad, es natural que los votantes desestimen las promesas que les hacen. Es más factible que los votantes se sientan atraídos por candidatos que tienen credenciales anti-establishment y de los que se puede esperar, con certeza, que se aparten de las políticas predominantes.

En el lenguaje de los economistas, los políticos de centro enfrentan un problema de información asimétrica. Dicen que son reformistas, ¿pero por qué los votantes deberían creerles a líderes que no parecen diferentes de la camada previa de políticos que hicieron una propaganda excesiva de los beneficios de la globalización y desestimaron sus quejas?

En el caso de Clinton, su estrecha asociación con la tendencia dominante globalista del Partido Demócrata y sus vínculos estrechos con el sector financiero claramente agravaron el problema. Su campaña prometió acuerdos comerciales justos y renegó de un respaldo del Acuerdo Transpacífico (TPP por su sigla en inglés), ¿pero lo sentía de corazón, realmente? Después de todo, cuando fue Secretaria de Estado de Estados Unidos, había respaldado fuertemente el TPP.

Esto es lo que los economistas llaman un equilibrio aunador. Los políticos convencionales y reformistas se ven parecidos y, por lo tanto, suscitan la misma respuesta de gran parte del electorado. Pierden votos a manos de los populistas y los demagogos cuyas promesas de sacudir el sistema son más creíbles. Encuadrar el desafío como un problema de información asimétrica también sugiere una solución. Un equilibrio aunador puede alterarse si los políticos reformistas pueden “enviar señales” a los votantes sobre su “verdadero tipo”.

Enviar señales tiene un significado específico en este contexto. Implica adoptar un comportamiento costoso que es lo suficientemente extremo como para que un político convencional nunca quiera emularlo, pero no tan extremo como para transformar al reformista en un populista y frustrar el objetivo. Para alguien como Hillary Clinton, suponiendo que su conversión fue real, podría haber significado anunciar que ya no le pediría un centavo a Wall Street o que no firmaría otro acuerdo comercial si resultara electa.

**En otras palabras, los políticos de centro que quieren eclipsar a los demagogos tienen que transitar un sendero muy estrecho. Si diseñar un sendero de estas características suena difícil, es un indicio de la magnitud del desafío que enfrentan esos políticos. Para lograrlo, probablemente hagan falta nuevas caras y políticos más jóvenes, no contaminados con las opiniones globalistas y fundamentalistas de mercado de sus antecesores.**

**También requerirá un reconocimiento sincero de que a los políticos se los elige para que persigan el interés nacional. Y esto implica la voluntad de atacar a muchas de las vacas sagradas del establishment -particularmente la rienda suelta que se les da a las instituciones financieras, el sesgo hacia las políticas de austeridad, la visión cínica del papel del gobierno en la economía, el movimiento sin obstáculos del capital por todo el mundo y la fetichización del comercio internacional.**

La retórica de estos líderes muchas veces sonará discordante y extrema a los oídos de la corriente dominante. Sin embargo, volver a seducir a los votantes y alejarlos de los demagogos populistas tal vez no requiera nada menos. Estos políticos deben ofrecer una concepción inclusiva, más que nativista, de la identidad nacional, y su política debe mantenerse totalmente dentro de las normas democráticas liberales. Todo lo demás debe estar sobre la mesa.

(Dani Rodrik is Professor of International Political Economy at Harvard University’s John F. Kennedy School of Government. He is the author of The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy and Economics Rules: The Rights and Wrongs of the Dismal Science. His newest book Straight Talk on Trade: Ideas for a Sane World Economy will be published in Fall 2017)

- La globalización de nuestro malestar (Project Syndicate - **5/12/17**)

Nueva York.- Hace quince años, publiqué El malestar en la globalización, un libro que trata de explicar por qué había tanto descontento con la globalización dentro de los países en desarrollo. Sencillamente, muchos creían que el sistema estaba “amañado” en su contra, y se singularizaron los acuerdos globales de comercio por ser particularmente injustos.

Ahora el malestar con la globalización ha estimulado una ola de populismo en Estados Unidos y otras economías avanzadas, liderada por políticos que afirman que el sistema es injusto para sus países. En Estados Unidos, el presidente Donald Trump insiste en que los negociadores comerciales de Estados Unidos fueron engañados por aquellos de México y China.

Entonces, ¿cómo podría algo que supuestamente debía beneficiar a todos en general, tanto en países desarrollados como en países en desarrollo, ser vilipendiado en casi en todas partes? ¿Cómo puede un acuerdo comercial ser injusto para todas las partes?

Para aquellos en países en desarrollo, las afirmaciones de Trump -como también el propio Trump- se constituyen en temas irrisorios. Estados Unidos básicamente redactó las reglas y creó las instituciones de la globalización. En algunas de estas instituciones - por ejemplo, el Fondo Monetario Internacional, Estados Unidos todavía tiene poder de veto, a pesar del papel disminuido que desempeña Estados Unidos en la economía global (un papel que Trump parece estar decidido a disminuir aún más).

Para alguien como yo, que ha observado de cerca las negociaciones comerciales durante más de un cuarto de siglo, está claro que los negociadores comerciales estadounidenses consiguieron la mayor parte de lo que querían. El problema radicó en qué es lo que ellos querían. Su agenda fue establecida a puertas cerradas, por corporaciones. Fue una agenda redactada por y para grandes empresas multinacionales, a expensas de los trabajadores y ciudadanos comunes en todo el mundo.

De hecho, a menudo parece que los trabajadores, quienes han visto sus salarios caer y sus puestos de trabajo desaparecer, solamente son considerados como daño colateral, víctimas inocentes pero inevitables en la marcha inexorable del progreso económico. **Sin embargo, hay otra interpretación de lo que ha sucedido: uno de los objetivos de la globalización era debilitar el poder de negociación de los trabajadores. Lo que las corporaciones querían era mano de obra más barata, a toda costa.**

Esta interpretación ayuda a explicar algunos aspectos desconcertantes de los acuerdos comerciales. Por ejemplo; ¿Por qué es que los países avanzados cedieron una de sus mayores ventajas, el estado de derecho? De hecho, las disposiciones incluidas en la mayoría de los acuerdos comerciales recientes otorgan a los inversores extranjeros más derechos de los que se otorgan a los inversores en Estados Unidos. Estos inversores son compensados, por ejemplo, en caso de que el gobierno adopte una regulación que perjudique los resultados finales de sus balances contables, sin importar cuán deseable sea la regulación o cuán grande sea el daño causado por la corporación en ausencia de dicha regulación.

Hay tres respuestas al malestar globalizado con la globalización. La primera -llamémosla la estrategia de Las Vegas- es duplicar la apuesta con respecto a la globalización, en la forma como la globalización se ha venido gestionando durante el último cuarto de siglo. Esta apuesta, como todas las apuestas comprobadas sobre fallas de políticas (tales como la economía de goteo) se basa en la esperanza de que de alguna manera la globalización será exitosa en el futuro.

La segunda respuesta es el Trumpismo: aislarse de la globalización, guardando la esperanza de que de alguna manera se logre recuperar un mundo ya pasado. Pero el proteccionismo no funcionará. A nivel mundial, los empleos en manufactura están disminuyendo, simplemente porque el crecimiento de la productividad ha superado el crecimiento de la demanda.

Incluso si la manufactura volviera, los puestos de trabajo no lo harán. La tecnología avanzada de manufactura, incluidos los robots, se traduce en que los pocos puestos trabajos que se creen requerirán de mayores habilidades y se ubicarán en lugares diferentes a aquellos en los que se encontraban los puestos de trabajos que se perdieron. Al igual que el enfoque de duplicar la apuesta, este enfoque está condenado al fracaso, ya que incrementará aún más el malestar que sienten los que quedan atrás.

Trump fracasará incluso en su proclamado objetivo de reducir el déficit comercial, que está determinado por la disparidad entre el ahorro interno y la inversión. Ahora que los republicanos se han salido con la suya y han promulgado un recorte de impuestos para los multimillonarios, los ahorros nacionales caerán y el déficit comercial aumentará, debido a un aumento en el valor del dólar. (Los déficits fiscales y los déficits comerciales normalmente se desplazan tan estrechamente a la par que se les llama los déficits “gemelos”). A Trump puede no gustarle, pero como él va poco a poco dándose cuenta, hay algunas cosas que incluso la persona en la posición más poderosa más poderosa en el mundo no pueden controlar.

Hay un tercer enfoque: protección social sin proteccionismo, el tipo de enfoque que tomaron los pequeños países nórdicos. Ellos sabían que, por su calidad de países pequeños, tenían que permanecer abiertos. Pero, también sabían que permanecer abiertos expondría a los trabajadores a riesgos. Por lo tanto, tenían que tener un contrato social que ayudara a los trabajadores a pasar de sus puestos de trabajo anteriores a puestos nuevos y que proporcionara algo de ayuda en el ínterin.

Los países nórdicos son sociedades profundamente democráticas, por lo que sabían que, a menos que la mayoría de los trabajadores consideraran que la globalización los beneficiaba, no sería sostenible. Y, los ricos en estos países reconocieron que si la globalización iba a funcionar como debería, habría suficientes beneficios para todos.

El capitalismo estadounidense en los últimos años ha estado marcado por una avaricia desenfrenada – la crisis financiera del año 2008 brinda amplia confirmación de eso. Pero, tal como han demostrado algunos países, una economía de mercado puede adoptar formas que atenúen los excesos tanto del capitalismo como de la globalización, y que proporcionen un crecimiento más sostenible y mejores niveles de vida para la mayoría de los ciudadanos.

Podemos aprender de los éxitos mencionados qué se debe hacer, de la misma manera que podemos aprender de los errores del pasado qué no se debe hacer. Como se ha puesto de manifiesto, si no gestionamos la globalización de manera que beneficie a todos, se corre el riesgo que las reacciones negativas -que provienen de los nuevos malestares en el Norte y los viejos malestares en el Sur- se intensifique.

(Joseph E. Stiglitz, recipient of the Nobel Memorial Prize in Economic Sciences in 2001 and the John Bates Clark Medal in 1979, is University Professor at Columbia University, Co-Chair of the High-Level Expert Group on the Measurement of Economic Performance and Social Progress at the OECD, and Chief Economist of the Roosevelt Institute. A former senior vice president and chief economist of the World Bank and chair of the US president’s Council of Economic Advisers under Bill Clinton, in 2000 he founded the Initiative for Policy Dialogue, a think tank on international development based at Columbia University. His most recent book is Globalization and Its Discontents Revisited: Anti-Globalization in the Era of Trump)

- El alto costo de negar la existencia de la guerra de clases (Project Syndicate - **8/12/17**)

Atenas.- La atmósfera política en la esfera anglosajona está cargada de indignación burguesa. En Estados Unidos, la llamada clase dirigente liberal está convencida de que la victoria le fue robada por una rebelión de “deplorables” que recibieron armas de los piratas informáticos de Vladimir Putin y usaron los siniestros mecanismos internos de Facebook. En Gran Bretaña, asimismo, una indignada burguesía se pellizca para despertar de la pesadilla que viven porque el apoyo a la salida de la Unión Europea, que favorece un aislamiento poco glorificado, permanece intacto, a pesar de que este proceso sólo puede describirse como un Brexit confuso y desorganizado.

La gama cubierta por los distintos análisis es asombrosa. Se investiga el ascenso del provincianismo militante en ambos lados del Atlántico desde todos los ángulos imaginables: desde ángulos psicoanalíticos, culturales, antropológicos, estéticos y, por supuesto, se realizan análisis en términos de identidad política. El único ángulo que queda en su mayoría inexplorado es el que tiene la clave para comprender lo que está sucediendo: la incesante guerra de clases desatada contra los pobres desde finales de la década de 1970.

El 2016, el año tanto de Brexit como de Trump, dos piezas de datos, diligentemente desdeñadas por los analistas más astutos de las clases dirigentes, fueron las que contaron la historia. En Estados Unidos, de acuerdo con datos de la Reserva Federal, más de la mitad de las familias estadounidenses no calificaron para obtener un préstamo que les permitiera comprar el automóvil nuevo más barato en venta (el sedán Nissan Versa, con un precio de $12.825). Al mismo tiempo en el Reino Unido, más del 40% de las familias dependían ya sea de bancos de alimentos o de préstamos para alimentarse y cubrir sus necesidades básicas.

**Guillermo de Ockham, el filósofo británico del siglo XIV, planteó su célebre postulado que indica que cuando nos sentimos perplejos frente a explicaciones que compiten entre sí, deberíamos optar por la explicación que tiene la menor cantidad de suposiciones y que es la más simple**. A pesar de toda la destreza que tienen los expertos de las clases dirigentes en Estados Unidos y Gran Bretaña, parece que ellos no prestaron atención a este principio.

Ya que dichos expertos son reacios a reconocer la intensificada guerra de clases, ellos estudian interminablemente teorías de conspiración sobre la influencia rusa, las explosiones espontáneas de misoginia, la ola de migrantes, el surgimiento de las máquinas, etcétera. Si bien todos estos temores están altamente correlacionados con el provincianismo militante que impulsa a Trump y Brexit, sólo pueden considerarse como tangenciales a **la causa más profunda -la guerra de clases contra los pobres**- que es a la que hacen referencia los datos sobre asequibilidad para la compra de automóviles en Estados Unidos y los datos sobre la dependencia crediticia de gran parte de la población de Gran Bretaña.

Es cierto que algunos votantes relativamente acomodados de la clase media también apoyaron a Trump y Brexit. Pero gran parte de ese apoyo surgió por el miedo que les causó observar que las clases justo debajo de las suyas se encontraban sumidas en la desesperación y el odio, mientras que las perspectivas de sus propios hijos disminuían y se oscurecían.

Veinte años atrás, los mismos expertos liberales cultivaron el sueño imposible relativo a que globalizar el capitalismo financiarizado brindaría prosperidad para la mayoría. En un momento en que el capital se concentraba cada vez más a escala global y actuaba de manera más agresiva en contra de los no propietarios de activos, estos expertos declaraban que la guerra de clases había terminado. Mientras la clase trabajadora iba creciendo en tamaño en todo el mundo, a pesar de que sus puestos de trabajos y sus perspectivas de empleo se reducían en la esfera anglosajona, las élites se comportaban como si las clases fueran una cosa pasada de moda.

El colapso financiero del año 2008 y la posterior Gran Recesión se ocuparon de enterrar ese sueño. Aun así, los liberales ignoraron el hecho innegable de que las gigantescas pérdidas sufridas por el cuasi criminal sector financiero fueron cínicamente transferidas sobre los hombros de una clase trabajadora, que ellos pensaban que ya no revestía importancia alguna.

A pesar de las élites se consideran a sí mismas como progresistas, su disposición a ignorar las cada vez más amplias divisiones de clases, y reemplazarlas por prácticas ciegas ante las clases de identidad política, fue el mejor regalo que pudo recibir el populismo tóxico. En Gran Bretaña, el Partido Laborista (bajo el liderazgo de Tony Blair, Gordon Brown y Edward Miliband) fue demasiado tímido incluso con respecto a mencionar la intensificación de la guerra de clases en contra de la mayoría durante el período posterior al año 2008, actitud que condujo a que emerja desde dentro de los bastiones del Partido Laborista, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) junto con su Brexit provincialista.

A la sociedad cortesana aparentemente le importó un bledo que se hubiera hecho más fácil ingresar a Harvard o Cambridge si eras una persona negra, y no así si eras una persona pobre. Deliberadamente los miembros de esta clase ignoraron que la identidad política puede causar tanta división como el apartheid, si se le permite actuar como una palanca para pasar por alto el conflicto de clases.

Trump no tuvo ningún escrúpulo para hablar con claridad acerca de las clases y para acoger en su seno -aunque sea de manera engañosa y falsa- a aquellos que son demasiado pobres para comprar un automóvil, sin tener que mencionar a aquellos cuyas posibilidades no les permiten enviar a sus hijos a Harvard. Aquellos que están a favor de Brexit, asimismo, acogieron en su seno a la “plebe”, lo que se refleja en las imágenes del líder del UKIP, Nigel Farage, en bares ingleses bebiendo junto a “muchachos normales y corrientes”. Y, cuando grandes sectores de la clase trabajadora dieron la espalda a los hijos e hijas favoritos de la clase dirigente (a los Clinton, los Bush y los Cameron), y brindaron su respaldo al provincialismo militante, los críticos culparon de ello a las ideas ilusorias que tiene la chusma sobre el capitalismo.

Pero no fueron las ideas ilusorias sobre el capitalismo las que llevaron al descontento que energizó a Trump y Brexit. Por el contrario, es la desilusión con la política moderada que es el tipo de política que intensificó la guerra de clases contra ellos.

Como era de esperar, el acogimiento de la clase trabajadora por parte de Trump y de quienes están a favor de Brexit estuvo siempre destinado a brindar a estos líderes con poder electoral que, tarde o temprano, se desplegaría en contra los intereses de la propia clase trabajadora y, por supuesto, las minorías - que es a lo que siempre ha tendido el populismo en el poder, desde la década de 1930 hasta hoy en día. Trump ha utilizado el apoyo que recibe de la clase trabajadora para abrir paso para reformas fiscales escandalosas, cuya ambición descarada es ayudar a la plutocracia, mientras millones de estadounidenses enfrentan una cobertura de salud reducida y, a medida que el déficit del presupuesto federal crezca como globo, tengan que enfrentar obligaciones de impuestos más altas a largo plazo.

Asimismo, gobierno Conservador de Gran Bretaña, que se ha casado con los objetivos populistas de Brexit, ha anunciado recientemente más reducciones de varios millones de libras en seguridad social, educación y créditos fiscales que afectan a los trabajadores pobres. Esos recortes van exactamente a la par de las reducciones en impuestos corporativos y recortes de impuestos sobre las herencias.

Hoy, los líderes de opinión de la clase dirigente, quienes desdeñosamente rechazaron la pertinencia de las clases sociales, han contribuido a la creación de un ambiente político en el que la política de clases nunca fue más pertinente, más tóxica y menos debatida. Hablando en representación de una clase dirigente compuesta por expertos financieros, banqueros, representantes de las corporaciones, dueños de medios de comunicación y funcionarios de las grandes industrias, ellos actúan exactamente como si su objetivo fuera entregar a las clases trabajadoras a las sucias manos de los populistas y de su promesa vacía de hacer que Estados Unidos y Gran Bretaña sean “nuevamente grandiosos”.

La única posibilidad de civilizar la sociedad y desintoxicar la política es un nuevo movimiento político que en nombre de un nuevo humanismo cabalgue y se cimiente en la ardiente injusticia que produce la guerra de clases. A juzgar por el cruel trato que se dio al senador estadounidense Bernie Sanders y al líder laborista Jeremy Corbyn, la clase dirigente liberal parece temer más a ese movimiento que a Trump y Brexit.

(Yanis Varoufakis, a former finance minister of Greece, is Professor of Economics at the University of Athens)

- ¿El centro resistirá? (Project Syndicate - **21/12/17**)

Cambridge.- El interrogante más importante que enfrenta Estados Unidos -y, en más de un sentido, el mundo- después de los acontecimientos de 2017 es el siguiente: ¿la profecía temerosa de Yeats de que “las cosas se desmoronan; el centro no puede resistir” se hará realidad? ¿Seguirá pareciendo que “Los mejores carecen de toda convicción mientras que los peores están llenos de intensidad apasionada”? Es difícil no preocuparse, pero es demasiado pronto para anticipar un fracaso.

Estados Unidos ahora tiene un presidente que suele utilizar su cuenta de Twitter para propinar insultos a los líderes de estados con armas nucleares, a los medios de comunicación norteamericanos, a miembros de su propio gabinete y a minorías religiosas y raciales, al mismo tiempo que llena de elogios a quienes denigran los valores de la democracia, la tolerancia y el derecho internacional.

Países como China, Rusia, Turquía y Arabia Saudita son más autoritarios, más nacionalistas y más truculentos en la escena mundial que hace un año. Y también está el líder sin duda más beligerante y posiblemente más errático de Corea del Norte, un país a punto de desarrollar la capacidad de lanzar armas nucleares de largo alcance.

Europa también enfrentó desafíos en 2017. Además de la decisión del Reino Unido de proceder con su retiro de la Unión Europea, la extrema derecha ganó bancas en el Bundestag alemán por primera vez en décadas, y a los partidos y candidatos de extrema derecha les fue mejor que nunca en varias elecciones europeas. A mediados de noviembre, 60.000 personas marcharon en Varsovia exigiendo una “Europa blanca”.

De modo que hay mucha intensidad apasionada. Y gran parte de esta intensidad está dirigida contra las tradiciones y creencias que han hecho de las últimas décadas las mejores en la historia humana, en términos de niveles de vida, emancipación humana, progreso científico y artístico, reducción del dolor y el sufrimiento o minimización de la muerte prematura y violenta.

¿Las cosas se mantendrán unidas? ¿Algún tipo de centro resistirá? Los mercados financieros ofrecen una visión notablemente optimista. El mercado bursátil de Estados Unidos ha quebrado un récord tras otro en el año desde que Donald Trump fue elegido presidente, mientras que los indicadores de una volatilidad efectiva y la expectativa de una volatilidad futura del mercado bursátil están en niveles muy bajos según los parámetros históricos. Y a algunos mercados bursátiles en todo el mundo inclusive les ha ido mejor.

Si bien los precios elevados de las acciones y la baja volatilidad pueden parecer sorprendentes, quizá reflejen que la relación entre los resultados del mercado bursátil y los acontecimientos geopolíticos es limitada. Por ejemplo, el ataque de Japón a Pearl Harbor, el asesinato del presidente John F. Kennedy y los atentados terroristas del 11 de septiembre no tuvieron un impacto significativo en la economía. Los mayores movimientos del mercado bursátil, como la crisis de 1987, ocurrieron por lo general en días en que no había noticias externas importantes.

Los mercados bursátiles están en alza porque están conformados por compañías individuales y, en gran medida este año, las ganancias corporativas han crecido y resultaron predecibles. Es difícil establecer cuánto tiempo esto va a seguir siendo así, y existe el riesgo de que los inversores estén cada vez tomando más apalancamiento o persiguiendo estrategias -como versiones contemporáneas del seguro de cartera- que los obligarán a vender si los mercados caen. Vale la pena recordar que, mirando hacia atrás, los mercados no parecen haber estado considerablemente efervescentes antes de la crisis de 1987.

También está la cuestión de la salud de las instituciones financieras. Si bien las firmas importantes parecen estar mucho mejor capitalizadas y ser mucho más líquidas que antes de la crisis, los indicadores de riesgo del mercado sugieren que tal vez no estemos tan fuera de peligro como muchos suponen. A pesar de incrementos aparentemente importantes del capital y las consiguientes caídas del apalancamiento, no parece que las acciones de los bancos se hayan vuelto mucho menos volátiles, como predeciría la teoría financiera cuando el capital se vuelve abundante.

Con frecuencia se dice -inclusive lo hace el presidente norteamericano, Donald Trump- que los mercados financieros ofrecen alivio en el momento actual. Pero una recaída en una crisis financiera probablemente tendría consecuencias políticas catastróficas, y llevaría al poder a nacionalistas populistas inclusive más tóxicos. En este escenario, el centro no resistirá.

Más allá del tipo de riesgos de corto plazo que calculan los mercados, existe el tema de una desaceleración económica. La buena noticia es que el sentimiento es positivo en gran parte del mundo. Parece poco probable que la inflación se acelere fuera de control y provoque la implementación de políticas fiscales y monetarias contractivas. La mayoría de los pronosticadores consideran bajo el riesgo a corto plazo de una recesión.

Pero las recesiones nunca se predicen de manera exitosa, ni siquiera con seis meses de anticipación. La expansión actual en Estados Unidos ya lleva un buen tiempo, y el riesgo de errores en materia de políticas allí es muy real, debido a una conducción económica altamente problemática en la administración Trump. Yo pondría la probabilidad anual de una recesión en los próximos años en un 20-25%. De manera que las probabilidades de que la economía de Estados Unidos caiga en una recesión en los próximos tres años son más fuertes que nunca.

El riesgo desde un punto de vista estrictamente económico es que este año no exista la estrategia tradicional para combatir una recesión -una reducción de 500 puntos básicos en la tasa de interés de fondos federales-, considerando el límite inferior igual a cero de las tasas de interés. Tampoco resulta claro si habrá voluntad o espacio para una expansión fiscal.

Esto significa que la próxima recesión, como la última, puede ser prolongada y profunda, con consecuencias globales serias. Y la capacidad política para una respuesta global, como la que se manifestó en la cumbre del G-20 en Londres en 2009, también parece estar ausente. Basta con comparar las visiones globales del presidente norteamericano Barack Obama y del primer ministro británico Gordon Brown en aquel momento con las de Trump y la primera ministra Theresa May hoy.

Me estremezco sólo de pensar qué significará una recesión grave para la política y las políticas.

Cuesta imaginar que se evite un resurgimiento del proteccionismo, del populismo y de la búsqueda de chivos expiatorios. En ese escenario, como en otras crisis financieras, el centro no resistirá.

Pero el mayor riesgo en los próximos años, en mi opinión, no es ni un colapso del mercado ni una recesión. Por el contrario, es un ciclo de fatalidad política en el que la conclusión de los votantes de que el gobierno no funciona de manera efectiva para ellos se vuelva una profecía autocumplida. Los candidatos elegidos en base a plataformas de resentimiento deslegitiman a los gobiernos que lideran, alimentando un mayor resentimiento y hasta nuevos líderes más problemáticos. Cunde el cinismo.

¿Cómo explicar, si no, la candidatura de Roy Moore para una banca en el Senado de Estados Unidos? Moore, que fue despedido con causa en dos oportunidades de su puesto en la Corte Suprema de Alabama, y que está acusado de manera creíble de acoso sexual a jóvenes adolescentes cuando tenía treinta y tantos años, podría entrar al Senado de Estados Unidos mientras muchos de sus colegas miran para otro lado.

Si los ciudadanos de un país pierden confianza en la capacidad de su gobierno para mejorarles la vida, el gobierno tiene un incentivo para buscar el apoyo popular centrando su atención en amenazas que sólo él puede enfrentar. Es por eso que en las sociedades dominadas por la ira y la incertidumbre sobre el futuro, la tentación de estigmatizar a los grupos minoritarios aumenta. Y es por eso que existe una tendencia a que las autoridades magnifiquen las amenazas externas.

Estamos viendo este fenómeno en todo el mundo. El presidente ruso, Vladimir Putin, el presidente turco, Recep Tayyip Erdoğan, y el presidente chino, Xi Jinping, hicieron del nacionalismo una parte central de su estrategia de gobierno. Lo mismo ha hecho Trump, que explícitamente ha rechazado a la comunidad internacional en favor de la idea de que sólo hay una lucha incesante entre los estados nación por una ventaja competitiva.

Cuando la potencia preeminente del mundo, que ha defendido la idea de una comunidad internacional durante casi 75 años, la rechaza en favor de acuerdos ad hoc, los demás no tienen otra opción que seguir sus pasos. Los países que ya no pueden confiar en Estados Unidos sienten una presión para ocuparse de su propia seguridad. Los adversarios de Estados Unidos inevitablemente buscarán llenar el vacío que queda cuando Estados Unidos se repliega.

Los cambios en la política impositiva, regulatoria o presupuestaria pueden ser rescindidos -aunque con dificultad- por la administración siguiente. Una percepción de que Estados Unidos ya no está preparado para defender a sus aliados en la comunidad internacional es mucho menos reversible. Aún si Estados Unidos reanuda sus compromisos previos, existirá una sensación persistente de que las promesas que no se cumplen una vez se pueden volver a romper. Y una vez que otros países se embarcan en un nuevo camino, tal vez no puedan o no quieran revertir el curso.

¿Entonces el centro resistirá? ¿El orden internacional se mantendrá estable? La respuesta dependerá de las elecciones de la administración Trump y de las respuestas de otros gobiernos. Pero cuando otros países miren a Estados Unidos, estarán viendo algo más que a su presidente, especialmente en la medida que siga cayendo su popularidad. Es por eso que es más importante que nunca que todos los norteamericanos proclamen su continuo compromiso con la democracia y la prosperidad en casa y con el liderazgo de la comunidad global.

(Lawrence H. Summers, US Secretary of the Treasury (1999-2001) and Director of the US National Economic Council (2009-2010), is a former president of Harvard University, where he is currently University Professor)

- La ley estadounidense de alivio para donantes del año 2017 (Project Syndicate - **2/1/18**)

Nueva York.- Nunca una legislación etiquetada tanto como una reducción de impuestos y una reforma fiscal ha recibido tanta desaprobación y burla como recibió el proyecto de ley aprobado por el Congreso estadounidense y promulgado como ley por el presidente Donald Trump justo antes de Navidad. Los republicanos que votaron a favor (ningún demócrata lo hizo) del proyecto de ley afirman que su regalo será apreciado más adelante, a medida que los estadounidenses vean aumentar su salario neto. Se puede decir casi con seguridad que se equivocan. Por el contrario, el proyecto de ley envuelve en un solo paquete todo lo que está mal con el Partido Republicano, y hasta cierto punto, la degradada situación de la democracia estadounidense.

La legislación no es una “reforma fiscal” incluso según la lectura más flexible. La reforma implica el cierre de escapatorias fiscales distorsionantes y el aumento de la equidad del código tributario. Lo fundamental para la equidad es la capacidad de pago. Pero esta legislación tributaria reduce los impuestos en decenas de miles de dólares, en promedio, para los que más pueden pagar (el quintil superior). Y, cuando se implemente por completo (en el año 2027), aumentará los impuestos que deberán pagar la mayoría de los estadounidenses en la parte media de la distribución de ingresos (en el segundo, tercer y cuarto quintiles).

El código fiscal de EEUU ya era regresivo mucho antes de la presidencia de Trump. De hecho, el inversor multimillonario Warren Buffett, uno de los hombres más ricos del mundo, manifestó su famosa queja sobre que era un error que él pagara una tasa impositiva más baja que su secretaria. La nueva legislación hace que el sistema tributario estadounidense sea aún más regresivo.

Ahora se reconoce universalmente que la creciente desigualdad es un problema económico clave en Estados Unidos, y que quienes están en la parte superior de la distribución de ingresos capturaron casi todas las ganancias del PIB durante el último cuarto de siglo. La nueva legislación echa sal a la herida: en lugar de contrarrestar esta tendencia preocupante, la “reforma” de los republicanos da aún más a quienes están en dicha parte superior.

Una economía más distorsionada no es una economía saludable. El Fondo Monetario Internacional ha enfatizado que una sociedad más desigual empeora el desempeño económico - y la nueva legislación fiscal conducirá inexorablemente a una sociedad más desigual.

Gran parte de la complejidad y distorsión en el código fiscal de Estados Unidos surge de diferentes tipos de ingresos gravados a diferentes tasas. Tal tratamiento diferencial conduce no solo a la percepción (correcta) de que el código fiscal es injusto, sino también a sus ineficiencias: los recursos se trasladan a sectores favorecidos y se desperdician a medida que las empresas intentan convertir sus ingresos y actividades en las formas más favorecidas. Se han retenido las peores disposiciones del antiguo código fiscal -como la escapatoria para intereses devengados, que permite a las empresas de capital privado que destruyen empleos paguen impuestos a tasas bajas- y se han creado nuevas categorías de ingresos favorecidos (que se obtienen mediante las denominadas entidades de paso).

Es improbable que se materialice el esperado y deseado estímulo de crecimiento económico por varias razones. Primero, la economía ya está en o cerca del pleno empleo. Si la Reserva Federal de Estados Unidos llega a la conclusión de que ese es el caso, elevará las tasas de interés a la primera señal de un aumento significativo en la demanda agregada. Y, las tasas de interés más altas significan que la inversión, y por lo tanto el crecimiento, disminuirán, incluso si aumenta el consumo de los muy ricos.

Además, exprimir a los Estados “azules” (demócratas), incluidos California y Nueva York, mediante la inclusión de disposiciones en el proyecto de ley fiscal específicamente dirigido a ellos, no solo amplía aún más la división política de Estados Unidos, también es mala práctica económica. Ningún gobierno sensato socavaría las partes más dinámicas de su economía, y sin embargo, eso es lo que está haciendo la administración Trump. Las exenciones de impuestos especiales para el sector inmobiliario pueden ayudar a Trump y a su yerno, Jared Kushner, pero eso no hace que Estados Unidos sea grande o competitivo. Y limitar la deducibilidad del impuesto a la renta estatal y el impuesto a la propiedad casi seguramente reducirá la inversión en educación e infraestructura - una vez más, no es una estrategia sólida para aumentar la competitividad estadounidense. Otras nuevas disposiciones también dañarán la economía de EEUU.

Debido a que el déficit fiscal aumentará -la única pregunta que queda es cuánto aumentará, yo hago la apuesta de que dicho aumento será mucho mayor que las estimaciones actuales de $1 a 1.5 millones de millones- el déficit comercial también aumentará, independientemente de si Trump va tras la consecución de políticas más nativistas/proteccionistas. Las menores exportaciones y las mayores importaciones debilitarán aún más las actividades manufactureras estadounidenses. Una vez más (como lo hizo con los recortes de atención sanitaria y de impuestos), Trump está traicionando a sus principales partidarios.

Sin embargo, el Partido Republicano es cínico. Sus líderes están aprovechando a manos llenas – Trump, Kushner y muchos otros en su gobierno están entre los grandes ganadores – ya que piensan que esta pudiese ser su última oportunidad de regodearse en un banquete como este. Y, con respecto a esta forma de actuar, ningún republicano cree que su partido puede escabullirse y salirse con la suya con mayor firmeza que bajo el liderazgo de Trump.

Es por esto que la legislación está estructurada para dar a las personas individuales reducciones de impuestos temporales, mientras que las corporaciones obtienen una reducción permanente en su tasa de impuestos. Los republicanos parecen confiar en que los votantes no verán más allá de su próximo cheque de pago. Sin embargo, no se puede manipular a los votantes tan fácilmente: ellos ya han visto el truco, y se han convencido de manera correcta a través de numerosos estudios provenientes de fuentes de dentro y fuera del gobierno que la mayor parte de la reducción de impuestos va a favorecer a las corporaciones y a los muy ricos.

La legislación tributaria de Trump también da testimonio de la creencia de muchos republicanos sobre que los dólares son más importantes que los votantes. Todo lo que importa es complacer a sus patrocinadores corporativos, quienes recompensarán al partido con contribuciones, mismas que se usarán para comprar votos, asegurando de esta manera la perpetuación de una agenda política impulsada por las corporaciones.

Guardemos la esperanza de que los estadounidenses realmente sean más inteligentes de lo que creen que lo son los codiciosos presidentes de las corporaciones y sus cínicos sirvientes republicanos. Ya que las elecciones legislativas de mitad de período se celebrarán el próximo mes de noviembre, los estadounidenses tendrán una gran oportunidad para probarlo.

(Joseph E. Stiglitz, a Nobel laureate in economics, is University Professor at Columbia University and Chief Economist at the Roosevelt Institute. His most recent book is Globalization and Its Discontents Revisited: Anti-Globalization in the Era of Trump)

- ¿Puede la política de los movimientos renovar la democracia europea? (Project Syndicate - **3/1/18**)

Princeton.- Mucha gente esperaba que la gran historia política de 2017 fuera sobre el triunfo del populismo en Europa. Pero las cosas no resultaron de esa manera. Por el contrario, la mayor historia fue la de los autoproclamados “movimientos” que hicieron caer o sustituyeron a los partidos políticos tradicionales.

Consideremos el caso de La République En Marche! del presidente francés, Emmanuel Macron, que arrasó en las elecciones presidenciales y parlamentarias francesas la primavera pasada. O pensemos cómo, a fin de año, Sebastian Kurz, de 31 años, se convirtió en canciller de Austria después de reformular al conservador Partido Popular Austríaco (ÖVP por su sigla en alemán) y transformarlo en un movimiento llamado “Lista Sebastian Kurz - El Nuevo Partido Popular”.

En todo el continente europeo, más votantes han llegado a ver a los partidos políticos tradicionales como egoístas y hambrientos de poder. También en el mundo en desarrollo, a los partidos con linaje bien establecidos, como el Congreso Nacional Africano (CNA) en Sudáfrica, hoy generalmente se los considera corruptos. En muchos casos, los partidos tradicionales se han convertido en lo que los politólogos llaman “carteles”: utilizan los recursos del Estado para mantenerse en el poder y, más allá de sus diferencias políticas, suelen aunar esfuerzos para mantener alejados a los contrincantes.

Los votantes jóvenes, en particular, parecen tener menos interés en trabajar para los partidos tradicionales, a los que consideran excesivamente burocráticos y, por ende, aburridos. Esto nos recuerda la famosa broma de Oscar Wilde sobre el problema del socialismo: requiere demasiadas tardes. No sorprende, entonces, que los experimentos políticos más innovadores de Europa en los últimos años hayan surgido de manifestaciones callejeras y asambleas multitudinarias que rechazaron las formas jerárquicas de organización.

Por ejemplo, el izquierdista Podemos de España se constituyó después de las manifestaciones masivas de los indignados en 2011. En Italia el populista Movimiento 5 Estrellas (M5S por su sigla en italiano), que salió primero en las elecciones parlamentarias de Italia de 2013 y, según se predice, tendrá un buen desempeño en 2018, surgió de las grandes concentraciones organizadas por el comediante Beppe Grillo contra “la casta” -el término despectivo que utiliza para lo que considera la casta de políticos y periodistas profesionales que gobiernan el país.

Sin embargo, algo raro tuvo lugar entre los orígenes de estos movimientos como protestas callejeras espontáneas e inclusivas y su éxito posterior en las urnas. Irónicamente, a pesar de que han seguido promoviendo las formas horizontales de organización y la democracia participativa, sus líderes carismáticos han concentrado cada vez más poder en sus propias manos.

Por ejemplo, el secretario general de Podemos, Pablo Iglesias, se ha ganado críticas de activistas idealistas en el movimiento por su “híper-liderazgo” y su “leninismo online”. En respuesta, Iglesias ha declarado que “el cielo no se toma por consenso”.

Grillo no tiene un cargo oficial en M5S, que se define a sí mismo como una “no asociación”, pero es el dueño del blog que ha sido clave para el éxito del movimiento, así como del copyright de su símbolo oficial. Grillo ha revocado el derecho de los miembros de M5S a utilizar ese símbolo, supuestamente, por romper las “reglas” -o lo que oficialmente se conoce como el “no estatuto”- de su “anti-partido”. Y quienes se postulan para un cargo público bajo la pancarta de M5S deben firmar un contrato en el que prometen pagar multas si violan los principios del partido.

Por supuesto, los movimientos políticos no necesariamente son populistas por naturaleza. Como han demostrado los movimientos Verde y feminista, un movimiento puede refutar las formas tradicionales de la política sin por ello decir que representa al “verdadero pueblo” o a la “mayoría silenciosa”.

Sin embargo, los movimientos políticos de hoy también tienden a ser menos pluralistas que los grandes partidos que han dominado la política europea de posguerra. Esto tiene sentido, dado que “movimiento” implica no sólo dinamismo sino también la presunción de que todos los miembros están en total acuerdo con el camino a seguir.

El problema es que cuando todos supuestamente están de acuerdo sobre hacia dónde están yendo, parece no existir necesidad alguna de una amplia deliberación democrática. En consecuencia, los movimientos que han surgido en Europa en los últimos años -tanto en la izquierda como en la derecha- se han centrado en fortalecer a sus respectivos líderes individuales en lugar de empoderar a sus bases, aun cuando defienden la democracia participativa.

En el caso de Macron y Kurz, cada líder ha sacado partido de la sensación de dinamismo y determinación que suele ser una característica esencial de la política de movimientos monotemática. Kurz, por su parte, ha doblegado a todo el ÖVP a su voluntad. Además de darle un nuevo nombre, ha reorganizado sus estructuras internas y ha cambiado su color oficial de negro a turquesa. Aun así, la plataforma conservadora del partido prácticamente no ha cambiado, lo que sugiere que las medidas de Kurz tienen que ver con el marketing y con afirmar su autoridad personal más que cualquier otra cosa.

Al final Podemos, La République En Marche! y Momentum, el movimiento joven que ayudó a Jeremy Corbyn a reformular la plataforma del Partido Laborista británico, no son importantes porque son movimientos per se. Son importantes, en verdad, porque ofrecen más opciones políticas a los ciudadanos, especialmente aquellos que están frustrados con los duopolios predominantes -sistemas políticos dominados por dos partidos arraigados que ofrecen recetas políticas prácticamente idénticas.

En el caso de Corbyn, la política de movimientos podría reestablecer las credenciales progresistas del Partido Laborista y revertir lo que muchos consideraron la adopción de políticas neoliberales del ex primer ministro Tony Blair. Pero sería ingenuo pensar que los movimientos por sí solos harán que la política europea sea más democrática. En todo caso, podrían operar de manera aún menos democrática que los partidos tradicionales, debido a sus fuertes formas plebiscitarias de liderazgo.

(Jan-Werner Mueller is a professor of politics at Princeton University. His latest book is What is Populism?)

- En defensa del populismo económico (Project Syndicate - **9/1/18**)

Cambridge.- Los populistas aborrecen las restricciones al poder ejecutivo. Puesto que dicen representar al “pueblo” en su totalidad, consideran que todo límite a su ejercicio del poder atenta contra la voluntad popular, y sólo puede estar al servicio de los “enemigos del pueblo”: las minorías y los extranjeros (para los populistas de derecha) o las élites financieras (en el caso de los populistas de izquierda).

Es una forma peligrosa de entender la política, porque permite a una mayoría pisotear los derechos de las minorías. Sin separación de poderes, sistema judicial independiente y libertad de prensa (algo que todos los autócratas populistas, desde Vladimir Putin y Recep Tayyip Erdoğan hasta Viktor Orbán y Donald Trump detestan) la democracia degenera en tiranía de quien acierte a estar en el poder.

En el populismo, las elecciones periódicas se vuelven una cortina de humo. En ausencia del Estado de Derecho y de las libertades civiles básicas, los regímenes populistas pueden prolongar su reinado manipulando medios y tribunales a su antojo.

La aversión de los populistas a los límites institucionales se extiende a la economía, donde el ejercicio del pleno control “por el bien del pueblo” no admite que se interpongan organismos reguladores autónomos, bancos centrales independientes o las normas del comercio internacional. Pero mientras que en el ámbito político el populismo es casi siempre pernicioso, hay ocasiones en que el populismo económico se justifica.

Comencemos por analizar los motivos que puede haber para restringir la política económica, algo que suele ser del agrado de los economistas, porque cuando la definición de políticas es totalmente dependiente del tira y afloja de la política interna pueden producirse resultados sumamente ineficientes. En particular, la política económica suele padecer lo que los economistas llaman inconsistencia temporal: es común que los intereses inmediatos impidan la implementación de políticas que son mucho más deseables a largo plazo.

Un ejemplo de manual es la política monetaria discrecional. Cuando un político tiene poder para emitir dinero a voluntad, puede ocurrir que decida generar una “inflación sorpresa” para estimular la producción y el empleo en lo inmediato, por ejemplo, antes de una elección. Pero esto es contraproducente, porque las empresas y los hogares ajustan las expectativas inflacionarias, y al final, lo único que se consigue es más inflación sin ninguna mejora de la producción o el empleo. La solución es un banco central independiente, aislado de la política, que sólo deba cumplir el mandato de mantener la estabilidad de precios.

Los costos del populismo macroeconómico son bien conocidos por la experiencia latinoamericana. Como señalaron hace años Jeffrey D. Sachs, Sebastián Edwards y Rüdiger Dornbusch, las políticas monetarias y fiscales insostenibles fueron la ruina de la región hasta que en los noventa comenzó a prevalecer la ortodoxia económica. Las políticas populistas producían periódicamente graves crisis económicas, que perjudicaban especialmente a los pobres, hasta que para cortar el ciclo, la región se volcó a las normas fiscales y a los ministros de finanzas tecnocráticos.

Otro ejemplo es el tratamiento oficial de la inversión extranjera. En cuanto una empresa extranjera hace una inversión, queda básicamente cautiva de los caprichos del gobierno anfitrión, que olvida fácilmente las promesas que hizo para atraerla, y las reemplaza por políticas que la exprimen en aras del presupuesto nacional o de las empresas locales.

Pero los inversores no son estúpidos y, por temor a que pase esto, invierten en otra parte. La necesidad de credibilidad de los gobiernos llevó entonces a la aparición de tratados comerciales con cláusulas de arbitraje de disputas entre estados e inversores, que permiten a las empresas demandar a los gobiernos en tribunales internacionales.

Todos estos son ejemplos de restricciones a la política económica en la forma de delegación de poderes a organismos autónomos, tecnócratas o reglas externas. Según esta descripción, cumplen la valiosa función de impedir que quienes ejercen el poder apliquen políticas imprudentes que sólo los perjudican.

Pero también puede ocurrir que las restricciones a la política económica traigan consecuencias menos benéficas. En particular, si son restricciones instituidas por grupos de intereses especiales o élites para consolidar su control permanente de la formulación de políticas. En esos casos, la delegación a organismos autónomos y la sujeción a normas internacionales no están al servicio de la sociedad, sino de una estrecha casta de “iniciados”.

Uno de los motivos de la reacción populista actual es la creencia (no del todo injustificada) de que la segunda descripción es aplicable a buena parte de la política económica de las últimas décadas. Las negociaciones comerciales internacionales han estado cada vez más supeditadas a la influencia de corporaciones multinacionales e inversores, lo que dio lugar a regímenes globales desproporcionadamente favorables al capital en detrimento de los trabajadores. Ejemplos claros son las normas estrictas sobre patentes y los tribunales internacionales para inversores. Otro es la captura de los organismos autónomos por las industrias que supuestamente deben regular. Los bancos y otras instituciones financieras han sido especialmente capaces de salirse con la suya y establecer reglas que les dan total libertad de acción.

Los bancos centrales independientes fueron actores fundamentales para controlar la inflación en los ochenta y los noventa; pero en el actual entorno de baja inflación, su insistencia en la estabilidad de precios imparte un sesgo deflacionario a la política económica, y está en tensión con la generación de empleo y el crecimiento.

Es posible que esta “tecnocracia liberal” esté en su apogeo en la Unión Europea, donde las normas y regulaciones económicas se diseñan a considerable distancia de la deliberación democrática nacional. Esta divergencia política (el llamado “déficit democrático” de la UE) ha dado lugar en casi todos los estados miembros al surgimiento de partidos políticos populistas y euroescépticos.

En estos casos, bien puede ser deseable flexibilizar las restricciones a la política económica y devolver poder de decisión a los gobiernos electos. En tiempos excepcionales se necesita libertad para experimentar con la política económica. La historia nos ofrece un excelente ejemplo con el New Deal de Franklin D. Roosevelt. Para llevar a cabo sus reformas, FDR tuvo que eliminar las ataduras económicas impuestas por jueces conservadores e intereses financieros en el plano interno, y por el patrón oro en el plano externo.

Debemos estar siempre en guardia contra el populismo que asfixia el pluralismo político y debilita las normas de la democracia liberal. El populismo político es una amenaza que debe evitarse a toda costa. Pero a veces el populismo económico es necesario; de hecho, en momentos así, puede ser el único modo de anticiparse a su pariente político, que es mucho más peligroso.

(Dani Rodrik is Professor of International Political Economy at Harvard University’s John F. Kennedy School of Government. He is the author of The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy, Economics Rules: The Rights and Wrongs of the Dismal Science, and, most recently, Straight Talk on Trade: Ideas for a Sane World Economy)

- Opinión FT: El orden internacional liberal está enfermo (Expansión - FT - **24/1/18**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

El año pasado, Donald Trump era un espectro inquietante en el World Economic Forum que se celebra anualmente en Davos. Este año, podría estar allí en carne y hueso.

Trump rechaza los principios del orden internacional liberal promovidos por su país durante siete décadas. Estos valores también dan vida al WEF y lo convierten en algo más que sólo un foro para ricos y poderosos.

Como señala John Ikenberry de la Universidad de Princeton, “Estados Unidos y sus socios construyeron un orden internacional amplio y multifacético organizado en torno a la apertura económica, las instituciones multilaterales, la cooperación en seguridad y la solidaridad democrática”. Este sistema ganó la guerra fría. Esa victoria, a su vez, promovió un giro global hacia la política democrática y la economía de libre mercado.

Hoy, sin embargo, el orden internacional liberal está enfermo. Como señala Freedom House, “la democracia está en crisis”. Por decimosegundo año consecutivo, los países que han sufrido reveses en su democracia superan a los que han registrado ganancias. Los estados que hace una década parecían prometedoras historias de éxito, como Turquía y Hungría, están camino de ser regímenes autoritarios. Pero hoy, cuando algunos de ellos cuestionan su democracia, EEUU ha retirado su apoyo moral. Trump incluso muestra simpatía por los déspotas extranjeros. Lo que es peor, según Freedom House, viola las normas del gobierno democrático.

Con Trump, EEUU también cuestiona el tejido de la cooperación internacional -tratados de seguridad, mercados abiertos, instituciones multilaterales e intentos de afrontar retos globales como el cambio climático. Trump ha proclamado su intención de velar por sus propios intereses, incluso a expensas de sus aliados.

Los pilares de la economía global tampoco están en su mejor momento. Puede que la economía se esté recuperando, pero no se ha vuelto a producir ninguna liberalización significativa del comercio desde la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio en 2001. El Brexit también será un acto de desglobalización. Los flujos comerciales y de capital no han crecido más deprisa que la producción mundial. La hostilidad hacia la inmigración está fuera de control. China, una nueva superpotencia, controla incluso el flujo de ideas.

Aquellos que creen en la simbiosis de la democracia, una economía mundial liberal y la cooperación global tienen que estar bastante aterrorizados.

¿Por qué ha ocurrido esto? La respuesta consiste en los cambios de las condiciones mundiales y de cada país, sobre todo en las democracias más ricas. Entre los cambios globales, están la menor seguridad que ofrece Occidente y el final de la Guerra Fría, junto con el menor peso económico, especialmente en relación a China.

Algunos estadounidenses creen que tienen menos razones y menos capacidad para ser generosos con sus antiguos socios. Entre los cambios internos, muchos en los países con rentas altas creen que el orden global liberal con el que han estado comprometidos apenas ha hecho nada por ellos, y está generando la sensación de pérdida de oportunidades, ingresos y respeto. Puede que haya supuesto enormes ganancias para el tipo de gente que frecuenta Davos, pero no para el resto. Especialmente, tras la crisis financiera, la marea no parece estar subiendo, y de ser así, no está sacando a flote todos los barcos.

Ikenberry lo resume así: “La crisis del orden liberal es una crisis de legitimidad y fines sociales”. El programa de Trump, etiquetado como “pluto-populismo”, es el resultado reconocible de todo esto. Les da a entender a sus seguidores que sus intereses ya no se verán sacrificados: serán lo primero. El hecho de que las políticas de la Administración no consigan tales beneficios parece irrelevante. Poca gente escucha a aquellos que aseguran esto.

Para aquellos que creen que un orden internacional liberal arraigado en la política democrática es éticamente correcto y la mejor forma de reconciliar la cooperación global con la legitimidad democrática, esto debe ser deprimente. Los hombres y mujeres de Davos deben pensar en cómo salvar el orden global de la ruina.

Podríamos simplemente esperar lo mejor. A medida que se recupera la economía, el optimismo podría volver. Esto paliaría parte del descontento. Las fuerzas que llevan a resultados divergentes dentro de nuestras economías son poderosas. Está claro que la fragilidad financiera no se ha eliminado.

En lugar de la complacencia, necesitamos confrontar dos cuestiones fundamentales.

¿Qué sería más importante si hubiera que elegir: la cohesión política interna o la integración económica internacional? Parece que la primera. La vida económica exige estabilidad política. Las distintas políticas -fiscal, monetaria y financiera- deben hacer que el grueso de la población sienta que se están teniendo en cuenta sus intereses. Si no, la estabilidad democrática está en peligro.

La segunda es dónde centrar los esfuerzos para la cooperación global. La respuesta debe estar en que lo primero es gestionar el bien común global y mantener la estabilidad. Aunque me gustaría ver una mayor liberalización del comercio, tiene que hacerse de forma adecuada. Tampoco es acuciante la mayor apertura de las fronteras para el libre movimiento de las personas o incluso el mantenimiento del flujo de capitales. La política es arrolladoramente nacional. Los resultados de las decisiones políticas deben satisfacer a la gente de cada país.

Trump no es la cura. Pero sí es un síntoma. El orden internacional liberal se está derrumbando, en parte porque no satisface a nuestras sociedades. Los asistentes a Davos deben reconocerlo. Si no les gustan las respuestas de Trump, deberán proponer otras mejores.

- Adictos y traficantes de las redes sociales (Project Syndicate - **25/1/18**)

Nueva York.- Nos lo advirtieron. El capitalista de riesgo y fundador de Netscape Marc Andreessen escribió un ensayo muy leído en 2011 titulado “Por qué el software se está comiendo al mundo”. Pero no lo tomamos en serio a Andreessen; pensamos que era sólo una metáfora. Ahora enfrentamos el desafío de sacar al mundo de las fauces de los monopolios de las plataformas de Internet.

Yo en una época era un optimista de la tecnología. Durante una carrera de 35 años invirtiendo en lo mejor y lo más brillante de Silicon Valley, tuve la suerte de ser parte de las industrias de las computadoras personales, las comunicaciones móviles, Internet y las redes sociales. Entre los hitos de mi carrera están las inversiones tempranas en Google y Amazon, y ser un mentor del fundador de Facebook, Mark Zuckerberg, de 2006 a 2010.

Cada nueva ola de tecnología aumentó la productividad y el acceso al conocimiento. Cada nueva plataforma era más fácil de usar y más conveniente. La tecnología fue el motor de la globalización y del crecimiento económico. Durante décadas, hizo del mundo un lugar mejor. Supusimos que siempre sería así.

Luego llegó el 2016, cuando Internet reveló dos lados oscuros. Uno está relacionado con los usuarios individuales. Los teléfonos inteligentes con infraestructura móvil LTE crearon la primera plataforma de entrega de contenido disponible en cada minuto del día, transformando la industria de la tecnología y las vidas de dos mil millones de usuarios. Con poca o ninguna supervisión regulatoria en gran parte del mundo, empresas como Facebook, Google, Amazon, Alibaba y Tencent utilizaron técnicas comunes en la propaganda y las apuestas de casinos, como notificaciones constantes y recompensas variables, para fomentar la adicción psicológica.

El otro lado oscuro es geopolítico. En Estados Unidos, Europa occidental y Asia, las plataformas de Internet, especialmente Facebook, permiten a los poderosos infligir daño a los indefensos en política, política exterior y comercio. Las elecciones en Europa y Estados Unidos han demostrado en repetidas ocasiones que se puede abusar de las redes sociales automatizadas para minar la democracia.

El referendo por el Brexit y la elección presidencial estadounidense en 2016 también revelaron que Facebook ofrece importantes ventajas relativas para los mensajes negativos por sobre los positivos. Los gobiernos autoritarios pueden utilizar Facebook para promover el respaldo público a políticas represivas, como puede estar sucediendo hoy en Myanmar, Camboya, las Filipinas y otras partes. En algunos casos, Facebook en verdad brinda apoyo a esos gobiernos, como hace con todos los clientes importantes.

Tengo confianza en que los fundadores de Facebook, Google y otras plataformas importantes de Internet no tuvieran la intención de causar daño cuando adoptaron sus modelos de negocios. Eran jóvenes emprendedores, hambrientos de éxito. Pasaron años generando grandes audiencias reorganizando el mundo online en torno de un conjunto de aplicaciones que eran más personalizadas, convenientes y fáciles de usar que las que existían antes. Y no hicieron ningún intento por monetizar sus esfuerzos hasta mucho después que los usuarios estuvieran atrapados. Los modelos de negocios publicitarios que eligieron se apalancaban en la personalización, que les permitía a los anunciantes dirigir sus mensajes con una precisión sin precedentes.

Pero luego llegó el teléfono inteligente, que transformó todos los medios y efectivamente le permitió a Facebook, a Google y a otros pocos controlar el flujo de información a los usuarios. Los filtros que les dan a los usuarios “lo que quieren” tuvieron el efecto de polarizar a las poblaciones y erosionar la legitimidad de instituciones democráticas fundamentales (en particular, la libertad de prensa). Y la automatización que hizo que las plataformas de Internet fueran tan rentables también las hizo vulnerables a la manipulación por parte de actores malignos en todas partes -y no sólo los gobiernos autoritarios hostiles a la democracia.

Como nos advirtió Andreessen, estas empresas, con su ambición y su alcance global, se están comiendo la economía mundial. En el proceso, están adoptando versiones de la filosofía corporativa de Facebook -“moverse rápido y romper cosas”- sin importar el impacto en la gente, las instituciones y la democracia. Una gran mayoría de los ciudadanos en el mundo desarrollado habita en burbujas de filtros creadas por estas plataformas -realidades falsas digitales en las que las creencias existentes se vuelven más rígidas y extremas.

En Estados Unidos, aproximadamente un tercio de la población adulta se ha vuelto insensible a las nuevas ideas, inclusive a los datos comprobables. Esa gente es fácil de manipular, un concepto que el ex experto en ética y diseño de Google Tristan Harris llama “lavado de cerebro”.

Las democracias occidentales no están preparadas para lidiar con esta amenaza. Estados Unidos no tiene un marco regulatorio efectivo para las plataformas de Internet y carece de la voluntad política de crear uno. La Unión Europea tiene un marco regulatorio y la voluntad política necesaria, pero ninguno de los dos es adecuado para el desafío. El reciente juicio de la UE contra Google -una multa récord de 2.700 millones de dólares por comportamiento anticompetitivo- estuvo bien concebido, pero fue demasiado pequeño. Google apeló, y sus inversores se encogieron de hombros. Puede ser un buen punto de partida, pero claramente fue insuficiente.

Estamos en un punto crítico. La conciencia de los riesgos planteados por las plataformas de Internet está creciendo desde un nivel bajo, pero la conveniencia de los productos y la adicción psicológica que generan es tal que puede llevar una generación hacer un cambio desde el lado del usuario, como sucedió con las campañas anti-tabaquismo. El reconocimiento del efecto corrosivo de los monopolios de las plataformas sobre la competencia y la innovación es mayor en Europa que en Estados Unidos, pero nadie ha encontrado una estrategia regulatoria efectiva. La conciencia de que se pueden manipular las plataformas para socavar la democracia también está creciendo, pero los gobiernos occidentales todavía tienen que diseñar una defensa para hacerle frente.

Los desafíos planteados por los monopolios de las plataformas de Internet requieren nuevas estrategias más allá de las medidas antimonopolio. Debemos reconocer y abordar estos desafíos como una amenaza a la salud pública. Una posibilidad es tratar a las redes sociales de una manera análoga al tabaco y al alcohol, combinando educación y regulación.

En la reunión del Foro Económico Mundial en Davos, la amenaza de los monopolios de las plataformas de Internet debería ser una preocupación prioritaria para los asistentes. En aras de devolverle el equilibrio a nuestra vida y esperanza a nuestra política, es hora de perturbar a los perturbadores.

(Roger McNamee is a co-founder of Elevation Partners and an early investor in Facebook, Google, and Amazon)

- ¿Cómo funciona la desigualdad? (El Economista - **28/1/18**)

La desigualdad ha sido nombrada como una de las causantes de las irrupciones populistas de los años 2016 y 2017. Pero, ¿qué es la desigualdad y qué papel desempeña en la inhibición o el fomento del crecimiento o en el debilitamiento de la democracia? ¿La desigualdad mata al conducir a las personas al suicidio? O, ¿es la desigualdad un mal necesario que debemos tolerar en ciertos niveles?

Estas son preguntas que me formulan a menudo. Pero, a decir verdad, ninguna de ellas es útil, ni es una a la que se pueda responder, o incluso, ni siquiera está bien planteada. La desigualdad es más una consecuencia que una causa de los procesos económicos y políticos. Algunos de estos procesos son buenos, otros malos, y algunos son muy malos. Sólo al separar lo bueno de lo malo (y de lo peor) podemos entender la desigualdad y qué se puede hacer al respecto.

Además, la desigualdad no es lo mismo que la injusticia; y es esta última la que ha incitado tanta agitación política en el mundo rico de hoy. Algunos de los procesos que generan desigualdad son vistos como justos. Pero, otros procesos son obviamente injustos, y se han convertido en una fuente legítima de ira y rencor.

En el caso de los procesos que generan desigualdad, es difícil oponerse a que los innovadores se enriquezcan mediante la introducción de productos o servicios que beneficien a toda la humanidad. Algunas de las mayores desigualdades en la actualidad son una consecuencia de las revoluciones industriales y de salud que comenzaron en el año 1750. Originalmente, estos procesos beneficiaban solo a unos pocos países del noroeste de Europa. Pero, desde aquel entonces han mejorado las condiciones de vida y las situaciones de salud para miles de millones de personas en todo el mundo. Las desigualdades derivadas de estos avances, tanto dentro de, como entre países, son beneficiosas y justas, y una característica clave del progreso en general.

Por otro lado, enriquecerse mediante sobornos al Estado con el objetivo de obtener favores especiales es injusto, y con razón causa resentimiento. Muchas personas en EEUU, aún muchas más que en Europa, consideran automáticamente como justos los resultados capitalistas o de mercado, y como arbitrarias las acciones del Gobierno. Se oponen a los programas patrocinados por el Gobierno o las universidades que parecen favorecer a grupos particulares, como por ejemplo a las minorías o los inmigrantes.

Esto ayuda a explicar por qué muchos estadounidenses blancos de la clase trabajadora se han puesto en contra del Partido Demócrata, que ellos ven como el partido de las minorías, los inmigrantes y las élites. Pero otra razón del creciente descontento es que los salarios medios reales (ajustados a la inflación) en EEUU se han estancado en los últimos 50 años. Hay dos explicaciones distintas para la divergencia entre los ingresos medios y los superiores, y es importante cuál es la correcta. La primera explicación atribuye la divergencia a procesos impersonales e imparables como la globalización y la innovación tecnológica, que han devaluado el trabajo poco calificado y favorecido a las personas que tienen una buena educación formal.

La segunda explicación es más siniestra. Sostiene que el estancamiento de los ingresos medios es en realidad el resultado directo del aumento de los ingresos y la riqueza en la parte superior. Según esta explicación, los ricos se están haciendo más ricos a expensas de todos los demás.

Investigaciones recientes sugieren que hay algo de cierto en la segunda historia, al menos en EEUU. Si bien la globalización y el cambio tecnológico han alterado las formas de trabajo tradicionales, ambos procesos tienen el potencial de beneficiar a todos. El hecho de que no sea así sugiere que los ricos hubiesen capturado dichos beneficios sólo para sí mismos. Requerirá mucha más investigación determinar cuáles políticas y qué procesos están evitando el aumento de los salarios de la clase trabajadora, así como también cuantificar los efectos; sin embargo, lo que se presenta a continuación es una lista preliminar.

En primer lugar, la financiación de la atención médica está teniendo un efecto desastroso en los salarios. Debido a que la mayoría del seguro de salud de los estadounidenses es provisto por sus empleadores, son los salarios de los trabajadores, esencialmente, los que pagan por las ganancias y los altos salarios que se perciben en la industria médica. Cada año, EEUU desperdicia un billón de dólares, unos 8.000 por familia, más que otros países ricos en costes excesivos de atención médica, y tiene peores resultados de salud. Cualquiera de las alternativas de financiación europeas podría recuperar esos fondos, pero la adopción de cualquiera de las mismas desencadenaría la feroz resistencia de aquellos que ahora se benefician del statu quo.

Otro problema son las fusiones de hospitales que aumentan los precios, pero los salarios hospitalarios no lo han hecho. El aumento de la concentración del mercado es probablemente también un factor que apuntala el lento crecimiento de la productividad. Al fin y al cabo, es más fácil obtener beneficios a través de la búsqueda de rentas y la monopolización que a través de la innovación y la inversión.

Otro problema es que el salario mínimo federal de los EEUU (hoy en día en 7,25 dólares por hora) no ha aumentado desde 2009. A pesar del amplio apoyo público, el aumento del salario mínimo siempre es difícil, debido a la influencia las firmas y donantes tienen en el Congreso.

Para empeorar las cosas, más del 20 por ciento de los trabajadores están sujetos a cláusulas de no competencia, lo que reduce su poder de negociación, y sus salarios. Del mismo modo, 28 Estados han promulgado leyes que prohíben los acuerdos de negociación colectiva que requerirían que los trabajadores se afilien a sindicatos o paguen cuotas. Como resultado, las disputas entre empresas y consumidores o trabajadores se resuelven cada vez más fuera de los tribunales a través del arbitraje, un proceso que es abrumadoramente favorable para las empresas.

Otro problema más es la externalización, no solo en el extranjero, sino también dentro de EEUU, mediante la cual las empresas sustituyen trabajadores fijos por contratistas independientes. Los servidores de alimentos, conserjes y trabajadores de mantenimiento que solían ser parte de compañías exitosas ahora trabajan para otras entidades. Estas compañías operan en una industria altamente competitiva y de bajos salarios, y brindan pocos o ningún beneficio y pocas oportunidades de ascenso laboral.

La inmigración no cualificada también plantea un problema para los salarios. Se dice que los inmigrantes toman trabajos que los estadounidenses no quieren. Pero tales afirmaciones no tienen sentido sin referencia a los salarios. Es difícil creer que los salarios de los estadounidenses poco calificados habrían permanecido tan bajos como lo hicieron en ausencia de los ingresos de inmigrantes. Como el economista Dani Rodrik señaló la globalización hizo que la demanda de la mano de obra sea más elástica. Entonces, incluso si la globalización no reduce los salarios, esta hace que sea más difícil para los trabajadores obtener un aumento.

Otro problema estructural es que el mercado de valores recompensa no solo la innovación, sino también la redistribución es decir el aumento de capital y la disminución de la proporción de mano de obra. Esto se refleja en la participación de las ganancias en relación con el PIB, que ha aumentado del 20 al 25 por ciento en el mismo período en que los salarios se han estancado. El aumento sería incluso mayor si los salarios de los ejecutivos se contabilizaran como ganancias en lugar de salarios.

El problema final es político. Hemos entrado en un período de conflictos regulatorios. Todas las "reformas" desreguladoras que actualmente se proponen beneficiarán al capital a expensas de los trabajadores y los consumidores.

Lo mismo puede decirse de las sentencias del Tribunal Supremo de los EEUU en los últimos años. La decisión del tribunal en el caso Citizens United contra FEC, por ejemplo, dio a los estadounidenses adinerados e incluso a las corporaciones la capacidad de gastar cantidades casi ilimitadas para apoyar a los candidatos e idear resultados legislativos y normativos que funcionen a su favor.

Si esta historia de salarios medios estancados y salarios altos crecientes es correcta, entonces puede haber una luz de esperanza en nuestra era de desigualdad, porque esto significa que el mercado laboral disfuncional de EEUU no es una consecuencia irremediable de procesos imparables como la globalización y el cambio tecnológico.

Se puede lograr un progreso ampliamente compartido con políticas diseñadas específicamente para beneficiar a consumidores y trabajadores. Y, esas políticas ni siquiera necesitan incluir impuestos redistributivos, medida a la que muchos trabajadores se oponen. Por el contrario, pueden enfocarse en maneras de fomentar la competencia y desalentar la búsqueda de rentas.

Con las políticas correctas, la democracia capitalista puede funcionar mejor para todos, no solo para los ricos. No necesitamos abolir el capitalismo o nacionalizar selectivamente los medios de producción. Sino que debemos volver a poner el poder de la competencia al servicio de las clases media y trabajadora.

(Artículo de Angus Deaton para Project Synditcate) Deaton es Premio Nobel de Economía

- Depresión post-Davos (Project Syndicate - **1/2/18**)

Davos.- He asistido a la conferencia anual del Foro Económico Mundial en Davos, Suiza -donde la llamada elite global se congrega para discutir los problemas del mundo- desde 1995. Nunca salí tan desanimado como este año.

El mundo está plagado de problemas prácticamente insolubles. La desigualdad está en aumento, especialmente en las economías avanzadas. La revolución digital, a pesar de su potencial, también conlleva serios riesgos para la privacidad, la seguridad, los empleos y la democracia -desafíos que están agravados por el creciente poder monopólico de unos pocos gigantes de datos norteamericanos y chinos, entre ellos Facebook y Google-. El cambio climático representa una amenaza existencial para toda la economía global tal como la conocemos.

Sin embargo, quizá más desalentadoras que esos problemas sean las respuestas. Sin duda, aquí en Davos, los CEO de todo el mundo empiezan la mayoría de sus discursos afirmando la importancia de los valores. Sus actividades, sostienen, están destinadas no sólo a maximizar las ganancias para los accionistas, sino también a crear un futuro mejor para sus empleados, las comunidades en las que trabajan y el mundo en general. Pueden inclusive hablar de la boca para afuera de los riesgos que plantean el cambio climático y la desigualdad.

Pero, al final de sus discursos este año, cualquier ilusión que pudiera quedar sobre los valores que motivan a los CEO de Davos se hizo añicos. El riesgo que más parecía preocupar a estos CEO es la reacción populista contra el tipo de globalización que ellos han moldeado -y de la que se han beneficiado enormemente.

No sorprende que estas elites económicas apenas entiendan hasta qué punto este sistema le ha fallado a grandes segmentos de la población en Europa y Estados Unidos, haciendo que los ingresos reales de la mayoría de los hogares quedaran estancados o que el porcentaje de ingresos de la fuerza laboral disminuyera sustancialmente. En Estados Unidos, la expectativa de vida ha caído por segundo año consecutivo; entre aquellos que sólo tienen un nivel de educación secundaria, la caída viene produciéndose desde hace mucho más tiempo.

Ni uno solo de los CEO de Estados Unidos cuyos discursos escuché (o me comentaron) mencionó la intolerancia, la misoginia o el racismo del presidente estadounidense, Donald Trump, que estaba presente en el evento. Ni uno mencionó la cadena incesante de comentarios ignorantes, mentiras descaradas y acciones impetuosas que han erosionado la posición del presidente norteamericano -y, por lo tanto, de Estados Unidos- en el mundo. Ninguno mencionó el abandono de los sistemas para establecer la verdad, o de la verdad misma.

Por cierto, ninguno de los titanes corporativos de Estados Unidos mencionó las reducciones por parte de la administración del financiamiento para la ciencia, tan importante para fortalecer la ventaja comparativa de la economía de Estados Unidos y respaldar las mejoras en la calidad de vida de los norteamericanos. Ninguno mencionó, tampoco, el rechazo de parte de la administración Trump de las instituciones internacionales, o los ataques a los medios y al poder judicial del país -lo que representa un ataque al sistema de control y equilibrio de poderes que apuntala la democracia estadounidense.

No, los CEO en Davos se relamían con la legislación impositiva que Trump y los republicanos en el Congreso impulsaron recientemente, que les reportará cientos de miles de millones de dólares a las grandes empresas y a la gente rica a la que pertenecen y que las administra -gente como el propio Trump-. No les preocupa en lo más mínimo el hecho de que la misma legislación, cuando haya sido implementada en su totalidad, se traduzca en un incremento de los impuestos para la mayor parte de la clase media -un grupo cuyas fortunas han venido cayendo los últimos 30 años.

Aún en su mundo estrechamente materialista, donde el crecimiento importa más que cualquier cosa, la legislación impositiva de Trump no debería ser motivo de celebración. Después de todo, reduce los impuestos a la especulación inmobiliaria -una actividad que no ha generado una prosperidad sostenida en ninguna parte, pero que ha contribuido a una creciente desigualdad en todas partes.

La legislación también impone un impuesto a las universidades como Harvard y Princeton -fuentes de numerosas ideas e innovaciones importantes- y se traducirá en un menor gasto público a nivel local en partes del país que han prosperado, precisamente porque han hecho inversiones públicas en educación e infraestructura. La administración Trump claramente pretende ignorar el hecho evidente de que, en el siglo XXI, el éxito en verdad exige más inversión en educación.

Para los CEO de Davos, parece que los recortes impositivos para los ricos y sus empresas, junto con la desregulación, son la respuesta a todos los problemas del país. La economía del derrame, dicen, garantizará que, en definitiva, toda la población se beneficie económicamente. Y los buenos corazones de los CEO aparentemente es todo lo que se necesita para garantizar que el medio ambiente esté protegido, inclusive sin regulaciones relevantes.

Sin embargo, las lecciones de la historia son claras. La economía del derrame no funciona. Y una de las razones fundamentales por las cuales nuestro medio ambiente está en una situación tan precaria es porque las propias empresas no han estado a la altura de sus responsabilidades sociales. Sin regulaciones efectivas y un precio real que pagar por contaminar, no existe ninguna razón de ningún tipo para creer que se comportarán de otra manera que como lo han hecho en el pasado.

Los CEO de Davos estaban eufóricos por la vuelta al crecimiento, por sus crecientes ganancias y compensaciones. Los economistas les recordaron que este crecimiento no es sostenible, y que nunca ha sido inclusivo. Pero estos argumentos tienen poco impacto en un mundo donde reina el materialismo.

De modo que olvídense de las perogrulladas sobre los valores que los CEO recitan en los párrafos de apertura de sus discursos. Pueden no tener la franqueza del personaje de Michael Douglas en la película Wall Street de 1987, pero el mensaje no ha cambiado: “La codicia es buena”. Lo que me deprime es que, aunque el mensaje es evidentemente falso, tantos en el poder crean que es verdad.

(Joseph E. Stiglitz, a Nobel laureate in economics, is University Professor at Columbia University and Chief Economist at the Roosevelt Institute. His most recent book is Globalization and Its Discontents Revisited: Anti-Globalization in the Era of Trump)

- Cuál es el punto del poder agudo? (Project Syndicate - **1/2/18**)

Washington, DC.- En los últimos años, Rusia y China han destinado recursos considerables a ámbitos que por lo general se asocian con el “poder blando”, término acuñado por el cientista político estadounidense Joseph S. Nye y que se entiende como la “capacidad de afectar a los demás por la atracción y la persuasión”. Ya sea directamente o a través de suplentes complacientes, los dos países han gastado miles de millones de dólares a aumentar su influencia mediante los medios de comunicación, la cultura, centros de estudios, el mundo académico y otras esferas.

Sin embargo, a pesar de estas inmensas inversiones los observadores (incluido Nye mismo) se rascan la cabeza, preguntándose por qué estos regímenes autoritarios siguen sufriendo un profundo déficit de poder blando, incluso tras haberse vuelto más asertivos en el ámbito internacional.

A Rusia y China les tiende a ir mal en las encuestas globales de opinión pública e índices de poder blando, reforzando la noción de que la atracción y la persuasión son incompatibles con el autoritarismo. En lo internacional, los autócratas no están “ganando los corazones y las mentes”. No obstante, Rusia, China y otros regímenes ambiciosos y con abundancia de recursos proyectan más influencia más allá de sus fronteras que en cualquier momento de la historia reciente, y no principalmente a través de lo que Nye llama “poder duro”, es decir, la potencia militar o coerción económica bruta.

No hay duda de que Rusia ha usado la fuerza militar con cierta frecuencia en la última década, por ejemplo, en Georgia, Ucrania y Siria. Pero sus aviones de combate y sus tanques no impulsan el aumento global de la influencia de Moscú. De manera similar, China está mostrando sus fuerzas militares en el Mar del Sur de China y a lo largo de su frontera en disputa con India. Pero, al igual que Rusia, ha sido mucho más activa en el uso de otras formas de influencia en la pasada década.

Por consiguiente, los teóricos están en apuros: son regímenes que no dependen principalmente del poder duro, no consiguen generar poder blando, pero siguen siendo capaces de proyectar una influencia real en el extranjero. Considerando el resurgimiento del autoritarismo en el mundo, se trata de una buena oportunidad para reflexionar sobre esta aparente paradoja.

Hace poco, The Financial Times observaba que los “esfuerzos de China de generar poder blando más allá de sus fronteras”, el país debe “correr más ligero y adoptar un enfoque más recíproco y menos autoritario”. En un comentario reciente, Nye hace la observación similar de que “China podría generar más poder blando si relajara parte del firme control de su partido sobre la sociedad civil”. Lo mismo se podría decir de Rusia y otros países con gobiernos que priorizan en control estatal sobre la apertura, la cultura independiente y la sociedad civil, todos ingredientes del poder blando.

Pero estas exhortaciones a las autoridades chinas o rusas seguramente caerán en oídos sordos. Cualquier liberalización importante iría en dirección contraria a las necesidades y objetivos políticos de estos mismos regímenes de retener el control a cualquier coste.

**La trampa analítica es suponer que los gobiernos autoritarios, que suprimen el pluralismo político y la libre expresión para conservar el poder interno, se inclinarían a actuar distinto en el plano internacional. Son regímenes que han adoptado hábilmente algunas de las formas, no la sustancia, del poder blando. Buscan lo que se podría entender como “poder agudo”, cuyos atributos clave son la censura, la manipulación y la distracción abiertas, en lugar de la persuasión y la atracción.**

Si bien las “guerras de la información” forman parte del repertorio de los regímenes autoritarios, por sí mismas son una descripción inadecuada del poder agudo. Gran parte de la actividad de los regímenes autoritarios (sea en China en América Latina o Rusia en Europa Central) queda fuera de esta definición, como detallamos yo y mis colegas en un informe de diciembre de 2017, “Sharp Power: Rising Authoritarian Influence” (Poder agudo: influencia autoritaria en aumento).

En retrospectiva, podemos advertir la idea equivocada que se asentó al fin de la Guerra Fría, cuando el análisis convencional supuso que los regímenes autoritarios se liberalizarían y democratizarían. Hace casi tres décadas, cuando Estados Unidos salió de la Guerra Fría como el poder hegemónico global y se acuñara el término “poder blando”, los analistas políticos no tomaron lo suficientemente en cuenta a los regímenes que hoy controlan Rusia y China.

Como escribí con mi colega Jessica Ludwig en el número de noviembre de Foreign Affairs “la complacencia de las democracias acerca de un poder maligno y agudo se ha ido formando por su confianza en el paradigma del poder blando”. Los analistas que ven la conducta de los autoritarios en términos de esfuerzos por “reforzar el poder blando de sus países pierden el punto y se arriesgan a perpetuar un falso sentido de seguridad”.

Es preciso un diagnóstico sólido para dar una respuesta adecuada. Los regímenes autoritarios no están siguiendo las reglas de las democracias gobernantes. Su rasgo característico es la represión sistemática y el “poder agudo” que generan no se puede forzar en el marco más familiar y tranquilizador del “poder blando”. Sin terminología más precisa, las democracias del mundo tendrán pocas esperanzas de contrarrestar la creciente y multifacética influencia de estos estados.

(Christopher Walker is Vice President for Studies and Analysis at the National Endowment for Democracy)

- Las dos amenazas contra la democracia liberal (Project Syndicate - **13/2/18**)

Cambridge.- Hoy casi todos denuncian que la democracia liberal está en crisis. La elección de Donald Trump, la votación a favor del Brexit en el Reino Unido y el ascenso electoral de otros populistas en Europa han puesto de manifiesto la amenaza de la “democracia iliberal”: una forma de política autoritaria que tiene elecciones populares pero poco respeto al imperio de la ley y a los derechos de las minorías.

Son menos los analistas que advirtieron que la democracia iliberal o el populismo no son las únicas amenazas políticas. La democracia liberal también está siendo debilitada por una tendencia a poner el acento en “liberal” en detrimento de “democracia”. En esta forma de política, los gobernantes están aislados de su responsabilidad democrática por una multiplicidad de restricciones que limitan la variedad de políticas que pueden implementar; estas son establecidas por organismos burocráticos, reguladores autónomos y tribunales independientes o impuestas externamente por las reglas de la economía global.

En su nuevo y valioso libro The People vs. Democracy (El pueblo contra la democracia), el politólogo Yascha Mounk denomina a este tipo de régimen (estableciendo una oportuna simetría con la democracia iliberal) “liberalismo indemocrático”. Señala que nuestros regímenes políticos han dejado hace mucho de funcionar como democracias liberales, y se muestran cada vez más como liberalismo indemocrático.

Es posible que la Unión Europea sea la máxima expresión de esta tendencia. La institución de un mercado común y de una unificación monetaria en ausencia de integración política obligó a delegar la formulación de políticas a organismos tecnocráticos como la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Tribunal Europeo de Justicia. La toma de decisiones está cada vez más alejada de la gente. Y aunque Gran Bretaña no pertenece a la eurozona, en el llamado de los partidarios del Brexit a “recuperar el control” se reflejó la frustración que sienten muchos votantes europeos.

En Estados Unidos no se llegó a tanto, pero hay tendencias similares que llevaron a muchos a sentirse marginados. Como señala Mounk, la formulación de políticas es ámbito de una sopa de letras llena de organismos regulatorios como la Agencia de Protección Ambiental (EPA), la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA), etcétera. El uso que han hecho diversos tribunales independientes de la prerrogativa de revisión judicial para promover los derechos civiles, extender la libertad reproductiva e introducir muchas otras reformas sociales generó hostilidad en importantes segmentos de la población. Y hay una difundida percepción de que las reglas de la economía global, administradas por medio de acuerdos internacionales como la Organización Mundial del Comercio (OMC) o el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), están arregladas en contra del trabajador de a pie.

El valor del libro de Mounk está en resaltar la importancia de las dos condiciones constitutivas de la democracia liberal. Es necesario que haya restricciones al ejercicio del poder político, para evitar que las mayorías (o quienes están en el poder) pisoteen los derechos de las minorías (o de quienes no están en el poder). Pero también es necesario que la política pública responda a las preferencias del electorado.

La democracia liberal es inherentemente frágil, porque la armonización de estas condiciones no lleva a un equilibrio político natural. Las élites provistas de poder suficiente tienen poco interés en reflejar las preferencias del conjunto de la población. Y cuando las masas se movilizan y reclaman poder, no es común que el acuerdo al que llegan con las élites incluya medidas de protección sostenibles para los derechos de quienes no estuvieron representados en la mesa de negociación. De modo que la democracia liberal tiene una tendencia a decaer hacia una u otra de sus perversiones: **la democracia iliberal o el liberalismo indemocrático.**

En nuestro artículo “The Political Economy of Liberal Democracy” (La economía política de la democracia liberal), Sharun Mukand y yo examinamos los fundamentos de la democracia liberal en términos similares a los que usa Mounk y destacamos las dos líneas de división que pueden atravesar una sociedad: la identitaria, que separa a una minoría de la mayoría étnica, religiosa o ideológica, y la económica, que enfrenta a los ricos con el resto de la sociedad.

De la profundidad y orientación de estas divisiones depende que sea más probable el surgimiento de uno u otro régimen político. La posibilidad de la democracia liberal se enfrenta siempre a los extremos opuestos de la democracia iliberal y de lo que denominamos “autocracia liberal”, según resulte vencedora la mayoría o la élite.

Nuestro esquema ayuda a destacar las fortuitas circunstancias en las que surge la democracia liberal. En Occidente, el liberalismo fue anterior a la democracia: la separación de poderes, la libertad de expresión y el imperio de la ley ya existían antes de que las élites aceptaran ampliar el derecho de voto y someterse al mandato popular. Pero subsistió en las élites el temor a la “tiranía de la mayoría”, que en Estados Unidos, por ejemplo, se contrarrestó mediante un elaborado sistema de controles y contrapesos que en la práctica paralizó al poder ejecutivo por mucho tiempo.

En otros lugares, en el mundo en desarrollo, la movilización popular se dio sin que hubiera una tradición liberal o prácticas liberales, y pocas veces surgió una democracia liberal sostenible. Las únicas excepciones parecen ser estados‑nación relativamente igualitarios y muy homogéneos como Corea del Sur, donde no hay divisiones sociales, ideológicas, étnicas o lingüísticas obvias que autócratas de una u otra clase (iliberales o indemocráticos) puedan explotar.

Lo que está ocurriendo en Europa y Estados Unidos hace pensar en la inquietante posibilidad de que allí también la democracia liberal haya sido una fase transitoria. Al deplorar la crisis de la democracia liberal, no olvidemos que el iliberalismo no es la única amenaza que enfrenta. También debemos hallar el modo de no caer en la trampa de la democracia insuficiente.

(Dani Rodrik is Professor of International Political Economy at Harvard University’s John F. Kennedy School of Government. He is the author of The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy, Economics Rules: The Rights and Wrongs of the Dismal Science, and, most recently, Straight Talk on Trade: Ideas for a Sane World Economy)

- La amenaza de las redes sociales a la sociedad y la seguridad (Project Syndicate - **14/2/18**)

Múnich.- Vivimos un momento aciago de la historia mundial. Las sociedades abiertas están en crisis, y están en ascenso diversas formas de dictadura y estado mafioso, de las que la Rusia de Vladimir Putin es un ejemplo. En Estados Unidos, al presidente Donald Trump le gustaría instituir una versión propia de un estado de tipo mafioso, pero no puede, porque la Constitución, otras instituciones y una activa sociedad civil no lo permitirán.

No sólo está en duda la supervivencia de la sociedad abierta; también está en juego la supervivencia de la civilización toda. El ascenso de líderes como Kim Jong-un en Corea del Norte y Trump en Estados Unidos tiene mucho que ver con esto. Ambos parecen dispuestos a correr el riesgo de una guerra nuclear para conservar el poder. Pero la causa principal es mucho más profunda. La capacidad de la humanidad para dominar las fuerzas de la naturaleza, con fines constructivos o destructivos, no para de crecer, mientras nuestra capacidad de dominarnos a nosotros mismos tiene fluctuaciones, y ahora está en retroceso.

El auge de las grandes plataformas de Internet estadounidenses y su conducta monopólica contribuyen poderosamente a la impotencia del gobierno estadounidense. Estas empresas han tenido muchas veces una actuación innovadora y liberadora. Pero el creciente poder de Facebook y Google las convirtió en obstáculos a la innovación y causantes de una variedad de problemas de los que apenas comenzamos a darnos cuenta.

Las empresas generan ganancias explotando su entorno. Las mineras y petroleras explotan el entorno físico; las proveedoras de redes sociales explotan el entorno social. Esto es particularmente perverso, porque estas empresas influyen sobre la forma en que las personas piensan y actúan, sin que estas ni siquiera se den cuenta. Esto interfiere con el funcionamiento de la democracia y la integridad de las elecciones.

Como las plataformas de Internet son redes, tienen rendimiento marginal creciente, lo que explica su asombroso crecimiento. El efecto red es algo realmente inédito y transformador, pero también es insostenible. A Facebook le llevó ocho años y medio alcanzar mil millones de usuarios, y la mitad de ese tiempo sumar otros mil millones. A este ritmo, en menos de tres años Facebook se quedará sin gente a la que convertir.

Facebook y Google controlan en la práctica más de la mitad de todos los ingresos por publicidad digital. Para mantener la posición dominante, necesitan ampliar sus redes y aumentar la cuota que reciben de la atención de los usuarios. En la actualidad, lo hacen dando a los usuarios una plataforma conveniente. Cuanto más tiempo pasan estos en la plataforma, más valiosos se vuelven para las empresas.

Además, los proveedores de contenido no pueden evitar el uso de las plataformas y deben aceptar sin más sus condiciones, con lo que contribuyen a las ganancias de las empresas de redes sociales. De hecho, la excepcional rentabilidad de estas empresas deriva en gran parte del hecho de que no asumen responsabilidad (ni pagan) por el contenido presente en sus plataformas.

Las empresas afirman que lo único que hacen es distribuir información. Pero su carácter de distribuidores cuasimonopólicos las convierte en servicios públicos, que deberían estar sujetos a una regulación más estricta, con el objetivo de proteger la competencia, la innovación y el acceso justo y abierto.

Los verdaderos clientes de las empresas de redes sociales son quienes pagan por poner anuncios en ellas. Pero está apareciendo de a poco un nuevo modelo de negocios, que se basa no sólo en la publicidad, sino también en la venta directa de productos y servicios a los usuarios. Las empresas explotan los datos que controlan, ofrecen servicios combinados y usan la discriminación de precios para quedarse con una cuota mayor de los beneficios, que de lo contrario deberían compartir con los consumidores. Esto aumenta todavía más la rentabilidad de la empresa; pero los servicios combinados y la discriminación de precios reducen la eficiencia de la economía de mercado.

Las empresas de redes sociales engañan a los usuarios, ya que manipulan su atención, la redirigen hacia sus objetivos comerciales propios, y diseñan deliberadamente los servicios que ofrecen para que sean adictivos. Esto puede ser muy nocivo, en particular para los adolescentes.

Hay parecidos entre las plataformas de Internet y las empresas de juegos de azar. Los casinos han desarrollado técnicas para enganchar a los clientes hasta el punto en que se jueguen todo el dinero que tienen, e incluso el que no tienen.

Algo similar (y potencialmente irreversible) está sucediendo con la atención humana en esta era digital. No es sólo una cuestión de distracción o adicción; las empresas de redes sociales están de hecho induciendo a las personas a entregar su autonomía. Y este poder para moldear la atención de las personas está cada vez más concentrado en unas pocas empresas.

Se necesita mucho esfuerzo para afirmar y defender aquello que John Stuart Mill llamó la libertad de pensamiento. Una vez perdida esta, a los que crezcan en la era digital tal vez les sea muy difícil recuperarla.

Esto implica consecuencias políticas de largo alcance. Las personas que no tienen libertad de pensamiento son fáciles de manipular. Este peligro no es sólo una acechanza futura; ya tuvo un papel importante en la elección presidencial de 2016 en Estados Unidos.

Hay incluso una posibilidad más alarmante en el horizonte: una alianza entre estados autoritarios y grandes monopolios informáticos provistos de abundantes datos, que una los incipientes sistemas de vigilancia corporativa con los ya desarrollados sistemas de vigilancia estatal. Esto bien puede dar lugar a una red de control totalitario que ni siquiera George Orwell hubiera podido imaginar.

Los países en los que es más probable que esas alianzas perversas surjan primero son Rusia y China. Las empresas tecnológicas chinas, en particular, están a la misma altura de las plataformas estadounidenses, y tienen pleno apoyo y protección del régimen del presidente Xi Jinping. El gobierno chino cuenta con poder suficiente para proteger a sus empresas líderes nacionales, al menos dentro de sus fronteras.

Los monopolios informáticos estadounidenses ya tienen motivos para hacer concesiones a cambio de entrar a estos mercados, inmensos y en veloz crecimiento. Y los gobiernos dictatoriales de esos países tal vez quieran colaborar con esos monopolios, para mejorar los métodos de control de sus poblaciones y ampliar su poder e influencia en Estados Unidos y el resto del mundo.

También es cada vez más notoria la relación entre el dominio de las plataformas monopólicas y el aumento de la desigualdad. Esto tiene que ver en parte con la concentración de las carteras de acciones en manos de unos pocos individuos, pero es más importante aún la posición peculiar que ocupan los gigantes informáticos. Estos han obtenido un poder monopólico al tiempo que compiten entre sí; sólo ellos son suficientemente grandes para adueñarse de las startups que pudieran llegar a hacerles competencia, y sólo ellos tienen recursos para invadir sus respectivos territorios.

Los dueños de las megaplataformas se consideran amos del universo, pero en realidad, son esclavos de la necesidad de mantener la posición dominante. Están librando una batalla existencial para dominar las nuevas áreas de crecimiento abiertas por la inteligencia artificial, por ejemplo los autos sin conductor.

El impacto de estas innovaciones en el desempleo depende de las políticas que adopten los gobiernos. La Unión Europea y en particular los países nórdicos son mucho más previsores que Estados Unidos en materia de políticas sociales. No protegen los puestos de trabajo, sino a los trabajadores. Están dispuestos a pagar el costo de la recapacitación o el retiro de aquellos que pierdan su empleo. Por eso los trabajadores de los países nórdicos se sienten más seguros y son más favorables a las innovaciones tecnológicas que los estadounidenses.

Los monopolios de Internet no tienen ni la voluntad ni el interés de proteger a la sociedad de las consecuencias de sus acciones. Eso los convierte en una amenaza pública; y es responsabilidad de las autoridades regulatorias proteger a la sociedad de ellos. En Estados Unidos, dichas autoridades no son suficientemente fuertes para oponerse a la influencia política de los monopolios. La UE está en mejor posición, porque no tiene megaplataformas propias.

La UE usa una definición de poder monopólico distinta a la de Estados Unidos. Mientras que las autoridades estadounidenses apuntan sobre todo a los monopolios creados mediante operaciones de adquisición, la legislación europea prohíbe el abuso del poder monopólico sin importar cómo se haya conseguido. La protección de los datos y de la privacidad es mucho más fuerte en Europa que en Estados Unidos.

Además, la legislación estadounidense adoptó una extraña doctrina por la que el perjuicio a los clientes se mide por el incremento del precio que pagan por los servicios que reciben. Pero eso es prácticamente imposible de determinar, porque la mayoría de las megaplataformas de Internet proveen la mayor parte de sus servicios en forma gratuita. Además, la doctrina no tiene en cuenta los valiosos datos de los usuarios que las plataformas van recolectando.

El enfoque europeo tiene su principal adalid en la comisaria europea para la competencia, Margrethe Vestager. A la UE le llevó siete años formular una acusación contra Google, pero su éxito aceleró en gran medida el proceso de institución de normas adecuadas. Además, gracias a los esfuerzos de Vestager, en Estados Unidos se está dando un cambio de actitud inspirado por la visión europea.

Tarde o temprano se terminará el dominio global de las empresas estadounidenses de Internet. La regulación y los impuestos, los medios que propugna Vestager, serán su ruina.

(George Soros is Chairman of Soros Fund Management and Chairman of the Open Society Foundations. A pioneer of the hedge-fund industry, he is the author of many books, including The Alchemy of Finance, The New Paradigm for Financial Markets: The Credit Crisis of 2008 and What it Means, and The Tragedy of the European Union)

- Cómo la TI amenaza a la democracia (Project Syndicate - **16/2/18**)

Múnich.- En su momento, Internet y las redes sociales fueron aclamadas como herramientas que crearían nuevas oportunidades de difundir la democracia y la libertad. De hecho, Twitter, Facebook y otras redes sociales tuvieron un papel clave en los levantamientos populares de Irán en 2009, el mundo árabe en 2011 y Ucrania en 2013‑2014. Parecía por momentos que el tuit podía más que la espada.

Pero pronto los regímenes autoritarios comenzaron a reprimir la libertad en Internet: tenían miedo del nuevo mundo digital, porque estaba fuera del alcance de sus mecanismos de seguridad analógicos. Esos temores resultaron infundados. Finalmente, la mayoría de los levantamientos populares motorizados por las redes sociales fracasaron por falta de liderazgo eficaz, y las organizaciones políticas y militares tradicionales retuvieron el poder.

Estos regímenes incluso han comenzado a usar las redes sociales para sus propios fines. Todos hemos oído acusaciones de que Rusia usó encubiertamente las redes sociales para influir en los resultados de las elecciones en Ucrania, Francia, Alemania y, el hecho más conocido, en los Estados Unidos. Facebook calcula que el contenido publicado por Rusia en su red, incluidos comentarios y anuncios pagos, llegó a 126 millones de estadounidenses (cerca del 40% de la población).

Hay que recordar que antes Rusia acusó a Occidente de promover las “revoluciones de colores” en Ucrania y Georgia. Parece que Internet y las redes sociales ofrecen otro campo de batalla para la manipulación subrepticia de la opinión pública.

Si ni siquiera los países más avanzados en tecnología pueden proteger la integridad del proceso electoral, ¿qué decir de los desafíos que enfrentan los países con menos conocimiento técnico? Es decir, la amenaza es global. A falta de hechos y datos, la mera posibilidad de manipulación alimenta teorías conspirativas y debilita la fe en la democracia y en las elecciones, en un momento en que la confianza pública ya se encuentra deprimida.

Las “cámaras de eco” ideológicas generadas por las redes sociales agravan los sesgos naturales de las personas y reducen las oportunidades de sano debate. Esto tiene efectos reales, porque fomenta la polarización política y erosiona la capacidad de los líderes para forjar acuerdos, base de la estabilidad democrática. Asimismo, el discurso del odio, los llamamientos terroristas y el hostigamiento racial y sexual, que se han instalado en Internet, pueden llevar a violencia en la vida real.

Pero las redes sociales no son el primer caso de una revolución de las comunicaciones que planteara desafíos a los sistemas políticos. La imprenta, la radio y la televisión fueron revolucionarias en su momento. Y todas fueron gradualmente reguladas, incluso en las democracias más liberales. Es hora de analizar cómo sujetar las redes sociales a las mismas reglas de transparencia, responsabilidad y tributación que los medios convencionales.

En Estados Unidos, un grupo de senadores presentó un proyecto de “ley de honestidad publicitaria” que extendería a las redes sociales las mismas reglas que se aplican a la prensa, la radio y la televisión. Esperan lograr su aprobación antes de la elección intermedia de 2018. En Alemania, se aprobó una nueva ley (llamada Netzwerkdurchsetzungsgesetz) que obliga a las empresas de redes sociales a eliminar comentarios violentos y noticias falsas en un plazo de 24 horas, con multas de hasta 50 millones de euros (63 millones de dólares).

Pero aunque estas medidas sean útiles, no estoy seguro de que la legislación en el nivel nacional sea un medio adecuado para regular la actividad política en Internet. Muchas naciones más pobres no podrán ofrecer esa clase de resistencia; y para todos los países será difícil hacer cumplir las normas que impongan, ya que la mayor parte de los datos se almacenan y administran fuera de sus jurisdicciones.

Más allá de la necesidad o no de nuevas reglas internacionales, debemos procurar que el intento de contener los excesos no ponga en riesgo el derecho fundamental a la libertad de expresión. Las sociedades abiertas deben evitar una reacción exagerada que pudiera debilitar las libertades mismas de las que deriva su legitimidad.

Pero tampoco podemos quedarnos de brazos cruzados. Unos pocos grandes jugadores, en Silicon Valley y otras partes, tienen nuestro destino en sus manos; pero con su cooperación, podemos encarar las falencias del sistema actual.

En 2012, convoqué una Comisión Global sobre las Elecciones, la Democracia y la Seguridad, para la identificación y el abordaje de los retos que afectan la integridad de las elecciones y la promoción de procesos electorales legítimos. Sólo las elecciones que el conjunto de la población acepta como justas y creíbles pueden llevar a una alternancia de gobierno pacífica y democrática que confiera legitimidad al vencedor y protección al perdedor.

Bajo los auspicios de la Fundación Kofi Annan, me dispongo a convocar una nueva comisión (que esta vez incluirá a los cerebros de las redes sociales y de la tecnología de la información, y a líderes políticos) para que nos ayude a resolver estas nuevas cuestiones cruciales. Buscaremos soluciones factibles que sirvan a las democracias y protejan la integridad de las elecciones, sin dejar de aprovechar las muchas oportunidades que ofrecen las nuevas tecnologías. Publicaremos recomendaciones que, esperamos, aliviarán las tensiones disruptivas creadas entre los avances tecnológicos y uno de los logros más grandes de la humanidad: la democracia.

La tecnología no se detiene, y tampoco debe hacerlo la democracia. Tenemos que actuar pronto, porque los avances digitales pueden ser sólo el comienzo de una tendencia irrefrenable hacia un mundo orwelliano controlado por un Gran Hermano, en el que millones de sensores en teléfonos inteligentes y otros dispositivos reúnan nuestros datos y nos hagan vulnerables a la manipulación.

¿A quién corresponde la propiedad de los abundantes datos que recogen nuestros teléfonos y relojes? ¿Cómo deben usarse? ¿Debe su uso supeditarse a nuestro consentimiento? ¿A quién deben rendir cuentas aquellos que los usen? Son grandes preguntas de las que depende el futuro de la libertad.

(Kofi A. Annan, a former secretary-general of the United Nations and Nobel Peace laureate, is Chair of the Kofi Annan Foundation, which mobilizes political will to overcome threats to peace, development, and human rights. He is also Chair of the Elders and of the Africa Progress Panel)

- Orden Mundial Liberal, Q.E.P.D. (Project Syndicate - **21/3/18**)

Nueva Delhi.- Después de casi mil años de existencia, bromeó el filósofo y escritor francés Voltaire, el debilitado Sacro Imperio Romano no era ni sacro ni romano ni un imperio. Hoy, unos dos siglos y medio después, el problema, para parafrasear a Voltaire, es que **el debilitado orden mundial liberal no es ni liberal ni mundial ni ordenado.**

Estados Unidos, en estrecha colaboración con el Reino Unido y otros, estableció el orden mundial liberal luego de la Segunda Guerra Mundial. El objetivo era garantizar que las condiciones que habían conducido a dos guerras mundiales en 30 años nunca volvieran a producirse.

Con ese fin, los países democráticos se propusieron crear un sistema internacional que fuera liberal en el sentido de que estuviera basado en el régimen de derecho y el respeto de la soberanía y la integridad territorial de los países. Los derechos humanos debían estar protegidos. Todo esto debía aplicarse a todo el planeta; al mismo tiempo, la participación era abierta para todos y voluntaria. Se crearon instituciones para promover la paz (las Naciones Unidas), el desarrollo económico (el Banco Mundial) y el comercio y la inversión (el Fondo Monetario Internacional y lo que años más tarde se convirtió en la Organización Mundial de Comercio).

Todo esto, y más, contaba con el respaldo del poderío económico y militar de Estados Unidos, una red de alianzas en toda Europa y Asia y armas nucleares, que servían para disuadir la agresión. El orden mundial liberal se basaba así no sólo en los ideales abrazados por las democracias, sino también en un poder duro. La Unión Soviética, decididamente iliberal y con una noción esencialmente diferente de lo que constituía el orden en Europa y en todo el mundo, era consciente de esto.

El orden mundial liberal parecía más robusto que nunca con el fin de la Guerra Fría y el colapso de la Unión Soviética. Pero hoy, un cuarto de siglo después, su futuro está en duda. Por cierto, sus tres componentes -liberalismo, universalidad y la preservación del propio orden- están siendo cuestionados como nunca antes en su historia de 70 años.

**El liberalismo está en retirada. Las democracias están sintiendo los efectos del creciente populismo. Los partidos de los extremos políticos han ganado terreno en Europa. El voto en el Reino Unido a favor de abandonar la UE fue una señal de la pérdida de influencia de las elites. Inclusive Estados Unidos está experimentando ataques sin precedentes por parte de su propio presidente a los medios, las cortes y las instituciones judiciales del país. Los sistemas autoritarios, entre ellos China, Rusia y Turquía, se han vuelto aún más inestables. Países como Hungría y Polonia parecen no estar interesados en el destino de sus democracias jóvenes.**

Cada vez es más difícil hablar del mundo como si fuera un todo. Estamos presenciando el surgimiento de órdenes regionales -o, más pronunciados en Oriente Medio, desórdenes-, cada uno con sus propias características. Los intentos por crear marcos globales están fracasando. El proteccionismo está en alza; la última ronda de conversaciones sobre comercio global nunca dio frutos. Existen pocas reglas que gobiernen el uso del ciberespacio.

Al mismo tiempo, la rivalidad de las grandes potencias está de regreso. Rusia violó la norma más básica de relaciones internacionales cuando utilizó la fuerza armada para alterar las fronteras en Europa, y violó la soberanía estadounidense a través de sus esfuerzos por influir en la elección de 2016. Corea del Norte se ha burlado del fuerte consenso internacional contra la proliferación de armas nucleares. El mundo se ha quedado paralizado frente a las pesadillas humanitarias que se desarrollan en Siria y Yemen, y es poco lo que se hizo en las Naciones Unidas u otros ámbitos en respuesta al uso de armas químicas por parte del gobierno sirio. Venezuela es un estado fallido. Una de cada cien personas en el mundo hoy es un refugiado o está desplazado internamente.

Existen varios motivos por los cuales todo esto está sucediendo, y ahora. El ascenso del populismo es en parte una respuesta a los ingresos estancados y a la pérdida de empleos, debido principalmente a las nuevas tecnologías pero que, en general, se atribuye a las importaciones y a los inmigrantes. El nacionalismo es una herramienta cada vez más utilizada por los líderes para apuntalar su autoridad, especialmente en condiciones económicas y políticas difíciles. Y las instituciones globales no han podido adaptarse a los nuevos equilibrios de poder y a las nuevas tecnologías.

**Pero el debilitamiento del orden mundial liberal se debe, más que cualquier otra cosa, a la actitud diferente de Estados Unidos**. En el gobierno del presidente Donald Trump, Estados Unidos decidió no pertenecer al Acuerdo Transpacífico y retirarse del acuerdo climático de París. Ha amenazado con abandonar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y el acuerdo nuclear iraní. Ha introducido unilateralmente aranceles al acero y al aluminio, basándose en una justificación (la seguridad nacional) que otros podrían utilizar, colocando con esto al mundo en riesgo de una guerra comercial. Ha formulado cuestionamientos sobre su compromiso con la OTAN y otras alianzas. Y rara vez habla sobre democracia o derechos humanos. “Estados Unidos primero” y el orden mundial liberal parecen incompatibles.

Mi punto no es señalar y criticar a Estados Unidos. También se podría criticar a las otras grandes potencias de hoy, entre ellas la UE, Rusia, China, India y Japón, por lo que están haciendo, lo que no están haciendo o ambas cosas. Pero Estados Unidos no es un país más. Fue el principal arquitecto del orden mundial liberal y su principal defensor. También fue un beneficiario importante.

Por ende, la decisión de Estados Unidos de abandonar el papel que ha desempeñado durante más de setenta años marca un punto de inflexión. El orden mundial liberal no puede sobrevivir por sí solo, porque otros carecen del interés o de los medios para sustentarlo. El resultado será un mundo menos libre, menos próspero y menos pacífico, para los norteamericanos y para otros por igual.

(Richard N. Haass, President of the Council on Foreign Relations, previously served as Director of Policy Planning for the US State Department (2001-2003), and was President George W. Bush's special envoy to Northern Ireland and Coordinator for the Future of Afghanistan. He is the author of A World in Disarray: American Foreign Policy and the Crisis of the Old Order)

- La amenaza a la democracia occidental empieza en casa (Project Syndicate - **26/3/18**)

Madrid.- Cuatro días antes de la elección de 1924 en el Reino Unido, el Daily Mail publicó una carta presuntamente escrita por el presidente de la Internacional Comunista, Grigori Zinoviev, que llamaba a los comunistas británicos a movilizar “fuerzas simpatizantes” en el Partido Laborista para apoyar un pacto anglosoviético y alentar la “agitación y propaganda” en las fuerzas armadas. Más tarde se descubrió que era falsa (un fraude creado por rusos blancos antibolcheviques o tal vez por el servicio secreto británico), pero para entonces, ya había causado la derrota del primer gobierno laborista del RU.

Las campañas de desinformación actuales de Rusia, parte de la guerra híbrida del Kremlin contra las democracias occidentales, parecen tener mucho en común con la tristemente célebre carta de Zinoviev. Pero ¿son realmente comparables? ¿Serían hoy las democracias occidentales diferentes sin los subterfugios rusos?

Según Gérard Araud, embajador de Francia ante los Estados Unidos, hay que poner coto a las interferencias y manipulaciones rusas en las elecciones, o plantearán una “amenaza existencial” a las democracias occidentales. Esto equivale a decir que el autócrata de un país empobrecido con una economía menor a la de Brasil dependiente del petróleo sería capaz de derribar las principales democracias del mundo.

Sin embargo, la elección presidencial del año pasado en Francia parece contradecir la lectura de Araud. La cibercampaña rusa contra el centrista Emmanuel Macron (para favorecer a la candidata ultraderechista Marine Le Pen) incluyó de todo, desde la publicación de afirmaciones infundadas de que Macron es gay a la difusión de documentos falsos que lo hacían poseedor de una cuenta bancaria en el extranjero. Pero hoy Macron es el presidente de Francia, mientras Le Pen está en problemas tratando de cambiar la imagen de su partido.

Esto no quiere decir que Rusia no pueda ser un incordio peligroso, ni supone minimizar el riesgo de que las redes sociales deformen la visión que sus usuarios tienen de la realidad, al facilitar la difusión de noticias tendenciosas o incluso totalmente falsas (aunque muchos expertos creen que Internet es mucho más eficaz generando “activismo de sillón” que auténtica movilización política).

Pero el orden liberal de Occidente no está en crisis por culpa de Rusia. Las democracias occidentales deben asumir su responsabilidad por una crisis que, en definitiva, surgió de su seno, impulsada por la incapacidad de sus dirigencias para enfrentar eficazmente los retos de la globalización.

El aspecto más preocupante de la elección presidencial de 2016 en Estados Unidos no es el intento ruso de generar oposición a Hillary Clinton mediante trolls y bots, sino que 61 millones de ciudadanos estadounidenses hayan creído ciegamente en las mentiras flagrantes de Donald Trump, el candidato presidencial menos educado y más mendaz en la historia de Estados Unidos. Por supuesto, tampoco ayudó que Clinton (con la anuencia de un testarudo aparato demócrata) hiciera una campaña débil y desprovista de visión, que ignoró la rabia creciente de millones de votantes que se sienten olvidados por la globalización.

Además, la crisis ética que aflige al capitalismo occidental no la creó el presidente ruso Vladimir Putin, sino banqueros estadounidenses que, aprovechándose de la desregulación y la interconexión financiera, arrastraron la economía global a la debacle de 2008. Después, los políticos estadounidenses se negaron a introducir regulaciones bancarias adecuadas, por no hablar de castigar a los que causaron la crisis mientras se llenaban los bolsillos. En Europa, similares fracasos éticos y políticos en la respuesta a la globalización extendieron el apoyo a los populistas de derecha e izquierda.

Si partidos populistas que antes estaban en los márgenes de la política obtuvieron casi la mitad de los votos en la reciente elección en Italia no fue por campañas de desinformación de los rusos, sino por el malestar creciente hacia un establishment político corrupto que no supo resolver los grandes problemas económicos, como la inestabilidad financiera y el alto desempleo juvenil. La elección también fue una clara muestra de las persistentes desigualdades regionales de Italia: mientras el próspero norte favoreció a la Liga (xenófoba), el Movimiento Cinco Estrellas (más populista) obtuvo la mayoría de sus votos en el sur pobre.

Puede que estos resultados electorales beneficien a Putin, pero eso no lo hace responsable por ellos. Son políticos nacionales (desde los partidarios del Brexit a Trump) los que defienden políticas divisivas, los que se niegan a admitir la importancia de la cooperación y la ética en la formulación de políticas, los que critican a las élites tradicionales y a las instituciones estatales mientras elogian a autócratas (Putin incluido). El eslogan de campaña de la Liga en Italia (“los italianos primero”) es un tributo patente al nacionalismo de Trump.

Los medios han reforzado este discurso. Es verdad que se descubrió que detrás de algunas de las “noticias falsas” difundidas a través de las redes sociales estuvo Rusia. Pero en el RU, por ejemplo, los tabloides de Rupert Murdoch y Jonathan Harmsworth han hecho mucho más para generar oposición a la Unión Europea antes del referendo por el Brexit.

La historia también ha influido. El euroescepticismo de las “democracias antiliberales” de Europa del Este es reflejo de tradiciones religiosas y autoritarias profundamente arraigadas, que han impedido a estas sociedades internalizar la cultura posmoderna de tolerancia secular y valores universales de la UE. Sirve de ejemplo de esta dinámica la combinación polaca de rusofobia feroz y nacionalismo religioso extremista.

Lo cierto es que Occidente adolece de profundas desigualdades sociales, reforzadas en tiempos recientes por la mala gestión de la globalización. Al mismo tiempo, su establishment político se fue aislando de la opinión pública, como ocurrió en la Europa de entreguerras (fenómeno que impulsó el ascenso del fascismo y del autoritarismo populista). Esta dinámica es particularmente evidente en la UE, donde muchas decisiones están en manos de una burocracia distante, exenta de rendir cuentas y carente de legitimidad democrática suficiente.

Rusia no plantea una amenaza existencial a la democracia occidental. La Unión Soviética era un adversario mucho más formidable, y terminó derrumbándose bajo el peso de su propio fracaso económico. Rusia enfrenta problemas internos de una escala similar (no sólo el estancamiento económico, sino también el colapso demográfico).

Pero eso no implica que la democracia occidental esté a salvo. Para protegerla, la dirigencia occidental debe afrontar sus propias falencias: modernizar las instituciones, mejorar la rendición de cuentas democrática, reducir la desigualdad económica y social, y trabajar para que la globalización beneficie a todos.

(Shlomo Ben-Ami, a former Israeli foreign minister, is Vice President of the Toledo International Center for Peace. He is the author of Scars of War, Wounds of Peace: The Israeli-Arab Tragedy)

- Facebook y el futuro de la privacidad online (Project Syndicate - **12/4/18**)

Nueva York.- Chris Hughes, cofundador de Facebook, recientemente observó que el escrutinio público de Facebook “debió haberse producido hace mucho tiempo”, y dijo “me resulta sorprendente que no hayan tenido que responder más de estas preguntas antes”. Los líderes del sector de la tecnología de la información, especialmente en Europa, han venido advirtiendo sobre los abusos cometidos por Facebook (y otros portales) desde hace años. Sus percepciones y recomendaciones prácticas son especialmente urgentes hoy.

El testimonio del CEO de Facebook, Mark Zuckerberg, ante el Senado de Estados Unidos sirvió de poco para apuntalar la confianza pública en una empresa que trafica datos personales de sus usuarios. El momento más elocuente del testimonio se produjo cuando Richard Durbin, senador por Illinois, preguntó si Zuckerberg estaría cómodo compartiendo el nombre de su hotel y la gente con la que había intercambiado mensajes esa semana, exactamente el tipo de datos rastreados y utilizados por Facebook. Zuckerberg respondió que no se sentiría cómodo ofreciendo esa información. “Creo que tal vez de eso se trate todo esto”, dijo Durbin. “Su derecho a la privacidad”.

Los críticos de Facebook vienen sosteniendo este punto desde hace años. Stefano Quintarelli, uno de los principales expertos en TI de Europa y un defensor destacado de la privacidad online (y, hasta hace poco, miembro del Parlamento italiano), ha sido un crítico persistente y profético del abuso por parte de Facebook de su posición de mercado y del mal uso de los datos personales online. Ha defendido desde hace mucho tiempo una idea poderosa: que cada uno de nosotros debería retener el control de nuestro perfil online -perfil que debería ser fácilmente transferible entre portales-. Si decidimos que no nos gusta Facebook, deberíamos poder pasarnos a un competidor sin perder los enlaces a los contactos que siguen en Facebook.

Para Quintarelli, el abuso por parte de Cambridge Analytica de datos adquiridos de Facebook fue una consecuencia inevitable del modelo de negocio irresponsable de Facebook. Facebook ahora ha reconocido que Cambridge Analytica no es el único que explotó perfiles personales adquiridos de Facebook.

En comunicaciones personales conmigo, Quintarelli dice que el Reglamento General de Protección de Datos de la Unión Europea, que entra en vigencia el 25 de mayo, después de seis años de preparación y debate, “puede servir como guía en algunos aspectos”. Según el RGPD, observa, “las organizaciones incumplidoras pueden enfrentar sanciones severas, de hasta el 4% de sus ingresos. Si el RGPD ya estuviera establecido, Facebook, para evitar esas penalidades, habría tenido que notificar a las autoridades sobre la filtración de datos inmediatamente después de tomar consciencia de ello, mucho antes de la pasada elección de Estados Unidos”.

Quintarelli enfatiza que “la competencia efectiva es una herramienta poderosa para aumentar y defender la biodiversidad en el espacio digital”. Y aquí el RGPD debería ser de ayuda, porque “introduce el concepto de portabilidad del perfil, por el cual un usuario puede mover su perfil de un proveedor de servicios a otro, como hacemos cuando pasamos nuestro perfil telefónico -el número de teléfono móvil- de un operador a otro”.

Pero “esta forma de propiedad de los datos de nuestro propio perfil”, continúa Quintarelli, “en efecto no basta”. Igualmente importante es “la interconexión: el operador en el que depositamos nuestro perfil debería estar interconectado con el operador de origen para que no perdamos contacto con nuestros amigos online. Esto es posible hoy gracias a tecnologías como IPFS y Solid, desarrolladas por el inventor de la web Tim Berners-Lee”.

Sarah Spiekermann, profesora de la Universidad de Economía y Negocios de Viena (WU) y presidenta de su Instituto de Sistemas de Información de Gestión, es otra pionera de la privacidad online que ha advertido desde hace mucho tiempo sobre el tipo de abusos vistos con Facebook. Spiekermann, una autoridad global en materia de tráfico de nuestras identidades online para fines de publicidad dirigida, propaganda política, vigilancia pública y privada u otros fines nefastos, destaca la necesidad de tomar las riendas de “los mercados de datos personales”.

“Desde que el Foro Económico Mundial empezó a discutir los datos personales como una nueva clase de activos en 2011”, me dijo, “los mercados de datos personales han prosperado en base a la idea de que los datos personales podrían ser el “nuevo petróleo” de la economía digital así como -aparentemente- de la política”. Como consecuencia de ello, “más de mil empresas hoy participan en una cadena de valor de información digital que recopila datos a partir de cualquier actividad online y ofrece contenido dirigido a usuarios online o móviles en el lapso de aproximadamente 36 segundos de su ingreso al reino digital”. No son “sólo Facebook y Google, Apple o Amazon los que recogen y usan nuestros datos para cualquier fin que se nos pueda ocurrir”, dice Spiekermann. “Las plataformas de gestión de datos, como las operadas por Acxiom u Oracle BlueKai poseen miles de atributos personales y perfiles socio-psicológicos sobre cientos de millones de usuarios”.

Si bien Spiekermann piensa que “los mercados de datos personales y el uso de los datos en su interior deberían prohibirse en su forma actual”, piensa que el RGPD “es un buen motivador para que las empresas en todo el mundo cuestionen sus prácticas de compartir datos personales”. También observa que “un ecosistema rico de servicios online amigables con la privacidad está empezando a funcionar”. Un estudio realizado por una clase de alumnos de WU “analizó las prácticas de recopilación de datos de nuestros principales servicios online (como Google, Facebook o Apple) y las comparó con sus nuevos competidores amigos de la privacidad”. El estudio, dice, “les da a todos la posibilidad de cambiar de servicios al instante”.

El inmenso poder de lobby de Facebook hasta ahora ha eludido esencialmente las ideas prácticas de Quintarelli, Spiekermann y sus colegas activistas. Sin embargo, el escándalo reciente le ha abierto los ojos a la población sobre la amenaza que plantea la inacción para la democracia misma.

La UE ha tomado la delantera en la respuesta, gracias a sus nuevas normas de privacidad, y propuso el cobro de mayores impuestos a Facebook y otros vendedores de datos personales online. No obstante ello, es posible hacer más. Quintarelli, Spiekermann y sus colegas defensores de la ética online nos ofrecen un camino práctico hacia una Internet que sea transparente, justa, democrática y respetuosa de los derechos personales.

(Jeffrey D. Sachs, Professor of Sustainable Development and Professor of Health Policy and Management at Columbia University, is Director of Columbia’s Center for Sustainable Development and of the UN Sustainable Development Solutions Network. His books include The End of Poverty, Common Wealth, The Age of Sustainable Development, and, most recently, Building the New American Economy)

- Superar la miopía democrática (Project Syndicate - **27/4/18**)

Nueva York.- A pesar de los indicadores positivos, la economía global sigue plagada de riesgos. Y como prácticamente cada uno de esos riesgos surge de desafíos estructurales, mitigarlos exigirá que los líderes piensen en el largo plazo. Desafortunadamente, no es algo que se vea demasiado hoy en día, particularmente en las democracias del mundo.

El problema reside en la desconexión entre los ciclos políticos y económicos. Un ciclo económico normal dura 5-7 años. Pero, según el McKinsey Global Institute, el mandato promedio de un líder político del G-20 ha caído a un mínimo récord de 3,7 años (comparado con seis años en 1946). Centrados en ganar la próxima elección, los políticos suelen implementar políticas que aportarán recompensas de corto plazo, aún a costa de un crecimiento o estabilidad de largo plazo.

Esta postura se ve ejemplificada en los crecientes déficits fiscales. En Estados Unidos, según la Oficina de Presupuesto del Congreso, el déficit presupuestario va camino a triplicarse en los próximos 30 años, de 2,9% del PIB en 2017 a 9,8% en 2047, debido a los efectos de los recortes impositivos y otras medidas en contra del presupuesto que fueron implementadas para seducir a los votantes (o, igualmente importante, para tranquilizar a los donantes). Esto mina la capacidad del gobierno para hacer inversiones con visión de futuro en áreas como la educación y la infraestructura.

En un contexto en que a los políticos, efectivamente, se los recompensa por su pensamiento miope, a las democracias occidentales les cuesta garantizar un crecimiento estable en el largo plazo, cosa que no sucede, digamos, en la autoritaria China. Existen por lo menos dos maneras de abordar este problema en un contexto democrático.

Primero, los gobiernos podrían estar ligados de manera más firme a las decisiones políticas de sus antecesores. De esa manera, una legislación con una mayor visión de futuro que se ha debatido e implementado tendrá tiempo realmente para surtir efecto, sin el riesgo de que sea rechazada por una administración posterior.

La Unión Europea ofrece un ejemplo de cómo pueden funcionar los compromisos vinculantes de largo plazo. El Tratado de Maastricht de 1992 comprometió a los gobiernos europeos a fijar un tope de la deuda pública en el 60% del PIB, y los déficits presupuestarios anuales, en el 3% del PIB. Desde entonces, los gobiernos han llevado gradualmente a sus países a alinearse con este estándar.

Sin embargo, como también demuestra la experiencia de la UE, esas obligaciones "vinculantes" no siempre son consideradas inexpugnables, particularmente durante tiempos de estrés económico. Luego de la crisis financiera de 2008, se volvió evidente que países como Grecia, Italia, España y Portugal no cumplieron con sus compromisos de Maastricht.

De todos modos, establecer compromisos para los gobiernos que se extiendan más allá de los ciclos electorales puede imbuir las agendas legislativas con una perspectiva de más largo plazo, ya que reducen el volumen de políticas partidarias. Una estrategia de estas características habría sido útil para la legislación insignia del presidente norteamericano Barack Obama, la Ley de Atención Médica Asequible. Garantizar que la Ley siguiera en vigencia durante un período mínimo, en lugar de dejarla expuesta a un rechazo inmediato por parte de la administración de Donald Trump, podría haber permitido una transformación más fundamental del sistema de atención médica fallido de Estados Unidos, inclusive a través de mejoras a la propia ley “Obamacare”.

Otra manera de alentar el pensamiento de más largo plazo entre los legisladores sería extender sus mandatos a, por ejemplo, seis años -aproximadamente lo que duran los ciclos económicos-. En lugar de dedicar todo su mandato a hacer campaña para la reelección, los responsables de las políticas tendrían el tiempo y el espacio político para considerar los matices de los complejos desafíos estructurales y formular políticas que impulsen el crecimiento potencial de la economía.

En algunos países, los líderes políticos ya tienen mandatos más extensos. En Brasil, por caso, los senadores federales son elegidos por un mandato de ocho años. En México y las Filipinas, cada mandato presidencial dura seis años. En Estados Unidos, en cambio, los miembros de la Cámara de Representantes enfrentan una elección cada dos años, lo que obliga inclusive al presidente y a los senadores -que tienen mandatos de cuatro y seis años respectivamente- a operar, en alguna medida, con un horizonte temporal de dos años.

Por supuesto, los mandatos electorales más extensos son un riesgo, ya que podrían permitir que líderes incompetentes, si no problemáticos, permanecieran en el poder por más tiempo. Es por eso que el cambio tendría que buscarse en tándem con otra reforma: cambiar los requerimientos de elegibilidad para los potenciales responsables políticos, con un ojo puesto en garantizar líderes que tengan experiencia no sólo en postularse para un cargo, sino también en manejar los desafíos del mundo real.

En un artículo de 2012, Philip Cowley, de la Universidad de Nottingham, observó que, a fines de 2010, los líderes de los principales partidos políticos británicos tenían menos experiencia que otros de la era de posguerra. De la misma manera, un estudio de 2012 de la Biblioteca de la Cámara de los Comunes británica reveló que, de 1983 a 2010, la cantidad de políticos de carrera en el Parlamento se había multiplicado por más de cuatro, de 20 a 90.

El ascenso de los políticos de carrera ha coincidido con el creciente cinismo sobre la efectividad de los líderes electos. En verdad, según una encuesta del Foro Económico Mundial de 2016, los ciudadanos en los países democráticos confían menos en sus líderes que los ciudadanos de otras partes, mientras que una encuesta de Pew de 2015 determinó que más del 80% de los ciudadanos estadounidenses no confían en que el gobierno federal haga lo correcto de manera consistente. Esta sospecha probablemente contribuyó a la victoria del neófito político Donald Trump sobre Hillary Clinton en la elección presidencial de Estados Unidos en 2016.

En cualquier caso, los riesgos económicos de hoy no desaparecerán, y sólo se los puede minimizar con el tipo de reformas que deben formar parte de una agenda política de largo plazo. En lo que concierne a redactar esas agendas, las democracias parecen estar en desventaja. Pero esto no tiene por qué ser así.

(Dambisa Moyo, an economist and author, sits on the board of directors of a number of global corporations. She is the author of Dead Aid, Winner Take All, and How the West Was Lost)

- El totalitarismo liberal (Project Syndicate - **30/4/18**)

Lisboa.- Uno de los axiomas del liberalismo era que la libertad es sinónimo de autoposesión inalienable. Cada uno era propiedad de sí mismo; podía arrendarse a un empleador por un tiempo limitado, y por un precio mutuamente acordado, pero el derecho de propiedad sobre uno mismo no se podía comprar ni vender. A lo largo de los dos últimos siglos, esta perspectiva individualista liberal legitimó el capitalismo como un sistema “natural” poblado por agentes libres.

La capacidad de delimitar una parte de la propia vida y mantener dentro de esos límites la soberanía y el autocontrol era fundamental para la concepción liberal del agente libre y de su relación con la esfera pública. Para ejercer la libertad, los individuos necesitaban un refugio seguro dentro del cual desarrollarse como auténticas personas antes de relacionarse (y comerciar) con otros. Una vez constituida, la propia persona se realzaría por medio del comercio y la industria: redes de colaboración tendidas entre nuestros refugios personales, construidas y modificadas para satisfacer nuestras necesidades materiales y espirituales.

Pero la línea divisoria entre la persona y el mundo externo, en la que el individualismo liberal basó sus conceptos de autonomía, autoposesión y, en definitiva, libertad, no pudo mantenerse. La primera ruptura apareció conforme los productos industriales quedaron anticuados y fueron reemplazados por marcas que capturaban la atención, la admiración y el deseo del público. Antes de que transcurriera mucho tiempo, el branding ya había dado un nuevo giro radical, al impartir “personalidad” a los objetos.

En cuanto las marcas adquirieron personalidades (lo que reforzó inmensamente la lealtad de los consumidores y con ella, las ganancias), los individuos se sintieron obligados a reimaginarse como marcas. Y hoy que nuestros colegas, empleadores, clientes, detractores y “amigos” observan constantemente nuestra vida virtual, se nos presiona incesantemente a convertirnos en un manojo de actividades, imágenes y cualidades que constituyan una marca atractiva y vendible. El espacio personal esencial para el desarrollo autónomo de una individualidad auténtica (condición que hace posible la autoposesión inalienable) ya casi no existe. El hábitat del liberalismo está desapareciendo.

La clara demarcación que había en ese hábitat entre las esferas pública y privada también dividía el ocio del trabajo. No hace falta ser un crítico radical del capitalismo para ver que el derecho a un tiempo en el que uno no esté a la venta también ha dejado prácticamente de existir.

Piénsese en los jóvenes que dan sus primeros pasos en el mundo actual. La mayoría (los que no tienen un fondo fiduciario a su nombre o un generoso ingreso no ganado) terminará en una de dos categorías. La más numerosa es la de los condenados a trajinar con contratos precarios y salarios tan bajos que para llegar a fin de mes, tendrán que trabajar todas las horas disponibles (así que hablarles de tiempo, espacio o libertad personal es insultante).

A los otros se les dice que para no caer en este “precariado” destructor del alma, deben estar todo el tiempo invirtiendo en su propia marca. Como si estuvieran en un panóptico, no pueden ocultarse de la mirada de aquellos que tal vez les darán una oportunidad (o que conocen a otros que pueden dársela). Antes de publicar un tuit, ver una película, compartir una fotografía o un comentario en un chat, tienen que pensar en si agradarán o no a sus redes.

Si tienen la suerte de conseguir una entrevista laboral, y obtienen el puesto, el entrevistador alude inmediatamente a su prescindibilidad. Les dice: “Queremos que seas fiel a ti mismo, que sigas tus pasiones, ¡incluso si eso implica que tenemos que dejarte partir!”. Así que redoblan sus esfuerzos para descubrir “pasiones” que futuros empleadores acaso aprecien, y para encontrar esa mítica individualidad “real” que según los que ocupan posiciones de poder reside en algún lugar dentro de ellos.

Es una búsqueda que jamás se detiene. Hay una famosa explicación de John Maynard Keynes sobre la imposibilidad de conocer el valor “real” de las acciones en la bolsa, para lo que usó el símil de un concurso de belleza en el que los participantes no tratan de juzgar cuál es la concursante más bella, sino de predecir cuál es la concursante más bella para la opinión promedio, y cuál es la opinión promedio para la opinión promedio. En definitiva, es como un gato tratando de cazar su propia cola.

El concurso de belleza de Keynes arroja luz sobre la tragedia actual de muchos jóvenes, que tratan de dilucidar cuál de sus potenciales individualidades “reales” es la más atractiva para la opinión promedio de los formadores de opinión, y al mismo tiempo luchan por fabricar esa individualidad “real” dentro y fuera de Internet, en el trabajo y en casa; de hecho, en todas partes y en todo momento. Para guiarlos en esa búsqueda, han aparecido industrias enteras de mentores y consejeros, y una variedad de ecosistemas de sustancias y autoayuda.

La ironía es que el individualismo liberal parece haber sido derrotado por un totalitarismo que no es ni fascista ni comunista, sino que surgió de su propio éxito en la legitimación del avance del branding y de la mercantilización sobre nuestro espacio personal. Para derrotarlo, y así rescatar la idea liberal de libertad y autoposesión, tal vez sea necesaria una reconfiguración integral de los derechos de propiedad sobre los cada vez más digitalizados instrumentos de producción, distribución, colaboración y comunicación.

¿No sería una paradoja espléndida que, 200 años después del nacimiento de Karl Marx, decidiéramos que para salvar el liberalismo debemos regresar a la idea de que la libertad exige el fin de la mercantilización irrestricta, y la socialización de los derechos de propiedad sobre los bienes de capital?

(Yanis Varoufakis, a former finance minister of Greece, is Professor of Economics at the University of Athens)

- El aprendizaje automático es una cuestión política (Project Syndicate - **3/5/18**)

Washington, DC.- Alrededor del 1200 a. C., la dinastía Shang en China desarrolló un sistema fabril para la creación de miles de enormes recipientes de bronce destinados a usos domésticos y ceremoniales. En este temprano ejemplo de producción en masa, el proceso de fundido del bronce demandaba una complicada planificación y la coordinación de grandes grupos de trabajadores, que debían realizar una tarea distinta cada uno, en un orden exacto.

Un proceso de igual complejidad se utilizó para la confección del famoso ejército de guerreros de terracota revelado mil años después por Qin Shi Huang, primer emperador de China. Según el Museo de Arte Asiático de San Francisco, las estatuas “se crearon mediante un sistema de producción en serie, precursor de futuros avances en la producción en masa y el comercio”.

Algunos estudiosos han conjeturado que estas tempranas formas de tecnologías de trabajo regulado tuvieron un papel importante en la configuración de la sociedad china. Entre otras cosas, habrían predispuesto a las personas a aceptar estructuras burocráticas, una filosofía social con énfasis en lo jerárquico y la creencia de que hay una sola manera correcta de hacer las cosas.

Cuando las fábricas industriales aparecieron en Europa en el siglo XIX, hasta críticos incondicionales del capitalismo como Friedrich Engels reconocieron que la producción en masa requería una autoridad centralizada, sin importar que el sistema económico fuera capitalista o socialista. En el siglo XX, teóricos como Langdon Winner extendieron esta línea de pensamiento a otras tecnologías. Winner pensaba que la bomba atómica, por ejemplo, debía considerarse un “artefacto inherentemente político” porque “sus propiedades letales exigen que sea controlada por una cadena centralizada y rígidamente jerárquica de comando”.

Hoy podemos extender aún más esas ideas. Piénsese en los algoritmos de aprendizaje automático, la tecnología multipropósito más importante de la actualidad. Estos algoritmos, que imitan las capacidades cognitivas humanas usando datos tomados de la realidad, están cada vez más presentes en los entornos de trabajo. Pero para su plena capitalización, las organizaciones deben redefinir las tareas humanas como tareas predictivas, que son las que mejor se adaptan a las capacidades de los algoritmos.

Un aspecto clave del aprendizaje automático es que su desempeño mejora conforme aumenta la cantidad de datos. Eso lleva a que su uso genere una presión tecnológica hacia convertir la información de las personas en datos registrables y utilizables. Como el sistema de producción en masa, los algoritmos son “inherentemente políticos”, porque su funcionalidad central demanda ciertas prácticas sociales y desalienta otras. En particular, los algoritmos de aprendizaje automático van en la dirección contraria al deseo de privacidad personal de los individuos.

Un sistema basado en la disponibilidad pública de información sobre miembros individuales de la comunidad puede parecerle adecuado a comunitaristas como el sociólogo Amitai Etzioni, quien considera las limitaciones a la privacidad como un medio de hacer cumplir las normas sociales. Pero a diferencia de los comunitaristas, los algoritmos son indiferentes a esas normas. Su único objetivo es hacer mejores predicciones, y eso demanda la transformación de cada vez más áreas de la vida humana en conjuntos de datos pasibles de extracción y análisis.

Además, la fuerza de un imperativo tecnológico que está convirtiendo a occidentales individualistas en comunitaristas por accidente también los vuelve más dependientes de una cultura meritocrática basada en evaluaciones algorítmicas. En el trabajo, en la escuela o incluso en las aplicaciones de citas, ya nos hemos acostumbrado a que herramientas impersonales evalúen nuestra aptitud y nos asignen posiciones en una jerarquía.

Es verdad que la evaluación algorítmica no es algo nuevo. Hace una generación, estudiosos como Oscar H. Gandy advirtieron que nos estábamos convirtiendo en una sociedad donde a las personas se las califica y clasifica, y demandaron más responsabilidad y la corrección de los errores provocados por la tecnología. Pero a diferencia de los modernos algoritmos de aprendizaje automático, las viejas herramientas de evaluación se comprendían razonablemente bien. Tomaban decisiones sobre la base de factores normativos y empíricos pertinentes. Por ejemplo, no era ningún secreto que acumular deuda en la tarjeta de crédito podía perjudicar la calificación crediticia del titular.

En cambio, las nuevas tecnologías de aprendizaje automático bucean las profundidades de grandes conjuntos de datos para hallar correlaciones que, pese a su poder predictivo, no se comprenden bien. En el lugar de trabajo, los algoritmos pueden hacer un seguimiento de las conversaciones de los empleados, del lugar donde almuerzan y de cuánto tiempo pasan con la computadora, el teléfono o en reuniones. Y con esos datos, el algoritmo elabora sofisticados modelos de productividad que superan con creces las intuiciones del sentido común. En una meritocracia algorítmica, aquello que los modelos exijan se convertirá en la nueva norma de la excelencia.

Pero la tecnología no es un hado inexorable: nosotros le damos forma, antes de que ella nos lo haga a nosotros. Las empresas y los gobiernos pueden desarrollar y desplegar las tecnologías que quieran, según sus necesidades institucionales. Tenemos el poder de tender redes de privacidad en torno de áreas delicadas de la vida humana, para proteger a las personas contra usos nocivos de los datos, y exigir que en el uso de los algoritmos se busque un equilibrio entre la exactitud predictiva y otros valores tales como la equidad, la responsabilidad y la transparencia.

**Pero si seguimos el flujo natural de la lógica algorítmica, será inevitable el surgimiento de una cultura más meritocrática y comunitarista. Y esta transformación sostenida tendrá amplias repercusiones en las instituciones democráticas y las estructuras políticas. Como han señalado los sinólogos Daniel A. Bell y Zhang Weiwei, la principal alternativa política a las tradiciones liberal‑democráticas de Occidente son las instituciones comunitaristas chinas (cuya evolución aún continúa).**

**En China, las decisiones colectivas no se legitiman por el consenso explícito de los ciudadanos, y por lo general la gente tiene menos derechos exigibles contra el gobierno, en particular en lo concerniente a la vigilancia. El papel de un ciudadano chino ordinario en la vida política se limita en gran medida a participar en las elecciones locales. En tanto, los dirigentes nacionales surgen de un proceso meritocrático y se consideran a sí mismos custodios del bienestar del pueblo.**

**No es probable que las democracias liberales se transformen completamente en un sistema político de esa naturaleza. Pero si continúan las tendencias actuales en la cultura empresarial y de consumo, puede que pronto tengamos más en común con las tradiciones meritocráticas y comunitaristas chinas que con nuestra propia historia de individualismo y democracia liberal. Si queremos cambiar de rumbo, tenemos que poner nuestros propios imperativos políticos por encima de los de nuestras tecnologías.**

(Mark MacCarthy is a member of the faculty at Georgetown University, an affiliate of the Georgetown Center for Business and Public Policy, and Senior Vice President of Public Policy at the Software & Information Industry Association (SIIA))

- Los derechos humanos y el destino del orden liberal (Project Syndicate - **9/5/18**)

Cambridge.- Muchos expertos han proclamado la muerte del orden internacional liberal post-1945, inclusive el régimen de derechos humanos establecido en la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948. Una tapa reciente de Foreign Policy mostraba la paloma blanca de los derechos humanos atravesada por las flechas sangrientas de la reacción autoritaria.

Según los teóricos “realistas” de las relaciones internacionales, no se puede sustentar el orden mundial liberal cuando dos de las tres grandes potencias -Rusia y China- son antiliberales. En un artículo en Foreign Affairs, Yascha Mounk y Roberto Stefan Foa sostienen que la era en que las democracias liberales occidentales eran las principales potencias culturales y económicas del mundo quizás esté por terminar. En el lapso de los próximos cinco años, “el porcentaje de ingresos globales en manos de países considerados “no libres” -como China, Rusia y Arabia Saudita- superará al porcentaje en manos de las democracias liberales occidentales”.

Este argumento tiene varios problemas. Por empezar, se basa en una medición llamada paridad de poder adquisitivo, que es buena para algunos fines, pero no para comparar la influencia internacional. Con los tipos de cambio actuales, el PIB anual de China es de 12 billones de dólares, y el de Rusia es de 2,5 billones de dólares, comparado con la economía de 20 billones de dólares de Estados Unidos. Pero el error más serio es agrupar a países tan dispares como China y Rusia como un eje autoritario. Hoy no existe nada que se parezca al infame Eje de la Alemania nazi y sus aliados en los años 1930.

Si bien Rusia y China son autoritarias y a ambas les resulta útil aliarse en contra de Estados Unidos en organismos internacionales como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, tienen intereses muy diferentes. China es una potencia en ascenso sumamente entrelazada con la economía internacional, inclusive con Estados Unidos. Por el contrario, Rusia es un país en caída con serios problemas demográficos y de salud pública, en el que la energía, y no productos terminados, representa las dos terceras partes de sus exportaciones.

Los países en descenso suelen ser más peligrosos que los países en ascenso. Vladimir Putin ha sido un táctico inteligente, que intentó “hacer que Rusia volviera a ser grande” a través de una intervención militar en países vecinos y en Siria, y utilizando una guerra cibernética de información para perturbar -con un éxito sólo parcial- a las democracias occidentales. Un estudio de la televisión rusa en Ucrania determinó que fue efectiva sólo con la minoría que ya estaba orientada hacia Rusia, aunque pudo producir efectos polarizadores y disruptivos en el sistema político. Y el resurgimiento de la guerra de información al estilo de la Guerra Fría ha hecho poco para crear un poder blando en Rusia. El índice Soft Power 30 con sede en Londres ubica a Rusia en el puesto número 26. Rusia ha tenido cierto éxito a la hora de cultivar aliados en Europa del este, pero no es parte de un eje autoritario poderoso como el que existió en los años 1930.

China es diferente. Ha anunciado su voluntad de invertir miles de millones de dólares para aumentar su poder blando. En reuniones en Davos en 2017 y Hainan en 2018, Xi Jinping presentó a China como un defensor del orden internacional existente, pero un orden con características chinas más que liberales. China no quiere alterar el orden internacional actual, sino más bien reformularlo para aumentar sus ganancias.

Tiene las herramientas económicas para hacerlo. Raciona el acceso a su inmenso mercado por razones políticas. Noruega fue castigada después que se le otorgara el premio Nobel de la Paz al disidente Li Xiaobo. Los europeos del este fueron recompensados después que suavizaron las resoluciones de la Unión Europea sobre derechos humanos. Y las compañías de Singapur y Corea sufrieron después que sus gobiernos tomaron posturas que molestaron a China. La enorme iniciativa Un Cinturón, Un Camino del gobierno chino para construir infraestructura comercial en toda Eurasia ofrece grandes oportunidades de poder utilizar contratos comerciales para ejercer influencia política. Y China ha restringido cada vez más los derechos humanos fronteras adentro. A medida que crezca el poder chino, los problemas del régimen global de derechos humanos aumentarán.

Pero nadie debería sentirse tentado por las proyecciones exageradas del poder chino. Si Estados Unidos mantiene sus alianzas con los democráticos Japón y Australia y sigue desarrollando buenas relaciones con India, tendrá las cartas altas en Asia. En el equilibrio militar global, China está muy rezagada, y en términos de demografía, tecnología, sistema monetario y dependencia energética, Estados Unidos estará mejor posicionado que China en la próxima década. En el índice Soft Power 30, China se ubica en el puesto 25, mientras que Estados Unidos está tercero.

Es más, nadie sabe qué le deparará el futuro a China. Xi ha desarticulado el marco institucional de Deng Xiaoping para la sucesión del liderazgo, ¿pero cuánto tiempo durará la autoridad de Xi? Mientras tanto, en cuestiones como el cambio climático, las pandemias, el terrorismo y la estabilidad financiera, tanto una China autoritaria como Estados Unidos saldrán beneficiados con la cooperación. La buena noticia es que algunos aspectos del orden internacional actual persistirán; la mala noticia es que tal vez no incluya el elemento liberal de los derechos humanos.

El régimen de derechos humanos puede enfrentar un contexto más difícil, pero eso no es lo mismo que un colapso. Una futura administración estadounidense puede trabajar más estrechamente con la UE y otros estados que piensan de manera similar para construir un cónclave de derechos humanos. Un G10 que incluyera a las principales democracias del mundo podría coordinar sobre valores junto con el existente G20 (que incluye no-democracias como China, Rusia y Arabia Saudita), con un eje en las cuestiones económicas.

Otros pueden ayudar. Como señala Kathryn Sikkink en su nuevo libro Evidence for Hope, si bien el respaldo de Estados Unidos ha sido importante para los derechos humanos, Estados Unidos no siempre fue muy liberal durante la Guerra Fría, y los orígenes del régimen en los años 1940 le debieron mucho a los latinoamericanos y otros. Es más, las organizaciones de derechos transnacionales han desarrollado un respaldo doméstico en numerosos países.

En resumen, deberían preocuparnos los múltiples desafíos que enfrenta la democracia liberal durante el actual revés de lo que Samuel P. Huntington llamó la “tercera ola” de democratización. Pero no hay motivo alguno para renunciar a los derechos humanos.

(Joseph S. Nye, Jr., a former US assistant secretary of defense and chairman of the US National Intelligence Council, is University Professor at Harvard University. He is the author of Is the American Century Over?)

- Italia podría ser testigo de la desaparición de la democracia liberal (Expansión - FT - **22/5/18**)

(Por Wolfgang Münchau - Financial Times)

Hay paralelismos claros entre la caída de la República de Weimar en Alemania y la vulnerabilidad de las élites liberales europeas.

Comparar a los populistas y nacionalistas actuales con los nazis y fascistas de hace 80 o 90 años no tiene sentido. Sin embargo, veo paralelismos más claros entre la caída de la República de Weimar en Alemania y la vulnerabilidad de las élites liberales europeas. Algunos de los actuales defensores del orden liberal están cometiendo los mismos errores que el partido de centro alemán a principios de los años treinta, al subestimar la amenaza a la que se enfrentan.

Harold James, catedrático de Princeton, nos dio hace poco diez motivos por el que los actuales sistemas políticos comparten las características destructivas de la República de Weimar. Una es la crisis económica. Otra es el excesivo optimismo sobre el poder de las constituciones para proteger el sistema.

Me gustaría ofrecer algunas reflexiones más sobre el papel de las narrativas complacientes - historias que solemos intercambiar y que nos hacen sentir mejor. Como experto en asuntos de la eurozona, por ejemplo, suelo escuchar que no se puede contemplar una salida de Italia del euro porque no estaría permitida. La Constitución de Italia, por ejemplo, hace que al Gobierno le resulte imposible rescindir cualquier tratado internacional mediante referéndum.

Este argumento, según James, concede demasiada importancia al poder de la Carta Magna para protegernos de actos ilícitos de los gobiernos. También ignora las circunstancias bajo las que un país abandonaría la eurozona. Un gobierno podría provocar una crisis financiera, declarar fuerza mayor e introducir una moneda paralela coincidiendo con un fin de semana largo. No hay nada en la Carta Magna italiana que evite una crisis financiera o que impida que un gobierno le conceda a la gente los medios para comprar alimentos.

Ese es el motivo por el que tampoco importa que el acuerdo de coalición ya no contenga una cláusula formal sobre la salida del euro, como en el borrador anterior al acuerdo. Sabemos que Matteo Salvini, líder de la Liga, quiere crear las condiciones para una salida del euro. También sabemos que algunos, aunque no todos, de los miembros del Movimiento Cinco Estrellas, sus socios potenciales de gobierno, también lo quieren. Es todo lo que necesitamos saber.

Un segundo argumento es que los mercados financieros frustrarían una rebelión de estas características. Los defensores de esta hipótesis cometen el error de comparar la mente de un político centrista con la de los nuevos líderes de Italia. Los centristas, al menos en Europa, tienen la necesidad emocional de ser considerados conservadores desde el punto de vista fiscal. Para alguien como Matteo Salvini, una crisis financiera no es una amenaza, sino una promesa que le permitiría una salida de la zona euro.

Un tercer argumento es la capacidad supuestamente sobrenatural del presidente italiano de evitar los desastres. La Constitución italiana concede a su presidente unas competencias muy importantes: tiene el derecho de nombrar ministros y puede negarse a firmar una legislación que considere incompatible con la Constitución.

Sin embargo, los mandatos presidenciales son finitos; incluso un presidente fuerte como Sergio Mattarella no tiene potestad para pedir a diputados y senadores que aprueben unos presupuestos acordes a las exigencias de la eurozona.

Un cuarto argumento es que el centro siempre podrá enmendar las cosas. ¿De verdad? Recuerdo el intento que hicieron el año pasado el partido Demócrata y la Forza Italia de Silvio Berlusconi de cambiar el sistema electoral en su favor. Subestimaron la magnitud del apoyo a los populistas. No se puede salvar la democracia liberal a través de la manipulación.

Los centristas guardan la esperanza de que Berlusconi, que ha vuelto a la escena política, les ayude a reforzar su posición. No creo que este argumento se pueda sostener. Además, ¿qué se pensaría de la política italiana si su futuro dependiera del hombre que es prácticamente responsable del desastre económico del país?

Un quinto argumento defiende que, si todo lo demás fracasa, siempre quedará el Banco Central Europeo. Pero, aunque su presidente, Mario Draghi, salvó a la eurozona en 2012, cabe preguntarse si podrá salvar la democracia liberal.

Su principal herramienta para luchar contra la crisis, un programa conocido como Compras Monetarias Directas (OMT, por sus siglas en inglés) es irrelevante en este caso. El OMT se diseñó para los gobiernos que cumplen con la normativa y son víctimas de los ataques especuladores de los inversores. Este no es el caso.

Por último, cabe la esperanza de que la recuperación económica beneficie a los partidos centristas. En este caso, parece ser al contrario. El movimiento Cinco Estrellas y la Liga generarán una recuperación a través de estímulos fiscales y obtendrán reconocimiento por ello. Han llegado al poder precisamente porque los centristas no han conseguido resultados económicos. La realidad es que no hay nada como un soporte técnico a la democracia liberal.

Aquí reside la principal lección de la República de Weimar. Si la democracia liberal no logra aportar prosperidad económica a una parte lo suficientemente importante de la población durante un largo periodo de tiempo, desaparecerá, junto a las entidades económicas y financieras que ha creado.

- ¿Hacia una Europa más democrática? (Project Syndicate - **21/6/18**)

Washington, DC.- Hace un año, la decisiva victoria de Emmanuel Macron en las elecciones presidenciales francesas y el subsiguiente éxito de su partido en las legislativas hicieron que muchos respiraran aliviados. Parecía que la marea de extremismo populista en Occidente estaba finalmente retrocediendo, pero resultó no ser así. De todos modos, el impresionante surgimiento de un gobierno de mayoría populista en Italia, miembro fundador de la Unión Europea, no necesariamente anuncia un desastre.

Es cierto que la creciente fuerza de los populistas amenaza a los partidos de centroderecha y centroizquierda y dificulta mucho la gobernanza a nivel de UE en su forma actual. Pero, ¿qué pasaría si la continuidad de los éxitos electorales de los movimientos populistas fuera generando una reestructuración política más amplia que acabe por fortalecer la democracia europea?

Esta interpretación se refuerza por la experiencia de Macron mismo. Nunca antes había tenido un cargo electo y creó un nuevo partido centrado en su persona, con apoyo de votantes de centroderecha y centroizquierda. En el proceso, parece haber reestructurado la política francesa.

Las elecciones del próximo año del Parlamento Europeo probablemente revelen más sobre el potencial de esta reestructuración política. Esta instancia nunca ha generado el mismo nivel de interés como otras instituciones europeas, tales como la Comisión, el Consejo o incluso el Tribunal de Justicia. Es raro que los debates parlamentarios europeos trasciendan Bruselas o Estrasburgo, y la participación electoral para llenar los escaños ha sido tradicionalmente baja. Son hechos que se han citado mucho como evidencia del déficit democrático de la UE y de que sus ciudadanos no se involucran adecuadamente en la gobernanza de la UE.

Sin embargo, a medida que una serie de crisis han afectado a la UE, en especial a Grecia, Irlanda, España e Italia, esta dinámica ha comenzado a cambiar. Lejos están los días cuando los europeos aceptaban en silencio la UE, más allá de algunas quejas puntuales. Hoy la UE está en el vórtice de debates políticos internos, que cada vez más incluyen cuestiones existenciales acerca de la supervivencia de la eurozona y de todo el proyecto europeo.

Esto implica que difícilmente los candidatos se centren solo en problemas internos en las elecciones del año próximo. Si bien puede que algo de eso haya, probablemente también se debata ampliamente -y por primera vez- el futuro y las políticas de Europa, especialmente en áreas como la migración, defensa y seguridad, energía y clima, y las relaciones con grandes potencias como Estados Unidos y Rusia. Después de todo, a pesar de sus diferencias, prácticamente cada país de la UE se está planteando cuánta Europa quiere, cuán abierto y optimista debería ser su actitud hacia las nuevas formas de globalización habilitada por la tecnología, y cuánta solidaridad social corresponde tener.

Es improbable que estos debates (y, por ende, el Parlamento Europeo que surja el año venidero) sigan las líneas partidarias tradicionales. Después de todo, hoy en día es muy difícil adherir a las agrupaciones políticas tradicionales, como lo ejemplifica La République En Marche!, el partido de Macron, que no se ajusta claramente a categorías ideológicas habituales hasta ahora. Macron ha manifestado intenciones de crear un partido paneuropeo. Si bien la política supranacional en Europa es territorio inexplorado, tiene sentido que uno de sus pioneros sea un político con fuertes ideas pro-UE.

Con todo lo nacionalistas y antieuropeos que puedan ser, los populistas de derechas también parecen muy interesados en apoyarse entre sí a nivel europeo, aprovechando sus plataformas comunes en la mayoría de los temas, especialmente la inmigración, la identidad cultural y el comercio. Será más difícil para la extrema izquierda, al menos en Francia, en que se combinan visiones tradicionalmente liberales sobre la inmigración con políticas económicas proteccionistas que se parecen mucho a las que blande la derecha populista.

Por supuesto, los partidos tradicionales de centroderecha y centroizquierda -que han perdido una gran proporción del electorado en los últimos años, especialmente en España, Italia y Francia y, en menor medida, Alemania- intentarán recuperar terreno. El problema es que a muchos votantes jóvenes estos partidos les resultan anacrónicos, con independencia de la edad de sus dirigentes. Para tener éxito, deberán ofrecer una plataforma nueva e inspiradora que aborde de manera convincente los problemas de hoy, al tiempo que compiten con nuevas fuerzas políticas.

Sin embargo, es posible que estas nuevas fuerzas absorban en algunos casos a partidos de centroderecha y centroizquierda. Por ejemplo, en Francia el partido de Macron podría hacerlo con Les Republicains, de centroderecha, o podría desplazarse más hacia la izquierda con un programa de solidaridad social que acompañe las medidas de libre mercado que ya ha adoptado. La pregunta es si los líderes del partido piensan que pueden lograr una victoria simultánea contra Les Republicains y los socialistas de centroizquierda.

Aunque no haya claridad sobre los detalles, hay en camino una profunda reestructuración de la escena política europea, en gran parte definida por las actitudes hacia Europa. Si las elecciones del Parlamento Europeo el año próximo ayudan a avanzar en ella, puede acabar siendo un gran paso para la democracia en Europa.

(Kemal Derviş, former Minister of Economic Affairs of Turkey and former Administrator for the United Nations Development Program (UNDP), is Senior Fellow at the Brookings Institution)

- La ruptura transatlántica (Project Syndicate - **28/6/18**)

París.- El parque nacional de Thingvellir, unos 50 kilómetros al este de Reykjavik, es el sitio histórico más importante de Islandia. Es el lugar donde los vikingos fundaron el primer parlamento democrático en el año 930, y donde la República de Islandia proclamó su independencia de Dinamarca en 1944. También está asentado sobre una enorme fractura geológica, donde la pequeña placa Hreppafleki forma una ruptura estrecha entre las placas tectónicas de Norteamérica y Eurasia. En el entorno geopolítico actual, el simbolismo es potente.

Sin duda, existe una ruptura entre Estados Unidos y Europa. La placa Hreppafleki puede representar a China, que ha reclamado su posición en el máximo nivel de las potencias globales -una situación para la cual Estados Unidos y Europa parecen no haber coincidido en una respuesta-. O quizá sea más preciso decir que Hreppafleki representa al presidente norteamericano, Donald Trump, cuyas repetidas provocaciones -inclusive con respecto a China- han consumido la buena voluntad transatlántica, minando a la vez el papel de Estados Unidos en el mundo.

La Guerra Fría, de 1945 a 1989, se caracterizó por un orden mundial bipolar en el que la estabilidad dependía de un equilibrio del terror nuclear. Después de 1989, surgió un orden más esperanzador, liderado por un Estados Unidos hegemónico, aunque todavía estuviera desestabilizado por fuerzas como el terrorismo internacional. Pero ahora hemos entrado en una nueva fase, en la que Estados Unidos está alejándose activamente del resto del mundo, violando una norma detrás de la otra.

Sólo en las últimas semanas, Trump impuso enormes aranceles a las importaciones no sólo provenientes de China, sino también de aliados asiáticos y europeos de Estados Unidos; perturbó la cumbre anual del G-7, acusando a los aliados más estrechos de Estados Unidos de prácticas comerciales injustas; y luego se reunió con Kim Jong-un en Singapur, donde su comportamiento ofensivo hacia los socios europeos y canadienses de Estados Unidos dio lugar a un efusivo elogio del brutal dictador de Corea del Norte. Y lanzó (y, bajo presión política, rescindió) una política cínica de separar a los hijos de los migrantes de sus familias en la frontera sur de Estados Unidos.

En resumen, Trump se ha divorciado sumariamente de sus aliados, en términos políticos y económicos, y ha atacado los valores de los que depende la democracia. En ese sentido, este momento representa la antítesis exacta del otoño de 1989, cuando el bloque soviético comenzó a colapsar y la democracia parecía triunfante. Hoy, no resulta claro qué es lo que representa Estados Unidos, y esa incertidumbre pone en riesgo a toda la alianza transatlántica.

Sin duda, no es la primera vez que las relaciones transatlánticas se tensionan. A comienzos de la década de 1960, el presidente francés Charles de Gaulle rechazó un pilar esencial de la relación, la OTAN, al reducir incrementalmente la participación militar y política de Francia. Mientras que el presidente norteamericano John F. Kennedy presentaba a la OTAN como un techo compartido apoyado en dos pilares -Estados Unidos y Europa-, de Gaulle la veía como un mecanismo de hegemonía estadounidense. En cualquier caso, el retiro de Francia de la OTAN hizo más para aislar al país que para debilitar la alianza transatlántica.

La relación volvió a enfrentar un desafío en 2003, cuando Francia y Alemania, entre otros, se negaron a sumarse a Estados Unidos y al Reino Unido en la invasión (desacertada) de Irak. Pero, una vez más, la supervivencia de la alianza transatlántica nunca estuvo en duda.

La diferencia hoy es que es Estados Unidos el que está dando un paso atrás en contra de la alianza -si no de todo el modelo democrático liberal de Occidente-. Una oveja descarriada es una cosa; si el pastor se va, todo el rebaño está en peligro. Sin embargo, en la medida que “Estados Unidos Primero” se convierta en “Estados Unidos Solamente”, pareciera que eso es lo que precisamente está pasando.

Pero Trump corre el riesgo de que se le vaya la mano. El poder de Estados Unidos en relación a otros países ha alcanzado su nadir de posguerra. El mundo se está volviendo cada vez más enquistado en un orden multipolar y Estados Unidos difícilmente pueda prescindir de aliados.

Por supuesto, esto no es lo que ve la administración Trump. El presidente y sus aliados siguen convencidos de que el poder duro es lo único que importa. Y, desde una perspectiva militar, Estados Unidos sigue siendo el líder. Pero este dominio no tiene ninguna garantía de perdurar, especialmente frente a la inmensa inversión militar china. Más importante aún, el poder duro por sí solo no basta para sustentar las alianzas, muchos menos para ejercer un liderazgo global.

Parece improbable que Trump reconozca esto y cambie de curso. Pero inclusive después de que se marche de la Casa Blanca, un retorno a la “normalidad” no está garantizado. Si bien Trump difícilmente represente a toda la sociedad norteamericana, no deberíamos engañarnos: su victoria no fue accidental. Había -y sigue habiendo- un apetito de unilateralismo y aislacionismo entre los votantes norteamericanos. Eso no desaparecerá de la política estadounidense, inclusive después de que lo haga Trump.

**Los aliados tradicionales de Estados Unidos, por lo tanto, no pueden simplemente sentarse a esperar que Trump se vaya; por el contrario, deben adaptarse a la realidad de hoy. En el pasado, los europeos solían restarle importancia al valor de la geografía, que habría exigido una relación más estrecha con Rusia, en favor de la geografía de los valores, lo que justificaba una orientación transatlántica.**

**Cuando Estados Unidos es gobernado por una administración que traiciona estos valores -y que llega al punto de arrancar a los niños de sus padres y ponerlos en jaulas-, ese argumento deja de ser válido. La única salida de ahora en más es plantarse frente a Estados Unidos en defensa de nuestros valores e intereses.**

Trump puede ser bueno a la hora de movilizar a su base en casa o conectarse con “amigos” ideológicos en el exterior. Pero, sin el respaldo de sus verdaderos aliados, la influencia global de Estados Unidos no hará más que deteriorarse. Desde una perspectiva geopolítica, esa estrategia sólo puede arrojar un resultado: “Hacer que China sea más grande más rápido”.

(Dominique Moisi is Senior Counselor at the Institut Montaigne in Paris. He is the author of La Géopolitique des Séries ou le triomphe de la peur)

- El multilateralismo y los cambios que necesita (El Economista - **7/7/18**)

(Por Jean Pisani-Ferry)

Volvamos a fines de los 90. Tras una pausa de ocho décadas, la economía global se estaba reunificando. La apertura económica estaba a la orden del día. Se liberalizaban las finanzas. La naciente Internet pronto daría a cada persona del planeta acceso igualitario a la información. Se creaban nuevas instituciones internacionales para gestionar la cada vez mayor interdependencia. Nacía la Organización Mundial del Comercio. Se había firmado un acuerdo vinculante sobre el clima: el Protocolo de Kioto.

El mensaje era claro: la globalización no era una cuestión de liberalizar flujos de bienes, servicios y capital nada más, sino de establecer las reglas e instituciones necesarias para guiar a los mercados, fomentar la cooperación y suministrar bienes públicos globales.

Avancemos ahora a 2018. Pese a una década de conversaciones, las negociaciones globales sobre comercio iniciadas en 2001 no llegaron a ninguna parte. Internet se fragmentó y podría dividirse todavía más. El regionalismo financiero está en ascenso. El esfuerzo global para combatir el cambio climático depende de una colección de acuerdos no vinculantes, de los que Estados Unidos se retiró.

Aunque la OMC sigue allí, es cada vez más ineficaz. El presidente estadounidense Donald Trump, quien no oculta su desprecio de las reglas multilaterales, intenta bloquear el sistema de resolución de disputas del organismo. Estados Unidos pretende, contra toda evidencia, que las importaciones de BMW sean una amenaza a la seguridad nacional. Se le ordena brutalmente a China (por fuera de todo marco multilateral) que importe más, que exporte menos, que reduzca subsidios, que se abstenga de comprar empresas tecnológicas estadounidenses y que respete los derechos de propiedad intelectual. Los principios mismos del multilateralismo, un elemento clave de la gobernanza global, ya parecen una reliquia de un pasado distante.

¿Qué pasó? Pasó Trump, claro. El 45º presidente de los EEUU se abalanzó sobre la Casa Blanca como un elefante en un bazar, jurando destruir el edificio del orden internacional construido y mantenido por todos sus predecesores desde Franklin Roosevelt. Y tras asumir el cargo cumplió su palabra: se retiró de un acuerdo internacional tras otro e impuso aranceles a las importaciones de amigos y adversarios por igual.

Aun así, seamos francos: los problemas de hoy no empezaron con Trump. No fue Trump el que, en 2009, aniquiló la negociación de Copenhague para un acuerdo sobre el clima. No fue Trump el culpable del fracaso de la Ronda de Doha. No fue Trump el que pidió a Asia separarse de la red global de seguridad financiera administrada por el Fondo Monetario Internacional. Antes de Trump los problemas ya existían, solo que se los trataba con mejores modales.

Explicaciones no faltan. Una causa importante es que muchos participantes del sistema internacional están teniendo dudas sobre la globalización. Hay en los países avanzados una difundida percepción de que las rentas de la innovación tecnológica se están reduciendo aceleradamente. El obrero fabril estadounidense de ayer debía su nivel de vida a esas rentas. Pero como el economista Richard Baldwin demuestra brillantemente en La gran convergencia, la tecnología se volvió más accesible, los procesos de producción se segmentaron, y muchas de esas rentas ya no existen.

Una segunda explicación es que la estrategia de EEUU para Rusia y China fracasó. En los 90, los presidentes George Bush (padre) y Bill Clinton pensaron que el orden internacional ayudaría a transformar a Rusia y China en “democracias de mercado”. Pero ninguno de los dos países ha convergido en lo político. China converge en cuanto a PIB y sofisticación, pero su sistema económico sigue siendo otra cosa. Como sostiene Mark Wu (de Harvard) en un artículo de 2016, si bien las fuerzas del mercado cumplen un papel importante en la economía china, la coordinación estatal todavía es omnipresente (como lo es el control del Partido Comunista). China inventó sus propias reglas económicas.

En tercer lugar, EEUU no está seguro de que un sistema basado en reglas ofrezca el mejor marco para manejar la rivalidad con China. Es verdad que un sistema multilateral puede ayudar a la potencia dominante y a la potencia en ascenso a no caer en la trampa de Tucídides de la confrontación militar. Pero en EEUU crece la idea de que el multilateralismo pone más restricciones a la conducta propia que a la de China.

Finalmente, las reglas globales se ven cada vez más anticuadas. Algunos de sus principios básicos (comenzando por la sencilla idea de encarar los problemas en forma multilateral y no bilateral) siguen siendo tan sólidos como siempre, pero otros fueron concebidos para un mundo que ya no existe. Las prácticas de negociación comercial establecidas tienen poco sentido en un mundo de cadenas de valor globales y servicios sofisticados. Y ya no es tan útil categorizar a los países por su nivel de desarrollo, dado que algunos combinan empresas globales de primera línea con bolsas de atraso económico. Pero aun así hay una inercia considerable, aunque sea porque para cambiar las reglas se necesita consenso.

¿Qué hacer entonces? Una opción es preservar lo más que se pueda del orden actual. Fue la estrategia adoptada después de que Trump retiró a EEUU del acuerdo climático de París: los otros firmantes siguen respetando el pacto. La ventaja de esta estrategia es que evita que el daño provocado por la conducta peculiar de un solo país se extienda. Pero si la actitud de EEUU es un síntoma, la estrategia conservacionista no ataca la enfermedad.

Una segunda opción es usar la crisis como una oportunidad de reforma. La Unión Europea, China y otros pocos actores (incluido, esperemos, EEUU en algún momento) deberían tomar la iniciativa de rescatar aquellos aspectos del viejo multilateralismo que sigan siendo útiles, pero transformándolos en nuevos acuerdos más justos, más flexibles y más adaptados al mundo actual.

Esta estrategia tendría la ventaja de identificar e incorporar las enseñanzas ofrecidas por el agotamiento de los esquemas tradicionales y la aparición de otros nuevos. Pero, ¿hay suficiente liderazgo y suficiente voluntad política para ir más allá de arreglos vacíos que solo sirvan para guardar las apariencias? El riesgo de una reforma fallida es que conduzca al total resquebrajamiento del sistema internacional.

En definitiva, la solución no está ni en cultivar la nostalgia del orden pasado ni en cifrar las esperanzas en formas blandas e ineficaces de cooperación internacional. La acción colectiva internacional demanda reglas, porque la flexibilidad y la buena voluntad por sí solas no bastarán para resolver los grandes problemas. El angosto camino hacia la solución pasa por determinar, caso por caso, los requisitos mínimos de la acción colectiva eficaz, y crear consenso en torno de reformas que satisfagan esas condiciones. Quienes creen que ese camino existe deben ponerse a buscarlo sin demora.

- Leer los signos de los tiempos (Project Syndicate - **9/7/18**)

París.- Comparar a los demagogos actuales con Adolf Hitler es casi siempre mala idea. Es un alarmismo que tiende a trivializar los horrores reales del régimen nazi, y distrae la atención de nuestros propios problemas políticos. Pero aunque el alarmismo es contraproducente, subsiste una pregunta: ¿en qué momento las democracias están realmente en peligro? Lo que hace pocos años era inimaginable (un presidente estadounidense que insulta a aliados democráticos y elogia a dictadores, que llama a los medios de prensa libres “enemigos del pueblo”, que encierra a refugiados y los separa de sus hijos) se ha vuelto casi normal hoy. ¿Cuándo será demasiado tarde para dar la alarma?

Sobre esta pregunta se han escrito grandes libros. La obra maestra de Giorgio Bassani, El jardín de los Finzi-Contini, narra las vidas de una familia de judíos italianos de la burguesía bajo el fascismo. Una trampa legal y social se va cerrando lentamente, paso a paso, en torno de estos italianos cultivados que daban por sentadas sus vidas de confort e influencia. Y sin embargo, cada uno a su manera, se niegan a ver lo que ocurre. El padre del narrador llega incluso a afiliarse al partido fascista, mientras los Finzi-Contini más ricos se retiran a un círculo familiar cada vez más aislado. El orgullo y la falta de imaginación no les permiten ver el peligro en que se encuentran, hasta que es demasiado tarde y son deportados a los campos de la muerte.

La incapacidad humana para ver lo que vendrá también anima Historia de un alemán, un libro de memorias que Sebastian Haffner escribió en 1939, un año después de irse de su Alemania natal. Haffner (futuro periodista y escritor) era un estudiante de leyes que presenció cómo la dictadura nazi fue volviéndose un régimen letal, gradualmente, como la persecución de los judíos en Italia. Vio a sus compañeros de estudios (ninguno de los cuales era nazi) aceptar cada paso sucesivo (las leyes raciales, la derogación de la constitución, etc.) por el solo hecho de ir expresado en términos legales. Al parecer, no hubo nunca un momento en que se dieran cuenta de que se había cruzado una línea intolerable y que a partir de entonces sólo quedaban la resistencia o el exilio. Pero Haffner, que no era judío, se dio cuenta; se fue del país el año en que los nazis quemaron sinagogas y sacaron a los judíos de sus hogares.

En la mayoría de las circunstancias, los Finzi‑Contini son más que los Haffner. Un estado de alarma no ayuda a dormir bien. La vida es más sencilla cuando el mundo parece normal, aunque sea todo lo contrario.

Hay muchos modos de enterrar la cabeza en la arena, y pueden verse algunos paralelos entre nuestro tiempo y la Europa de principios de los años treinta. Muchos empresarios e industriales alemanes (que eran conservadores pero no eran nazis) pensaron que podían convivir con Hitler, mientras los beneficiara financieramente. Era un advenedizo vulgar y sus modales dejaban mucho que desear, pero estaban seguros de poder controlarlo.

El conocimiento de la historia puede ayudar a que la gente reconozca ciertas pautas de conducta (por ejemplo, ataques a la justicia independiente) que en el pasado fueron precursores de la tiranía. Pero la memoria histórica, a menudo mezclada con el mito, también puede impedir leer los signos de lo que vendrá. En países con un historial democrático, es fácil dar por sentado que “aquí no puede suceder”, porque “nuestras instituciones son demasiado fuertes” o “nuestro pueblo ama demasiado la libertad” o es “demasiado civilizado” o “demasiado moderno” para caer en la barbarie.

La ceguera puede afectar a la izquierda tanto como a los conservadores. En la Alemania de los años veinte, los comunistas (por orden de Stalin) y la izquierda no comunista se negaron a defender a la frágil República de Weimar del asalto de la derecha. Los comunistas veían a los socialdemócratas como un riesgo mayor que los nazis; y los intelectuales de izquierda sólo veían la hipocresía y la corrupción de los partidos tradicionales, a los que en realidad hubieran debido apoyar.

Donald Trump no será la reencarnación de Hitler, pero la aquiescencia de los republicanos con cada una de sus medidas ajenas a la civilidad democrática es ominosa. Lo mismo puede decirse del discurso de la izquierda radical, que dice que la diferencia entre Trump y Clinton u Obama es una cuestión de grado, no de especie; que el primero sólo exhibe las iniquidades del neoliberalismo más escandalosamente que los segundos. En ambos casos, se subestiman o ignoran los peligros particulares que plantea el populismo de derecha actual.

La tan vapuleada prensa tradicional (los “enemigos del pueblo”) sigue firme, pero su influencia es cada vez menor. Lo que publiquen el New York Times o el Washington Post cuenta menos que los tuits del presidente, que van directo a millones de personas y son repetidos en programas de radio o TV simpatizantes.

En una sociedad polarizada, los políticos que agitan a la multitud explotando el miedo y el resentimiento tienen más probabilidad de éxito que otras figuras menos atractivas que tratan de apelar a las facultades más racionales. Los partidos políticos que se oponen a las tendencias antiliberales están en un brete. Si atendiendo a la rabia y el idealismo juveniles se corren demasiado hacia la izquierda, pueden perder votos esenciales en el centro. Pero si optan por candidatos centristas, que busquen reformas en vez de cambios radicales, pueden perder a la juventud movilizada.

Sin embargo, debemos defender las libertades, para lo cual es imprescindible ver claramente las amenazas. En cuanto la gente deja de creer que es posible evitar que los demagogos hagan el mayor daño posible, es seguro que ya es demasiado tarde.

(Ian Buruma, Editor of The New York Review of Books, is the author of numerous books, including Murder in Amsterdam: The Death of Theo Van Gogh and the Limits of Tolerance, Year Zero: A History of 1945, and, most recently, A Tokyo Romance)

- ¿Cómo perdimos Estados Unidos? (Expansión - FT - **19/7/18**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

El ascenso de China y el impacto imprevisto de la globalización han afectado profundamente a la opinión que tiene EEUU sobre sí mismo y sobre su papel global. ¿Quién perdió China?

Esta queja recorrió Estados Unidos tras la victoria de Mao Zedong en la guerra civil china en 1949. Era una pregunta extraña. ¿Cuándo fue China posesión de EEUU? Extraña o no, esta queja ayudó a los republicanos a ganar el poder en 1952. Promovió el ascenso de Joseph McCarthy, cuyas políticas guardaban similitudes con las de Donald Trump -sobre todo, en la acusación de que el gobierno estadounidense está infestado de traidores-. En el caso del senador, el objetivo era el Departamento de Estado; para Trump, es el FBI. La pregunta hoy es: ¿Quién perdió EEUU? ¿Y se han perdido definitivamente?

Nadie, por supuesto, es dueño de EEUU, aparte de los estadounidenses. Sin embargo, para los occidentales y otros muchos, EEUU simbolizaba algo tan atractivo que parecía ser "nuestro" -el garante no sólo de su propia libertad y prosperidad, sino de la de cientos de millones de otros. Mi padre, un refugiado en Reino Unido procedente de Austria antes de la Segunda Guerra Mundial, no tenía duda. EEUU era el bastión de la democracia. Había salvado a Europa de caer en manos de las dictaduras nazi o comunista. Como periodista y autor de documentales, era consciente de sus errores. Pero EEUU no era una gran potencia más. Encarnaba las causas de la democracia, la libertad y el estado de derecho. Esto le convirtió en un vehemente defensor de EEUU. Yo heredé su actitud. En el mundo de la postguerra, la política estadounidense presentaba cuatro rasgos atractivos: poseía valores fundamentales atrayentes; era leal con los aliados que compartían esos valores; creía en los mercados abiertos y competitivos; y apuntaló esos mercados con normas institucionalizadas. Este sistema siempre estuvo incompleto y fue imperfecto. Pero era un enfoque muy original y atractivo para dirigir el mundo. Para los que crean que la humanidad debe trascender sus insignificantes diferencias, estos principios representaban un comienzo.

No obstante, en la actualidad, el presidente de EEUU parece hostil hacia los valores estadounidenses básicos de democracia, libertad y estado de derecho; no siente ninguna lealtad hacia sus aliados; rechaza los mercados abiertos; y desprecia las instituciones internacionales. Cree que el poder da la razón. El presidente chino Xi Jinping y el presidente ruso Vladimir Putin tienen poder. Él los admira. La canciller alemana Angela Merkel y la primera ministra británica Theresa May son mujeres decentes que intentan liderar democracias. Él las maltrata.

Entonces, ¿por qué está Trump en el poder? La respuesta reside en un fallo político que EEUU podría ser incapaz de superar. El ascenso al poder de Trump es en parte un accidente, pero no sólo un accidente.

El ascenso de China y el impacto imprevisto de la globalización han afectado profundamente a la opinión que tiene EEUU sobre sí mismo y sobre su papel global. Una ansiedad que se extiende de izquierda a derecha ha reemplazado la euforia arrogante del "momento unipolar" posterior a la Guerra Fría. EEUU ya no se ve tan dominante, ni al mundo tan amistoso. Puede que Trump sea un claro proteccionista. Pero Hillary Clinton no defendía el comercio liberal. La visión de Trump de que el mundo ha tomado el pelo a EEUU es ampliamente compartida. En un país que ha sucumbido a ideas proteccionistas, no sorprende que los proteccionistas ganasen. Una vez que China se convirtió en una preocupación, un nacionalista era una elección natural.

Sin embargo, está ocurriendo algo incluso más importante. Lo llamativo de la economía estadounidense es que, pese a sus virtudes únicas, recientemente ha fallado a la mayoría de sus ciudadanos. La distribución de la riqueza es excepcionalmente desigual. Los ingresos medios reales disponibles de los hogares son los mismos que hace dos décadas, pese a que la renta media es mucho mayor. Excepcionalmente, la tasa de mortalidad de los adultos blancos (no hispanos) de mediana edad ha aumentado desde el año 2000 en EEUU.

A Trump le encanta tuitear el estupor que le causa cada atentado terrorista que se produce en Europa. Pero, en 2016, sólo hubo 5.000 asesinatos en la UE, una tasa de uno por cada 100.000 personas (incluidos los ataques terroristas). En EEUU se produjeron 17.250 asesinatos, una tasa cinco veces mayor. Trump podría empezar a preocuparse al respecto.

**La pobre situación de tantos estadounidenses es producto en parte de políticas plutocráticas: una devoción implacable y sistemática por los intereses de los más ricos. Una política de bajos impuestos, bajo gasto social y gran desigualdad puede sostenerse en una democracia basada en el sufragio universal sólo mediante una mezcla de propaganda a favor de la economía del “goteo” (donde la riqueza se filtra desde las capas sociales más altas hasta las más bajas), separación de los menos pudientes en segmentos culturales y raciales, fraude electoral y supresión de votantes. Todo ello, de hecho, se ha producido.**

Estas son las políticas del “pluto-populismo” o de “la codicia y el agravio”. Han sido increíblemente exitosas a la hora de hacer que los republicanos resulten atractivos para muchos dentro de la clase obrera blanca. Los sesgos estructurales en el voto también resultan llamativos. En las tres últimas elecciones al Congreso, los demócratas necesitaron un 20% más de votantes, de media, que los republicanos para conseguir un escaño. Los republicanos también han ganado la presidencia en dos ocasiones en las dos últimas décadas pese a perder el voto popular. Donald Trump es el resultado obvio de una política que sirve a los intereses de la plutocracia. Da a los ricos lo que ellos desean, al tiempo que ofrece el nacionalismo y el proteccionismo que pide la base republicana. Es una combinación brillante (aunque no planeada), encarnada en una personalidad carismática que ofrece validación a sus más apasionados defensores. El proteccionismo de Trump no beneficiará a gran parte de su base pero, desde su punto de vista, al menos es un líder real.

¿Quién perdió “nuestros” EEUU? La élite estadounidense, especialmente la élite republicana. Trump es el precio de las rebajas fiscales a los multimillonarios. Ellos pusieron la semilla; el mundo está cosechando las consecuencias. ¿Cabría esperar la vuelta de los viejos EEUU? No hasta que alguien encuentre una forma más exitosa desde el punto de vista político de cubrir las necesidades e inquietudes de la gente de a pie.

Cómo debatir con un populista (Project Syndicate - **19/7/18**)

Berlín.- En muchos países occidentales, las divisiones sociales y políticas se han ensanchado al punto de parecer insalvables. Pero lo mismo podía pensarse en los sesenta, una época al menos tan conflictuada como la nuestra; y sin embargo, al final las divisiones de aquel momento se superaron. La diferencia estuvo en el discurso.

En los sesenta, todavía pesaba en Europa el recuerdo de los horrores de la Segunda Guerra Mundial. En Alemania, desafíos externos, como la Guerra Fría, y presiones internas, entre ellas la primera recesión de la posguerra y el aumento del desempleo, sometieron el todavía frágil orden democrático a los embates del radicalismo de izquierda (comunista) y de derecha (nacionalista). En 1968 estallaron protestas estudiantiles en ciudades de toda Europa y en Estados Unidos, en rechazo no sólo de la Guerra de Vietnam, sino también (y cada vez más) del “establishment” como tal.

Casi igual que ahora, en los sesenta la comunicación entre personas con puntos de vista opuestos era difícil. Pero en el debate público de aquella época había un grado de civilidad que hoy brilla por su ausencia. Se entendía (o al menos algunos entendían) que negarse a dialogar sólo reforzaría la mentalidad de “nosotros contra ellos”, que da impulso al radicalismo.

Piénsese por ejemplo en la discusión pública que mantuvieron Ralf Dahrendorf, miembro del Partido Democrático Libre (FDP), y Rudi Dutschke, líder estudiantil de izquierda radical, a las puertas de un congreso del FDP en Friburgo. Dutschke intentó “desenmascarar” a Dahrendorf (un intelectual del establishment liberal) como un explotador antidemocrático; Dahrendorf replicó que la retórica revolucionaria de Dutschke era ingenua, insustancial y en definitiva peligrosa. Pero a pesar de la vehemencia del desacuerdo entre ambos, se dieron mutuamente la oportunidad de exponer sus argumentos en torno de la revolución, la libertad y la democracia.

Esta postura también se vio en relación con los radicales de derecha, por ejemplo el Partido Democrático Nacional de Alemania (NPD), formado en 1964 por varios grupos de derecha. En 1967, en momentos en que el NPD hacía avances en el electorado, se celebró un asombroso debate público, prácticamente olvidado, ante 2000 personas que se reunieron en la Universidad de Hamburgo para oír a un panel discutir sobre “radicalismo en democracia”.

El panel incluyó al líder del NPD, Adolf von Thadden; al editor del semanario liberal Die Zeit, Gerd Bucerius; al autor conservador Rudolf Krämer-Bodoni; a Friedrich Karl Kaul, abogado y político de Alemania del Este; y, nuevamente, a Dahrendorf. El moderador fue Fritz Bauer, un exexiliado que había sido fiscal en los juicios de Auschwitz en Frankfurt, celebrados entre 1963 y 1965.

El debate comenzó con Thadden, que expuso sus ideas políticas, evaluó sin remordimientos la actuación de Alemania en la Segunda Guerra Mundial y explicó el ascenso del NPD. A continuación, Dahrendorf (un profesor de sociología) hizo un análisis de la variada base de seguidores del NPD, que incluía a antiguos nazis, desencantados en busca de identidad y antimodernistas oportunistas.

Luego Dahrendorf declaró que aunque comprendía a qué se oponía Thadden, no tenía tan claro qué defendía el líder del NPD. ¿Apoyaba siquiera la democracia? Después Bucerius lanzó un desafío más directo a Thadden, al preguntarle si hubiera apoyado el intento de golpe contra Adolf Hitler en 1944. Bauer añadió que la hermana de Thadden había formado parte de la resistencia. Pero Thadden eludió dar una respuesta directa, y dio a entender que no hubiera luchado junto con su hermana.

Sin embargo, Dahrendorf se mostró convencido de que la suerte del NPD debían decidirla los votantes, no los tribunales (que habían ilegalizado al Partido Comunista); idea que Kaul reiteró en una encendida declaración (que sin duda había sido acordada de antemano por la dirigencia de Alemania del Este) sobre el hecho de excluir del debate a los comunistas de Alemania occidental. Otros panelistas se mostraron de acuerdo. Dahrendorf concluyó que una democracia liberal no puede excluir a radicales de una orientación y tolerar a los de otra.

Es difícil imaginar a políticos de los partidos principales e intelectuales públicos de la actualidad debatir abiertamente, con tanta profundidad y respeto mutuo, con los radicales y arribistas de ahora, sean populistas, nacionalistas económicos, euroescépticos o alguna otra cosa. Es evidente que la extrema izquierda y la extrema derecha no dialogan así. Cada bando prefiere predicar para los suyos dentro de burbujas mediáticas donde hay poca demanda de una discusión auténtica de ideas contrarias.

Hoy parece que muchos líderes del establishment (las “élites”, abanderadas del orden democrático liberal) creen que dialogar con figuras radicales es demasiado peligroso, porque una mayor exposición podría conferirles más legitimidad. Pero esta postura también es muy arriesgada, sobre todo porque se ha convertido en una obstinada negativa a ver los cambios sociales que han impulsado a las ideologías extremistas (una actitud que a muchos les parece arrogante). Basta recordar cuando la candidata presidencial demócrata en la elección estadounidense, Hillary Clinton, soltó que la mitad de los partidarios de su rival Donald Trump eran un “montón de deplorables”.

Los extremistas no desaparecerán porque uno quiera. Esperar a que los movimientos radicales se agoten solos (como algunos han sugerido) es imprudente y peligroso, por la cantidad de daño que pueden hacer antes de caer. Para cumplir su responsabilidad de preservar el bien público, las “élites” culturales y políticas deben renegar del elitismo y hallar formatos y fórmulas que permitan un diálogo más constructivo entre grupos distintos, incluidos (por difícil que sea) los movimientos radicales y populistas.

En el debate de Hamburgo, Dahrendorf afirmó con razón que el éxito de los extremistas era una medida de los fracasos de las élites democráticas. Como el NPD en los sesenta, la ultraderechista Alternativa para Alemania (AfD) debe su éxito en la elección federal de septiembre pasado a la negativa de las élites políticas, económicas y académicas del país a dialogar en forma constructiva con la opinión pública, y mucho menos con aquellos a los que la opinión pública juzgó dispuestos a escuchar sus inquietudes.

Los defensores de la democracia liberal deben debatir con los populistas no para hacerlos cambiar de idea, sino para que la opinión pública comprenda no sólo contra qué está cada parte, sino también a favor de qué. Es verdad que esto tal vez implique dar a los populistas más visibilidad, con riesgo de que se normalicen ideas extremistas. Pero las amenazas de la polarización agresiva de la esfera pública (que los extremistas han sabido explotar muy bien) son mucho mayores.

(Helmut K. Anheier is President and Professor of Sociology at the Hertie School of Governance in Berlin)

- La compulsión ludópata de Trump (Project Syndicate - **30/7/18**)

Nueva York.- En la reunión cumbre con el presidente estadounidense Donald Trump que mantuvo este mes en Helsinki, el presidente ruso Vladimir Putin demostró que sigue siendo un maestro del arte que perfeccionó en los ochenta, cuando era un agente soviético en Alemania del Este. Ante la impasible mirada de miembro entrenado de la KGB de Putin, Trump se desinfló.

Después de la reunión, declaró que le creía a Putin cuando este le dijo que Rusia no tenía motivos para interferir en la elección presidencial de 2016 (contra lo que afirman las agencias de inteligencia de Estados Unidos). Muchos miembros del aparato de seguridad estadounidense, políticos demócratas e incluso algunos republicanos salieron enseguida a criticarlo. Paul Ryan, presidente republicano de la Cámara de Representantes, dijo que Trump “debería darse cuenta de que Rusia no es nuestro aliado”. Algunos llegaron a denunciar la conducta de Trump como “traición”.

Trump, como siempre, dio marcha atrás; dijo que había articulado mal una “doble negación”, y que lo que quiso decir fue: “No veo ningún motivo por el que no pueda haber sido Rusia”. Pero después, en otra de sus jugadas características, relativizó su retractación: “También pudieron ser otros. Hay muchos otros por ahí”. Ahora Trump dice que si Rusia interfiere otra vez, será para ayudar a los demócratas.

Tantas marchas y contramarchas reforzaron la creencia de que Putin sabe algo sobre Trump (percepción que al parecer complace al presidente ruso). Putin confirmó en Helsinki que quería que Trump ganara la elección. Fue una jugada evidentemente calculada: sabía que parecería una corroboración de las acusaciones de que el equipo de campaña de Trump se complotó con el Kremlin. El caos inducido por Trump ha resultado hasta ahora funcional a Rusia, y es evidente que Putin decidió agitar más el avispero.

Es verdad que en la larga y compleja historia de las relaciones entre Rusia y Estados Unidos, ambos países han interferido en los asuntos internos de la otra parte. Durante la Guerra Fría, los soviéticos patrocinaron al Partido Comunista de los Estados Unidos.

Después del derrumbe de la Unión Soviética en 1991, Estados Unidos se involucró intensamente en el proceso de transición, que contribuyó al capitalismo caótico de la era de Boris Yeltsin. De hecho, las reformas dirigidas por Occidente (que hicieron más mal que bien) ayudaron a que Putin llegara al poder en 2000: los rusos querían un líder que no estuviera tan supeditado a los consejos de Estados Unidos.

Ahora, es Putin el que interfiere en la política estadounidense, no sólo con los intentos de inclinar la elección, sino también por la considerable influencia que ejerce sobre Trump. Con el argumento de que está tratando de mejorar las relaciones con Rusia en aras del interés nacional de Estados Unidos, poco después de la cumbre Trump invitó a Putin a visitar la Casa Blanca en un futuro cercano, a lo que Putin correspondió invitando a Trump a que visite el Kremlin.

Pero el entusiasmo de Trump (y su voluntad de contrariar a sus críticos) no equivalen a una genuina apertura a una cooperación mutuamente beneficiosa, como la que se vio en 1959, cuando Dwight Eisenhower invitó a Nikita Khrushchev a visitar Estados Unidos, y en 1986, cuando Mikhail Gorbachev y Ronald Reagan se encontraron en Reikiavik. En vez de eso, la conducta del presidente parece una continuación de servilismo que pone la piel de gallina a otros dirigentes estadounidenses. Muchos miembros del aparato de seguridad de los Estados Unidos consideran que la aparente influencia de Putin sobre Trump plantea una amenaza existencial a la democracia estadounidense, similar a la de la Unión Soviética en el clímax de la Guerra Fría.

**Pero la histeria creciente en torno de Rusia también es una amenaza grave, ya que neutraliza la política exterior de Estados Unidos con riesgo de terminar entregando a Putin la influencia global que anhela y por la que ha corrido grandes riesgos, como invadir Georgia en 2008, anexar Crimea en 2014 e intervenir en la guerra civil siria en apoyo de su aliado, Bashar al‑Assad. La descarada interferencia en la elección estadounidense para debilitar a Hillary Clinton (firme crítica del Kremlin) encaja en este patrón.**

**Asumámoslo: Putin les está ganando la partida a Trump y a Estados Unidos. Aunque algunas de sus apuestas le salieron mejor que otras, el resultado neto es que ahora Rusia es un jugador importante. Y Putin, convencido de que puede lograr casi cualquier cosa que se proponga, sigue subiendo la apuesta.**

Pero en definitiva, la mayor amenaza global es la presidencia aberrante (y cada vez más aborrecible) de Trump, sobre todo porque ofrece a Putin más oportunidades para el aventurerismo y la degradación del poder estadounidense. Un buen ejemplo es la guerra comercial de Trump (que afecta incluso a los más cercanos aliados de Estados Unidos), al alentar el reacercamiento de más países a Rusia.

Alemania (a la que con su mejor cara de póquer Trump llamó “cautiva de los rusos”) no se quedó callada ante las acciones de Trump (incluida su oposición al gasoducto Nord Stream 2 entre Rusia y Alemania). La canciller Angela Merkel declaró con calma que “podemos aplicar políticas independientes y tomar decisiones independientes”. En tanto, China (principal blanco de la guerra comercial de Trump) dio ahora su conformidad a un plan ruso de represalias contra el anunciado despliegue de sistemas estadounidenses de defensa antimisiles en Japón y Corea del Sur.

Al veterano político soviético Andrei Gromyko le preguntaron cierta vez por qué Nikita Khrushchev fue destituido; se dice que respondió bromeando: “Khrushchev era un apostador tan temerario que sería una suerte que no perdiera Moscú”. Siendo ministro de asuntos exteriores, Gromyko había tenido que vérselas con la impulsiva apuesta que hizo Khrushchev con la crisis de los misiles cubanos de 1962 (aunque esa apuesta le redituó el compromiso estadounidense de no invadir Cuba).

**Hoy el mayor problema es el temerario ocupante de la Casa Blanca. Un perdedor que hace una generación apostaba con el dinero de otra gente en la industria de los casinos, ahora está poniendo en juego un activo mucho más precioso. Para cuando se levante de la mesa, sería una suerte que Estados Unidos conserve algo de su prestigio global.**

(Nina L. Khrushcheva, the author of Imagining Nabokov: Russia Between Art and Politics and The Lost Khrushchev: A Journey into the Gulag of the Russian Mind, is Professor of International Affairs at The New School and a senior fellow at the World Policy Institute)

- Política global para una economía globalizada (Project Syndicate - **7/8/18**)

Washington, DC.- Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mitad de los años 2010, la globalización económica progresó implacablemente a través del comercio expandido, la proliferación de los flujos de capital, una comunicación más rápida (y más barata) y, en menor medida, la migración humana. Sin embargo, aun cuando estas conexiones se han profundizado y multiplicado, la economía global ha seguido siendo, esencialmente, una colección de economías nacionales, cada una de ellas integrada en la política nacional. Esto ahora está cambiando.

En los países democráticos que han dado luz al capitalismo de mercado que domina el mundo hoy, los ladrillos de la economía -tributación, gasto público y marcos regulatorios- son implementados por la legislatura e interpretados por el sistema legal. Esto les otorga legitimidad, a ellos y a las actividades económicas que facilitan.

Pero se está produciendo un cambio: los mercados globales ya son más importantes que los mercados nacionales para los países pequeños y medianos, y la misma situación se está por producir en las economías grandes. En menos de diez años, será el gran mercado mundial, en lugar de los mercados nacionales, el que asigne el capital, el financiamiento y la mano de obra calificada. Muchas empresas serán verdaderamente multinacionales, con oficinas centrales situadas en un lugar (probablemente donde las responsabilidades fiscales se puedan minimizar), mientras que la producción y las ventas se realizan esencialmente en otra parte, y los gerentes y trabajadores provienen de todo el mundo.

El surgimiento de un capitalismo verdaderamente global de estas características –un proceso que, sin duda, está lejos de haber terminado- significa que los mercados ya no estarán integrados en la política o los sistemas regulatorios de diversas naciones estado. Si han de producir resultados deseables, tendrán que estar integrados más profundamente en las instituciones globales -y regulados por ellas de manera más efectiva.

Por supuesto, las instituciones económicas internacionales -desde el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial hasta los organismos económicos de las Naciones Unidas y la Organización Mundial de Comercio- ya existen y han servido durante mucho tiempo como plataformas para que los estados miembro adopten reglas compartidas. El FMI y la OMC, en particular, han adquirido cierta autoridad regulatoria real en política macroeconómica y comercial, respectivamente.

Las políticas domésticas eran esencialmente sesgadas a la hora de establecer y sustentar estas instituciones internacionales. Si bien los tesoros, los bancos centrales y los ministerios de Comercio –especialmente en los países avanzados- actuaron políticamente, lo hicieron con muy poco debate público. Inclusive hoy, el ciudadano promedio en Estados Unidos, Francia o India sabe poco sobre lo que realmente hace la OMC.

En otras palabras, el surgimiento de un mercado global no está integrado en ningún proceso político que confiera legitimidad. En consecuencia, se considera que las instituciones multilaterales son elitistas, lo que las convierte en un blanco político. Esto nos recuerda el “déficit democrático” de la Unión Europea, que ha alimentado la resistencia a una mayor integración.

En verdad, la resistencia al capitalismo global también es generalizada y creciente. En particular, el presidente norteamericano, Donald Trump, apoya una suerte de neo-nacionalismo “en solitario”. Lejos de profundizar las estructuras multilaterales, quiere desmantelarlas, expulsando al mercado global de las instituciones regulatorias en las que está integrado sólo débilmente. Tanto a nivel nacional como internacional, Trump cree que cuanta menos regulación, mejor.

La UE, mientras tanto, persigue la línea opuesta. A pesar de los desafíos internos que enfrenta, sigue intentando regular los mercados más allá de las fronteras nacionales. Sólo este año, la Comisión Europea ha impuesto más de 5.000 millones de euros (5.800 millones de dólares) en multas a Alphabet Inc., la sociedad matriz de Google, y a Qualcomm por violar restricciones antitrust. Y con su Registro General de Protección de Datos, la UE ha querido ajustar las restricciones sobre el uso, la divulgación y el control de los datos personales.

**Como la UE tiene un mercado tan importante, esas acciones tienen un impacto de amplio alcance. Pero cuando se trata de fijar estándares verdaderamente internacionales, la UE obviamente se queda corta. Esto se ha vuelto aún más cierto con figuras como Trump que trabajan activamente contra sus esfuerzos y apoyan la desregulación en un momento en el que el nivel de interconexión económica global exige justamente lo contrario.**

**Permitir que importantes empresas multinacionales, que ya están recogiendo inmensas ganancias y desplazando a jugadores menores de industrias completas, eviten pagar demasiados impuestos hace un daño de amplio alcance, sobre todo al exacerbar la desigualdad y debilitar los presupuestos públicos. Pero esas firmas pueden ser reguladas de manera efectiva sólo a través de la cooperación multilateral. De la misma manera, la única manera de hacer algún progreso a la hora de combatir los efectos del cambio climático es que todos los países trabajen juntos.**

Las realidades de la economía global de hoy exigen que logremos que las instituciones multilaterales funcionen. Eso significa no sólo aumentar el peso de las instituciones existentes -aquí, la reforma es un prerrequisito-, sino también establecer nuevas instituciones, como una Autoridad de Competencia Global. Nada de esto será posible sin un verdadero debate político global.

Por supuesto, el surgimiento de una política global tiene potenciales implicancias de amplio alcance para las ideas tradicionales sobre democracia, para no mencionar la soberanía nacional. Al mismo tiempo, sin embargo, permitir que el mercado global funcione sin una regulación adaptada, implementada por instituciones internacionales legítimas y efectivas, implicaría abandonar la esencia de la democracia.

El reto por delante ha sido presentado por el economista de Harvard Dani Rodrik como un trilema: cuando se trata de la democracia, la soberanía nacional y la globalización, podemos tener dos, pero nunca las tres. Rodrik está a favor de menos globalización y más democracia. Los nacionalistas como Trump prefieren fortalecer el estado nación, en maneras que podrían debilitar tanto la democracia como la globalización, por lo menos en el más largo plazo.

En el mediano plazo, sin embargo, una mayor globalización parece inevitable, lo que significa que es el estado nación, y la política nacional, el que debe restringirse. Una manera de darle legitimidad a la nueva política global sería garantizar que esté arraigada a nivel local. Esto requerirá que los líderes políticos locales adopten un discurso que explique de qué manera los problemas globales afectan a sus votantes. El cambio climático es un ejemplo exitoso de esta forma de política global localizada.

Sean cuales fueren los acuerdos institucionales que se elijan, garantizar que una nueva política global fortalezca, en lugar de minar, la democracia es un desafío político central del siglo XXI. Ya no podemos darnos el lujo de eludirlo.

(Kemal Derviş, former Minister of Economic Affairs of Turkey and former Administrator for the United Nations Development Program (UNDP), is Senior Fellow at the Brookings Institution. Caroline Conroy is a research analyst at the Brookings Institution)

- Proteccionismo para liberales (Project Syndicate - **14/8/18**)

Londres.- La repulsión que sienten los liberales hacia la política mendaz y grosera del presidente estadounidense Donald Trump se extiende a una rígida defensa de la globalización libremercadista. Consideran los liberales que el libre comercio de bienes y servicios y el libre movimiento de capital y mano de obra son inseparables del programa político liberal, así como el proteccionismo de Trump (resumido en el eslogan “Estados Unidos primero”) es inseparable de su aberrante programa político.

**Pero en esto hay un peligroso malentendido. En realidad, el mayor riesgo de destrucción del programa político liberal deriva de la hostilidad inflexible al proteccionismo comercial. El ascenso de las “democracias iliberales” en Occidente es, al fin y al cabo, resultado directo de las pérdidas (absolutas y relativas) sufridas por los trabajadores occidentales como consecuencia de la búsqueda de la globalización a toda costa.**

La opinión liberal en estas cuestiones se basa en dos creencias muy extendidas: que el libre comercio beneficia a todos los participantes (es decir, que a los países que lo adoptan les va mejor que a los que restringen las importaciones y limitan el contacto con el resto del mundo) y que la posibilidad de comerciar bienes y exportar capital libremente es un elemento constitutivo de la libertad. Los liberales suelen desestimar la poca firmeza del sustento intelectual e histórico de la primera creencia, así como desestiman el perjuicio que su compromiso con la segunda creencia causa a la legitimidad política de los gobiernos.

Los países siempre han comerciado, porque los recursos naturales no están distribuidos igualmente en todo el mundo. “¿Sería razonable”, se preguntó Adam Smith, “prohibir la introducción de vinos extranjeros sólo con el fin de fomentar la producción de clarete o borgoña en suelo escocés?”. Históricamente, el principal motivo para el comercio internacional ha sido la existencia de ventajas absolutas, por las que los países compran al extranjero aquello que no pueden producir o sólo pueden producir a un costo exorbitante.

Pero el argumento científico en favor del libre comercio depende de la doctrina, mucho más sutil y contraria a la intuición, de las ventajas comparativas, perteneciente a David Ricardo. Es evidente que ningún país puede producir carbón si no tiene yacimientos. Pero suponiendo posible la producción de ciertos bienes pese a alguna desventaja natural (por ejemplo, vino en Escocia), Ricardo demostró que si los países con desventajas absolutas se especializan en producir aquello para lo cual están menos en desventaja, entonces el bienestar total aumenta.

La teoría de las ventajas comparativas extendió en gran medida el alcance potencial del comercio internacional provechoso, pero también el riesgo de que las importaciones destruyan producciones locales menos eficientes. Dicha destrucción se desestimó bajo el supuesto de que el libre comercio llevaría a una asignación más eficiente de recursos y a un aumento de la productividad (y con ella, de la tasa de crecimiento) “a largo plazo”.

Pero la historia no termina aquí. Ricardo también creía que la tierra, el capital y la mano de obra (lo que los economistas llaman “factores de producción”) estaban indisolublemente unidos a cada país y no podían trasladarse por el mundo como si fueran mercancías. Escribió:

“La experiencia (…) demuestra que la inseguridad, real o imaginaria, del capital, cuando no está bajo la inspección inmediata de su poseedor, junto con la resistencia natural de todo hombre a abandonar el país donde ha nacido y tiene sus relaciones y a confiarse con todos sus hábitos adquiridos a un gobierno extraño y a nuevas leyes, contiene la emigración de capitales. Estos sentimientos, que yo no quisiera ver debilitados, inducen a la mayor parte de los hombres que tienen capital a contentarse con un tipo inferior de beneficios en su país antes que buscar un empleo más ventajoso de su riqueza en un país extranjero.”

Pero conforme el mundo se hizo más seguro, esta barrera prudencial a la exportación de capital desapareció. En nuestro tiempo, la emigración de capital llevó a la emigración de puestos de trabajo, conforme la transferencia tecnológica hizo posible el traslado de producción local al extranjero, agravando el potencial de pérdida de empleo.

**El economista Thomas Palley considera que el traslado de producción al extranjero es el rasgo distintivo de la fase actual de la globalización. Dice que es una “economía en barcazas”, donde las fábricas se van flotando de un país al otro en busca de menores costos. Se ha creado una infraestructura legal y política para sostener la producción en el extranjero y la importación de lo producido al país que exporta capital. Palley considera, con razón, que esta extranjerización es una política deliberada de las corporaciones multinacionales para debilitar la mano de obra local y aumentar beneficios.**

La capacidad de las empresas para redistribuir puestos de trabajo por el mundo cambia la naturaleza de la discusión sobre las “ganancias del comercio”. En realidad, ya no hay “ganancias” garantizadas, ni siquiera en el largo plazo, para los países que exportan tecnología y puestos de trabajo.

**Hacia el final de su vida, Paul Samuelson, decano de los economistas estadounidenses y coautor del famoso teorema de Stolper-Samuelson sobre el comercio internacional, admitió que si países como China combinan la tecnología occidental con menos costo de mano de obra, el comercio internacional deprimirá los salarios en Occidente. Es verdad que los ciudadanos occidentales tendrán bienes más baratos, pero ahorrarse un 20% haciendo la compra en Wal-Mart no compensa necesariamente la pérdida salarial. No es seguro que al final del túnel del libre comercio haya un cofre lleno de oro. Samuelson incluso se preguntó si no habrá cosas por las que se justifica tolerar “un poco de ineficiencia”.**

En 2016, The Economist concedió que entre “los costos y beneficios a corto plazo” de la globalización hay un “equilibrio más sutil que el que dan por sentado los manuales”. Entre 1991 y 2013, la participación de China en la exportación mundial de manufacturas creció del 2,3% al 18,8%; algunas categorías de la producción fabril estadounidense fueron totalmente desplazadas. Los autores aseveraron que “a la larga” Estados Unidos saldría ganando, pero tal vez antes de eso pasarían “décadas”, y las ganancias no se repartirían equitativamente.

Hasta los economistas que admiten las pérdidas derivadas de la globalización rechazan el proteccionismo como respuesta. ¿Pero qué alternativa proponen? La solución preferida es hallar el modo de desacelerar la globalización, para dar a los trabajadores tiempo para recapacitarse o pasarse a actividades más productivas. Pero esto es poco consuelo para quienes se ven atrapados en viejas áreas industriales destruidas o transferidos a empleos poco productivos y mal remunerados.

Está bien que los liberales ejerzan su derecho a atacar la política trumpista. Pero deberían abstenerse de criticar el proteccionismo trumpista hasta que tengan algo mejor que ofrecer.

(Robert Skidelsky, Professor Emeritus of Political Economy at Warwick University and a fellow of the British Academy in history and economics, is a member of the British House of Lords. The author of a three-volume biography of John Maynard Keynes, he began his political career in the Labour party, became the Conservative Party’s spokesman for Treasury affairs in the House of Lords, and was eventually forced out of the Conservative Party for his opposition to NATO’s intervention in Kosovo in 1999)

- Regresa el hombre enfermo de Europa (Project Syndicate - **28/8/18**)

Berlín.- Una de las grandes cuestiones geopolíticas en la Europa del siglo XIX fue la llamada cuestión del Este. El Imperio Otomano, entonces conocido como el “hombre enfermo de Europa”, se estaba desintegrando rápidamente, y todavía no estaba claro qué potencia europea lo sucedería. Cuando finalmente llegó la auto-aniquilación de la Primera Guerra Mundial, no fue una coincidencia que surgiera de los Balcanes, el campo de juego geopolítico para los imperios otomano, austro-húngaro y ruso.

Los tres grandes imperios se toparon con su fin después de la guerra. Durante la división aliada del Imperio Otomano, el general Mustafa Kemal Atatürk y el derrotado ejército turco se retiraron a Anatolia, donde repelieron exitosamente una intervención griega y luego rechazaron el Tratado de Sèvres. En su lugar llegó el Tratado de Lausana, que abrió el camino para el establecimiento de la República de Turquía.

La ambición de Atatürk era convertir a Turquía en un país moderno y secular que perteneciera a Europa y Occidente, no a Oriente Medio. Para alcanzar este objetivo, gobernó de manera autoritaria y creó un estado híbrido basado en el régimen militar de facto y una democracia multipartidaria. En el curso del siglo XX, este acuerdo produjo crisis recurrentes en las que la democracia turca se vio interrumpida en varias ocasiones por dictaduras militares temporarias.

Después de 1947, la política turca estuvo fuertemente influenciada por la Guerra Fría. En 1952, Turquía se sumó a la OTAN y pasó a ser uno de los aliados indispensables de Occidente. Durante décadas, utilizó su posición estratégica entre el Mediterráneo oriental y el Mar Negro para cuidar el flanco sur de la alianza contra las intrusiones soviéticas.

Aun así, Turquía siguió siendo una entidad política inestable. La constante vacilación entre democracia y régimen militar frenó gran parte de su avance hacia la modernización. Para los defensores turcos de la democracia, la mejor esperanza del país radicaba en Europa. El acceso formal a la Unión Europea marcaría la concreción del proceso de modernización. Mientras que los otomanos habían mantenido la hegemonía sobre Oriente Medio durante un siglo, Turquía pasaría a ser miembro de Occidente.

En 1995, Turquía entró en una unión aduanera con la UE. Para cuando el islamista Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) llegó al poder en 2002, el país parecía haberse orientado hacia Europa para bien. En alianza con el movimiento del clérigo islámico Fethullah Gülen, los gobiernos del AKP liderados por el entonces primer ministro Recep Tayyip Erdoğan implementaron reformas institucionales, económicas y judiciales de amplio alcance, incluida la abolición de la pena de muerte, una precondición esencial para formar parte de la UE.

Es más, durante los primeros años de Erdoğan como primer ministro, Turquía experimentó una rápida modernización y un fuerte crecimiento económico, lo que la acercó más que nunca a la UE. En 2011, cuando llegó la Primavera Árabe, Turquía era considerada, y con razón, un modelo exitoso de “democracia islámica”, en la que las elecciones libres y justas se combinaban con el régimen de derecho y una economía de mercado.

Siete años más tarde, parece que estuviéramos en un mundo completamente diferente. Turquía rápidamente reclama su título de “el hombre enfermo de Europa”. Dada su ubicación estratégica y el potencial económico y humano, el país debería estar avanzando hacia un futuro brillante en el siglo XXI. Por el contrario, retrocede hacia el siglo XIX, con la pancarta del nacionalismo y de la reorientalización. En lugar de acoger la modernidad occidental, está uniendo su suerte a la de Oriente Medio y las crisis perpetuas de esa región.

Erdoğan, que asumió la presidencia en 2014, ha presidido la rápida modernización y la igualmente rápida recaída de Turquía. Tenía la oportunidad de seguir los pasos de Atatürk y completar la tarea de integrar a Turquía en Occidente, pero fracasó.

¿Qué es lo que explica esta tragedia? Una posibilidad es que Erdoğan cobrara una confianza excesiva durante el auge que precedió a la crisis financiara de 2008. Otra es que llegó a estar molesto con Occidente, debido a la humillación del estancado proceso de acceso a la UE y sus propias ambiciones autoritarias, que finalmente persiguió a fondo después del fallido golpe militar en el verano de 2016.

En cualquier caso, Erdoğan ha despilfarrado una oportunidad única tanto para Turquía como para el mundo musulmán en general. Su país ahora está asolado por una crisis monetaria de creación propia, y podría llegar a enfrentar la perspectiva de la quiebra nacional. En tanto divide cada vez más sus lealtades entre Oriente y Occidente, corre el riesgo de desestabilizar a Oriente Medio aún más. Los conflictos étnicos domésticos de Turquía –particularmente con los kurdos- una vez más han estallado con toda la fuerza, aunque la experiencia pasada demuestra que no se pueden resolver militarmente. Gracias a Erdoğan, Turquía se ha vuelto parte del problema en la región, más que de la solución.

Y, sin embargo, la importancia estratégica de Turquía para Europa sigue en pie. Millones de ciudadanos de la UE son de origen turco, y el país continuará achicando la brecha entre Oriente y Occidente, Norte y Sur. En el régimen de Erdoğan, Turquía ya no es un candidato potencial para ser miembro de la UE. Pero, en lugar de interrumpir el proceso de acceso, la UE debería centrarse en estabilizar el país y salvaguardar su democracia.

Después de todo, una Turquía desestabilizada es lo último que necesita Europa. Más allá de la simpatía o antipatía propia hacia Erdoğan, la propia seguridad de Europa depende marcadamente de Turquía, que ha absorbido a millones de migrantes y refugiados que huyen de conflictos en Oriente Medio en los últimos años. Por el bien de la estabilidad europea y de la democracia turca, la UE debe confrontar la crisis de Turquía con paciencia y pragmatismo, en base a sus propios principios democráticos.

(Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq. Fischer entered electoral politics after participating in the anti-establishment protests of the 1960s and 1970s, and played a key role in founding Germany's Green Party, which he led for almost two decades)

- La buena política y la mala economía (Project Syndicate - **20/9/18**)

Londres.- La mala economía engendra mala política. La crisis financiera global y la fallida recuperación que le siguió dieron alas al extremismo político. Entre 2007 y 2016, el apoyo a partidos extremistas en Europa se duplicó. En Francia la Agrupación Nacional (ex Frente Nacional), en Alemania Alternative für Deutschland (AfD), en Italia la Liga, en Austria el Partido de la Libertad (FPÖ) y en Suecia los Demócratas: todos estos partidos hicieron avances electorales en los últimos dos años. Y ni siquiera mencioné a Donald Trump o el Brexit.

Es verdad que las tensiones económicas no alcanzan para explicar esta explosión del extremismo político. Pero la correlación entre fenómenos económicos adversos y la mala política es demasiado notoria para ignorarla.

Por mala política entiendo el nacionalismo xenófobo y la supresión de las libertades civiles internas, que se ven en países con gobiernos populistas. Por buena política entiendo el internacionalismo, la libertad de expresión y la gobernanza responsable que prevalecieron durante la era de prosperidad de la posguerra. Llamémoslas democracia iliberal y democracia liberal, para abreviar.

Por mala economía entiendo permitir a los mercados financieros dictar lo que sucede en la economía real. La buena economía, en cambio, reconoce el deber de los gobiernos de proteger a la ciudadanía de tensiones, incertidumbres y desastres.

A los liberales se les hace muy difícil aceptar que la mala política puede producir buena economía, y que la buena política puede producir mala economía. Sin embargo, Hungría ofrece un claro ejemplo de lo primero. Bajo el primer ministro Viktor Orbán, el país se ha vuelto cada vez más autoritario. Pero el programa económico del gobierno, la “Orbánomics”, tiene una sólida base keynesiana. Del mismo modo, la buena política puede sin duda coexistir con la mala economía: las políticas de austeridad del ex ministro de hacienda británico George Osborne condenaron al Reino Unido a años de estancamiento.

A los nacionalistas les resulta más fácil que a los liberales seguir políticas de protección social. Por supuesto, esto incluye históricamente a los nazis (que eran nacionalsocialistas) y a Mussolini, que comenzó su vida política como un activista socialista. Los liberales, en tanto, defienden el libre movimiento de bienes, personas e información, mientras que la política nacionalista trata de restringir las tres cosas.

Es verdad que los partidos de extrema izquierda también han hecho avances tras la recesión que siguió a la crisis. Pero la historia sugiere que el principal beneficiario de los episodios de ruptura política y social es el nacionalismo, y es fácil ver por qué. El socialismo clásico es descendiente del internacionalismo liberal, es decir, es un credo globalizador que en principio, no reconoce fronteras nacionales. Pero frente a quiebres económicos a gran escala, es precisamente el internacionalismo lo que queda en entredicho. Al no estar atado a la política nacional, no rinde cuentas a nadie. Así que en un colapso del sistema internacional, los nacionalistas pueden presentarse como la única alternativa.

Debido a esta dinámica, la izquierda tiene pocas opciones buenas. Igual que el centro liberal, no puede explotar la hostilidad popular contra los inmigrantes y los refugiados; pero por otra parte, si intenta recalcar los beneficios de la inmigración, puede incentivar el apoyo a los partidos xenófobos.

No habría nada que objetarle al liberalismo económico si el libre mercado cumpliera la promesa de satisfacer las preferencias individuales por obra de la “mano invisible” de Adam Smith. El problema, como Joseph Schumpeter comprendió, es que incluso aunque a menudo los mercados “funcionan” como se supone que deben hacerlo, también son altamente disruptivos y propensos a crisis periódicas.

Además, aunque las innovaciones tecnológicas que los mercados promueven aportan beneficios reales a largo plazo, tienden a dejar mucha destrucción económica y social a su paso. Y las elecciones del mercado tampoco son el único interés de la gente. Una vida enteramente dictada por los mercados estaría privada de sentido.

Algunos analistas creen que somos testigos de la segunda venida del fascismo. Personalmente, no me atrevería a formular semejante predicción. La “Gran Recesión” no fue ni por asomo tan mala como la Gran Depresión de los años treinta, ni se produjo después de una guerra devastadora.

Lo que sí diría es que la mala economía hace más probable que la mala política pase de los márgenes al centro de la escena (como hizo el nacionalsocialismo alemán entre 1928 y 1930). Que los malos partidos lleguen al poder -y cómo lo ejerzan- depende de muchos factores. No hay duda de que el grado de tensión económica importa. Pero también importan la legitimidad y la capacidad de adaptación del sistema político establecido, el alcance de la provisión de prestaciones sociales, la política electoral, el liderazgo político y el contexto internacional.

El veloz ascenso actual del extremismo debería obrar de advertencia. Debemos desacoplar la buena política del liberalismo de la mala economía del neoliberalismo que produjo el desastre de 2008. Esto implica restaurar la clase de economía que prevaleció entre los años cuarenta y los setenta, hasta que acabaron con ella el presidente Ronald Reagan en Estados Unidos y la primera ministra Margaret Thatcher en el Reino Unido. Friedrich Hayek se equivocó al sostener que la socialdemocracia keynesiana es un camino a la servidumbre; por el contrario, es el necesario antídoto.

Una buena economía en nuestra época haría tres cosas: prevenir colapsos de la magnitud del de 2008; movilizar una sólida respuesta anticíclica a cualquier colapso que se produzca; y escuchar las demandas populares de justicia económica.

En tanto, preservar la buena política actual demanda prestar atención urgentemente a cuatro temas: los límites políticos y sociales de la globalización; la financierización de la economía real; el papel de la política fiscal y monetaria; y la desvinculación entre la retribución y el trabajo en una era de automatización acelerada.

Mal harán los defensores del liberalismo –y quienes se sitúan a su izquierda– en ignorar estas cuestiones.

(Robert Skidelsky, Professor Emeritus of Political Economy at Warwick University and a fellow of the British Academy in history and economics, is a member of the British House of Lords. The author of a three-volume biography of John Maynard Keynes, he began his political career in the Labour party, became the Conservative Party’s spokesman for Treasury affairs in the House of Lords, and was eventually forced out of the Conservative Party for his opposition to NATO’s intervention in Kosovo in 1999)

- Democratizar el Brexit (Project Syndicate - **28/9/18**)

Atenas.- Mientras se acortan los plazos para la inminente retirada del Reino Unido de la Unión Europea y se renegocian los límites, el pueblo británico debe necesariamente recuperar el control democrático de un proceso que ha sido opaco y absurdamente irracional. La pregunta es cómo.

La democracia nunca puede aspirar a ser sino una obra en construcción. Decisiones que se toman en forma colectiva deben reevaluarse constantemente en forma colectiva a la luz de nuevos datos. Pero en las circunstancias actuales del RU, nada sería más tóxico para la democracia que llamar a un segundo referendo para revisar el Brexit.

Ambos lados, los partidarios de irse y los de quedarse, se sienten traicionados. Se suponía que el Brexit devolvería la soberanía al Parlamento, pero este no tiene incidencia real en un proceso que marcará el futuro de Gran Bretaña por muchas décadas. Los escoceses y el pueblo de Irlanda del Norte son rehenes de un enfrentamiento puramente inglés que puede perjudicarlos seriamente. Los jóvenes sienten que los viejos les secuestraron el futuro, y los viejos sienten que su saber acumulado y sus legítimas inquietudes son ignorados por negociadores que hacen malos acuerdos a puertas cerradas al servicio de intereses creados. En síntesis, enfrentada a su prueba más difícil, la democracia británica está fracasando.

Pero un nuevo referendo no puede ser la respuesta al desastre en curso iniciado por el referendo original. En junio de 2016, el pueblo británico tuvo ante sí una disyuntiva tajante: abandonar la UE o quedarse en ella. Podemos preguntarnos si fue sabio dirimir semejante alternativa colectiva en un referendo, pero la coherencia lógica de la iniciativa fue incuestionable.

Una vez emitido el veredicto, y activado el proceso que estipula el artículo 50 del Tratado de Lisboa, no quedó una alternativa binaria por sí o por no para alejar a Gran Bretaña del caos inminente; ahora hay al menos cinco opciones entre las que comparar.

Boris Johnson y sus alegres partidarios de una salida sin acuerdo hacen campaña para que Gran Bretaña se vaya de la UE y luego busque con ella una relación similar a la que negoció hace poco Canadá. La primera ministra Theresa May se aferra al modelo “Chequers”: obligar a la UE a aceptar una relación que simule la membresía pero deje al RU un grado de libertad que las autoridades europeas están decididas a no concederle. El Partido Laborista propone que el RU permanezca en una unión aduanera dentro de la UE, pero fuera del mercado común. Otra idea, apoyada por el movimiento prodemocrático europeo DiEM25 y a la que me sumo, es que el RU abandone la UE pero permanezca en una unión aduanera y en el mercado común por un período de cinco años renovable de mutuo acuerdo. Finalmente, siempre queda la aspiración de permanecer en la UE como miembro pleno.

Cualquier reconsideración democrática de la decisión de abandonar la UE debe tener en cuenta estas opciones (y tal vez otras). También debe exponer las contradicciones de las propuestas principales. Por ejemplo, si se llama a una votación popular, hay que explicar al electorado el significado de la cláusula contingente (“backstop”) incluida en el acuerdo de May con la UE, que garantiza que no habrá frontera entre Irlanda del Norte y la República de Irlanda. En particular, las soluciones del tipo canadiense no permiten a la vez un acuerdo de divorcio exitoso y mantener a Irlanda del Norte en una unión aduanera con el resto del RU.

Por desgracia, un referendo no es una herramienta apta para discernir entre cinco alternativas distintas y separar en cada una de ellas las consecuencias lógicas de las expectativas infundadas. Incluso con un mecanismo de votación preferencial por el que los votantes ordenaran sus preferencias en la papeleta de uno a cinco, habría un proceso mecánico de eliminación sucesiva de las opciones menos favorecidas el mismo día del referendo, sin posibilidad de debate entre rondas de eliminación.

Un segundo referendo plantea una segunda amenaza a la democracia. Desde los años setenta, cuando el neoliberalismo empezó a reducir el ámbito de la toma democrática de decisiones y trasladó todas las disyuntivas políticas importantes a instituciones financieras y autoridades “independientes” no elegidas (por ejemplo, bancos centrales), la gente ha sentido con razón que el voto es una mera validación ritualista de decisiones tomadas por un establishment ajeno a su control. El referendo por el Brexit fue una rara excepción. La gran asistencia de votantes marcó un récord de participación: fueron a votar más de 17 millones de personas (para muchas de ellas, fue la primera vez) contra los deseos de las principales instituciones del establishment.

En mi opinión, es totalmente lamentable que el pueblo haya decidido redescubrir su poder apoyando el Brexit. Quienes nos opusimos al Brexit, pero también estamos ansiosos de ver una revitalización de la democracia, no podemos apoyar la convocatoria a un segundo referendo, que en esencia sería decir a estas personas: “tomaron una decisión equivocada; ahora vayan y emitan el veredicto ‘correcto’”. Eso les confirmaría la sospecha de que a la democracia sólo se la respeta si no se las respeta a ellas. Los únicos beneficiarios, al final, serían Boris Johnson y su grey, que quieren que la mayoría silenciosa siga silenciosa, reaccionaria y confundida mientras ellos gobiernan.

¿Cómo hacer para que el pueblo británico recupere el control del proceso del Brexit, si un segundo referendo no es la solución?

La respuesta, como pidió el líder laborista Jeremy Corbyn, es una elección general inmediata, en la que se discutan juntas todas las cuestiones relevantes y se presenten plenamente las diversas alternativas. La siguiente votación popular sobre el Brexit debe decidir no sólo el mecanismo de salida preferido por el pueblo sino, sobre todo, el conjunto de reformas económicas, sociales e institucionales para Gran Bretaña que lo acompañarán.

Todos tenemos el deber de formular claramente nuestras propuestas. En aras de revitalizar la democracia y poner fin a la toxicidad del proceso actual para el Brexit, DiEM25 y yo apoyaremos la inclusión del RU en el mercado común y en una unión aduanera con la UE por un período renovable de cinco años, durante el cual, la implementación del razonable programa del Partido Laborista mitigará el daño causado a los pueblos de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda del Norte por el financierizado capitalismo de casino de sucesivos gobiernos conservadores y neolaboristas.

(Yanis Varoufakis, a former finance minister of Greece, is Professor of Economics at the University of Athens)

- Bioética (Cinco Días - **3/10/18**)

El peligro de vivir en una sociedad digital diseñada para manipular

(Por José Ángel Plaza López)

Las promesas de la biotecnología, la neurociencia o la inteligencia artificial requieren inculcar hábitos morales a los responsables de cada avance para asegurar un futuro más justo e inclusivo.

La búsqueda constante de una sociedad en la que los algoritmos cada vez pesan más o en el que existan seres humanos mejorados plantea reflexiones morales que en muchas ocasiones llegan con retraso. Resulta fundamental tener claros los límites antes de que la ciencia haga posible ciertos avances.

Elena Postigo, profesora de Bioética de la Universidad Francisco de Vitoria, advierte de estos peligros: “Los avances en biotecnología y neurociencia nos acercan cada vez más a esa idea de transhumanos con capacidades aumentadas, pero los planes de estudio no enseñan hábitos morales para que los científicos desarrollen una conciencia crítica sobre sus quehaceres”. La profesora intervino recientemente en un debate sobre tecnoética organizado por la Fundación Telefónica.

Según Postigo, es necesario fijar estos límites antes de que las leyes, las normas deontológicas o los protocolos de actuación regulen los posibles conflictos derivados de alterar nuestras bases biológicas, como una nueva estratificación social con profundas desigualdades.

**“Criticar la tecnología es la mejor manera de amarla” Jaron Lanier**

Para ello, la formación de los médicos, biotecnólogos y científicos debe ir acompañada de una reflexión antropológica en torno a quiénes somos, hacia dónde vamos, qué medios debemos utilizar para ello y cuáles serán los instrumentos más adecuados para evolucionar teniendo en mente conceptos como lo deseable, lo mejor, lo responsable, lo prudencial, lo justo, el respeto de las libertades o la protección de los más vulnerables. “Tiene que ser una reflexión intrínseca, consustancial al mismo quehacer de esos profesionales y que debe darse a la par de sus investigaciones, nunca después”, apunta Postigo.

**Ese mismo retraso a la hora de someter a juicio la tecnología es lo que ya ha propiciado “una sociedad digital diseñada para manipular”, según Jaron Lanier**. Este filósofo, músico e investigador pionero en el ámbito de la realidad virtual afirma que criticar la tecnología es “la mejor manera de amarla”, puesto que únicamente a través del debate podremos cambiar el rumbo y crear un nuevo mundo virtual que sea sostenible, así como “menos oscuro y alocado”.

En este contexto, Lanier hace un llamamiento para acabar con “esos enormes sistemas algorítmicos” que nos espían para implantar técnicas de adicción y de modificación del comportamiento similares a las que convierten a las personas en ludópatas: “Hemos permitido que las grandes compañías, con una enorme sed de datos, implanten un modelo de negocio que domina internet y que está impulsando los sistemas de inteligencia artificial, con lo que nos acercamos a la creación de un nuevo orden económico donde lo importante es captar información pero sin darle ningún valor a las personas”.

Lanier considera que salir de esta situación es complicado, dado que nos enfrentamos a una adición “a gran escala” donde casi nadie quiere hablar del problema al haberse creado grandes intereses comerciales. Pero aun así se muestra optimista y confía en que las voces críticas acabarán por impulsar el uso de la tecnología de una forma positiva.

Se trata de una opinión compartida por el experto en identidad y marcas Andy Stalman, que aboga por recuperar la capacidad de duda, de criticar para mejorar: “Debemos dejar a un lado la dictadura del algoritmo y poner en valor la democracia de las personas”. Según Stalman, hoy en día una de las cuestiones que debe preocuparnos es quiénes son los encargados de programar los algoritmos. “¿Qué diferencias hay entre una misma inteligencia artificial (IA) cargada por distintos gobiernos? Estamos depositando recursos y energías en las nuevas tecnologías, pero no debemos desatender los grandes desafíos como sociedad y humanidad”, señala.

Una IA razonada, transparente y justa

Precisamente, a mediados de septiembre IBM respondió a algunas de estas reivindicaciones con el lanzamiento de un servicio que detecta automáticamente los posibles sesgos introducidos al programar una IA y proporciona la explicación sobre las decisiones tomadas a partir de algoritmos. Se trata de una solución automatizada que no solo describe qué criterios y factores de confianza utilizan los algoritmos para llegar a una recomendación, sino que también detecta resultados potencialmente injustos y detalla qué otros datos deben añadirse al modelo con el fin de resolver los sesgos identificados.

“La inteligencia artificial no puede ser una caja negra. Si una solución concreta de IA no puede explicar cómo y con qué criterios elabora sus recomendaciones, no debería utilizarse. Solo la IA razonada, transparente y justa sobrevivirá”, afirma Marta Martínez, directora de IBM en España, Portugal, Grecia e Israel.

Según Martínez, el objetivo final de esta propuesta es que las personas, y no la tecnología, seamos las responsables “activas y únicas” de un futuro ético inclusivo y mejor. En este mismo sentido, Fernando Broncano, catedrático de Filosofía de la Ciencia en la Universidad Carlos III de Madrid, estima que **ahora vivimos cada vez más en un presente continuo porque vemos el futuro con miedo “o al menos con indiferencia”.**

Por eso, Broncano advierte de la necesidad de hacer más deseable el día de mañana, pero no en el sentido determinista de adaptarnos a lo que vendrá, sino que más bien debemos pararnos a debatir cómo debería ser la tecnología para que fuera posible interactuar con ella en una sociedad apetecible.

“Los que aún tenemos algún tipo de responsabilidad en el orden intelectual, político, económico o social debemos pensar en qué tipo de tecnología deberíamos tener y abordar ese futuro mediante trayectorias que permitan transformar el entorno con compromisos morales que no deben separar la tecnología de lo humanístico, lo educativo, lo cultural, lo económico o lo político”, aclara Broncano.

- Una estrategia para los liberales (Project Syndicate - **28/9/18**)

París.- ¿Ha ganado el populismo? Sería fácil concluir que sí lo ha hecho, especialmente a la luz de lo que está sucediendo en el corazón de Europa. Italia, uno de los primeros defensores de la integración europea, ahora está liderada por una coalición populista con un índice de aprobación del 61%, mientras que el presidente de Francia, Emannuel Macron, alguna vez considerado el antídoto del populismo, ha visto caer su popularidad al 29% -el nivel más bajo desde que asumió en 2017.

Y, sin embargo, la batalla entre el “partido de la razón” y el “partido de la emoción” -progresistas versus populistas- está lejos de haber acabado. El populismo todavía puede ser derrotado, pero sólo si sus opositores admiten lo obvio: necesitan una nueva estrategia.

Cinco temas deberían guiar cualquier revisión estratégica. El primero es la responsabilidad. Las llamadas elites que se preocupan por preservar la democracia y por el estado de derecho deben aprender a lidiar con la furia, el miedo y la desesperación que han asolado a los votantes desde la crisis financiera de 2008-2009. Ha pasado una década desde el estallido de la Gran Recesión y todavía no se han abordado sus causas de manera apropiada.

Demasiados líderes políticos, financieros y empresariales dan la impresión de que lo único que importa para una economía es el crecimiento agregado. Pero en un mundo globalizado y transparente, la creciente brecha entre los ricos y los pobres importa más. La desigualdad, especialmente cuando va de la mano de la corrupción, es devastadora para el statu quo.

Es por este motivo que la justicia –el segundo tema de una nueva estrategia política- es tan crítica. Sin justicia económica, los electorados siempre le echarán la culpa de sus males al partido en el poder. Fue precisamente este razonamiento el que llevó a la elección del presidente Donald Trump en Estados Unidos.

El tercer tema es la unidad. Dicho simplemente, los progresistas deben ofrecer una alternativa viable a la división del populismo. A fines de los años 1990, Madeleine Albright, entonces secretaria de Estado norteamericana, instó a los gobiernos de Europa a respaldar una “alianza de democracias” que reforzaría los valores occidentales después de la caída del Muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética. Muchos países respondieron a Estados Unidos entonces; necesitamos una promesa similar para la unidad hoy.

Desafortunadamente, también necesitamos un nuevo liderazgo global. Estados Unidos está en retirada, Italia sufre un retroceso y Gran Bretaña se perdió en la niebla del Brexit, de modo que las responsabilidades de construir una alianza recaerán en otros actores. Una opción es el llamado club de los cuatro del G-7 –Francia, Alemania, Canadá y Japón-. Si se pretende frenar la propagación del autoritarismo y del antiliberalismo, estas democracias liberales deben asumir la responsabilidad de renovar la visión de Albright.

Cuarto, las democracias deben hablar con más claridad. Por ejemplo, ¿cómo podría el club de los cuatro defender y promover los valores liberales? Cuestiones como la migración son universales, pero la vaguedad política y la jerga tecnócrata muchas veces enturbian el debate público. Si el liberalismo pretende ganarle al populismo en el terreno de la razón, los votantes tienen que poder entender lo que están ofreciendo los liberales.

Finalmente, las fuerzas anti-populistas necesitan coraje. Sin él, ninguna dosis de responsabilidad, justicia, unidad o claridad revertirá la ola populista. Por ejemplo, Macron debería ser elogiado por su voluntad de oponerse a la política del odio abrazada por el viceprimer ministro de Italia, Matteo Salvini, o por el primer ministro de Hungría, Viktor Orbán. Pero el verdadero coraje para Macron residiría en adoptar políticas que se correspondan con su retórica. La migración, que se está perfilando como la cuestión definitoria de las próximas elecciones europeas de mayo, sería el lugar obvio para empezar.

**¿Quién podría haber previsto que 75 años después de la caída del fascismo en Italia ahora tendríamos un líder en Roma que actúa como Mussolini? ¿O que en Alemania -y particularmente en el este excomunista del país- regresaría el sentimiento de “pogrom” contra los extranjeros? ¿O que, en Suecia, la extrema derecha ganaría respaldo denigrando a los judíos?**

El historiador británico A.J.P Taylor tenía una opinión cínica de la capacidad de la gente para aprender de sus errores. “La historia no puede enseñarnos nada ya que contiene todo, con una excepción”, escribió una vez -“no se debería invadir Rusia al final del verano”. Y, sin embargo, la humanidad parece que siempre es atraída por el frío.

Los líderes liberales de hoy pueden probar que Taylor estaba equivocado. Todavía se puede derrotar al populismo. Pero para ganar en el clima político actual, las fuerzas democráticas tendrán que adoptar una nueva narrativa.

(Dominique Moisi is Senior Counselor at the Institut Montaigne in Paris. He is the author of La Géopolitique des Séries ou le triomphe de la peur)

- Elecciones intermedias en Estados Unidos: la gente contra el dinero (Project Syndicate - **11/10/18**)

Nueva York.- Todas las miradas están puestas en Estados Unidos, conforme se aproximan las elecciones legislativas de noviembre. El resultado responderá muchas preguntas inquietantes que se plantearon hace dos años, cuando Donald Trump ganó la elección presidencial.

¿Proclamará el electorado estadounidense que Trump no es aquello que Estados Unidos representa? ¿Repudiarán los votantes su racismo, su misoginia, su nativismo y su proteccionismo? ¿Dirán que su política de “Estados Unidos primero”, contraria a la legalidad internacional, no se corresponde con los valores que defiende Estados Unidos? ¿O por el contrario, confirmarán que la victoria de Trump no fue un accidente histórico, derivado de un proceso de primarias republicano que produjo un candidato deficiente y de un proceso de primarias demócrata que produjo la adversaria ideal para Trump?

Mientras oscila en la balanza el futuro de Estados Unidos, las causas del resultado de 2016 son objeto de apasionados debates, que no son meramente académicos. Se trata de definir la postura que el Partido Demócrata (y otros partidos similares de la izquierda en Europa) deben adoptar para obtener la mayor cantidad posible de votos. ¿Deben inclinarse hacia el centro o concentrarse en movilizar a nuevos votantes jóvenes, progresistas y entusiastas?

Hay buenos motivos para pensar que la segunda opción es la mejor para obtener la victoria electoral y frenar los peligros que genera Trump.

La participación electoral estadounidense es exigua, y peor aún en los años en que la elección no es presidencial. En 2010, sólo votó el 41,8% del electorado; en 2014, sólo emitió su voto el 36,7% de los votantes habilitados (según datos de United States Elections Project). La participación demócrata es incluso peor, aunque en este ciclo electoral parece que está en alza.

**Muchos estadounidenses dicen que no van a votar porque gane quien gane, los dos partidos son prácticamente indistinguibles**. Pero Trump demostró que no es verdad. Los republicanos que el año pasado se quitaron el disfraz de la disciplina fiscal y votaron una inmensa rebaja de impuestos para los multimillonarios y las corporaciones demostraron que no es verdad. Y los senadores republicanos que apoyaron la designación de Brett Kavanaugh para la Suprema Corte (pese a que dio falso testimonio ante el Senado y a las pruebas totalmente creíbles de su conducta sexual inapropiada en el pasado) demostraron que no es verdad.

Pero la apatía de los votantes también es responsabilidad de los demócratas. El partido debe superar una larga historia de colusión con la derecha, desde la presidencia de Bill Clinton con la rebaja del impuesto a las plusvalías (que enriqueció al 1% más rico) y la desregulación de los mercados financieros (que contribuyó a producir la Gran Recesión), hasta el rescate de bancos en 2008 (que ofreció muy poco a los trabajadores desplazados y a los propietarios que enfrentaban una ejecución hipotecaria). En el último cuarto de siglo, a veces pareció que el partido estaba más interesado en obtener el apoyo de los que viven de la renta del capital que de los que viven del salario. Muchos que se abstienen de votar se quejan de que los demócratas sólo atacan a Trump y no proponen ninguna alternativa real.

El ansia de una clase distinta de contendiente se evidencia en el apoyo de los votantes a propuestas progresistas como el ex candidato presidencial Bernie Sanders y la neoyorquina Alexandria Ocasio-Cortez (28 años), que hace poco derrotó en una primaria del partido a Joseph Crowley, cuarto en orden de jerarquía en el bloque demócrata en la Cámara de Representantes.

Progresistas como Sanders y Ocasio-Cortez lograron presentar un mensaje atractivo a los mismos votantes que los demócratas deben movilizar para ganar. Buscan restaurar el acceso a una vida de clase media a través de una oferta de empleos dignos bien remunerados, el restablecimiento de una idea de seguridad financiera y el acceso a educación de calidad (sin el endeudamiento asfixiante que hoy enfrentan tantos graduados que tomaron préstamos estudiantiles) y a atención médica digna cualquiera sea la situación de salud previa del beneficiario. Propugnan la vivienda accesible y una jubilación segura, en la que los ancianos no sean presa de la codicia del sector financiero. Y buscan una economía de mercado justa, más dinámica y competitiva, mediante la limitación de los excesos del poder de mercado, la financierización y la globalización, y el fortalecimiento del poder de negociación de los trabajadores.

Estos beneficios de una vida de clase media son alcanzables. Lo eran hace medio siglo, cuando el país era considerablemente más pobre que ahora; y lo son todavía hoy. De hecho, ni la economía de Estados Unidos ni su democracia pueden permitirse no fortalecer a la clase media. Y para hacer realidad esta visión, es esencial el uso de políticas y programas estatales (lo que incluye proveer alternativas públicas en seguros de salud, complementación de prestaciones de retiro y crédito hipotecario).

La explosión de apoyo a estas propuestas progresistas y a los dirigentes políticos que las sostienen me llena de esperanza. Estoy convencido de que estas ideas prevalecerían en cualquier democracia normal. Pero la política estadounidense está corrompida por el dinero, por la manipulación partidista del trazado de distritos electorales y por intentos masivos de privación del derecho al voto. La reforma impositiva de 2017 fue prácticamente un soborno a las corporaciones y a los ricos para que vuelquen sus recursos financieros en la elección de 2018. Las estadísticas demuestran el enorme peso del dinero en la política estadounidense.

Pero aun con una democracia defectuosa (incluido en esto la existencia de un esfuerzo concertado para evitar que algunos voten) el poder del electorado estadounidense importa. Pronto descubriremos sí importa más que el dinero que ingresa a las arcas del Partido Republicano. El futuro político y económico de Estados Unidos, y casi con certeza la paz y la prosperidad de todo el mundo, dependen de la respuesta.

(Joseph E. Stiglitz, a Nobel laureate in economics, is University Professor at Columbia University and Chief Economist at the Roosevelt Institute. His most recent book is Globalization and Its Discontents Revisited: Anti-Globalization in the Era of Trump)

**Post Data: The hall of fame (pasarela de los autócratas más queridos por los mercados)**

“Tal vez Somoza sea un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta” (Franklin D. Roosevelt)

A los largo de la historia, la acción de poner o quitar dictadores, autócratas, déspotas, tiranos, totalitarios, absolutistas, fascistas… la realizaban los gobiernos y corporaciones de los países desarrollados, en los países del tercer mundo, para preservar sus intereses estratégicos y económicos. Permitir estados canallas, estados fallidos, repúblicas bananeras, satrapías ignominiosas, a los que dejaban manos libres y fondos disponibles, para montar sus regímenes corruptos, represores, criminales y narcotraficantes, mientras actuaran como “cooperadores necesarios” para perpetuar el poder político y empresario del país dominante. Y así nos fue…

Lo novedoso es que ahora ese modelo de gobierno puede estar intentándose establecer en los países avanzados. Las grandes corporaciones han descubierto que un régimen como el de China (o similar) puede ser el más adecuado para el futuro de sus negocios. ¿Cómo nos ira?

En los países dictatoriales, no se permite la disidencia, la libertad de prensa, la existencia de partidos políticos, la formación de sindicatos de trabajadores... todo se vigila, todo se dirige, todo se controla. El crecimiento de China demuestra que ese modelo de dictadura capitalista, ha servido para el desarrollo de negocios de las grandes corporaciones multinacionales.

La globalización, el librecambio y la financierización facilitaron el “socialismo” de mercado. La posibilidad de establecer regímenes autocráticos que aseguran a las empresas multinacionales una tranquilidad social que no encuentran en sus países de origen. A resultas de lo cual, lo que se está intentado (ahora) es “chinificar” la política y la economía de los países avanzados. Sepultar la democracia. Matar la libertad. Establecer dictaduras capitalistas.

Antes, cuando se hablaba de dictadores uno se imaginaba la larga lista de sátrapas africanos o latinoamericanos, que amparados por Occidente, hicieron de sus regiones un coto de caza privado: Idi Amin, **Bokassa,** Mugabe, **Bongo**, Gaddafi, **Mubarak,** Biya, Obiang, Jammeh, Compaoré, Mswati III, Museveni, **al Bashir,  Déby, Afewerki , Sassou-Nguesso… Trujillo, Gómez, Somoza, Pérez Giménez,** Batista, Stroessner, Banzer, Duvalier, **Noriega, Pinochet… sin excluir a los Castro, Chávez, Correa, Maduro, Morales (aunque estos respondieran a otros poderes). Todos son unos hijos de puta, pero muchos son nuestros hijos de puta.**

**Ahora, tristemente, a la lista de autócratas, se pueden agregar varios gobernantes de los países del primer mundo. Los “high frecuency” de Wall Street y los “high tech” de Silicon Valley han visto una “ventana de oportunidad” y no quieren dejar pasar este momento de posverdad.**

**Por ahora, las mías son teorías conspirativas, presentimientos o simples advertencias.**

**Para dar o quitar razón a mis “percepciones”, han tenido oportunidad de leer una amplia hemeroteca y diversas opiniones relevantes. A continuación les reproduzco algunas fotos que valen más que mil palabras. Dejo que el lector saque sus propias conclusiones.**

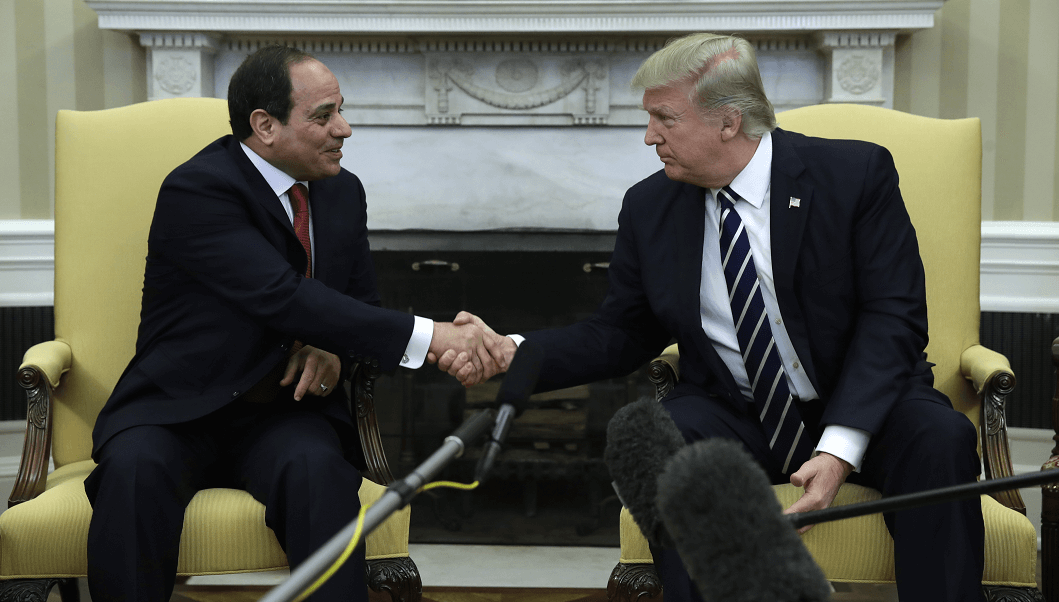
















Nota: pueden elegir el dictador que más les apetezca. Hay de todos los extremos… Y los que quedan por venir… ¿Será esta la única posibilidad política de preservar los intereses de los más poderosos (1% de la población)? Del 99% restante depende. Al menos de aquellos que no se dejen enajenar por el síndrome de resignación.

El esplendor y sus miserias: los extremos se tocan… mientras se entierra la razón

Llevando al extremo su hipocresía y ruin deslealtad al régimen democrático, el capitalismo de manos libres, pretende sorber y soplar al mismo tiempo. Inventar el azúcar salado. Establecer una contradicción insalvable: capitalismo liberal y gobierno antiliberal. Un oxímoron.

La última foto y algunas preguntas, para las que no tengo respuesta. Ahora, ustedes mismos.



¿Quién será el próximo “missing”? ¿cuándo seré yo mismo, el “evaporado”? ¿cuánto tiempo habrá que esperar para que la sociedad reaccione?

Señala Bernard-Henri Lévy (El Español - **28/10/18**): “La primera lección del alucinante caso Khashoggi es que la realidad tiene, definitivamente, más imaginación que la ficción. ¿Qué John le Carré, Somerset Maugham o Gérard de Villiers hubiera podido imaginar un escenario tan atroz e improbable? O, ¿en qué novela de espionaje se ha visto al soberano de un país con ambición mundial decapitar, en uno de sus consulados, a un opositor porque le estorbaba?”

Y, qué decir de estas preguntas que nos acechan: ¿Le cortaron los dedos antes que la cabeza? ¿lo habían colgaron incluso antes? ¿lo estrangularon? ¿por cuánto tiempo gritó? ¿lo hicieron, como se ha dicho, entre doce o quince personas? ¿guardaron una grabación de sus gritos? ¿se dieron estos crueles placeres? ¿lo cortaron en rodajas o fue a tiras?...

Y, ¿esa historia de una sierra para huesos? ¿de los pozos en la embajada? ¿de un doble vestido con su ropa? ¿qué es esta puesta en escena, este encadenamiento de gestos despreciables y lamentables? ¿quién es el autor de esta parodia de la más absurda película de serie B?

Pues bien, ésta es la nueva realidad, sangrienta y palpitante, contemporánea de todo poder visible. Es esta realidad alcohólica y cocainómana perdida la que se está convirtiendo en el más virtuoso de nuestros guionistas. All the world is a stage. Las novelas ya no compiten con el estado civil, sino que los mataderos humanos rivalizan con las novelas.

Un aspecto observable es que la colmena mediática global, y toda su circulación de imágenes, información y contrainformación, de hipótesis mal verificadas y de reconstrucciones laboriosas y escabrosas, ha dejado de conmoverse. Dibujamos planos en el aire de una sociedad del espectáculo que ya ni siquiera tiene quien la critique y donde el presidente de la mayor potencia mundial no encuentra nada más que reprocharle a su diabólico aliado que haber fallado en “operación disimulo”. Pero, drogados y aturdidos nos hemos vuelto incapaces de la más mínima compasión por este prójimo, este hermano, cuyas torturas, al desmaterializarse, se han convertido en abstracciones. La embriaguez del comentario. El cinismo. La indiferencia helada del bar del mercado global.

Tal vez nuestra ceguera ha contribuido a sus desmanes; quizá este crimen de Estado sin precedentes no hubiera sido posible sin que el autor supiera (o creyera…) que seguirá sostenido, pase lo que pase, por un Occidente dispuesto a llegar a toda clase de acuerdos, siempre que continúen los negocios con este país monstruosamente estratégico que sigue siendo Arabia Saudí; tal vez esta violencia desmedida no hubiera podido llevarse a cabo si la rana inflada de petróleo no se hubiera visto encaramada sobre la cabeza del búfalo americano y sus montañas de dólares.

“Sin duda, los cambios ideológicos y políticos actuales son fruto de una degradación mayor en la apreciación de la realidad económica y social y del menor interés de los proyectos socialdemócrata y democristiano. La posmodernidad y el relativismo se han trocado en posrealidad, posverdad, posdemocracia y pospolítica. El mundo posfactual es ajeno a la realidad misma, se basa en la fabulación, emoción y manipulación.

Al ser la mentira una aseveración contraria a la realidad efectiva, a lo que se sabe, cree o piensa, siendo una manifestación que no es verdad, se entiende que sea frecuente en política y tal vez también inherente. La “realidad” política y, en particular, su comunicación puede desconocer la verdad y soslayar que la realidad deba sustentar y constreñir el pensamiento. La política se convierte, así, en un constructo autónomo”… (Josep Ramón Bosch, Ferran Brunet y Josep Rosiñol - Universidad Autónoma de Barcelona - El Confidencial - **20/1/17)**

**Inteligencia artificial: ¿fin de los humanos? Por ahora, los “druidas” van por las instituciones democráticas, ya veremos lo que pasa más adelante, con los derechos humanos (libertades). La alucinación del mundo que a los poderosos le conviene. “Así es si así os parece”. Hagamos creer que las cosas son como nos gustaría que fueran y acabarán siéndolo. O, cuando menos, obligaremos a la gente a actuar como si lo fueran.**

**La mentira convertida en verdad a base de repetirla. Si somos conscientes de esta perversión, podremos iniciar la resistencia civil. No son momentos de neutralidad moral o de anomia ética. Nos estamos jugando 200 años de historia de los derechos cívicos y el regreso al oscurantismo y la servidumbre del medioevo.**

**El riesgo real de la IA no es la maldad sino la competencia. “Nuestro futuro es una carrera entre el poder creciente de nuestra tecnología y la sabiduría con que la usemos”… (Stephen Hawking)**